El año que no fuimos



NURIA URIEL

Montena

NURIA URIEL

EL AÑO QUE NO FUIMOS

montena

A los amores de mi vida, las que
me han visto romperme y volver,
las que estuvieron cuando no supe estar yo

SEPTIEMBRE

DIANA

CAPÍTULO 1

7 de septiembre, jueves

Él me mira una vez que ha aparcado el coche en el aparcamiento de casa de mis padres, aún con la mano puesta sobre mi muslo. Siempre la pone ahí cuando yo voy de copiloto. Tiene sus ojos verdes abiertos de par en par y parece todavía más bronceado de lo que está por la camisa blanca que lleva. Dice que no le gusta cómo le cortaron su pelo castaño la semana pasada; yo, sin embargo, creo que nunca lo he visto tan guapo.

Me aprieta, siempre busca el contacto físico cuando quiere que hable con él, cuando llevo un rato en silencio porque estoy enfadada.

—No creo que esto sea lo que quiero ni lo que ninguno de los dos queremos —le digo mirándolo a los ojos.

—Ya te he dicho muchas veces que son pequeñas cosas que podemos solucionar —deja mi muslo y me coge la mano—. Sé que lo hice mal, sé que te hice daño, pero te quiero, nos queremos y solo tenemos que centrarnos en eso.

—No puede ser que cada semana y media estemos así, paso más tiempo enfadada que contenta.

—Bueno, a lo mejor lo que no puede ser tampoco es que me calientes la cabeza porque te enfades por tonterías.

Arqueo una ceja, mientras que él abre los ojos de par en par y aprieta los labios. Ha metido la pata, lo sabe.

—Muy bien. —Le quito la mano, pongo la vista al frente mirando al parabrisas, estoy a punto de decirle algo cruel. Abro la boca, la cierro, respiro hondo y asiento con una sonrisa que denota pasivo-agresividad—. Pobre, que le caliento demasiado la cabeza ¿Te estresa mucho tener novia? A lo mejor deberías probar estar soltero.

Noto su mirada clavada en mí, estoy segura de que está aterrorizado porque sabe que, después de lo que acaba de decirme, lo puedo mandar a la mierda.

—Amor, sabes que no quería decir… —Cojo el bolso, no voy a dejar que me suelte el discurso de siempre: que lo siente, que no quería decir eso o que empiece a llorar a la vez que me jura que se pone nervioso porque me quiere con toda su alma y que por eso suelta cosas que no piensa.

Bajo del coche, cierro la puerta y me dirijo al ascensor. Rezo para que se abran las puertas cuando pulso el botón, pero no, la pantallita en la parte superior me hace saber que tendré que esperar que recorra otras cinco plantas. Escucho cómo baja del vehículo y coge las bolsas del maletero.

Quedan cuatro plantas para perderlo de vista.

Cuando está a escasos centímetros de mí, me coge del brazo y me hace girar ciento ochenta grados, pone las dos manos en mis mejillas se acerca a mi boca y me besa. Es un beso tierno, de esos que me recuerdan a nuestros inicios. Segundos después, aleja su cara unos centímetros de mí y me dice:

—Diana, te quiero, no lo he dicho en serio.

Me vuelve a besar más intensamente mientras baja su mano derecha a mi espalda y me aprieta contra a él. Noto cómo su mano izquierda se mueve de mi mejilla a mi nuca mientras me da un

pequeño mordisco en mi labio inferior para avivar el beso. Se separa, me mira y arquea ambas cejas:

—¿Ni un beso así me va a salvar de tener una discusión con la chica más guapa que he visto en mi vida?

—Bueno, a lo mejor te salvaría si besaras bien. —Sonrío y escucho cómo las puertas del ascensor se abren.

Él suelta una carcajada mientras yo entro y pulso el número seis. Él coge las bolsas del suelo y entra en el ascensor conmigo. Mientras se cierran las puertas se acerca a mí, se desvanece su sonrisa, suelta las bolsas y pone sus manos en mis muslos mientras me sube la minifalda verde que llevo.

—Vamos a ver si después de esto tienes tantas ganas de discutir —dice mirándome a los ojos.

Me besa mientras aprieta su cuerpo contra el mío poniendo sus manos en mi culo por debajo de la falda. Se me pone la piel de gallina, sobre todo cuando baja la cabeza y me empieza a dar besos por el cuello, haciendo que yo eche la cabeza hacia atrás. Cuando posa la mano izquierda sobre mi pecho, noto cómo sonríe contra mi cuello. Luego se acerca a mi oreja.

—Ves, creo que se te están pasando las ganas de discutir. —Se ríe.

—Eso nunca —contesto, apretándole el brazo.

—Entonces creo que me tendré que esforzar más.

Cambia la mano de sitio; ahora la pone en la parte baja de mi abdomen. Empieza a rozar y a besar mis labios al tiempo que juega con el elástico de mi tanga. Introduce una mano dentro de mi ropa interior y pasa su lengua por la mía mientras…

«Próxima parada Quevedo», anuncian por la megafonía de la línea 2.

Subo el volumen de la música para que suene tan fuerte en mis

cascos que no me pueda centrar en otra cosa y que así no rememore más recuerdos inapropiados.

Para distraerme, centro mi atención en el chico que tengo al lado. Debe de estar hablando con sus amigos o enviándose mensajes con alguien en una aplicación de citas. Lleva una camiseta de fútbol, a lo mejor está dejando un comentario en algún vídeo de un partido. Sé que no debo, pero mi parte cotilla, a la que le gusta sumergirse en las miserias más profundas de cualquier extraño, me puede y miro la pantalla de su móvil.

Está hablando con una tal Carla, solo Carla. Ni motes, ni apellidos que yo después pueda buscar en las redes sociales para cotillear. Veo su conversación, hay emojis y mensajes en los que ella profesa su amor. En mi cara. Aparto la vista porque a mí me apetecía ver vísceras y no corazones.

A mi izquierda hay una chica que lleva un vestido de tirantes amarillo y unas sandalias negras. Está al lado de un chico rubio con una camiseta blanca, que le coge la mano y le da un beso en la sien mientras ella cierra los ojos y sonríe. Luego se miran y se dan un beso. Se me revuelve el estómago solo de verlos.

Prefiero bajarme en la próxima parada y andar un rato antes que presenciar una pedida de matrimonio en medio del vagón. Me levanto y miro mi reflejo en el cristal de la puerta. Mi pelo liso rubio que me llega por el pecho está un tanto encrespado por el calor. Me tendría que haber puesto corrector en los dos granos que me han salido en la mejilla. Mi nariz chata está un poco roja y mis grandes ojos están subrayados por ojeras moradas. Me pongo un dedo justo en la peca que tengo en el labio, hay que empezar a darle la vuelta a esto.

Camino por el andén pensando que será mejor que el próximo día coja el autobús, aunque tarde más, dado que, aparte de que el

metro es un horno, ahora parece ser un horno habitado por gente enamorada.

Por suerte, para cuando me quiero dar cuenta, solo faltan tres manzanas para llegar a casa. Estoy bastante cansada; esta semana es la primera de trabajo después de mis vacaciones, y se me está haciendo eterna.

Tengo una lista de reproducción en aleatorio y de repente suena en mis cascos una melodía que reconozco, miro la pantalla del móvil: «Rosalía. "Como un G"». Me pregunto quién me ha puesto la pierna encima para que yo no levante cabeza. Creo que es una canción que fue creada exclusivamente para que la gente pueda autoflagelarse con banda sonora durante las rupturas.

Paso a la siguiente canción y, cuando empieza a sonar la melodía, no hace falta que mire la pantalla para saber qué canción es: «Marvin Gaye y Tammi Terrell. "Ain't No Mountain High Enough"». A mí alguien me tiene que estar gastando una broma. Pongo la llave en la cerradura de la puerta y giro.

—¿Hola?

—¿Qué tal el día? —pregunta Teresa desde la cocina.

—Bien, pero muy cansada, en lo único que puedo pensar es en las próximas vacaciones —contesto mientras cruzo el comedor para llegar hasta donde se encuentra.

Llego al umbral de la cocina y veo que está preparando la cena. Hoy se ha decantado por hacer fajitas de pollo. Lo cierto es que le salen bastante buenas y me encantaría comerme unas, pero tengo el estómago bastante cerrado.

Conocí a Teresa con seis años. Se matriculó en mi colegio cuando sus padres se cambiaron de trabajo. Aún recuerdo el día en que la profesora sentó a esa niña con pecas por toda la cara y con dos coletas largas y castañas a mi lado en clase. Al principio no hablaba

mucho, solo se chupaba el pulgar, cosa que irritaba a la profesora porque decía que las niñas grandes como ella ya debían tener superadas esas cosas. Nos seguimos sentando juntas todo lo que quedó de primaria y estuvo viniendo a mi casa todos los martes a merendar y a hacer los deberes, la excusa perfecta para poder jugar al Just Dance mientras mi madre estaba en la cocina.

—Diana, solo te quedan… tres meses y poco para Navidad —calcula con los dedos.

—No ayudas —resoplo, y dejo el bolso en la silla—. ¿Tú qué tal?

—Pues muy bien, disfrutando de mi último jueves de libertad. Creo que la gente no habla de lo infravalorado que está cogerse las vacaciones en septiembre.

—Me alegro de que te guste tanto. Debes de ser la persona más adorada de tu trabajo, dado que la gente se mata para pillarlas en agosto.

—Gustar y caer bien nunca ha sido un problema para mí —asiente con la cabeza.

—Teresa, yo a eso le llamo tener miedo al conflicto en el entorno laboral, pero bueno… Ojalá fueras así de pacífica en otros ámbitos.

Ella pone los ojos en blanco como respuesta.

Me sigue sorprendiendo que una persona con tanto carácter y mala leche se convierta en un corderito manso a la que entra por la puerta de la consultora. Supongo que el mundo corporativo en el que Teresa está te mantiene humilde.

Mi amiga se queda en silencio. Aprovecha esos instantes para sacar las tortillas de harina de trigo de la nevera.

—Salimos este fin de semana con las chicas —menciona al cabo de un rato.

Las chicas… Mis chicas. Paloma, Olivia, Teresa y yo. Son mi familia, me encantaría verlas, creo que me iría bien, pero,

sinceramente, no tengo fuerzas.

—Yo no. Estoy reventada y tengo que avanzar cosas del trabajo.

Abandono la cocina para irme a mi habitación. Dentro de un rato, tengo pensado ir al gimnasio, así también me escaquearé del discurso que me da Teresa cada vez que tiene oportunidad.

—Diana, no te he hecho una pregunta. Te he informado de que saldremos con las chicas este fin de semana —me aclara, siguiéndome.

—Bueno, esa es tu opinión. Yo no voy a salir.

Abro el armario para seleccionar qué me voy a poner para ir al gimnasio. De reojo, veo que Teresa se sienta en una silla.

—Creo que te iría bien despejarte, sobre todo teniendo en cuenta que no sales desde entonces…

—Tú sabes que estar tres semanas sin salir es completamente normal, ¿no? —le recuerdo. Acto seguido, escojo un top y unos shorts negros.

—Sí, Diana, pero a ti te encanta salir de fiesta y ya no sales. De hecho, no haces nada, solo vas a trabajar y al gimnasio. Y a mí me ves porque soy tu compañera de piso y no te queda otra, pero hace dos semanas que no ves a nadie más. No has hablado del tema, ni siquiera nombras a…

—Ni es necesario nombrarlo —la corto mientras me visto—. Ya volveré a tener ganas de salir y de todo eso. Me parece genial que la gente quiera pasárselo bien a modo de catarsis nada más salir de una relación, pero yo no; estoy bien. No es un drama, mi vida sigue con normalidad. Simplemente, necesito descansar y ponerme al día, de verdad.

Miro sus ojos marrones con la esperanza de que no insista más. Solo quiero que lo deje estar, al menos por hoy.

—Bueno, ya lo hablaremos mañana, Diana.

—Teresa, ya está hablado. —Me pongo las zapatillas para dar por finalizada la conversación—. Me voy al gimnasio, ¿quieres que pille algo en el supermercado cuando vuelva?

—No, ya iré yo, que tengo que comprar muchas cosas. Por cierto, hay que hablar con la casera por lo de la lavadora.

—Ya la llamaré yo, no te preocupes. Te quiero, adiós —le digo mientras salgo por la puerta.

CAPÍTULO 2

11 de septiembre, lunes

Estoy llegando muy tarde al trabajo. Me prometí que no volvería a coger el metro por si presenciaba una boda en el andén, pero veo que el bus tampoco es una buena opción. Hay tanto tráfico que lleva un cuarto de hora sin moverse.

Saco el móvil del bolsillo de los pantalones. Veo que Paloma ha enviado dos mensajes por el grupo de las cuatro. Por un lado, un enlace que al pulsarlo te lleva a la página de una discoteca y, por otro, algo que me pilla por sorpresa después de mi conversación con Teresa.

He pillado entradas para el sábado,

hacedme bizum cuando podáis.

Salgo del chat, ya le diré más tarde que la revenda porque no me apetece ir. No quiero discutir a las ocho de la mañana.

Entro a mi aplicación de citas de confianza. Me la descargué hace dos días, creé mi perfil y no he vuelto a entrar desde entonces. Reviso mi perfil.

Diana, 25 años, Madrid, hetero (de momento, ya no descarto nada).

Hablo español, catalán, inglés, alemán e italiano.

1. Aprobé alemán en el colegio porque Teresa me dejó copiar en absolutamente todos los exámenes.

2. Me fui seis meses de Erasmus a Roma. Todo lo que aprendí fue porque quería conseguir pedir un capuchino para llevar y para poder ligar con italianos guapos.

3. En mi currículum no soy tan descarada en cuanto a mis dotes lingüísticas, pero no estamos en LinkedIn y yo siempre he tenido debilidad por los guiris.

¿Cuál es tu lenguaje del amor? Palabras de afirmación. (Soy una falsa. En realidad, son los regalos, unas flores, que me envíen una foto de algo que les ha recordado a mí. Pero no quiero que nadie piense que soy materialista. Seguramente es porque soy una persona muy nostálgica y lo guardo todo. Aún tengo una piedra con forma de corazón que me regaló Miguel, el chico con el que me di mi primer beso, unas polaroids que me hice con Pablo, un chico con el que estuve mis primeros dos años de la universidad, y todas las cartas que me escribió el... último).

Algo que te parezca infravalorado: los paseos de noche por la ciudad en verano. (*Antes del amanecer*, aparte de ser una de las mejores historias de amor, te enseña que todas las ciudades son mejores de noche, aunque también he de reconocer que todo lo que tenga un mínimo de romanticismo es como opio para mí y para todas aquellas chicas a las que se nos ha hecho creer que solo seremos salvadas cuando seamos amadas).

¿Cómo es tu primera cita ideal? Ir a tomar una cerveza (muy simple para algunos, pero mis amigas y yo hemos comprobado que tomarte una cerveza con alguien te da toda la información que necesitas saber y, también, la opción de acortar la cita si la cosa no va bien).

He dejado varias preguntas sin contestar, como la de qué es lo que busco. Primero, porque no lo sé ni yo y, segundo, porque depende de lo que encuentre querré una cosa u otra.

Voy al apartado de likes para ver a quién le ha gustado lo que he

puesto y me encontré con varios perfiles. De los que se han fijado en mí, solo me interesa uno: Carlos, 28, Madrid, hetero, bombero… Tiene los ojos marrones y el pelo muy corto, casi rapado. En su foto principal está en una playa sin camiseta. Sabe a lo que está jugando. Deslizo y veo que tiene otras dos imágenes con un cocker marrón. Le doy like a una de las fotos y leo su mantra. Según Carlos, no estás bebiendo solo si tus perros están en casa.

Miro hacia el parabrisas del autobús cuando me doy cuenta de que se está moviendo de nuevo. Aún me quedan dos paradas y ya llego quince minutos tarde. Le escribo un mensaje a Guille.

Ya hace unos meses que empecé en la agencia de publicidad gracias a que Guillermo, mi amigo de la universidad, me enchufó. Ninguno de los dos conocíamos a nadie el primer día en la facultad porque ambos veníamos de fuera de Madrid, él, de Valencia y yo, de Barcelona, así que a la que me vio sola se sentó a mi lado. Desde entonces somos inseparables, y más ahora que trabajamos juntos.

Me encanta el ambiente en la oficina y no cobro mal, para ser un contrato de formación, por supuesto. Me da para pagar el alquiler de mi habitación, comer tres veces al día y salir de fiesta de vez en cuando. Estoy contenta porque mi jefa, Miranda, me dijo que, si les gustaba cómo trabajaba, al cabo de un año me harían un contrato indefinido, y ese día está cerca. Ella es todo lo que aspiro a ser, se lo ha ganado todo sola, empezó desde abajo y ahora tiene su propia agencia de publicidad. Es muy agradable, se interesa por la vida de sus trabajadores, pero a la vez es muy exigente. La admiro tanto como la temo.

Guille me responde que hablamos en cuanto llegue. Bajo del autobús y ando cinco minutos. Cuando llego al edificio donde está la empresa, saludo al portero y me dirijo al ascensor. Pulso el botón siete, mientras reviso mi agenda en el móvil. Hoy solo tengo una

reunión a las tres de la tarde con un cliente, por lo que puedo invertir el resto del día en los informes y el plan de marketing que Miranda me pidió el lunes.

Una vez dentro de la oficina, saludo a Irene, la recepcionista. El lugar es grande, ocupa toda la séptima planta. Además, entra muchísima luz por los ventanales, cosa que agradezco, porque en la cueva en la que vivo con Teresa entra tan poca que no sabes si es de día o de noche.

Hay tres despachos: el principal, que es de Miranda; el de Héctor, que es el joven jefe del departamento financiero, y otro que se destina a las reuniones. Por otro lado, las mesas de todos los trabajadores son muy amplias y hacen juego con el parqué de madera.

Dejo mi bolso a un lado de mi mesa, y empiezo a trabajar. Después de unas horas volcada y estresada en un informe imposible, noto como me tocan el hombro. Al girar la cabeza, veo a Guille con su piel bronceada por haber estado casi una semana bajo el sol del Mediterráneo. Me hace un gesto con la cabeza sin mediar palabra. Ya sé lo que quiere. Me levanto y empiezo a andar detrás de él.

En la cocina veo que los ojos azules de Guille se iluminan.

—No quiero dejarte mal delante de Miranda por llegar tarde, te lo juro que…

—¡Cállate! —espeta mientras se toca su pelo rubio.

—¿Te ha dicho algo Miranda?

—¡Pero si se ha ido de vacaciones hasta el lunes! ¿No te acuerdas de que lo cuadramos para que ella se fuera cuando yo llegara? Además, ¿hace una semana que no me ves y de lo primero que me hablas es de Miranda?

—Bueno, es que, aunque tú supervises mi trabajo y te quiera mucho, la que hace que pueda pagar el alquiler es ella. Pero no te

pongas celoso, entre ella y yo solo hay una relación meramente transaccional. —Me río.

Guille se lleva una mano al pecho para darle más dramatismo a lo que va a decir. Yo, en respuesta, carcajadas más fuertes.

—¿Así me pagas que te consiguiera el trabajo? ¿Sabes cuánta gente ha estado trabajando sin cobrar ni un euro? Eres una desagradecida.

—Te lo puedo compensar esta noche si quieres. —Le guiño un ojo.

—Dios me dio muchas virtudes, pero también muchos defectos, y uno de ellos fue que no me pudiera fijar en una mujer tan guapa como tú.

—Es una lástima, a mi madre le encantas como yerno. Pero al menos podemos consolarnos el uno al otro, ya que ambos compartimos el mismo defecto: nos gustan los hombres.

Me acerco a él y aprovecho para darle un beso en la sien.

—¿No me vas a preguntar qué he estado haciendo esta semana? —me recrimina.

—Guille, hemos hablado casi todos los días que has estado fuera. Has estado en la Costa Brava, te he recomendado playas y restaurantes, has discutido con tu padre porque dice que conduces mal y te has quemado dos veces porque olvidaste ponerte protección solar.

—Ya, pero hay una cosa que he estado guardándome para contarte en persona —confiesa, mordiéndose el labio.

Ah, conque ese era el misterio. Hay algo del viaje que se ha reservado para hoy.

—¿Has ligado?

—Obvio. Pero lo que te voy a decir no es algo sobre mí, sino sobre ti —responde mientras me señala con su dedo índice.

—¡Qué gran sorpresa que por una vez en la vida algo no vaya

sobre ti!

Coloco las manos entrelazadas sobre el pecho, divertida, y él pone los ojos en blanco. Sin embargo, cuando cambia su expresión de repente, sé que no me va a gustar lo que voy a escuchar.

—Diana, lo vi.

—¿Cómo que lo viste? ¿En la Costa Brava?

Noto que me suben las pulsaciones y siento calor en mis mejillas. Me rasco el cuello, que me ha empezado a picar.

—No, en Atocha. Yo estaba saliendo de la estación y él entraba. Creo que no me vio. Si lo hubiera hecho, supongo que me hubiera saludado. —Se hace el silencio y Guille me observa serio esperando a que le pregunte algo. Pero yo simplemente tengo el ceño fruncido y mi mirada puesta en la suya—. ¿No dices nada?

Sé que Guille espera que me derrumbe con esta revelación, pero no lo hago. Alguien que lo envía todo a la mierda de la noche a la mañana no se merece nada.

—No sé qué quieres que diga. —Relajo la cara mientras me rasco la sien.

—Pues las preguntas que todo ser humano en tu situación me haría: ¿estaba guapo?, ¿estaba triste?, ¿iba acompañado? No puedes actuar indefinidamente como si te diera igual.

—Vale, ¿estaba guapo? —resoplo.

—Bueno, la guapa de la relación siempre fuiste tú, eso ya lo sabes.

—O sea que estaba guapo… ¿Estaba triste?

—No puedo asegurarlo porque llevaba gafas de sol; aunque lo más seguro es que las llevara porque estuvo toda la noche llorando —bromea.

Conozco a Guille, sus bromas suelen preceder a una realidad un tanto desagradable.

—¿Iba acompañado? —Ladeo la cabeza.

—Bueno, Didi…, sí.

—Era rubia, ¿no?

Agacho la cabeza y me abrocho un botón de la blusa blanca para que no note que la cara se me está poniendo roja.

—¿Cómo sabes que era rubia?

—Siempre le han gustado las rubias —contesto mientras me señalo el pelo—. Y, por lo que se ve, la única rubia que le ha dejado de gustar soy yo.

—Pero tengo que decir que tú eres mucho más…

—Guille, uno —levanto la mirada—, ni esa tía ni yo estamos participando en un concurso de belleza. Dos, que esté en una estación de trenes con una chica no quiere decir que sean pareja, puede ser su hermana, su prima o una amiga. Tres, puede hacer lo que quiera. Y cuatro, no quiero hablar del tema.

—¿Sabes que reprimir emociones puede ocasionarte una úlcera?

—Vaya, creí que solo habías estudiado marketing, no sabía que tenías un posgrado en psiquiatría. —Aparto la vista de Guille y fuerzo una sonrisa.

—Diana —busca mi mirada y me toca un hombro—, ¿estás bien?

—Estoy mejor, no te preocupes.

Lo abrazo para agradecerle que esté siempre conmigo. Con amigos como él, la vida siempre será un poco menos dolorosa.

—Cuando estés preparada para hablar del tema, no dudes en decírmelo —me susurra en el oído.

—Serás el primero en saberlo.

Para dar por finalizada la conversación, Guille me da un beso en la frente y se separa de mí.

—¿Vamos a trabajar? Porque hoy ya llevas dos faltas, Didi: llegar tarde y tontear con otros miembros del personal.

—Por supuesto, me he quedado sin novio. No quiero quedarme también sin trabajo. Aunque ve tirando tú, que me quiero hacer un café.

—De acuerdo, no tardes —se despide cuando sale de la cocina.

Cojo una cápsula de un tarro que hay en la encimera de mármol y la meto en la cafetera. Mientras pulso el botón, me pregunto cómo habría sido mi vida si no hubiera salido esa noche de fiesta. Barajo la posibilidad de que a lo mejor ahora estaría con otra persona y que esa otra persona sin atisbo de duda me hubiera tratado mejor.

Pulso el botón para parar la cafetera, cojo la taza y me dispongo a salir de la cocina cuando mi móvil suena. Lo cojo del bolsillo para ponerlo en silencio cuando veo una notificación: «Tu *match*, Carlos, te ha escrito: "Oye Diana, se está acabando el verano y necesito que me demuestres por qué los paseos nocturnos en esta época son tan buenos, ¿te viene bien esta semana?"». En otras circunstancias, no habría quedado, pero viendo que él ya se ha conseguido a otra rubia, yo me conseguiré a otro tío.

CAPÍTULO 3

15 de septiembre, viernes

Estaba sentado delante de mí, sus ojos no se desviaron de mi persona en toda la noche, llevaba un jersey negro de cuello alto, lo suficientemente estrecho para que se le marcaran un poco los músculos de los brazos. Yo estaba nerviosa, no lo miraba mucho a los ojos porque cuando lo hacía notaba que me ruborizaba.

Me cogió la mano que tenía apoyada en la mesa cuando se acabó su plato para fijarse en mi manicura.

—¿Las uñas son tuyas, naturales?

Asentí.

Dejó mi mano encima de la mesa y me tendió la suya.

—¿Qué opinas de las mías?

Me reí y le cogí la mano. Tenía las uñas cortas y un par de cicatrices en el dorso de la mano. Cuando las reseguí con mi pulgar, me explicó que se las había hecho cocinando. El contacto físico me estaba poniendo nerviosa y noté que me temblaba la mano, así que lo solté.

Hablamos de las canciones que escuchaba de pequeño y de que le encantaba tocar la batería. Me prometió que me enseñaría cómo hacerlo después de contarle que yo no sabía tocar ningún instrumento. Me preguntó qué libros eran mis favoritos y cuáles le recomendaba, conversamos sobre política, sobre los países donde

habíamos viajado y sobre cuál sería el trabajo de nuestros sueños. Le pregunté a qué edad creía que iba a morir porque yo siempre he tenido la corazonada de que moriría a los ochenta y nueve. Me contestó bromeando que él creía que era el primer humano inmortal.

Aunque insistí no me dejó pagar la cuenta, me dijo que ya pagaría la siguiente cena. Cogimos las chaquetas y salimos del restaurante.

—¿Qué te apetece hacer? —dijo mientras ponía su brazo sobre mi hombro.

—No lo sé, creo que hace demasiado fresco para estar dando vueltas —dije apartándome un poco porque me ponía nerviosa tenerlo tan cerca.

—De acuerdo —dijo, soltándome el hombro y teniéndome su mano derecha—. He aparcado cerca de tu casa, así que ambos tenemos que ir hacia la misma dirección.

—¿Así que por eso me has venido a buscar a casa en vez de ir directamente al restaurante? —contesté mientras le cogía la mano—. Querías tener una excusa para ver si te invitaría a subir después de la cita cuando llegásemos a mi portal.

Él echó la cabeza para atrás soltando una carcajada.

—A ver Diana, te propongo un juego, yo creo que tengo buena memoria y me puedo acordar del camino que hemos hecho para llegar al restaurante. Si puedo llegar a tu casa sin que me equivoque, me habré ganado un beso y una invitación para subir a tu piso a ver una película.

—Y si te equivocas —dije—, no habrá segunda cita.

Él se quedó pensativo apretando los labios.

—No, no puedo hacerte eso —contestó negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Si me equivoco, no tendremos una segunda cita y no quiero que pierdas la oportunidad de tener como novio al mejor chico que vas a

conocer en tu vida —dijo, y yo solté una carcajada—. Ni para ti, ni para mí. Si acierto, yo elijo la película, y si me equivoco de camino, la escoges tú.

—¿Siempre que haces una apuesta intentas hacer trampas? —le pregunté arqueando una ceja.

—Ya te irás acostumbrando —me contestó guiñándome un ojo.

El restaurante se encontraba a diez minutos de mi casa andando. Los cinco primeros eran en línea recta, así que no tuvo ningún problema, pero la cosa se empezó a torcer cuando llegamos a los callejones de Malasaña. La primera vez que se debatió entre girar a la derecha o a la izquierda, me soltó la mano para coger el móvil, pero antes de que abriera Google Maps le dije:

—No puedes hacer trampas en tu propio juego.

—A mí no me engañas, guapa, lo que pasa es que no quieres que te suelte la mano —me contestó, antes de guardar el móvil en el bolsillo y volver a cogerme la mano.

Llegamos a mi portal después de un par de errores que subsanó guiándose por las caras que yo ponía (siempre he sido una persona muy expresiva).

—Bueno, creo que claramente has perdido —sentenció recostándose en la fachada roja de mi edificio.

—Has estado dudando todo el rato, te he tenido que ayudar un poco, y de toda la vida cuando alguien te ayuda en un juego, estás haciendo trampas, y si haces trampas, estás descalificado —le dije cruzando los brazos y levantando el mentón.

—Cada uno utiliza sus métodos para ganar. Yo tengo la suerte de ir acompañado de una chica que, además de ser muy guapa —dijo sonriendo—, puedes saber lo que está pensando por la cara que pone. Mi técnica se llama aprovecha todo lo que tienes a tu favor, no hacer trampas.

—Yo lo que creo —me acerqué a él levantando el mentón de forma desafiante— es que te has quedado sin beso y sin película.

—Yo lo que creo —dijo mientras ponía su mano izquierda en mi cuello y empezaba a acariciarme la mejilla con el pulgar— es que tienes muchas ganas de besarme.

—Ya gastaste toda la suerte que tenías para esta vida cuando me pediste que te diera un beso el día que nos conocimos y apiadándome de ti te lo di —dije, dando un paso para atrás—. Pero me pillaste desprevenida una vez, y eso no se volverá a repetir —continué mientras sacaba las llaves del bolsillo de la chaqueta.

—No te lo tendré en cuenta porque sé que estás nerviosa por tener a semejante chico delante de ti. —Levanté la cabeza para mirarlo de arriba abajo con incredulidad mientras metía la llave en la cerradura de la puerta del edificio—. Pero, Diana, estoy seguro de que fuiste tú la que me pediste que te besara.

—No me fiaría mucho de lo que eres capaz de recordar, ya que, como hemos podido comprobar, no tienes muy buena memoria, no te acordabas ni de cómo volver a mi casa —dije riéndome al tiempo que giraba la llave—. Pero, bueno, no te lo tendré en cuenta, sé que con una chica como yo debes estar nervioso porque sabes que no te daré más bola y que no te volverás a ver en una así en tu vida. —Empujé la puerta y luego entré en el vestíbulo.

—Creo que hay una cosa que no acabas de acertar —me cogió la mano y me giró para tenerme de frente mientras se acercaba a mí de nuevo.

—Bueno, si solo es una, al menos admites que en lo demás tengo toda la razón. —Puse la espalda contra la puerta para que no se cerrara.

—Puede ser que yo te pidiera que me besaras en esa discoteca —dijo mientras se acercaba tanto que solo dejaba un par de

centímetros entre su boca y la mía— y también puede ser que no tenga la mejor memoria del mundo… —puso uno de mis mechones rubios detrás de mi oreja.

—Y también tienes que admitir que no te vas a volver a ver en una así en tu vida —le dije mientras le desafiaba con la mirada.

—Ahí estás un poco equivocada. —Puso su mano derecha en mi mejilla.

—¿Crees que volverás a tener la suerte de que alguien tan compasiva como yo se apiade de ti?

—No me hará falta… —contestó, apoyando su otra mano en la puerta a la altura de mi cabeza.

Solté una carcajada.

—Creo que estás demasiado seguro de ti mismo. Dudo que vuelvas a encontrar a otra chica que se encuentre tan desprevenida como…

—No me hará falta encontrar a otra chica porque…, y déjame acabar la frase, Diana, vas a acabar siendo mi novia —dijo, asintiendo y levantando las cejas—. Y lo serás hasta los ochenta y nueve —remató guiñándome un ojo mientras yo seguía riéndome.

—Tienes más fe que el papa si crees que voy a acabar enamorándome de ti.

—Puedes engañarte a ti misma, pero, por tu pulso, diría que estás a punto de tener un infarto —aseguró sonriendo mientras apretaba su mano contra mi cuello.

—A lo mejor estoy teniendo una parada cardiaca y tendrías que ir llamando a una ambulancia.

—No, Diana, no me gusta tener espectadores para…

—¿Para qué?

—Para esto.

Me besó mientras empujaba la puerta con la mano izquierda y me

dirigía a un lado del vestíbulo. Mi espalda estaba contra la pared y mis manos entrelazadas detrás de su nuca mientras él me besaba con intensidad. Bajó la cremallera de su chaqueta y puso sus manos en mi espalda mientras acercaba su cuerpo al mío. Hacía tiempo que no me sentía igual, era como si nuestras manos supieran el camino que debían recorrer y como si cada uno conociera el cuerpo del otro de memoria, aunque nunca antes nos hubiéramos tocado. Deseé que me besara y me mirara de esa forma todos los días que me quedaban por vivir. Metió el brazo dentro de mi chaqueta abrazándome mientras me besaba el cuello y yo ladeaba la cabeza, subió hasta la oreja y me susurró:

—Muy bien, has cumplido la primera parte del trato.

—¿A qué te refieres? —pregunté, apartándole un poco para mirarlo a la cara.

—El beso era la primera parte del trato, ahora toca la película.

—Encima de tramposo, manipulador.

—Vamos, Diana, te tengo como una chica de palabra, además sé que te encanta discutir. —Me dio un beso en la mejilla y se acercó a mi oído de nuevo—. Y a mí besarte… Así que, si subo a tu casa a mirar una película, ganaremos los dos.

Lo miré mientras él me cogía de la mano y me llevaba hasta el ascensor, pulsó el botón y se abrieron las puertas instantáneamente, pulsé el número cuatro, y antes de que se volvieran a cerrar las puertas, ya tenía su boca encima de mí. Noté cómo iba bajando su mano por mi espalda y la metía dentro de mis vaqueros mientras yo le cogía del cuello y…

—O sea que llevas viviendo en Madrid desde los dieciocho… —comenta Carlos.

No sé si he estado absorta en mis pensamientos diez segundos o

diez minutos. Intento ubicarme rápidamente: no estoy en ningún ascensor, estoy en el Paseo de la Castellana; no estoy con mi ex, estoy con Carlos. Es bombero, tiene un cocker marrón, hemos hecho *match* en una aplicación de citas, es nuestra primera cita, hemos quedado a las ocho y media, ha venido a recogerme al trabajo porque hoy he hecho horas extras, me ha dicho que vive en Madrid y yo le acabo de contar que me mudé para estudiar la carrera aquí. No puedo ir en piloto automático, tengo que estar presente. No puede ser que mi ex siga en mi cabeza cuando ya no está en mi vida.

—Sí, me mudé con una amiga, Teresa, ella estudió Economía y yo…

—¿Y te quieres quedar a vivir aquí? —pregunta apresuradamente.

—Por el momento, sí. Echo mucho de menos a mi familia, pero estoy feliz y tengo casi toda mi vida aquí. ¿Tú has pensado en mudarte fuera de Madrid?

—Fuera de Madrid no, pero lejos del centro sí. Básicamente, para dejar de compartir piso, que tengo ya veintiocho y ya va tocando. He buscado por todos los sitios, sobre todo por la parte norte, porque trabajo en el parque de bomberos de Tetuán, pero vivir solo dentro de la M-30 es una utopía.

—Si te consuela, piensa que todos estamos igual, compartiendo piso o incluso viviendo con los padres.

—Bueno —se ríe—, hay que focalizarse en lo bueno. No puede ser que estemos hablando de cosas tan deprimentes un viernes por la noche. ¿Te apetece ir a tomar algo o a cenar?

Estoy muy cansada, me he pasado todo el día de reuniones y trabajando. Además, del maquillaje que me he puesto esta mañana solo quedan restos. No obstante, estoy con un chico guapo, alto y que parece simpático. Tengo toda la vida para dormir, pero no

volveré a tener veinticinco años.

—Claro, ¿sabes de algún sitio por aquí cerca para tomar una cerve?

Así, si la cita sale mal, siempre puedo acortarla.

Carlos y yo andamos quince minutos hasta una calle con varios bares y restaurantes. Elige uno de ellos, nos sentamos en la terraza y pedimos dos cervezas. Me comenta que siempre viene aquí para ver el fútbol, y que, a diferencia de los días de partido, hoy está bastante tranquilo.

A continuación, me habla de todos los sitios a los que ha viajado este año y el anterior, de las playas del Adriático y de lo bonito que es Estambul. Saca su móvil para enseñarme fotos de absolutamente todo lo que ha hecho en cada viaje. Me dice los nombres de los amigos que salen en las fotos y me cuenta todas y cada una de las anécdotas que ha compartido con ellos: cómo los conoció, a qué edad, a qué fiestas han ido y qué pasó en esas fiestas, lo que hicieron cuando fueron a un festival, cuando fueron a esquiar o a un concierto, cómo se llaman las novias o exnovias de sus amigos (con foto incluida de ellas) y cómo sus amigos las conocieron, obviamente, también me dice qué han estudiado… Incluso me explica que uno de ellos copió en selectividad, le pillaron y estuvo todo el verano encerrado en casa porque sus padres le castigaron.

En un momento dado, estoy a punto de cortarle para preguntarle cuál es el modelo y la marca de su móvil porque no entiendo cómo un dispositivo tiene tanta capacidad para almacenar imágenes.

Cuando ya hace una hora que nos hemos sentado y yo no he abierto la boca nada más que para decirle al camarero: «Una cerveza, por favor», Carlos me pregunta con una sonrisa:

—¿Te apetece cenar?

Me apetece más que un camión me pase trece veces por encima

que volver a escuchar cómo su amigo del pueblo lo había dejado con su novia. Así que me toco la sien, pensativa, y le digo educadamente:

—Estoy cansadísima, hoy he trabajado demasiado. Si ceno, creo que me voy a quedar dormida en la silla… ¿Te molesta si lo dejamos aquí?

—No, claro, lo entiendo perfectamente. Pago y te acompaño a casa.

—No hace falta de verdad, ya pago yo. Además, que no vivo lejos, no te preocupes.

—Sí que hace falta. Me prometiste un paseo nocturno y no lo hemos dado, con el buen tiempo que hace…

Asiento, forzando una sonrisa. Debería borrar la dichosa respuesta sobre los paseos nocturnos de la aplicación de citas. En su lugar, pondré que el helado de café está infravalorado o, mejor, desinstalaré la aplicación.

Carlos y yo caminamos veinte minutos hasta mi casa. No me deja decir ni una palabra en todo ese trayecto, porque está demasiado ocupado hablándome de sí mismo.

Cuando llegamos a mi portal, él se recuesta en la fachada del edificio y a mí me vienen *flashbacks* de nuevo.

—Me lo he pasado muy bien —dice con una media sonrisa.

—Me alegro.

Entonces da un paso para acercarse a mí. Ni de broma se va a lanzar, no puede tener una visión tan distorsionada de la cita. Pone la mano derecha en mi cintura mientras me mira intensamente a los ojos, y yo paseo la mirada entre mi cintura y él.

—No me estarás a punto de besar, ¿verdad? —Arqueo una ceja.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

Me dirige una expresión seductora, cuando yo solo tengo ganas de

estar metida ya en mi cama.

—Carlos, me pareces un chico muy simpático, pero estoy muy cansada. Creo que es mejor que nos veamos otro día.

—Así que eres de las que les gusta hacerse la difícil.

—No, lo que ha sido difícil ha sido aguantar toda la cita, la verdad.

Entonces quito delicadamente su mano izquierda de mi cintura.

—¿Qué quieres decir? —pregunta a la vez que saco las llaves del bolso.

—A ver, Carlos —suspiro—, ¿qué he estudiado?

—Economía, ¿no?

—No, eso lo ha estudiado mi amiga… Ni me has dejado decírtelo. —Meto la llave en la cerradura del portal—. Yo he estudiado marketing. Vivo en Madrid, pero ¿de dónde vengo?

—Creo que… ¿de Pamplona?

—¡Casi! Barcelona. —Abro la puerta—. Más preguntas: ¿tengo hermanos?, ¿de qué trabajo?, ¿qué música escucho?, ¿cuántos años tengo?

Cuanto más lo interrogo, mayor es su cara de concentración. De hecho, no despega la mirada del suelo.

—No… —levanta la vista— no lo sé.

—Pues eso, Carlos, no lo sabes porque no me has dejado hablar ni me has preguntado nada en toda la cita —apunto con tono cansado —. Encantada de haberte conocido igualmente.

Añado una media sonrisa a mi despedida. Lo hago antes de soltar la puerta para que se cierre y dirigirme al ascensor para subir a mi piso.

CAPÍTULO 4

18 de septiembre, lunes

Salgo de la reunión que acabo de tener con Miranda sonriendo y me dirijo a la cocina. Se nota en su estado de ánimo que ha estado de vacaciones, me ha dicho que siga tal y como lo estoy haciendo, que no me estrese y que, mientras todas las campañas salgan a tiempo, se da por satisfecha.

Al entrar en la cocina, me choco con alguien: Héctor, uno de mis jefes.

—¡Ay, perdón! —me disculpo.

—Nada, no te preocupes —contesta él, sonriendo ampliamente.

—Voy muy despistada. ¿Cómo estás?

—Muy bien, aunque Miranda me tiene viajando todo el rato porque está intentando abrirse mercado. Me da pena que por eso no pueda coincidir tanto con la rubia más guapa de la oficina.

Entre risas, me da varias palmaditas en el hombro.

—Qué tonto eres.

—Me voy, que tengo una reunión en nada. Pero un día de estos hacemos *afterwork* y me cuentas cómo va todo.

—Cuando quieras.

Abro el microondas de la cocina de la oficina y meto mi táper con pasta al pesto. Mientras se calienta, saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros de campana negros para ver si alguien me ha echado de

menos en mis horas de productividad laboral.

Tengo ocho mensajes por el grupo que tengo con Olivia, Teresa y Paloma. Han propuesto el típico plan de viernes noche: cenar y salir de fiesta. Me he estado escaqueando de todas las salidas. No sé cuánto aguantaré más sin que me lleven a la fuerza. Contesto con que me apunto a cenar seguro, pero que no tengo claro lo de ir de fiesta.

También tengo un mensaje de mi padre diciéndome que lo llame pronto, que ya hace una semana que no lo hago y no sabe si sigo viva o no. Le respondo que le daré un toque cuando llegue a casa, pero que no dramatice, porque nos mandamos mensajes todos los días.

Pita el microondas, saco el táper y lo pongo en la mesa alta de mármol que hay en la cocina. Mientras me pongo a comer, compruebo que tengo notificaciones en mi mail personal. Ya los revisaré por la tarde.

Deslizo la pantalla a la derecha y veo el icono de la aplicación de citas. Desactivé las notificaciones antes de quedar con Carlos porque no quería que pudiera ver que hablaba con otros chicos. En realidad, no lo hacía, pero si me escribía otro chico, no me apetecía que lo viera en la pantalla bloqueada de mi móvil. Me parecía feo.

Entro en la aplicación. Me prometí desinstalarla durante la fatídica cita con Carlos, pero en cuanto llegué a casa, entré en fase REM y ya no me acordé de que quería borrarla. Hace poco, leí un artículo que decía que podemos tener pérdidas de memoria después de un evento traumático, a lo mejor es por eso. Reviso los mensajes y, después de descartar a un par de chicos, me doy cuenta de que Carlos me escribió cuatro mensajes el domingo:

10.39: Hola Diana, he estado

pensando en lo que pasó el viernes y creo que tienes razón: es mejor que no nos veamos más.

Anda, me acabo de enterar de que no fue una decisión unilateral, sino un debate en el que teníamos que llegar a un acuerdo consensuado.

10.40: Aunque me gustabas, creo que esos cambios de humor no van mucho con mi personalidad. A lo mejor tenías la regla, pero son cosas que tienes que controlar.

Pagaría todo lo que tengo en mi cuenta del banco para volver el tiempo atrás y poder echarle laxante en la cerveza cuando se fue al baño durante la cita.

10.41: Igualmente, si cambias de idea siempre podemos ser amigos íntimos, no sé si me sigues.

Sí, Carlitos, te sigo perfectamente, incluso mi primo de diez años utiliza eufemismos más complejos. Preferiría sacarme los ojos con una cuchara ardiendo antes que me tocaras otra vez la cintura.

10.43: Tampoco entiendo por qué te haces la interesante, ¿te crees mejor que yo para no responderme? Vas a acabar sola entre cartones de vino y

gatos.

Abro mucho los ojos y me tapo la boca con la mano izquierda. Estoy sintiendo una emoción que siempre me incomoda mucho: la vergüenza ajena. Pienso en contestarle algo, pero no se me viene nada a la cabeza, y, sinceramente, Carlos, no me importas lo suficiente para hacerlo.

Elimino mi perfil de la aplicación y la borro del móvil. Por lo que he hablado y sigo hablando con mis amigas, actualmente la situación del mercado romántico es semejante a la del mercado de valores en pleno Crac del 29. Lo que pasa es que hace tiempo que no me enfrentaba a tarados, porque la soltería me quedaba lejana.

Genuinamente, llegué a pensar que no volvería a estar soltera jamás. Supongo que me lo llegué a creer cuando él me decía que tenía mucha suerte de haber conocido a la mujer de su vida tan joven. Me siento un poco tonta.

Noto que se me está secando la boca y que me cuesta tragar saliva. Sé lo que se avecina, así que miro hacia el techo para no derramar lágrimas. No pienso llorar en el trabajo, me niego.

Trato de adivinar qué estará haciendo: si habrá llorado últimamente, si estará contento y si me echará de menos. Hace semanas que no sé nada de él porque le tengo silenciado en todas las redes sociales. No me atrevo a bloquearlo o dejarle de seguir. Algo dentro de mí se aferra al pasado, a él, pensando que una nimiedad como seguirlo en redes sociales puede sustentar un vínculo ya diluido.

Tecleo en Instagram las primeras tres letras de su nombre. Reparo en que ha cambiado su foto de perfil: antes tenía una en la playa, ahora se ha puesto un selfie sonriendo en el coche. Mi pulgar duda a milímetros de la pantalla, clicar o no clicar para ver sus *stories*.

Sopeso los pros y contras de hacerlo.

Pero me conozco, mi cabeza puede dar quinientas mil vueltas a cualquier cosa y sé que, si me encuentro con algo que no me guste, mi mente es capaz de recordármelo a las tres de la madrugada mientras me enfrento a una noche de insomnio.

Ladeo la cabeza y sonrío porque me doy cuenta de que lo que quiero hacer es ridículo y que no tiene ni pies ni cabeza. Vea lo que vea, ya sea una foto sonriendo, con sus amigos, viajando o con una chica, no voy a saber realmente lo que siente. Sobre todo, no voy a saber realmente lo que siente por mí. Así que salgo de la aplicación y bloqueo el móvil, convenciéndome de que he esquivado una bala y de que la ignorancia, según como lo mires, también trae paz.

CAPÍTULO 5

22 de septiembre, viernes

Hemos quedado a las nueve para cenar Teresa, Paloma, Olivia y yo. En mi caso, llego tarde porque he subestimado la cantidad de trabajo que la peluquera tendría con mi pelo. En la teoría, cortar y volver al castaño oscuro parece un proceso mucho más corto.

Para cuando llego a la mesa, ya veo a los tres amores de mi vida, que me miran con asombro.

—No puedes estar más guapa —dice Olivia abriendo sus ojos verdes.

—Creo que en mi vida te había visto morena, y mira que te conozco desde antes siquiera que tuvieras tetas —asegura Teresa.

—Bueno, nueva vida, nuevo pelo.

—Te queda genial, es tu color. Aunque con esa cara que tienes, te quedaría bien hasta una fregona en la cabeza —comenta Paloma mientras me toquetea las puntas del pelo.

Cuando los halagos cesan, me acomodo entre Paloma y Olivia. Estoy contenta de que aprueben el cambio.

—¿No os parece que me lo he cortado demasiado? —les pregunto.

—Para nada, pero ¿y este cambio? No me habías comentado nada en casa —me reprocha Teresa.

—No sé…, creo que tendría que haberme deshecho del rubio mucho antes. A él le encantaban las rubias y yo ya no me alineo con

sus gustos así que… —digo con ironía.

Después de las risas por mi comentario nos ponemos al día con mis amigas y pedimos la cena.

Paloma nos cuenta que quiere dejar su trabajo, que estar en una consultora diez horas al día no le compensa, aunque el sueldo no esté mal. Conocimos a Paloma al poco de llegar a Madrid. Me la presentó Teresa porque eran compañeras de clase. En cuanto hablé con esa chica alta y con melena morena que le llegaba a la cintura, me di cuenta de que era la persona más divertida que seguramente iba a conocer en mi vida. Fue la que me convenció para hacerme un *piercing* en la oreja y la que me enseñó a hacerme el *eyeliner*.

A Olivia la conocimos más tarde, en la primavera del segundo año de universidad. Un día, de fiesta, nos la encontramos en el baño llorando desconsoladamente, con su pelo anaranjado alborotado. Después de contarnos que había visto a su novio ponerle los cuernos, las cuatro organizamos una pequeña venganza contra él. Esa noche, el chico perdió a su novia y nosotras ganamos a una amiga.

Teresa le comenta a Paloma que, si quiere, puede hablar con su jefe para ver si le pueden hacer una entrevista. Dice que en su empresa, aunque el sueldo es un poco más bajo, se trabaja menos y se vive mejor.

—Me lo voy a pensar, porque paso más tiempo en la oficina que en mi casa.

—¿Qué es lo que hay que pensar entonces? —pregunta Olivia, tocándose el brazalete plateado que lleva en la muñeca izquierda.

—Que hay un chico en el departamento de recursos humanos que está muy bueno y una chica en el mío con la que llevo tonteando desde que entró hace un mes —se sincera Paloma.

—No te líes con alguien del trabajo, para esas cosas ya existen las

aplicaciones de citas —le advierte Teresa.

—Paso de esas aplicaciones. —Paloma pone los ojos en blanco—. La última vez que tuve una cita por una, la chica con la que quedé me estuvo hablando de su ex durante dos horas.

Me toco el hombro que el top negro que llevo me deja al descubierto y recuerdo en voz alta la fatídica cita:

—Opino lo mismo, el chico con el que quedé la semana pasada no me dejó hablar en toda la cita.

Conforme pronuncio estas palabras, me planteo si he hecho lo correcto. Sospecho que mi primera cita tras la ruptura iba a tener que ser profundamente comentada.

—¿Cómo que fuiste a una cita la semana pasada? —pregunta Teresa perpleja—. ¿Fue el viernes que llegaste tan tarde a casa?

—Sí, no sé, me descargué una aplicación de citas e hice *match* con un chico, pero no me gustó nada.

—Me alegro mucho de que al menos hayas tenido una cita, eso quiere decir que vuelves a estar abierta al amor. —Olivia me toca el brazo para llamar mi atención.

—O al sexo, que ya es mucho. —Paloma levanta el dedo índice para dar énfasis a sus palabras.

Me arrepiento al instante de haber comentado lo de la cita porque justo después de eso empieza el interrogatorio que tanto temía. Por suerte, nos traen la cena, por lo que estarán también más ocupadas con sus platos.

—¿Era guapo al menos? —indaga Teresa.

—Sí, bueno, pero qué más da, era bastante imbécil.

Aprovecho los segundos de silencio para cortar el *magret* de pato.

—¿Te volvió a escribir? —pregunta de nuevo Teresa.

Me debato entre decir la verdad o no. Pero ahora mismo no quiero hablar del tema. Ni de este ni de cualquier otro que tenga que ver

con mi vida sexoafectiva. Desde que estoy soltera me agobia hablar de eso, así que escojo mentir:

—Borré la aplicación en cuanto llegué a casa, así que no. También es verdad que le dije a la cara que no me había gustado la cita, por lo que no creo que le quedaran ganas de escribirme.

—Tienes que dejarte de chorradas y permitirme presentarte a alguno de mis amigos —me suelta Paloma—. Al menos ellos no usan sus traumas para victimizarse cuando la cagan.

Mientras Paloma se recoge su larga melena en una coleta, miro a Teresa con cara asesina. Se lo conté un día después de que nos encontrara llorando a los dos en la cocina, no le di detalles de nada, pero no puedo creer que lo haya soltado.

—Teresa, ¿cómo les has podido contar nada? Te hice prometerme que no dirías ni una palabra.

—Diana, cariño, ¿ese tío te manipula y destroza y encima quieres que tenga la decencia de no contarlo? Tiene suerte de que no ponga una pancarta en Gran Vía con todo lo que te hizo. Y que tampoco es una cosa tan grave hija, qué exagerada eres.

«Claro, lo que yo te he contado no es tan grave, pero esa no es toda la verdad», digo para mis adentros.

—Además —anota Paloma—, que delante de ti no saquemos el tema de él no significa que a tus espaldas no lo pongamos a parir. Le llamamos el Penas. De hecho, tenemos una lista de todos los motes que le hemos puesto. Podrías haber participado cuando la creamos, pero, claro, el sábado pasado no quisiste salir porque parece que eres una de las hijas de Bernarda Alba pasando el luto.

—Sois malas. —Niego con la cabeza.

—Tenemos de todo, eh —apunta Teresa—: motes refiriéndonos a su pelo, a su cara, a su forma de hablar, a la importancia que se daba a sí mismo…

—¡Chicas, basta ya! —interviene Olivia con voz dulce—. Yo la verdad es que pensaba que os ibais a casar. Parecíais de película, a mí me gustaría algo así para mí. Os veía perfectos el uno para el otro, como los amores de antes, ¿sabes? Los que empiezan jóvenes, forman una familia y a los ochenta siguen tan enamorados como cuando eran adolescentes.

Teresa, Paloma y yo nos miramos. Yo intento reprimir la risa, pero las otras dos estallan en carcajadas.

—Pero ¿tú la viste cuando la dejó? —pregunta Teresa.

—Sí, chicas, pero es lo normal, a veces el amor de verdad duele —replica Olivia—. Lo importante es luchar por la gente que quieres. Diana, ¿estás segura de que no quieres hablar con él para volver a intentarlo?

Olivia me mira en busca de apoyo. Sin embargo, yo solo soy capaz de reaccionar con una mueca asqueada.

—Mira, si tuvieras quince años, me parecería muy tierno e inocente lo que acabas de decir. Pero, Olivia, tienes veinticinco, me preocupas —opina Paloma.

Una vez que hemos terminado de cenar, suena el teléfono de Teresa. Es el chico con el que lleva viéndose un mes, lo he sabido nada más verle la cara porque se pone siempre roja, pero actúa como si no le importara.

—Bruno —le saluda Teresa con una sonrisa enorme, que no borra en esos segundos en los que escucha lo que le está diciendo su nuevo novio—. Vale, estoy ahí en treinta minutos.

A mí me da igual que la velada se acabe aquí. Pero a quien no le hace ninguna gracia es a Paloma, que pone los ojos en blanco.

—¡Qué equivocada que estaba cuando pensaba que ahora que Diana estaba soltera volveríamos a pasárnoslo tan bien como antes! —protesta.

Salimos del restaurante. Es una buena noche de principios de otoño; no hace calor, pero tampoco frío.

—Así que no vamos a salir de fiesta —se lamenta Olivia.

—¿Por qué no? Que Teresa nos deje tiradas no significa que nosotras tres no podamos pasárnoslo bien —dice Paloma.

—Eres insoportable —afirma Teresa.

—Yo me voy a casa, estoy cansadísima.

—Diana, no empieces con tus tonterías —me advierte Paloma.

—Mirad, salís Olivia y tú. Os lo pasáis genial y mañana nos enviáis fotos y vídeos de todo lo que habéis hecho para darnos mucha envidia y que nos arrepintamos de no haber salido con vosotras.

—Vale, pero la próxima vez no hay excusas, salimos todas, por favor —suplica Olivia.

Nos abrazamos las cuatro y me voy sola hacia la boca del metro, pensando en qué excusa les pondré la semana que viene. También me pregunto si él pasará hoy la noche en casa o saldrá de fiesta.

CAPÍTULO 6

24 de septiembre, domingo

Salgo de la habitación y me recojo el pelo en una coleta. Prefiero los moños altos, pero con la nueva longitud de mi melena no puedo obrar tales milagros. Cruzo el pasillo, la puerta de la cocina está abierta. Veo que Teresa aún no ha lavado los platos que están en el fregadero y que llevan ahí desde el lunes, me muerdo el labio y niego con la cabeza.

Acto seguido, me dirijo al baño, giro el pomo de la puerta y abro los ojos con asombro cuando la veo sentada en la taza del váter.

—No sabía que habías dormido aquí. —Me rasco un ojo con el dorso de la mano.

—¿Y dónde iba a hacerlo?

—Teresa, últimamente veo más a mi tía segunda de Tarazona que a ti porque duermes ocho de cada siete noches en casa de Bruno.

—Cállate, anda. —Chasquea la lengua.

—Dentro de nada, Bruno te pedirá que pagues tu parte del alquiler porque prácticamente ya eres su inquilina. —La apunto con el dedo—. Entre el pago de su piso y el nuestro, ¿cómo llegarás a final de mes?

—Estoy en una emergencia ahora mismo, Didi.

Se rasca la cabeza con sus uñas largas ovaladas, algo que suele hacer cuando está nerviosa.

—Pues la emergencia tendrá que trasladarse a otra estancia de esta luminosa mansión porque me tengo que duchar y lavar los dientes. He quedado con Paloma dentro de una hora. ¿Te vienes?

—No puedo, he quedado con…

—Déjame adivinar, ¿Bruno? Me alegro de que estés perdidamente enamorada de alguien que no da repelús. Veo que tus gustos van mejorando. El que te pedía que le pusieras un mote a su miembro, ¿cómo se llamaba? —Le guiño un ojo, pero me sigue mirando con expresión irritada—. Bueno, necesito el baño, que no quiero llegar tarde.

—Son solo dos minutos.

Mi amiga coge algo de la tapa del váter y se levanta para enseñármelo. Es un test de embarazo.

—Teresa, ¡¿qué me estás contando?!

—Me he comprado treinta en la farmacia para hacérmelo varias veces y quedarme tranquila.

—¿Este es el primero?

—No, es el segundo. He tirado el otro, ha salido negativo.

Escuchar esto me quita un peso de encima, y se lo demuestro a Teresa abrazándola.

—Joder, Tere. No te vuelvas paranoica, este también va a salir negativo, y es casi imposible tener dos falsos negativos, hay más probabilidades de que te toque la lotería que de que pase eso.

Ambas nos quedamos en silencio. Al cabo de unos segundos, Teresa traga saliva y mira el test, incómoda. Por un momento, pienso que en esta ocasión sí le ha salido positivo y que, definitivamente, voy a ser tía. Menos mal que cuando me lo enseña, compruebo que Teresa no está embarazada.

—¡Menos mal, tía! No me vuelvas a dar estos sustos —la regaño —. Además, ¿sabes que existen unas funditas llamadas preservativos

que se inventaron para que no te encuentres en esta situación?

—Ya, dime, Diana —se le dibuja una media sonrisa en la cara—, ¿has utilizado muchos tú en estos últimos dos años?

—Bueno, yo me concentro en el presente, y como mujer soltera y que parece estar de celibato voluntario, porque tremendos personajes hay ahí fuera, no me tengo que preocupar por eso, pero tú sí. —Le doy un beso en la frente—. Así que no hagas más el tonto. Además, vivimos en cuarenta y cinco metros cuadrados, no nos cabe una cuna en el salón.

Suelta una carcajada tirando la cabeza hacia atrás.

—Bueno tu habitación es la grande, ahí cabría.

—Creo que no hace falta seguir discutiéndolo —le cojo el test de la mano— porque solo sale una rayita, y eso significa que no voy a ser tía hasta dentro de mucho tiempo.

Salgo del metro a paso ligero porque llego un poco tarde. Hemos quedado en una cafetería de la Plaza de Olavide para desayunar. Quiero que Paloma me cuente qué pasó el viernes, tanto Olivia como ella no han dicho mucho por el grupo porque el sábado tenían muchísima resaca. Hoy habríamos quedado también con Olivia si no fuera porque está pasando el día en Valladolid, donde nació. Es increíble: el noventa por ciento de personas que conozco en Madrid no son realmente de Madrid.

Noto el viento de cara al girar la esquina y me arrepiento de no haber cogido chaqueta. A lo lejos, veo a Paloma, sentada a una mesa de la terraza, que levanta el brazo para que la localice. Lleva unas gafas de sol negras y un top de manga corta morado.

—Gracias por esperarme.

Para saludarla, le doy un beso en la mejilla y me siento en una de las sillas.

—No te preocupes. —Se quita las gafas y las deja encima de la mesa—. ¿No viene Teresa?

—Ha quedado con Bruno. ¿Cómo fue el viernes con Oli?

—Bien, fuimos a una discoteca que era un poco antro la verdad, pero la noche dio contenido.

Viene el camarero y le pedimos el desayuno: tostadas y café con leche.

Paloma me sigue narrando cómo fue la noche del viernes: se fueron de fiesta junto a tres chicos que habían conocido antes en un bar. En la discoteca, Olivia empezó a tontear con uno de ellos y le acabó dando su número. Después se fueron de *after* con unas amigas de la universidad y finalmente llegaron a casa a las once de la mañana. Para cuando termina de contar la velada, ya nos han traído el desayuno.

—Te juro que no entiendo cómo podéis aguantar tantas horas de fiesta.

Muerdo mi tostada con tomate y observo a Paloma dando un sorbo a su café.

—Te recuerdo que antes de que te convirtieras en una persona consumida por el duelo éramos tú y yo las que cerrábamos la discoteca.

—Exacto, cerrábamos la discoteca, no los *afters*, lista. —Cojo sus gafas de sol de la mesa y me las pongo—. Por cierto, ¿alguna de tus amigas de la universidad te dijo algo de Sara?

—No. —Hace una pausa mientras bebe otro sorbo de café—. Supongo que la ven de vez en cuando, solo Teresa dejó de hablar con ella cuando rompimos. Tampoco pregunté, ya me da igual.

Sara y ella empezaron siendo amigas de la universidad. Todas —sobre todo Teresa— veíamos que entre ellas había más que una amistad. Pero Paloma se engañaba a sí misma sobre sus

sentimientos porque entonces tenía novio. Hasta que un día ocurrió lo inevitable y cortó por fin con su pareja.

Paloma siempre había salido con chicos, algunos guapos, otros feos, casi siempre altos, pero nunca tontos, no tenía un prototipo muy definido, pero sabía perfectamente qué quería de un chico cuando lo veía. Tenía una especie de sexto sentido en cuanto a relaciones interpersonales se refiere. Solo necesitaba hablar cinco minutos con alguien para saber si podría enamorarse de esa persona. Y eso es lo que le pasó en segundo de Economía, aunque para su sorpresa no le pasó ni con un chico guapo, ni con un chico feo, ni con un chico alto, le pasó con Sara. Rubia con el pelo por los hombros, los ojos grandes y azules, la piel bronceada y los labios carnosos.

Paloma nos dijo que le recordaba al sol. Se acercó a ella y le preguntó si le podía ayudar en algo porque parecía perdida. Quiso saber qué estudiaba y, cuando le dijo que había pedido el traslado de universidad y que estudiaba lo mismo que ella, fueron juntas hasta la clase. Después Paloma le sugirió que podían ir a la cafetería, donde estuvieron cuatro horas hablando y tomando cerveza.

Este tipo de encuentros se dieron durante todo el curso. Teresa le decía siempre a Paloma que no hiciera tonterías, y Paloma le aseguraba que solo eran amigas. Lo que realmente ocurría era que Paloma llevaba ocho meses saliendo con un chico, se querían, era una relación sana y estable o, al menos, todo lo estable que puede ser una relación a los diecinueve años, y estaba enamorada de él, o eso creía.

El día que acabaron los exámenes finales de junio salieron de fiesta todos los de su clase. Sara y Paloma estuvieron bailando toda la noche y finalmente se besaron. Al día siguiente Paloma rompió

con su novio, y un día después empezó a salir con Sara. Yo lo veía bastante precipitado y desconsiderado. Se lo dije a Paloma, y estuvo dos semanas sin dirigirme la palabra. Desde entonces comprendí que, por mucho que quieras ayudar a una amiga, hay cosas que no le puedes decir cuando está muy enamorada.

Paloma y Sara tuvieron una relación muy intensa, desde la primera semana vivían prácticamente juntas. Su relación era tóxica, pero no porque hubiera gritos, insultos o faltas de respeto, sino porque había tal dependencia que se convirtieron en un apéndice la una de la otra.

En el último cuatrimestre de la universidad, Sara se fue de Erasmus. Recuerdo que Paloma vino a casa después de acompañarla al aeropuerto con sus ojos casi negros hinchados y las mejillas repletas de máscara de pestañas. Al mes de estar fuera, Sara la dejó por mensaje, le dijo que, aunque pensara lo contrario antes de irse, la separación le había hecho darse cuenta de que no era lo que quería en ese momento de su vida. Dos semanas después de ese mensaje subió una foto a redes sociales con su nueva novia. No hablaron nunca más, y la última vez que la vio fue ese día en el aeropuerto.

—¿No sabes nada de su vida? —La miro a través de las gafas de sol.

—Didi, ya sabes que la dejé de seguir en todas mis redes sociales un año después de dejarlo, el mismo día que subió una foto celebrando un año con la otra. Es decir, empezaron a salir el mismo día que me dejó. Pero, bueno, me hizo lo mismo que yo le hice a mi ex, así que seguramente me lo merecía.

—Bueno —le cojo la mano que tiene apoyada en la mesa, y ella la aprieta en respuesta—, pero son tres años de contacto cero. Estoy muy orgullosa de ti.

—No, Didi. Eso ya no es contacto cero, eso ya es soltar de verdad.

—¿La echas de menos a veces?

—Qué va. —Aprieta los labios—. Ya ni recuerdo cómo era su voz ni en cuál de los dos brazos tenía mi inicial tatuada y tengo su cara desdibujada. A veces creo que echo de menos el sentimiento de estar enamorada, porque no me he vuelto a sentir así desde entonces. Echo en falta la ilusión, ponerme nerviosa al ver a una persona que me gusta más de lo normal, sonreír como una tonta al recibir un mensaje… Esas cosas.

—Bueno, solo necesitas tiempo.

—¿Tres años no son suficientes? —Me suelta para coger su taza y acabarse el café.

—Es el tiempo que has necesitado para estar bien de verdad. Creo que lo de enamorarse plenamente tiene más que ver con el momento de tu vida en el que te encuentras que con quién te encuentras.

Paloma me coge la mano de nuevo en busca de apoyo.

—Didi, creo que yo no voy a ser capaz de hacer eso. Creo que estuve tan triste y rota que esas cosas ya no las voy a volver a sentir. He tocado fondo, y sigo ahí.

—¿Te acuerdas de cómo estaba yo cuando dejé a mi primer novio, a Pablo? Destrozada. Pensaba que había dejado escapar al amor de mi vida. —Asiente con la cabeza al escuchar mis palabras—. Pensaba que nunca me volvería a enamorar, que siempre estaría pensando en Pablo. Lo daba por hecho.

—Ya, Diana, pero tenías veinte años, ahora tenemos veinticinco. Ahora quizá ya es demasiado tarde.

—¿Tarde para qué? Paloma, tienes que dejar de ver esos vídeos donde hombres con más entradas que cerebro dicen que las mujeres perdemos nuestro atractivo a los treinta. Pero, imagínate que no

volvieras a tener pareja, ¿tan malo sería?

—No lo sé. —Se refriega los ojos antes de continuar—. Siempre he creído o me han hecho creer que encontrar al amor de tu vida es uno de tus propósitos vitales.

—La vida es mucho más que encontrar pareja, aunque nos hagan pensar que no, aunque nos quieran meter en la cabeza que solo tiene propósito si la compartes con un novio o una novia. —Me paso una mano por el pelo—. Hay gente que está con personas a las que no soportan simplemente porque tienen grabado a fuego que es mejor eso que estar solos. Y no es verdad, aunque todo el mundo actúe como si lo fuera. Si viene, bien, y si no, quizá es que el amor de tu vida no es una pareja. Puede ser una amiga, un familiar… Pero no puedes desperdiciar tu vida con alguien que no te llena simplemente porque la alternativa sea estar soltera.

—A lo mejor mi persona eres tú —me dice con cara seductora.

Me río al escucharla.

—¿Me está proponiendo algo indecente, Paloma Aguilar?

—Ya me gustaría, pero no. No eres lo suficientemente intensa, me gustan más sensibles.

—Y a mí me gustan con más barba.

Me propina un golpe en el brazo riéndose.

—A lo mejor sí. —Digo mientras sonrío—. Quien pensaba que era mi persona ha resultado no serlo, así que puede que yo sea tu persona, y tú seas la mía.

De vuelta a casa, me pongo a pensar en la historia de cómo se conocieron mis padres y en los consejos que me han dado cuando he pasado una ruptura. Me pregunto si le he dicho todas esas cosas a Paloma porque yo necesitaba oírlas más que ella. Cojo el móvil y voy a mi lista de contactos, necesito que otra persona me diga todas

esas cosas que yo le he dicho a mi amiga.

—¡Pero si sigues viva! —dice mi padre cuando descuelga.

—Ay, papá… Si nos enviamos mensajes todos los días…

—Pásame a la niña —oigo a mi madre de fondo.

CAPÍTULO 7

28 de septiembre, jueves

Llego a casa pensando en la jornada que me espera mañana. He estado todo el día de reuniones con Miranda y Guille para discutir las ideas que tenemos planeadas para las próximas campañas. Mañana, tanto Guille como yo intentaremos convencer a los clientes de que lo que hemos ideado va a funcionar. Aunque no se me da mal, es agotador mentalmente.

Al cerrar la puerta oigo desde la cocina una voz masculina.

—Ya ha llegado la rubia.

Cuando voy hacia allí, me encuentro a Bruno y Teresa cocinando.

—Bueno, ya no tan rubia —comenta sorprendido—. Menudo cambio, te queda muy bien.

—Muchas gracias. ¿Qué estáis preparando?

—Pollo al curry —contesta Teresa mientras remueve el contenido de la olla—. Estamos haciendo de más. Lo digo por si quieres que te deje un táper con lo que sobre.

—Me harías un favor porque me da mucha pereza ponerme a cocinar esta noche la comida de mañana. ¿Vais a hacer algo?

Bruno y Teresa me cuentan que esta noche van a ir al cine; en concreto, van a ver una película de terror psicológico. Él bromea con que es una táctica para que a mi amiga le entre el miedo en el cuerpo y vaya a su casa a dormir con él.

Voy a mi habitación. Nunca me he sentido incómoda viendo a gente mostrando su amor en público, pero desde la ruptura sí que me crea un poco de rechazo. Me recuerda que yo fui así de feliz y estaba así de enamorada no hace tanto. Con él, de él.

Parece que cuando lo acabas de dejar con alguien, todo el mundo a tu alrededor está enamorado: la gente de la calle, tus amigas, tus compañeros de trabajo… Te enteras por redes sociales de que personas que conoces se van a casar, y todos los libros que lees y todas las películas que ves te trasportan a momentos en los que fuiste feliz con quien ya no está.

Me siento en la cama después de cambiar mi blusa gris, mis pantalones de traje y mis botas por un conjunto deportivo y unas zapatillas blancas. Llamo a Olivia.

—Hola, Didi. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ya me contó Paloma que tú el viernes pasado te lo pasaste genial.

—Anda, calla —dice riéndose—. Solo le di mi número.

—¿Te ha escrito?

—Ni confirmo ni desmiento —contesta con voz misteriosa.

—Eso quiere decir que sí… ¿Habéis quedado?

—Sí, hemos quedado para cenar el sábado, pero dice que me quiere llevar a un sitio sorpresa antes…

Noto que lo dice sonriendo.

—¿Al templo de Debod para ver el atardecer juntos?

—No creo… Imagino que será un poco más original. —Hace una pausa—. Bueno, como diría Paloma, «Estoy hablando de un hombre, tampoco espero mucho de ellos».

Suelto una carcajada.

—Bueno, si se lo curra de verdad, a lo mejor tenéis una segunda cita. Capaz eres de estar como Teresa para finales de septiembre.

—No creo que dé tiempo tampoco, en dos días se acaba septiembre.

Abro los ojos, suelto el móvil encima de la cama y empiezo a hacer cálculos mentales y a tocar con la yema de mi pulgar mis otros dedos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

—Diana, ¿me oyes?

—Sí, sí, es que el tiempo pasa volando y no me doy ni cuenta. No sé ni en qué día vivo, y me he dado cuenta de que estamos a finales de mes y aún no he cobrado. Mañana hablo con mi jefa.

—Deberías, en mi empresa cobramos todos el veintiséis, aunque no sé cómo irá en la tuya.

—Sí, más o menos igual. ¿Te importa que te llame después del gimnasio? Es que estoy llegando tarde a la clase de *spinning*.

—Claro, no te preocupes, te quiero.

—Te quiero.

Voy al baño. Al salir, me dirijo a la cocina y, antes de entrar, veo a Teresa sentada en el regazo de Bruno besándole mientras él tiene ambas manos en la espalda de ella. Dudo si interrumpirlos o no, y al final doy dos pequeños golpes en la puerta con mi mano derecha. Mi amiga se gira para mirarme.

—Perdonad —digo con una mueca de incomodidad.

—No pasa nada. Ah, por cierto, ya casi está el pollo. ¿Quieres probarlo?

—No, no tengo nada de hambre ahora mismo, pero ¿podrías venir conmigo un segundo?

SEPTIEMBRE
DOS AÑOS ANTES
DIANA

Abro los ojos poco a poco. Lo primero que veo es un móvil a un

centímetro de mi cara. Le doy un manotazo mientras me giro y oigo como él se ríe.

—Oye que solo quería tener pruebas de que roncas —dice mientras se pone encima de mí.

—Déjame —mascullo.

—No entiendo cómo alguien puede dormir tanto. Son las doce del mediodía.

—Estoy cansada. —Entierro la cara en el cojín.

—Bueno, ahora no quieres cooperar. Pero no pasa nada, amor, ya te he grabado de todas las maneras posibles. Bueno, no; me falta este plano.

Me doy cuenta de que tiene otra vez el móvil apuntándome. Él se ríe mientras yo le doy la espalda.

—No hagas el idiota, salgo muy fea.

—Eres la chica más guapa que he visto en mi vida. —Me invita a girarme para mirarme mejor, ya ha parado de grabar—. Deja de decir tonterías.

Nuestras caras se encuentran a apenas milímetros de distancia, hasta el punto de que mi nariz roza la suya.

—Y tú eres el chico más mentiroso que he conocido en mi vida.

Me observa embelesado. Me fijo en cómo se le agrandan las pupilas. Me encanta cuando sonríe y se le rasgan los ojos.

—Nunca me cansaré de mirar tu cara, Diana.

Me ruborizo. Siento una mezcla de vergüenza y felicidad. Como respuesta, le doy un pequeño empujón en el hombro para apartarlo, pero no se mueve ni un centímetro. Solo se ríe y levanta de nuevo el móvil.

—¿Qué haces ahora?

—Vídeo testimonial —dice muy serio a la vez que pulsa para grabar.

¿Vídeo testimonial? Arqueo una ceja.

—Hola, Blanca y… —empieza.

—¿Blanca y…?

—Es un vídeo para nuestros hijos. Ya te dije que la niña se tendría que llamar como mi madre. Tú tendrás que elegir el nombre del otro.

Niego con la cabeza, pero una amplia sonrisa delata que deseo ese futuro con él.

—Estás fatal.

—¿Fatal por qué?

—Porque tal vez solo tendremos dos niñas o dos niños. No lo podemos saber.

Hace un gesto exagerado de horror.

—No, no, no. Yo quiero la parejita. Si no, no sirve. —Se incorpora un poco y vuelve a hablarle al móvil—. Equis y Blanca. Equis, quiero que sepas que, aunque tu madre aún no haya pensado tu nombre, te queremos igual que a Blanca. A los dos por igual. Como veis, mamá —acerca su móvil a mi cara— no quiere salir de la cama. Espero que, para cuando hayáis nacido, no sea tan dormilona.

—Yo espero que, para entonces, vuestro padre no sea tan idiota.

—No le hagáis caso. Supongo que ya sabéis cómo se pone cuando le criticas cualquier cosa.

Esta contestación provoca que estalle en carcajadas.

—Apaga el móvil, va.

—Os queremos mucho, chicos.

Después le lanza un beso al móvil y lo deja en la mesilla de noche. Aún con una sonrisa, sigo mirándolo, cuando se vuelve a girar hacia mí.

—Equis… —Niego con la cabeza—. Con ese nombre le harán *bullying* en el colegio.

Suelta una carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—Bueno, aún te queda mucho tiempo para elegir un nombre que no le haga pasar vergüenza. Ahora mismo no estamos preparados ni de coña.

Me quedo pensativa un momento y apoyo la mejilla sobre su pecho.

—¿De verdad querrás tener hijos algún día? —le pregunto.

—Nunca lo he tenido claro, sinceramente. Pero tampoco quería casarme hasta que te conocí y ahora me gustaría.

—Vaya, vaya, ¿es eso una propuesta? —digo ladeando la cabeza.

—Si por mí fuera, nos casábamos mañana. Entrarías con «The Book of Love» de Peter Gabriel a la iglesia, guapísima como siempre, y luego en la cena habría barra libre para que todo el mundo se emborrachara tanto que no notaran que desaparecemos cada diez minutos para ir a hacerlo al baño.

—Qué guarro eres.

—Y eso te encanta. Pero ahora en serio, en el caso de que algún día sea padre, si es que llega a pasar, que no lo tengo claro, sé que solo va a ser contigo.

Levanto la cabeza para mirarle.

—Quiero que me salgan los hijos guapos, solo te quiero por tus genes, así que no te emociones.

—Eres idiota —le susurro, aunque no puedo evitar sonreír.

—Ya me lo has dicho tres veces esta mañana —responde dándome un beso suave en la frente—. Pero, aun así, sigues aquí.

—Sí, porque no me dejas escapar.

—¡Mentira! —Se ríe—. Estás coladísima.

Acto seguido, comienza a hacerme cosquillas y me revuelvo contra él, entre carcajadas.

—¡Para! —grito.

—Lo haré cuando te levantes de la cama y te cambies de ropa.

—¡Eres insoportable!

Consigo girarme y esconderme bajo las sábanas, jadeando de tanto reír.

—Y tú eres la persona más dormilona y pesada que he conocido, pero también la que más quiero en el mundo —susurra metiéndose también bajo las sábanas. Luego se acerca a mí y me rodea con los brazos.

Nos quedamos en silencio, de manera que me concentro en su respiración tranquila y en sentir su calor.

—Tú también eres mi persona favorita —murmuro al final, con la voz aún algo agitada.

Siento cómo se curva su boca contra mi hombro, por lo que intuyo que sonríe.

—Te dejo cinco minutos más. —Me da un beso en la nariz—. Pero solo cinco, ¿vale?

—Prometido.

Cierro los ojos, sabiendo que probablemente se va a rendir y no saldremos de la cama en todo el día.

OCTUBRE

FELIPE

CAPÍTULO 8

1 de octubre, domingo

Abro los ojos sobresaltado porque creo que llego tarde al trabajo. Por suerte, me tranquilizo al recordar que me había pillado este fin de semana libre.

Noto en mi espalda cómo respira profundamente mientras duerme. Me giro para observarla. Su pelo es largo y moreno. La repaso con la mirada para memorizar su cara. Sus cejas oscuras y tupidas enmarcan unos ojos de pestañas largas. Me percato de que los párpados y las ojeras están cubiertos de máscara de pestañas. Continúo bajando la mirada. Su nariz es pequeña, y sus labios, finos.

Su nombre debe de ser muy común porque si no me acordaría, tampoco soy tan imbécil. «¿Era María? ¿Sofía…? Piensa, te lo dijo cuando te acercaste a ella en la barra de la discoteca», me obligo a recordar. Pero, por mucho que rebusco en mi memoria, solo me viene a la cabeza la noche que hemos pasado. Desde los besos en la discoteca hasta nuestro encuentro apasionado en casa. Tenía que aprovechar que mis dos compañeros no estaban, sobre todo porque me mudé aquí hace dos semanas y tampoco me apetece que empiecen a quejarse de que salgo demasiado y hago ruido al llegar.

Necesito acordarme de su nombre, me la quiero volver a tirar. Además, no me gustaría que pensara que la he utilizado porque no tenía a nadie mejor con quien ligar.

Me levanto de la cama sin hacer mucho ruido, no quiero despertarla. Miro a mi alrededor: la silla, la mesa, el suelo… Nada, no lo veo por ningún lado.

Salgo de la habitación a paso lento y sigiloso. Tampoco está en el perchero de madera de la entrada. Allí me encuentro con mi reflejo en el espejo que hay al lado de la puerta. Me miro las pecas de mi torso y repaso con los dedos la cicatriz que tengo en el abdomen, más oscura después del verano. De hecho, los calzoncillos blancos me resaltan el bronceado. Me doy cuenta también de que tendría que cortarme el pelo ya; no hay manera de domarlo.

Cuando ya he parado de deleitarme con mi belleza, voy al comedor y compruebo que allí está el bolso. Lo debió de dejar ahí cuando empecé a besarla. Entonces lo abro. Sé que no es de buena educación rebuscar entre los objetos personales de nadie, pero esto es por una buena causa.

Un pintalabios, monedas, un pañuelo usado, unas llaves y, bingo, su DNI. ¡Lucía! Lo sabía, era un nombre común. Meto todo de nuevo en el bolso y me dirijo a la entrada para dejarlo colgado en el perchero.

¿Debería hacerle el desayuno? Si quiero volver a tenerla en mi cama, aunque me dé pereza, no me queda otra opción.

Me dispongo a hacer tostadas, café y huevos fritos. No es que sea lo que típicamente desayunaría, pero es lo que tengo ahora en la despensa. Espero que baste, con mucho menos ha sido suficiente otras veces.

Cuando ya lo tengo todo listo —y me he lavado los dientes—, voy a la habitación y le doy un beso en la mejilla para que abra los ojos. Lucía sonríe mientras se estira.

—Hola —musita con voz dulce.

—Buenos días, Lucía. ¿Has dormido bien?

—Sí, ¿cómo has dormido tú?

—Con una chica muy guapa al lado. —Ensancha la sonrisa—. Creo que pocas cosas pueden hacerme dormir mejor. ¿Quieres ir a la cocina? He preparado el desayuno.

—Claro, muchas gracias.

Me levanto de la cama y le doy la mano para conducirla hasta la cocina. Abre la boca, asombrada, al ver con sus propios ojos el detalle que he tenido con ella.

—A lo mejor prefieres otra cosa para desayunar. —Me rasco la nuca—. Tengo cereales, si quieres.

—No, está bien.

Lucía y yo nos sentamos a la mesa y empezamos a comer en silencio. Me estoy poniendo de los nervios pensando en qué puedo decirle, pero no se me está ocurriendo nada. Así que tiro por lo básico.

—¿De qué trabajabas, Lucía? —digo antes de darle un mordisco a la tostada.

—Soy enfermera.

Se vuelve a quedar callada, matando la conversación antes de apenas haberla comenzado.

—Mi compañera de piso también es enfermera —intento seguir por ahí—. Trabaja siempre por la noche. ¿Te gusta ser enfermera?

—Sí.

Me quedo a mitad de darle otro mordisco a la tostada. Lucía me parecía más habladora esta noche. Veo que está mirando los azulejos de la pared de la cocina, así que voy a probar por ese tema.

—Espero que te guste la casa. El alquiler es un disparate, pero al menos las habitaciones son grandes y mis compañeros de piso no suelen estar mucho en casa. Así que es como si viviera solo. Me mudé hace dos semanas, aún me estoy aclimatando al barrio.

Lucía asiente y se vuelve a hacer el silencio. Le doy un sorbo a mi café mientras pienso en qué puedo preguntarle.

—¿Tú por qué zona vives?

—En las afueras.

—¿Y vives sola?

—No, vivo con mis padres.

—Bueno, al menos tienes confianza con tus caseros. —Le guiño un ojo.

—Sí.

—¿Tus amigos viven por tu zona?

—Sí.

Hoy tengo un público muy difícil. Repaso la cantidad de chicas que había en la discoteca: altas, bajas, morenas, rubias, alguna pelirroja… Eso sí, la mayoría eran guapas. Me arrepiento de no haberme ido a casa con alguna de ellas, cualquiera que no fuera un ficus, al menos. Lucía me gustó desde que la vi. Llevaba un vestido negro ajustado y me atrajo como se mordía el labio mientras bailaba con sus amigas. De hecho, se lo dije a mi amigo Mateo y él me dijo que si conseguía besarla en veinte minutos me pagaría todas las copas la próxima vez que saliéramos de fiesta. Lo hice en diez.

Conforme terminamos las tostadas y los huevos, aprovecho para recoger los platos y dejarlos en el fregadero. Cuando regreso a la mesa, ella está mirando algo en su móvil.

—Tengo que ir al gimnasio dentro de una hora —comento.

—Sí, yo también tengo cosas que hacer. ¿Me das tu número?

Me debato entre si debo dárselo o no, no me ha convencido mucho lo que he visto esta mañana. ¿Y si me empieza a mandar mensajes todos los días? Bueno, aun a malas, le hago *ghosting*. Es mejor dárselo por si algún día estoy desesperado por acostarme con alguien.

—Claro. —Entonces, me pasa el móvil y le agrego mi contacto. Después se lo devuelvo—. ¿Quieres que te pida un Uber?

—No, tengo que recoger un paquete por aquí cerca.

—Como prefieras. Puedes ducharte, si te apetece —sugiero.

—No, tranquilo. Lo único: ¿me podría llevar la camiseta? Es para llevarla encima del vestido. No quiero ir con tanto escote a las diez de la mañana. Te la devolveré la próxima vez que nos veamos.

Vaya, lo tiene muy claro…

—Te la puedes quedar. Es muy vieja.

Me levanto de la silla para fregar los platos y Lucía se va a mi habitación a vestirse. Tenía pensado invitarla a pasar el domingo conmigo: desayunar juntos, volver a acostarnos, ver una película, hablar, pedir comida a domicilio, acostarnos por tercera vez… Luego sutilmente le propondría que se fuera antes de que llegaran mis compañeros de piso de pasar el fin de semana en sus respectivos pueblos. Pero el encuentro no ha ido como esperaba.

Cuando nos despedimos, Lucía me besa y se va con la promesa de que nos veremos pronto. No entra dentro de mis planes.

Pongo el móvil a cargar encima de la mesilla de noche. Estoy a punto de dormirme, cuando suena mi teléfono. Mateo.

—Felipe —me dice—, estamos yendo a tomar un vermut. ¿Te vienes?

—No, tío, estaba a punto de quedarme dormido, que casi no he pegado ojo esta noche. Si cuando me levante me apetece, te envío un mensaje.

—Veo que la chica con la que te fuiste ayer te ha tenido toda la noche trabajando.

Esbozo una sonrisa mientras recuerdo todo lo que Lucía me hizo ayer en esta cama.

—Sí, la verdad es que es lo único bueno que me llevo de nuestra

interacción.

—¿Muy pesada?

—Ojalá, el problema es que casi no hablaba. Lo bueno es que me ha hecho ganar una apuesta y no voy a pagar nada cuando salgamos.

—Tienes buena memoria para lo que quieres.

—Solo para lo importante.

CAPÍTULO 9

5 de octubre, jueves

Me despierto con la luz tenue que entra por la persiana. Últimamente duermo poco y mal, y me despierto antes de que suene la alarma. No sé es si es que huyo de las pesadillas que me acompañan o si es que salir tanto de fiesta me trastoca el horario.

Son las 7.58. El eco de la ciudad comienza a filtrarse por la ventana. Tráfico, gente que va a trabajar… «Qué suerte que no tengo que ir a la redacción hasta las cuatro de la tarde», pienso. Intento volver a dormirme, pero no puedo. Estoy incómodo, no quiero retomar el sueño que estaba teniendo.

Con los ojos puestos en el techo, medito lo que tengo que hacer hoy en el trabajo: preparar la información, los guiones y estar atento al partido que acabará sobre las once mientras edito los vídeos de este. Llegaré a casa sobre las dos de la madrugada, me apetece entre cero y nada terminar tan tarde. Cuando decidí ser periodista deportivo no me imaginaba que tendría los mismos horarios que Batman.

¿Voy al gimnasio o salgo a correr? Solo de pensar en las pesas y las repeticiones se me quitan las ganas de levantarme de la cama. Tocará correr entonces. Empieza a hacer frío a estas horas, pero decido ponerme unos pantalones cortos y una camiseta azul de manga corta que rescaté de la pasada mudanza. Total, en cuanto

me empiecen a subir las pulsaciones, entraré en calor.

Al salir a la calle, el aire fresco de la mañana me golpea la cara. Siempre he envidiado a la gente que tiene la habilidad de poner la mente en blanco haciendo deporte. Yo no desconecto, mi mente empieza a divagar y siempre me lleva a los negativos, concretamente. Supongo que yo hago deporte para estar tan molido por la noche que me pueda dormir al minuto de acostarme. Sobre todo, teniendo en cuenta que en el silencio de mi habitación es cuando es más probable que me coma la cabeza. Prefiero dar vueltas a las cosas de día que irme a dormir a las cuatro de la madrugada.

Noto un poco de fatiga en las piernas. Miro el reloj que llevo en la muñeca izquierda. Llevo corriendo veinte minutos. Intentaré aguantar veinte más. Cruzo por un paso de peatones, y me fijo en los coches que esperan a que el semáforo se ponga en verde. Entorno los ojos y giro rápidamente la cabeza hacia el lado contrario. Estoy seguro de que era mi hermano el que estaba dentro de ese coche negro, y creo que nuestras miradas se han cruzado. La misma interacción que hubiera tenido con un excompañero de clase con el que habría hablado dos veces en mi vida. Llevaba gafas de sol, no sabría decir qué cara ha puesto.

¿Debería comentárselo a mi madre? No sé cómo se lo tomaría, así que no voy a hacerlo. Hace semanas que no la veo, tampoco a mi hermana, debería llamarlas, no, debería ir a verlas, no sé por qué no lo hago, no tendría por qué cruzarme con mi padre.

Supongo que he copiado lo que hacen la mayoría de los hombres a mi alrededor: nada. He optado por no remover mucho la mierda o simplemente es que soy mala persona. Las malas personas a veces no son las que hacen daño a los demás, son las que ven cómo los demás sufren y deciden no hacer ni decir nada. Simplemente, se

cruzan de brazos y esperan a que las cosas mejoren solas.

Paso por el parque de Canal. El ritmo de mis pasos es constante, me cruzo con otras personas que como yo han salido a correr. A lo mejor ellas también tienen estas divagaciones. O no, puede que ellas hayan tomado mejores decisiones a lo largo de su vida. Aun así, me planteo qué historias esconde cada rostro anónimo e intento adivinar si habrán cometido mayores atrocidades que yo.

Pongo rumbo a casa mientras empieza a caer una fina lluvia. Me concentro en las gotas que chocan contra mi cuerpo para evitar deliberadamente ciertos recuerdos que se intentan colar en mi conciencia.

Al entrar en el piso, escucho ruido en la cocina. Me asomo y veo a Natalia cocinando, con su melena castaña ondulada recogida en un moño. Nuestro otro compañero no está, no lo veo casi.

—¿A punto de desayunar? —pregunto a modo de saludo.

—O de cenar, depende de cómo lo mires.

Está haciendo una tortilla, a la que pronto da la vuelta en la sartén.

—¿Mucho trabajo esta noche en el hospital? —Abro la nevera para coger una botella de agua.

—Como siempre, mucha gente. Todo al borde del colapso, es triste que ya esté acostumbrada. Por cierto, sé que falta un montón, pero ¿qué vas a hacer por Halloween?

—Supongo que salir por ahí, estoy intentando hacerlo cada fin de semana. Tengo que aprovechar, he podido escaquearme de todas las guardias de fin de semana hasta el año que viene.

Doy un sorbo a la botella, sediento después del entreno de hoy.

—Es verdad, creo que nos lo comentaste cuando entraste en el piso. ¿Ya no tendrás que viajar tanto?

—Hablé con mi jefe. El único de la redacción que se chupaba

todos los viajes era yo, así que me planté, y endosó a otros compañeros los viajes que están programados. Aunque creo que en enero o febrero tengo que hacer un par. ¿Por qué me decías lo de Halloween?

Natalia aprovecha para poner la tortilla en un plato antes de responder.

—Porque nos volvemos a Valencia a celebrarlo, por si querías venir con nosotros.

—Ah —la miro sin saber qué decir—. No lo sé, depende de si mis amigos ya han hecho planes.

—No te sientas presionado. Simplemente era para que nos conociéramos más los tres. Creo que nuestros amigos te caerían bien, aunque ya encontraremos otra ocasión.

—Claro, en otra ocasión. También tengo ganas de presentaros a los míos.

—Cuando quieras —dice, y se marcha al comedor.

Yo me meto en el baño para ducharme. Mientras el agua me moja el pelo, cojo un poco de champú para enjabonármelo y empiezo a pensar en cómo ha sido el último mes. He tenido mis más y mis menos, pero me lo he pasado muy bien.

CAPÍTULO 10

13 de octubre, viernes

Subo las escaleras de salida del metro, el aire de la noche es frío y húmedo. Ando a paso rápido, la previa empezó hace rato. Mi móvil empieza a sonar y lo saco del bolsillo. Mi hermana pequeña.

—No me interesa cambiar de compañía de teléfono —bromeo.

—Eres tonto —dice riendo—. Del uno al diez, ¿cuánto echas de menos a tu hermana favorita?

Obviamente que ella es mi hermana favorita, es la única hermana que tengo, y con mi hermano ni me hablo. Bueno, ni me habla.

—¿Un cuatro? —La escucho protestar por el teléfono y me río—. Candela, sabes que un diez de diez.

—Pues yo, un once sobre diez. Entonces, podríamos quedar un día de estos a comer. Los cuatro.

Se me tensa el cuello.

—Mañana lo hablamos, ¿vale? Es que ahora justo estoy liado.

—De acuerdo, no te preocupes —noto un tono triste en su voz.

—Dile a mamá que la quiero —comento antes de colgar.

Giro a la derecha y camino hasta estar delante del edificio de Mateo, un bloque de tres pisos amarillo.

Llamo al timbre del tercero B y luego me ajusto la chaqueta mientras oigo música estridente que se escapa por una de las ventanas. Sé perfectamente que viene del piso a donde me dirijo. De

hecho, confirmo mis sospechas cuando salgo del ascensor y mis oídos retumban con el sonido. En el marco de la puerta, veo a mi amigo Mateo con una camisa amarilla medio desabotonada y un vaso en la mano. Además, su sonrisa es mucho más amplia de lo habitual.

—¿Ya estás borracho? —le suelto mientras me acerco a él.

—Llevamos una hora bebiendo, lo raro sería que no lo estuviera.

Chocamos las manos para saludarnos y nos adentramos en la casa. De inmediato, me envuelve el calor del piso y noto un aroma mezcla de perfume, alcohol y un toque de humo de cigarro. Mateo cierra la puerta y se gira hacia mí mientras escucho risas y música en el salón.

—¿Quiénes han venido? —pregunto arqueando las cejas.

—Están los de siempre… Bueno, ¡y ha venido Luis!

Los de siempre somos Mateo, Diego, Tomás, Luis y yo. O lo éramos, pero en tercero de carrera Luis se echó novia, y desde entonces lo hemos ido viendo cuatro veces al año con suerte.

—¡Qué dices!, pero si no ha dicho nada por el grupo… ¿Ya le ha quitado la correa la novia?

—Ha sido de los primeros en llegar —comenta Mateo—. Ha mencionado que lo han dejado.

—Pero si parecía que se iban a casar, ¿por qué han roto?

—No lo sé, no le he preguntado, pero seguro que el alcohol le ayuda.

Mateo, Diego, Tomás, Luis y yo habíamos ido al colegio juntos, nos conocíamos desde los tres años. Es una de esas relaciones que das por hecho porque son de toda la vida, pero no solemos indagar mucho en las preocupaciones del otro. Obviamente, cuando notamos que uno está mal, le apoyamos, ya sea yendo a su piso para ver el fútbol, esquiando en la casa de la montaña de Mateo,

pasando una semana en mi apartamento de la playa o con algún regalo —esto lo suele hacer más bien Diego—. Pero tampoco profundizamos mucho, siempre intentamos hablar de cosas más alegres.

Creo que a lo mejor Mateo y yo estamos más unidos porque nuestras familias eran amigas antes de que nosotros naciéramos. Nuestros padres fueron juntos a la universidad, montaron la empresa de construcción juntos y, de hecho, mi padre es el padrino de la hermana de Mateo.

—A lo importante, Mateo —le recuerdo—. ¿Quién ha venido a la fiesta?

—Tomás trajo gente de su trabajo. Una de ellas se llama Ana, es la bajita, está buenísima.

—Bien, me gusta. ¿Y tú qué has traído?

Sonrío mientras me quito la chaqueta y la cuelgo en el perchero de la entrada. Me doy cuenta de que Mateo me devuelve la mueca alegre, como si se estuviera guardando lo mejor para el final.

—Atento. Dos compañeros míos que te caerán bien y tres chicas. Una de ellas se llama Julia, pelo ondulado, buenas tetas… Tiene peligro.

Mi amigo y yo caminamos hacia el salón, donde la música y las conversaciones se mezclan, y una vez allí, Mateo y Tomás me presentan a todo el mundo. A todas las chicas les pongo una mano en la cintura cuando les doy dos besos, por supuesto.

Después de hablar un poco con todos me siento en el sofá del salón, entre Luis y Diego, ambos con el móvil. Cotilleo la pantalla de Diego, está enviándose mensajes con su novia.

—Como sigas así, vas a acabar como este. —Señalo a Luis.

—Estás tú para hablar, cabrón —contesta Diego, y Luis se ríe.

—Bueno, seguro que me acuesto con más tías que tú.

—Sí, y aun así no follas ni un tercio de lo que yo.

—¿Tú todo bien, tío? —le pregunto a Luis.

Se pasa la mano por el pelo corto. Tiene la expresión seria, y la zona de la nariz un poco roja, no sé si será por estar resfriado o por haber llorado. Sus ojos marrones también están algo enrojecidos, pero no parece que sea porque estén irritados.

—Sí, sin más, era lo que tenía que pasar. —Se rasca la nariz—. No iba a estar toda la vida con ella.

—¿Te gusta alguna de aquí? —le pregunta Diego en voz suficientemente baja como para que nadie más lo escuche.

—Todas y ninguna.

Las miro sin ningún disimulo. Localizo a la que creo que es Julia, una de las chicas de las que me ha hablado Mateo. Ahora mismo, está charlando con los dos compañeros de trabajo de Mateo.

—¿A ti cuál te gusta? —me interroga Luis.

Sigo observando a las chicas del grupo, especialmente a Ana. Nuestras miradas se cruzan y me dirige una sonrisa pícara, parece la más accesible. Me pregunto qué pasará más tarde, pero antes de darme cuenta, la conversación toma un giro más personal.

—Así que tú vas a ir a por la más fácil, ¿eh? —dice Diego, dándome un toque en el hombro—. Ya no juegas como antes, estás tocado, perdiendo facultades.

—Prefiero ser honesto, ¿no? —le contesto con una sonrisa socarrona—. Además, hay que fijarse en los resultados no en las tácticas.

—Un buen resultado sería no pillar una ETS —dice Diego mofándose.

—Cuando sé que voy a jugar, siempre estoy equipado. No hay de qué preocuparse —digo, sin dejar de mirar a Ana intermitentemente.

—¿A quién le estás echando el ojo? —me pregunta Luis con

curiosidad, y veo que se fija en Ana, que ahora está hablando con otra chica.

—Solo estoy mirando.

—Te gusta la bajita… Bueno, te gusta el culo de la bajita —dice Diego, y Luis y yo nos reímos—. Tomás nos ha dicho que tiene novio…

—Joder —bufo.

—… pero que llevan en crisis desde hace un año.

—Genial, esas son las mejores. Buscan la validación que no les da el novio y no van a querer nada serio porque después de tirártelas están arrepentidas y descubren que el novio es el hombre de sus vidas. —Luis se ríe de mi análisis antropológico—. Partido ganado.

Me voy a la cocina a por hielo, y me encuentro allí a Mateo, hablando con una chica que se llama Gabriela. Les comento que tendríamos que ir pidiendo los taxis para marcharnos a la discoteca y ambos asienten. Vuelvo al salón con una copa en la mano y me acerco a Ana.

—Ana, ¿no?

—Sí. Tú Felipe, ¿verdad?

— Llámame como prefieras. —La miro a sus ojos oscuros mientras ella sonríe—. Estás preciosa, por cierto.

—Vaya, muchas gracias — dice sin bajar la mirada.

—Te necesitaré esta noche.

—¿Qué quieres decir? —Frunce el ceño.

—He visto que se te da fenomenal lo de bailar, y como a mí se me da fatal, me iría bien que me dieras un par de clases en la discoteca.

Suelta una carcajada.

Poco después bajamos para coger los taxis.

Ya en la discoteca, me fijo en chicas que estaban en la previa y en otras que no he visto antes en mi vida. Diego me toca el brazo y me

señala con la cabeza a la derecha. Pillo a Ana mirándome mientras está hablando con uno de los compañeros de Mateo, y el tío tiene una mano puesta en su cintura. Muy cerca. Yo hoy no compito, hay que ir a algo más fácil. Sonrío y le digo a Diego que toda para él.

Un rato después, siento que me estoy ahogando dentro de la discoteca, así que le digo a Diego que voy un rato a la terraza. Al salir por la puerta me recibe un agradable contraste de temperatura y me siento en uno de los taburetes que hay por allí. Dejo mi paquete de cigarrillos encima de la mesa alta y me pongo uno en la boca. Entonces noto que alguien me toca el hombro y, cuando me giro lentamente con el cigarro aún apagado entre los labios, me encuentro con Julia, una de las compañeras de trabajo de Mateo. Lleva una chaqueta de cuero y un vestido marrón ajustado. Su melena cobriza está alborotada debido al calor y a que ha estado bailando en la discoteca.

—¿Me das uno? —Señala el cigarro.

Asiento y le paso un cigarrillo. Julia se inclina hacia mí para que se lo encienda y da una calada larga antes de soltar el humo con un suspiro.

—Tenía demasiado calor dentro —afirma, sentándose en el taburete que hay a mi lado.

—Ya somos dos.

La miro con más atención. Es muy guapa. Sus ojos azules, su piel blanca y los aros plateados que lleva contrastan con el color rojizo de su pelo. Además, tiene esa actitud de no importarle demasiado nada, lo que la hace interesante.

—Tú eres amigo de Mateo de toda la vida, ¿no?

—Sí, soy uno de los «de siempre» —contesto mientras hago comillas con los dedos.

—Ah, un clásico.

Acto seguido, me enciendo el cigarro.

—¿Se porta bien en el trabajo?

—Se porta genial mientras no está intentando ligarse a Gabriela.

Su respuesta me hace reír suavemente. Julia juega con el cigarro entre los dedos y sus uñas pintadas de rosa destacan en la tenue luz de la terraza.

—¿Sí? ¿Es muy insistente?

Le doy una calada a mi cigarro y me fijo en sus labios gruesos. Me pregunto cómo besará.

—Más que insistente, diría perseverante. En el trabajo es igual. —Sonríe mientras exhala el humo.

—Mateo hoy se quiere ligar a Gabriela. ¿Y tú qué, Julia? ¿Qué esperas de esta noche?

Giro mi cuerpo completamente hacia ella. Mi mirada se detiene un segundo más de lo necesario sobre la compañera de Mateo, en concreto, sobre su vestido ajustado.

Julia me lanza una mueca casi desafiante y ladea la cabeza al tiempo que se coloca frente a mí. Hay algo en su actitud que me está volviendo loco y que me dice que no es tan fácil leerla.

—Yo… —Por un instante parece estar pensando qué va a decirme, como si estuviera decidiendo qué compartir conmigo o, tal vez, buscando cómo seguir tentándome con el mismo juego—. Yo estoy esperando a ver qué tan bien puede ponerse.

Hay algo en la manera en que lo dice, la forma en que se acerca un poco más, que me hace pensar que tendría que haber hablado con ella y no con Ana en la previa.

—¿Y cómo crees que podría ponerse mejor?

Acerco mi taburete más a ella y sus piernas se entrelazan con las mías.

—Veo que estás cogiéndome mucha confianza…

—¿Te molesta? —Me inclino ligeramente hacia ella y observo que sus ojos azules se enfocan en los míos.

Julia no responde de inmediato. Se queda mirándome durante un par de segundos con la cabeza todavía ladeada. Y en ese tiempo siento que el ambiente entre nosotros se carga con una tensión que no sé si es buena o peligrosa. Ella se muerde el labio inferior, casi como si estuviera considerando qué decir a continuación.

—No, no me molesta —responde al fin, y desvía su mirada hacia el cigarro que está apagando en el cenicero de la mesa—. Solo que me sorprende.

—¿El qué te sorprende? —Mi tono se vuelve seductor y me acerco un poco más.

—Que seas… tan fácil.

Suelto una carcajada, no por lo que ha dicho si no por cómo lo ha dicho, con una mezcla de ironía e incredulidad. «Felipe, tienes que bajar un poco la velocidad», me digo.

—Tienes toda la razón, disculpa. —Aparto un poco mi cara de la suya.

—¿Siempre te funciona?

Apago mi cigarro antes de responder.

—Lo que ahora me preocupa es que no haya funcionado contigo.

—Bueno, aún queda mucha noche. ¿Quién sabe lo que puede suceder?

CAPÍTULO 11

19 de octubre, jueves

Le pongo la mano en la parte baja de la espalda cuando le doy un beso y luego le miro el culo desde la puerta mientras camina hacia el ascensor.

—Envíame un mensaje cuando llegues a casa —le digo antes de que se suba.

—Los que quieras —me responde.

Sigo riéndome cuando cierro la puerta.

Después de nuestra pequeña conversación en la terraza, volvimos a entrar a la discoteca y la invité a una copa. Estuvimos hablando en la barra sobre de qué trabajaba yo, cuántos años tenía ella, qué música escuchábamos, lo mucho que me gustaba su perfume… Cuando volvimos con el grupo, ya estaban todos un poco dispersos. Ana me miraba desde lejos, la veía aún más guapa que en la previa, ahora ya no hablaba con Álvaro, bailaba con Clara, pero a mí no me importaba mucho, tenía mejores cosas entre manos, en concreto el culo de Julia. Estuvimos bailando varias canciones hasta que después de unas horas que me parecieron minutos, la besé.

Encendieron las luces de la discoteca, pero ninguno de los dos quería que acabara la noche, ella propuso que nos fuéramos de *after* y me pareció buena idea. Nos estuvimos besando sin parar los veinte minutos de trayecto en taxi, llegamos a un local que dudo que

tuviera licencia, pero ella me dijo que no me dejara engañar por las apariencias, que no encontraría ningún sitio con mejor música.

Nos besamos en la pista hasta que me cogió de la mano y me llevó hasta la planta de abajo. Lo hicimos en el baño. Después de eso nos fuimos a su casa sobre las once de la mañana para repetir todo lo que estuvimos haciendo en ese cubículo diminuto del garito de mala muerte.

Le pedí el teléfono antes de irme de su casa directo al trabajo y no dormí casi, cosa que me hizo estar con ganas de morirme durante todo el partido. No estaba atento, edité los vídeos mal, le endosé a un becario los guiones de las entrevistas… Estaba tan poco centrado que ya ni me acuerdo qué equipos fueron los que jugaban. Fue una decisión irresponsable acabar tan tarde la noche anterior, pero es que no me cansaba de tocarla ni de besarla ni de mirarla. Nos hemos ido escribiendo hasta ayer, que le pedí que viniera a mi casa después del trabajo, pues sabía que ella salía más tarde que yo porque a mí no me tocaba cubrir el partido: mis compañeros Víctor, Elena y Adriana se encargaban del Sevilla-Mallorca. Así que tenía tiempo de ordenar, ducharme y afeitarme.

Llevaba una blusa negra que hacía que su piel pareciera aún más clara, solo pensaba en quitársela. La saludé con un beso, le enseñé la casa, pedimos comida a domicilio y nos encerramos en mi habitación, de la cual no hemos salido hasta esta mañana. Estuvimos hablando durante horas… No sabría decir cuántas veces la he besado, pero creo que supera las tres cifras. Se durmió mientras contaba las pecas que tengo en el pecho y el abdomen, y yo me quedé mirándola un rato. Me gusta el tatuaje que lleva en el hombro, es un corazón rojo pequeño, lo estuve repasando con mi pulgar a la vez que le besaba la frente. Al final, me dormí abrazándola con mi cara a pocos centímetros de la suya.

Se ha ido muy pronto porque quería pasar por casa antes de ir al trabajo, yo he insistido en que le podía dejar ropa, pero me ha dicho que no me preocupara, que igualmente tenía que volver a casa a por el ordenador.

Vuelvo a la cama, y cuando me despierto al cabo de dos horas, me doy cuenta de que duermo mejor sin ella, pero no me lo paso mejor. Le contesto al «Llegué» que me ha enviado hace tres cuartos de hora. «Genial —escribo—. La semana que viene o voy yo a tu casa o traes ropa y el ordenador. Las chicas tan guapas no deberían madrugar tanto». Me doy cuenta de que se ha dejado en la mesita de noche los aros plateados que siempre lleva. No sé si lo ha hecho expresamente, tampoco sé si me gusta o me disgusta.

Llego a las oficinas de PlayZone, con un café entre las manos.

—Buenas tardes, Felipe —dice Víctor, un compañero.

Le devuelvo el saludo con un movimiento de cabeza. Hace cuatro años que empecé a trabajar aquí. De hecho, soy de los veteranos, porque la gente dura como norma mes y medio. La mayoría son becarios a los que exprimen hasta llevarlos al extremo pagándoles lo mínimo o nada. Muchos lo dejan, a otros no les renuevan.

No conozco a nadie, aparte de a Víctor, al que han hecho fijo en este departamento después de las prácticas. La mayoría de los fijos son periodistas con experiencia que vienen de otros medios.

Y no es que Víctor o yo seamos mejores comunicadores que los demás que han pasado por aquí. A él no lo sé, pero a mí me hicieron fijo por mi padre. Su empresa ha patrocinado el canal en varias ocasiones. Aunque él quería que mi hermano —que está más que descartado— o yo lleváramos la empresa. Pero yo he querido ser periodista, aunque no lo dijera en alto, desde que tengo uso de razón, así que decidió dejar de discutir conmigo y hacer algo que me asegurara el trabajo. La última esperanza que le queda a mi padre

es que mi hermana se saque la carrera de empresariales con buenas notas.

Después de un par de reuniones, cubrir una rueda de prensa con el entrenador del Real Madrid y editar y recabar toda la información que tenía que entregar hoy, me siento al lado de Adriana para ver cómo va antes de irme. Entró hace un mes de prácticas con otra becaria, Elena, que va a la misma clase que ella. Como todavía cursan tercero de periodismo, solo vienen cuatro horas. Por lo general, Elena está por la mañana, y Adriana, por la tarde. Víctor y yo somos quienes supervisamos su trabajo.

—¿Has preparado las preguntas para la entrevista del sábado? —le pregunto a Adriana.

—Sí, te las mando por e-mail para que las revises.

—Claro, mañana lo hago. Ya te lo habrá dicho Víctor, pero la semana que viene también tendrías que preparar un informe sobre los equipos que juegan el domingo, veintinueve, a las dieciséis treinta. ¡Y tengo una sorpresa para ti! Vas a ir a Sevilla para acompañar a los compañeros que les toque cubrirlo.

—Pero… ¿quiénes son? —pregunta tocándose su pelo largo y negro.

Desde luego que no me esperaba esa respuesta. Pensaba que le haría ilusión que hubiéramos pensado en ella para este viaje. Eso significa que todos estamos muy contentos con ella y que queremos darle la posibilidad de viajar con los demás.

—¿Acaso importa?

—¿Tú no vendrás? ¿Puede venir Elena?

—A Elena… —miro el Excel que tengo abierto en mi ordenador— le tocará cubrir el fin de semana después del que tú estás fuera. Y yo ya he cubierto suficientes viajes en estos cuatro años. Hasta el año que viene no me muevo de Madrid por trabajo, ya está hablado

con Alfonso.

—¿Y yo no puedo pedirlo también?

—Adriana, vas a aprender mucho. Además, la mayoría de nuevos están deseando viajar para cubrir los partidos. Es una oportunidad increíble.

Víctor se acerca a nosotros con una taza en la mano y se sienta a mi lado.

—Vaya, Adriana, si algún día estás frente a una cámara, deberías desabotonarte más botones de esa camisa. Hay que darle al espectador lo que quiere. —Esboza una sonrisa burlona con sus labios finos.

Ella se sonroja, se oyen pequeñas risas cómplices de alguno de nuestros compañeros. Aprieto los labios, debería estampar la cabeza de Víctor contra la mesa por decirle eso a una chica a la que le saca tantos años.

—Víctor —alzo la voz—, todos los guiones que mandaste para la entrevista de mañana están mal. No sé de dónde has sacado las informaciones, pero nos las han tumbado esta mañana.

—¿Y me lo dices ahora?

—Si hubieras hecho bien tu trabajo, no tendría que decírtelo. Tienes doce horas antes de que se lo pase a Alfonso —le digo mientras me levanto—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —escucho que dicen al unísono algunos compañeros.

CAPÍTULO 12

26 de octubre, jueves

Es la tercera vez que Julia y yo dormimos juntos en su casa. Me gusta cómo huele, me gusta su cara, me gusta hablar con ella, me gusta sentir sus uñas arañando mi espalda, me gusta que parezca que nada le importa. Estoy muy a gusto con ella. De hecho, he insistido en que hoy estemos juntos porque con la noche de ayer no he tenido suficiente.

—Tendrás que volver a cambiar las sábanas —le digo.

—Ya, unas las tengo secando desde cuando te fuiste ayer y ahora estas. —Se ríe—. Voy a mirar si mi compañera de piso tiene unas de sobra porque no me quedan más.

—Si bajaras la calefacción no te las dejaría empapadas.

—Tengo frío, Felipe, no voy a cambiar la temperatura de mi casa porque tú seas como un radiador. Además, el sudor es lo que menos me preocupa.

Después de cenar, nos ponemos a ver una película en la cama. Estoy recostado contra la pared y ella tiene su cabeza en mi pecho. Le acaricio su pelo cobrizo mientras intento concentrarme en la película y no en cómo Julia pasea su mano por mi abdomen.

—¿Qué vas a hacer en Halloween? —Sube su cabeza para que establezcamos contacto visual.

—Tomás está organizando algo en la casa que tiene en la sierra.

Te acuerdas de él, ¿no?

—Sí, hablamos antes de que tú llegaras. Me pareció muy majo.

—Es muy educado el chaval. Todas las madres nos comparaban con él cuando éramos pequeños.

—A ti seguro que las madres te veían como la mala influencia.

Menuda imagen tiene de mí… Bueno, la que me he ganado en los últimos días con ella.

—No, Mateo ha sido siempre el que más peligro tiene.

—Hablando de Mateo, ya sabía lo de la fiesta porque él me invitó.

—¿Y vas a venir?

—¿Quieres que vaya?

—Claro, Julia, ¿por qué no iba a querer?

—Bueno, no sé si es muy pronto… Creo que…

No me está gustando el rumbo que está empezando a tomar esta conversación. Así que la interrumpo antes de que continúe.

—Deberías decirles a tus otros compañeros del trabajo que también vayan. Si quieres invitar a alguna amiga, no hay problema.

Me da miedo que diga en voz alta algo que me obligue a aclararle qué es lo que quiero con ella. Ahora mismo cualquier cosa que se asemeje a tener pareja me repele.

—Claro —baja la mirada, algo decepcionada—, igualmente creo que algunos del trabajo ya están invitados.

—¿Vas a ir disfrazada? —cambio de tema.

—No lo sé aún. ¿Tú te vas a disfrazar?

—Me da un poco de pereza, la verdad. Pero depende de lo que haga el resto…

Le hago un gesto con la cabeza para que sigamos viendo la película. No es que no quiera perderme ninguna escena —porque ya la he visto—, pero me da miedo que vuelva a insinuar que vayamos juntos a la fiesta, como si fuéramos algo más.

Julia me gusta, estoy bien con ella así. En otro momento de mi vida me daría igual que comentara estas cosas, pero ahora mismo me agobia pensar que alguien me reclame algo o quiera etiquetar cualquier vínculo conmigo.

De reojo, veo que no tiene la mirada fija en la película, está pensativa. Medito qué puedo decirle para que no se raye o piense demasiado en cómo se ha desarrollado la conversación. Algo que la anime, pero que tampoco añada más leña al fuego.

—La casa de Tomás de la sierra está un poco lejos. ¿Quieres que te pase a buscar para ir a la fiesta o prefieres ir con los del trabajo?

—No lo sé, lo hablaré con ellos, a ver si alguno pone el coche.

—Bueno —la acerco de nuevo hacia mí—, yo ya he ido muchas veces. Me sé el camino de memoria.

—Seguro que un GPS es más eficaz.

Julia coloca su cara a centímetros de la mía y pongo el muslo entre sus piernas.

—A lo mejor es más eficaz, pero dudo que lo prefieras.

Entonces introduzco una mano dentro de sus pantalones de chándal para tocarle el culo.

—No estoy muy segura de eso.

—Ah, ¿no?

—Creo que tendrías que darme algún argumento para convencerme.

Me pongo encima de ella y la beso.

—Prefiero usar mi boca para otras cosas.

En cuanto me callo, le levanto la camiseta y voy dejando un reguero de besos por su abdomen. Después pongo un dedo entre el elástico de sus pantalones y su piel.

—Estoy intrigada. Dime, ¿para qué cosas?

—Prefiero enseñártelo —respondo mientras la desnudo poco a

poco.

CAPÍTULO 13

31 de octubre, martes

Las luces del coche iluminan la carretera que recorre la montaña mientras el aire fresco me llega en ráfagas a través de la ventanilla entreabierta y el sonido del motor y la música que suena a bajo volumen son lo único que rompe el silencio entre Julia y yo. Es un silencio cómodo. Ayer volví a dormir en su casa y acabé convenciéndola de que era mejor que la llevara yo a la fiesta. Me sentía mal por la conversación que tuvimos sobre el tema.

Me he disfrazado de preso. Sé que es muy típico, pero no he encontrado nada mejor en el bazar a las siete de la tarde. Consiste en una camiseta de tirantes blanca y un mono naranja. Cuando Julia —que va de bruja— ha llegado a casa, me ha dicho que no era buen disfraz. Le he dejado que me pintara la ceja y el labio con su pintalabios rojo para simular heridas. Según ella, han quedado convincentes; yo no lo creo.

Después de aparcar el coche en el jardín, nos dirigimos a la casa de Tomás por un camino de piedrecitas. Es una casa enorme de madera y piedra. Me encanta; es un sitio que me trae buenos recuerdos.

Toco el timbre y, antes de que pueda decirle algo a Julia, Tomás nos abre sonriendo. Lleva una capa negra, un traje y una peluca que parecen sacados de una película de bajo presupuesto. Deduzco que

va de vampiro.

—¡Bienvenidos!

Puedo notar por su voz que ha bebido, aunque él siempre tiene ese toque de despreocupación que suelen tener las personas que son muy felices o las que nunca han tenido problemas reales en esta vida.

—Sois los terceros en llegar —continúa mi amigo—. Pasad, hay bebida en la cocina.

—¿En la de esta planta o en la del sótano?

—En la del sótano, la he guardado ahí para que nadie nos la pille y nos quedemos sin. Sabes cómo ir, ¿no?

—Me sé el camino, no te preocupes.

—Estás muy guapa —le dice Tomás a Julia.

—Gracias —responde un poco avergonzada—, por el cumplido y por montar la fiesta.

—¡Faltaría más! Estaré en el salón con los demás.

En la planta del sótano hay una cocina, un baño y un garaje. Pero lo más importante: hay una gran sala con sofás, un proyector y un billar.

—¿En qué trabajan los padres de Tomás?

Julia está alucinando, y no es para menos.

—No trabajan —le contesto a la vez que sirvo ron en dos vasos.

—¿Cómo que no trabajan?

—A ver, la familia Triguero nació con una flor en el culo. No es que fueran pobres antes ni mucho menos, pero al abuelo de Tomás le tocó la lotería dos veces. Compró unos cuantos bloques de pisos en la Castellana, y los tienen alquilados. Desde entonces nadie trabaja. Viven de las rentas.

—Joder… —Julia abre los ojos como platos.

—Ya, hay gente que nace con muchísima suerte.

—Bueno, tú no te puedes quejar.

Le paso uno de los vasos con ron.

—No sabría qué decirte.

—¿A qué te refieres?

No me siento cómodo hablando de esto con ella.

—Ya te lo contaré algún día, ahora no es momento. —Me sitúo frente a ella—. ¿Sabes qué es lo mejor de esta casa? Que todo el sótano está completamente insonorizado.

La agarro de la cintura para sentarla en la encimera y coloco mi cuerpo entre sus piernas.

—¿Tú no piensas en otra cosa?

—No cuando se trata de ti.

Pongo las manos en su espalda y la atraigo hacia mí mientras la beso. Ella rodea mi nuca con los brazos y me muerde el labio. Entonces baja la cremallera de mi mono naranja y yo saco los brazos de él. Julia acaricia mis hombros y mi pecho, besándome con todavía más pasión. Cuando nada de eso es suficiente, me clava las uñas en el abdomen y, luego, desciende hasta mi entrepierna.

Oigo que alguien abre la puerta, lo que nos obliga a parar. Julia se baja de la encimera y yo me visto de nuevo rápidamente.

—Después acabamos esto en el billar —le susurro al oído mientras ella se aguanta la risa.

Me coloco detrás de Julia para que ninguna parte de mi cuerpo haga evidente lo que estábamos haciendo. Veo que Mateo, Diego y Luis están bajando las escaleras.

—¡Pero qué tenemos aquí! —exclama Mateo.

—¿No estaremos interrumpiendo nada, parejita? —pregunta Diego dándole dos besos a Julia.

Ese comentario me molesta.

¿Parejita? ¿Parecemos una pareja? ¿A Julia le parece que lo

somos? Me estoy agobiando solo con pensarlo.

—Hablando de parejas —le recuerdo—, ¿tu novia se ha rajado porque tiene otra fiesta o porque se avergüenza de ti?

Miro a Diego de arriba abajo e intento descifrar de qué va disfrazado, pero no tengo éxito. Lleva una peluca negra, capa, túnica, pantalón, guantes y cubrebotas. Todo en tonos negros o ceniza. Supongo que debe de tener que ver con alguna serie que no he visto.

—Ha salido con sus amigas al final, no ha querido venir para que no la opacara Jon Snow —dice haciendo referencia a su disfraz.

—¿Queda ron? —pregunta Luis.

—Aquí tienes. —Le paso la botella—. Mejor vamos arriba que aún no hemos estado en la fiesta como tal. Hemos bajado directamente a por el alcohol.

—Buena idea —anota Mateo—. Además, se está empezando a animar.

Subimos al salón de la casa, que es inmenso. Caben sesenta personas tranquilamente, aunque ahora solo hay treinta.

La fiesta transcurre entre risas y alcohol. Saludo a algunos colegas que hacía tiempo que no veía, y Julia se va un rato con sus compañeros de trabajo. Además, han venido los que estuvieron en la previa donde ella y yo nos conocimos.

Mateo y yo nos sentamos en un sofá con Diego, y este empieza a contarnos unos cambios que van a hacer en su trabajo. Al cabo de poco, se nos acerca Tomás.

—¿Cómo vais, tíos?

—Bien. Ya está empezando a llenarse —comenta Diego—. No va a venir más gente, ¿verdad?

—Los de la universidad, vosotros, mis primos, los compañeros de Mateo, mi hermana, sus amigas… —Tomás repasa el salón—. Faltan

los de mi trabajo, y ya estaremos, creo.

Mientras Tomás habla, hay algo —más bien alguien— que capta mi atención.

—Luis se está poniendo las pilas —anuncio.

Todos giran la cabeza a la vez y vemos que Luis está hablando con una chica que va vestida de Caperucita Roja.

—Al final, los únicos que vamos a quedar solteros somos tú y yo —le dice Mateo a Tomás entre risas.

¿Por qué no me ha incluido a mí? Ya me está empezando a tocar las narices.

—¿Qué dices? —Frunzo el ceño.

—Ya me ha contado Julia que te has quedado a dormir en su casa varias veces —informa Mateo.

—Joder, daba por hecho que te la habías tirado, pero no que ya vivierais juntos —se mofa Diego.

Yo, en respuesta, le saco el dedo del medio cerca de su cara.

Me estoy agobiando, esta situación me está agobiando. No debería haberle propuesto Julia que viniera conmigo a la fiesta. Mejor dicho, no me tendría que haber acostado con alguien que ve a Mateo todos los días y que no sabe mantener la boca cerrada. ¿Qué le habrá contado?

No sé, Julia no parece la típica que se pille enseguida y piense que soy el amor de su vida. No la veo contando que somos algo cuando, en realidad, lo nuestro es poco más que sexo.

La observo mientras está hablando con unas chicas. Nuestros ojos se encuentran y me sonríe. Yo, en cambio, aparto la mirada y noto que se me tensa la mandíbula.

—¿Tan rápido has pa…? —pregunta Mateo.

—¿Qué tendrá que ver? —contesto, cortante.

—¿Te gusta? —prosigue Tomás.

—No digas tonterías. Me la estoy tirando sin más.

—¿Te tirarías a otra esta noche con ella aquí? —inquiere Diego.

Detrás de Tomás veo que entra un grupo de cinco personas. La última que aparece es Ana, la chica que estaba en la previa del otro día. Va vestida de ángel, lleva un corsé blanco muy ajustado que hace que se le resalte mucho el pecho. Cuando saluda a uno de los invitados, me fijo inevitablemente en su culo. Está tan buena como la recordaba.

Al girarse, nuestras miradas se cruzan y se me queda mirando sonriente, como si esperara algo.

—La pregunta debería ser dónde me la voy a tirar —les digo mientras me levanto y me dirijo hacia ella.

OCTUBRE
DOS AÑOS ANTES

—¿Por qué tengo que llevar la copa todo el rato en la mano? —le pregunto mientras ella se está poniendo las medias.

—Mi amor…, me dijiste que el libro no te lo leerías ni de coña, pero que al menos la película sí la verías.

Entorno los ojos y aprieto lo labios.

—Y la he visto —miento.

—¿La has visto y no sabes por qué tienes que llevar una copa en la mano?

—Estás guapísima —le digo mirándola de arriba abajo.

—No me cambies de tema —contesta riendo—. ¿A ver, Gatsby, qué es la luz verde?

Me rasco la cabeza, tratando de ganar tiempo, como si el gesto me fuera a dar la respuesta.

—A Gatsby la luz verde le recuerda a Emily porque es…

—¿Quién es Emily? —me pregunta ladeando la cabeza.

—Tú, ¿no?

Ella tira la cabeza hacia atrás riéndose.

—No, mi personaje se llama Daisy Buchanan, ya te lo dije. Ni me escuchas ni te has molestado en entrar en Wikipedia —dice poniéndose un collar de perlas—. Emily… Eres increíble.

—Perdón, Daisy. Me he portado fatal. Pero dime una cosa —le susurro—, ¿Gatsby se compraría un traje carísimo por el simple hecho de que a Daisy le apetece vestirse de los años veinte?

—Primero, podrías haber ido a una tienda de disfraces y comprarte uno por veinte euros y, segundo, Gatsby literalmente construye su vida teniendo como único objetivo que Daisy vuelva con él… Tú ni te has leído un resumen de dos párrafos.

—¿Sabes lo que seguro que no haría Gatsby? Discutir con Daisy cuando está guapísima.

—¿Sabes lo que sí haría Daisy? —dice poniéndose delante del espejo—. Dejar a Gatsby tirado.

—Suerte que es solo un disfraz —contesto, poniéndome detrás de ella— y que tú nunca harías eso.

Se gira hacia mí y pone sus brazos alrededor de mi cuello.

—¿Y cómo estás tan seguro de algo así? —pregunta ladeando la cabeza.

La miro. Tiene ese brillo en los ojos que solo aparece cuando está a punto de reírse de mí o de decirme algo que me va a dejar callado. O ambas. Bajo mis manos de la cintura a sus piernas, la cojo en brazos y la siento en el escritorio, le empiezo a dar besos en el cuello, noto cómo se le eriza la piel. Me separo un poco para mirarla, está roja.

—Estoy seguro —le digo bajito al oído— de que Gatsby no ponía así de nerviosa a Daisy.

Ella aprieta los labios y no dice nada. Me encanta cuando no

responde con palabras, solo con gestos. Sus muslos se aprietan un poco más alrededor de mi cintura y sus manos me acarician la nuca con lentitud.

—No estoy nerviosa —susurra, pero la voz le tiembla un poco.

—¿No?

—No.

—A lo mejor «nerviosa» no es la palabra —le digo poniendo una mano en su muslo—. A lo mejor estás…

Subo la mano hacia su ingle, tiene las pupilas un poco más dilatadas. No dice nada, bajo la palma de mi mano, y noto que su pecho empieza a subir y bajar más rápidamente.

—Para —dice medio riéndose—, no quiero llegar tarde.

—Si quieres no llegamos tarde, directamente no vamos. Me parece más interesante esto que una fiesta de Halloween.

Ella me lanza una mirada entre amenazante y divertida, de esas que son casi un reto. Me encanta cuando intenta hacerse la firme, pero ya sé que tengo la batalla ganada. Me agarra la muñeca y la aparta suavemente. Se inclina para besarme, lento esta vez, y luego apoya la frente en la mía.

—Te doy cinco minutos —dice con una sonrisa.

—Y me sobran dos —le contesto antes de colocar mi mano dentro de sus medias.

NOVIEMBRE

DIANA

CAPÍTULO 14

1 de noviembre, miércoles

Me despierto con el sonido atronador de la alarma del móvil a las siete de la mañana. Joder, me olvidé de que hoy era festivo. Me giro para coger el teléfono y desactivarla. Casi no puedo abrir los ojos porque los tengo muy hinchados. Escucho un crujido cuando Olivia cambia de postura; se ha quedado conmigo para cuidarme. Me giro para ver su cara con la luz tenue que entra de la calle. Tiene los ojos cerrados, así que asumo que intenta seguir durmiendo.

Estas últimas semanas ella y Paloma se han ido turnando para venir a dormir conmigo. Les dije que no hacía falta, pero insistieron. Teresa les contó que no paraba de tener pesadillas y que cada noche me despertaba varias veces entre sollozos y gritos. Ahora parece que las pesadillas han disminuido un poco, al menos ya no me despierto asustada y chillando a las tres de la madrugada.

Hoy me despierto llorando, mal, pero mejor eso que hacerlo sobresaltada y gritando. Me levanto de la cama lentamente para no hacer ruido y voy a la cocina a por un vaso de agua. Dejo correr el agua del grifo unos segundos antes de llenar el vaso. Apoyo las manos en el borde de la encimera y cierro los ojos. Intento centrarme en el frío del granito bajo mis dedos para distraerme de mis pensamientos.

Respiro hondo. Cuando vuelvo a abrir los ojos, mi reflejo en la

ventana me devuelve la mirada: mi piel pálida acentúa las marcas de acné, y veo que tengo la nariz y los ojos hinchados de tanto llorar. Desvío la vista, me apena verme así.

Bebo el agua de un trago y vuelvo a mi habitación con sigilo. Olivia sigue con los ojos cerrados, pero sé que ahora está despierta. Me tumbo a su lado dándole la espalda y miro el techo. El silencio me pesa. Acaricio con la yema de los dedos el algodón del edredón y su suavidad bajo mis uñas mordidas.

Bajo los párpados y me obligo a respirar con calma. Recuerdo que, en este tipo de situaciones, él me abrazaba con suavidad y yo escondía mi rostro en su pecho mientras me acariciaba el pelo. Me decía que me pasara lo que me pasara, lo íbamos a solucionar. Siempre en plural, mis problemas eran nuestros problemas, sus preocupaciones eran nuestras preocupaciones. Con él cerca, sentía que nada era lo suficientemente grave, que con su ayuda todo tenía solución. Ahora ya no hay un nosotros, ahora solo existe un yo.

A veces tengo la sensación de que los días transcurren sin que yo realmente los viva. El tiempo no pasa, pero a la vez es fugaz, como si cada minuto fuera un eco de algo que ya no es real. Pienso en el vacío. En esa sensación punzante que no se va, que me acompaña desde hace semanas como un huésped no invitado, como un virus. Desde que dejé de actuar como si no fuera para tanto y empecé a derrumbarme, mis amigas intentan llenar ese vacío con su presencia, con sus palabras de consuelo, con su insistencia en quedarse a dormir conmigo.

—¿Has tenido pesadillas, amor? —pregunta Olivia con voz dulce.

—No, tranquila estoy bien —miento sin girarme.

—Te he oído hablar en sueños sobre algo que ya no tenías… No tienes que decir nada si no quieres.

Asiento en silencio y Olivia me abraza. Puedo notar el olor a

suavizante de su pijama. Su piel es cálida, y su abrazo, reconfortante.

—¿Me puedes acariciar el pelo? —le pido.

Lo hace al instante. Lo que siempre me ha gustado mucho de Olivia es que es un ser totalmente emocional. Sí que es verdad que muchas veces se deja llevar por sus sentimientos y no razona —cosa que le pasa factura—, pero eso también le da un superpoder: sabe leer a la gente. Siempre es la primera en notar que algo no va bien. Cuando eso pasa, te escudriña con sus ojos claros y se fija en detalles como hacia dónde va tu mirada, qué arrugas generan tus expresiones faciales o qué formas dibujan tus labios.

Olivia se percató de que algo no iba bien antes de que nadie se lo dijera. Empezó a llamarme dos veces al día y a presentarse en casa después del trabajo para traerme la cena por sorpresa. Tanto ella como Paloma se están volcando conmigo, algo que me hace sentir querida pero a la vez mal, porque siento que soy una carga.

—Hoy vamos a comer con Teresa y Paloma al italiano de abajo, ¿qué te parece, Didi?

—No me apetece salir de casa hoy —susurro, casi sin fuerzas.

—Vale, entonces les diré que cojan unas pizzas y nos las comemos aquí.

—No tengo mucha hambre, Oli.

—Ya lo sé, pero es muy pronto. Seguro que después tendrás un poco, y si no es así, da igual, ya te ayudaremos a acabarte la pizza.

Con las caricias de Olivia, mis músculos se empiezan a relajar y noto que me pesan los párpados… Finalmente, me quedo dormida.

Al cabo de unas horas me despierto, porque alguien llama a la puerta de mi habitación. Es Paloma, que se sienta a mi lado mientras me froto los ojos con el dorso de la mano.

—Son las dos, ya hemos puesto la mesa. Es hora de comer —dice

encendiendo la luz de la mesita.

—Prefiero quedarme en la cama. —Evito el contacto visual.

—Y yo preferiría no tener que arrastrarte hasta el salón, pero si no me dejas más opción es lo que tendré que hacer —contesta con una sonrisa ladeada.

—Eres insoportable.

—Yo también te quiero. —Me da un beso en la mejilla y me invita a levantarme de la cama.

CAPÍTULO 15

9 de noviembre, jueves

Salgo del despacho de Miranda cerrando la puerta con suavidad. Tengo una leve sonrisa en la cara que se va ensanchando a medida que me acerco a la mesa de Guille. Levanta la cabeza en cuanto escucha el ruido que hacen mis tacones al andar y, alzando las cejas, se queda mirando los papeles que llevo en la mano derecha.

—¿Y bien?

—Ven a la cocina —le digo bajito al pasar por su lado.

Se levanta y me sigue. De camino, dejo los papeles en mi mesa y nos dirigimos juntos a la cocina. Mi amigo entorna los ojos intentando descifrar mi expresión. Hasta que no cierra la puerta, no empiezo a dar saltitos.

—¡Ya tengo contrato indefinido!

Guille tampoco puede contener la emoción y me levanta en brazos. Juntos, empezamos a dar vueltas.

—No lo dudé ni un segundo. —Me baja al suelo—. ¿Cuánto te ha ofrecido Miranda?

—Quinientos euros más.

—Bueno, bueno, bueno, no está mal; es toda una mejora.

—Estoy muy contenta, la verdad, tantos días saliendo a las mil han valido la pena.

—Ya verás como ahora todo va a ir a mejor. —Acaricia mi mejilla

con la mano.

—No lo sé, esperemos que sí. Tampoco es que pudiera ir mucho peor.

Me merecía que alguna parte de mi vida sí fuera bien.

—Eres una chica con suerte, solo ha sido una mala racha. Las desgracias nunca vienen solas, ya te han pasado unas cuantas, pero ahora se acabó. La época horrible se ha terminado y todo va a empezar a ir como te mereces. —Sonrío al escucharlo—. Tendríamos que celebrarlo este fin de semana.

Que hoy esté contenta no significa que esté de mejor humor. Hace unos días, apenas podía salir de la cama.

—No sé, ya veremos… Hablando de celebraciones, mi querido Guillermo, sé de alguien que va a perder todo el colágeno a finales de este mes porque cumple veinticinco años.

—Estás envidiosa de que yo aún lo tenga y tú ya lo perdieras en mayo —dice, y chasquea la lengua con una sonrisa burlona.

Finjo ofenderme ante tal ataque personal. Ahogo un grito y me coloco la mano en el pecho.

—¡Cuánta maldad! —Me río—. ¿Qué vas a hacer por tu cumpleaños?

—Bueno, como tengo que celebrar que he llegado al cuarto de siglo con el colágeno intacto, voy a hacer una fiesta. He pensado en alquilar un local. Díselo también a Oli, Tere y Paloma. Aunque igualmente voy a crear un grupo con toda la gente para que ya estén avisadas.

—¿De cuánta gente estamos hablando?

—No lo sé, algunos de la uni…, que, bueno, ya los conoces, y también los de mi pueblo, los de *crossfit* y alguno del curro…

—¿Con alguno del curro te refieres a Héctor?

—Sí —levanta las cejas—, entre otros.

—¿Cuántos más del trabajo, Guille?

—Tú y otros.

—Ya, otros. Pero quiero nombres —digo para picarlo.

—No sé, Diana, ya los verás cuando cree el grupo de la fiesta —dice subiendo el tono de voz.

—Vale, vale, chico. Pensaba que a lo mejor Héctor te hacía gracia, hablas bastante de él.

—Pero ¡¿qué me va a gustar?! ¡Diana, por favor! Además, es nuestro jefe.

—Lo de «gustar» —preciso haciendo las comillas con las manos— lo has dicho tú, yo he dicho que te hacía gracia.

—Ves cosas donde no las hay.

—Vale. —Me encojo de hombros, sabiendo que no me está siendo del todo sincero con sus sentimientos.

Acto seguido, se hace una pausa de unos pocos segundos en la que nos quedamos mirándonos el uno al otro. En esos momentos de silencio, se le encienden las mejillas a Guille.

—¿Te ha dicho algo sobre mí? —pregunta.

No sé si es porque Guille no sabe actuar con indiferencia ante nada o si es porque está más rojo que un tomate, pero me hace gracia su reacción. Suelto una carcajada que intento controlar tapándome la boca. Me doy cuenta de que hace semanas que no me reía o, al menos, no por compromiso. Me apoyo en la encimera de la cocina mientras intento contener la risa. Guille cruza los brazos y me mira con una mezcla de diversión e impaciencia.

—Diana, no me hagas esto. ¿Te ha dicho algo Héctor o no?

Me muerdo el labio y finjo pensar. Estoy alargando el momento solo para verle sufrir un poco más.

—¡Qué más da! Si no te gusta…

—Diana…

—Nada, ayer coincidimos aquí durante la comida y no sé cómo fue la cosa… —desvío la mirada, pensativa—. ¡Ah, sí! Me preguntó si yo seguía con…, ya sabes, y le dije que no. Entonces él me dijo que era el año de las rupturas, porque todos los chicos con los que tenía citas acababan de romper con el ex. Luego empezamos a hablar de la gente que estaba soltera en la oficina y me preguntó si tú lo estabas.

Veo cómo Guille traga saliva y comienza a ponerse nervioso.

—Pero ¿cómo te lo dijo, Diana?

—Pues no sé, Guille, simplemente me lo preguntó.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Pues que sí.

Se altera todavía más al escuchar el rumbo de mi conversación con Héctor.

—Pero ¿qué le dijiste exactamente?

—Joder, Guille. «Sí, está soltero».

—¿Y por qué crees que lo querrá saber?

—Madre mía, Guille. —Me río. A veces me exaspera—. Tú invítalo a tu fiesta de cumpleaños y así salimos de dudas.

CAPÍTULO 16

17 de noviembre, viernes

En casa de Olivia, las risas de mis amigas se mezclan con el murmullo de los cubiertos contra los platos. Teresa les está contando una postura que probó con Bruno la semana pasada. Me pone de los nervios cuando se pone así, solo habla de Bruno, su vida empieza y acaba con él, le importa una mierda todo lo demás.

No quito la vista de mi plato, estoy concentrándome para no vomitar. Sé que Olivia nos ha cocinado tortilla de patatas porque es mi plato favorito y ha tenido ese detalle, pero he perdido el apetito en cuanto me la ha servido en el plato. Teresa me da un codazo y señala mi porción.

—No te levantas hasta que te lo acabes —bromea, mientras arruga su nariz repleta de pecas.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —Levanto la vista por fin—. La vida de casada te envejece mucho, suenas igual que mi abuela.

Jugueteo con el tenedor entre mis dedos, buscando algo de confort en ese pequeño movimiento repetitivo. Olivia me acaricia el brazo y, con sus ojos verdes, me observa con la intensidad que siempre la caracteriza.

—La he hecho sin cebolla porque sé que es como te gusta.

—Muchas gracias —le contesto.

—Si no tienes hambre, no pasa nada, Diana. He pensado que a lo

mejor te apetecería comer tortilla porque te hemos visto mucho mejor estas últimas dos semanas. Ya no tienes pesadillas… —Lanza una mirada a Paloma antes de seguir hablando—. Pero ¿cómo estás?

La pregunta del millón. Noto que los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas. Inclino la cabeza hacia atrás para no ponerme a llorar y sonrío para quitarle hierro a la situación. Acto seguido, Olivia agarra mi mano y Teresa me pasa un pañuelo para secarme las lágrimas que inevitablemente he derramado.

—Sí, quiero decir —me recompongo—, estoy mejor. Me va a costar mucho, pero me voy a poner bien. Solo que todo es muy reciente y todas las cosas vinieron de golpe, una detrás de otra. Pero estoy orgullosa de al menos estar intentándolo.

—¿Has pensado en escribir? —pregunta Paloma después de darle un sorbo a su copa de vino blanco—. A mí me lo sugirió el psicólogo cuando pasó lo de Sara. Sé que no es lo mismo ni muchísimo menos, pero a mí me ayudó.

—¿Escribir? —pregunto mientras veo como sus ojos oscuros se entornan.

—Sí, las cosas que sientes, cómo estás sobrellevando todo lo que te está pasando. Yo lo hacía por temas… Sara, un tema; el estrés de los exámenes finales, otro tema; la pérdida de mi abuela, otro tema… —Mientras habla, enrosca su larga melena ondulada en un moño—. De esta forma, me focalizaba en los problemas de uno en uno y podía entender qué es lo que me creaba más malestar en cada situación.

—No sé… Es que no creo que se me dé muy bien lo de escribir para mí misma.

—Bueno —dice Olivia sonriéndome—, tampoco se te tiene que dar bien; todo es probarlo.

Miro mi plato y, por primera vez en toda la noche, me obligo a

tomar un pequeño bocado. El sabor de la tortilla de patatas, que normalmente me reconfortaría, me parece insípido.

—A lo mejor lo pruebo —digo finalmente, apoyando el tenedor en el borde del plato.

Paloma me guiña el ojo desde la otra punta de la mesa y Olivia me sonríe y me da un suave apretón en el brazo.

—Eso es lo importante, intentarlo —responde Olivia con dulzura.

La conversación en la mesa sigue su curso, pero yo continúo atrapada en mi propia mente. Escribir… Nunca lo había visto como una forma de desahogo. Cuando era una niña, llevaba un diario, uno con candado que escondía en mi armario, donde anotaba cosas triviales: qué había hecho en el colegio, lo mal que me caía el profesor de Lengua, si me gustaba algún niño de clase, los secretos que me contaba Teresa… Pero esto es distinto. Sonrío al comparar los problemas que tenía a los ocho años y los que tengo a los veinticinco. Antes todo se arreglaba con un abrazo de mi madre, ahora no creo que eso bastara, aunque no me vendría mal.

CAPÍTULO 17

21 de noviembre, martes

Salgo del trabajo con la cabeza a punto de estallar. Ha sido un día eterno, lleno de correos urgentes, llamadas interminables y reuniones donde apenas he podido decir una palabra. Miranda ha estado atenta a todo, pero hoy siento que la presión ha sido excesiva. Hoy cualquier comentario me pesa el doble. Estoy agotada, y la sensación de que nunca llego a todo me oprime el pecho.

Necesito despejarme. Camino intentando ordenar mis pensamientos. Recuerdo lo que dijo Paloma en la cena del pasado viernes: «¿Has pensado en escribir?». Tendría que intentarlo, no pierdo nada. Pero si lo hago en mi casa creo que voy a entrar en bucle con todos los recuerdos que mi habitación evoca. Pasamos mucho tiempo ahí, las cosas más bonitas que viví con él fueron entre esas cuatro paredes, y no me apetece sufrir un ataque de ansiedad después de esta jornada laboral tan drenante.

No me queda más opción que entrar a una cafetería, recuerdo que hay una al girar la esquina, tiene ese aire cálido y reconfortante que me hace sentir como si me estuviera envolviendo en una manta. Me siento a una mesa al fondo, pido un café con leche y, mientras espero, saco el ordenador de mi bolso negro y lo coloco en la mesa de mármol.

Abro un nuevo archivo, casi por inercia, y lo dejo ahí, esperando a que las palabras fluyan solas. ¿Qué debería escribir? No tengo ni idea, pero que me lo plantee ya es un paso, supongo. Mientras remuevo el café con la cuchara, rememoro de nuevo lo que me dijo Paloma: «Yo lo hacía por temas. Sara, un tema; el estrés de los exámenes finales, otro tema…». Debería empezar por lo que desencadenó la serie de desgracias.

No sé cómo enfocar esto, la verdad es que la última vez que escribí algo fue para ti, aunque no pensé que sería lo último que te escribiría, como tampoco pensé que al final no lo recibirías. Todavía tengo las cartas que me escribías en una caja que he colocado en la parte de arriba de mi armario. La puse ahí porque necesito una silla para llegar a cogerla y me parece un método un poco más disuasorio que ponerla debajo de la cama. Tengo miedo de sentir unas ganas irrefrenables de escribirte si las leo, y no quiero. Veo que tú cumples a raja tabla lo del contacto cero, así que no voy a ser yo quien ponga fin al silencio entre ambos. Me he dado cuenta de que existe mucha intimidad en no volver a hablar con alguien.

Esto es nuevo para mí, porque, por una parte, nunca vas a recibir esta carta y, por otra, aunque este escrito se dirija a ti, es para mí.

Hace más de tres meses que ni hablamos ni nos vemos. Nos despedimos con un beso y creo que estuve a la altura de la situación, con eso me refiero a que mantuve la cordura y no empecé a gritar como una loca, aunque eso fuera lo que me apetecía. Fui coherente, me despedí con todo el amor que te tuve durante la relación.

Te di la mano en el coche, te deseé lo mejor y te sequé las lágrimas con las yemas de los dedos mientras tú hacías lo mismo

con las mías. Salimos del vehículo, nos besamos, nos dijimos que el uno estaría siempre para el otro y me fui. No me giré porque cualquier cosa que me pudiera encontrar al hacerlo me hubiera hecho aún más daño del que ya me estabas haciendo.

Cuando le dije a mi madre lo que había ocurrido, me dijo que Dios te había quitado de mi vida porque yo no habría sido capaz de hacerlo nunca… Ya sabes que ella es muy creyente. Pero, en cierto modo, creo que tenía razón. Yo pensaba que teníamos un plan y me hubiera aferrado a él hasta las últimas consecuencias. Ahora me doy cuenta de que eras tú quien decías lo de envejecer juntos y yo era la que se lo creía de verdad.

Pienso en las cosas que te tendría que haber dicho y que me callé, y me enfado conmigo misma por no haberlas sacado. ¿Qué más daba? Me hubiera quedado mucho más ligera y a lo mejor hubiera obtenido más respuestas de las que tengo ahora. La verdad es que ni yo ni nadie de mi entorno entiende lo que ocurrió. No es coherente querer pasar toda la vida con alguien un día y al siguiente no. A lo mejor es que lo decías, pero en realidad nunca quisiste que ocurriera.

¿Qué fue verdad y qué fue mentira? Seguramente, nunca lo sepa. Hay una parte de mí que prefiere que sea así, que prefiere recordarte queriéndome.

Preferiría que el recuerdo de nosotros no se me venga a la cabeza cada vez que me despierto y que el futuro que imaginaba que tendríamos me deje en paz cada vez que me acuesto. Como ves, sigo yéndome a dormir y despertándome contigo, aunque ya no sea de la misma forma. Mis amigas me dicen que dentro de dos años me voy a reír de esto… Al menos, ahora quiero que eso llegue a ocurrir; hace unas semanas me aterraba la idea de que pudiera pasar página, no quería soltar, me daba más miedo

que tú y yo siguiéramos con nuestras vidas que la posibilidad de no superar jamás nuestra ruptura.

Creo que ya no estoy en ese punto, estoy en el punto de repetirme todo el rato a todas horas que el amor de mi vida no me haría lo que tú me hiciste, que la persona que me merezco jamás haría nada que pudiera suponer perderme.

Aun así, a veces lloro al recordarte, al recordarnos. Cómo me acariciabas el pelo antes de dormir, cómo contigo a mi lado era capaz de dormirme hasta de pie, las ganas irrefrenables que sentía de tocarte constantemente, cómo cantábamos a pleno pulmón en el coche, las risas que cortaban los besos que nos dábamos, cómo hacíamos el amor, cómo te pillaba mirándome embobado… El otro día, pasé por delante de una tienda de ropa de segunda mano y estaban poniendo esa canción de Bon Jovi que tanto te gusta. Es muy raro escuchar la música que te gusta sin ti. Al menos tengo suerte de que se lleve el reguetón y el tecno en vez del rock de los ochenta. Si me la pusieran en una discoteca con cuatro copas encima, seguramente estallaría en llanto.

Te echo de menos… Aunque, si lo pienso bien, en realidad echo de menos a quien eras, echo de menos a la persona que estaba enamorada de mí, porque esa persona ya no eres tú, ni yo soy ya la persona de la que estabas enamorado. A pesar de que una parte de mí te siga queriendo, ya no es como antes y no va a poder volverlo a ser nunca, no igual. Da miedo pensar en que un hecho de un día concreto puede determinar cómo vamos a ser, cómo nos vamos a comportar y a reaccionar. Cómo una simple acción de corta duración puede cambiar por completo nuestro estado de ánimo y nuestros pensamientos durante meses.

Me he preguntado mil veces cómo debes estar. Miré tus redes sociales una vez poco después de dejarlo, y habías subido fotos en las que estabas sonriendo… Es una tontería, pero una parte de mí se alegró de que estuvieras bien, y a la otra no le hizo gracia. Me jodía ver la comparación entre tú y yo, yo con los ojos hinchados de tanto llorar y tú, sin embargo, estabas pasándotelo bien. Acto seguido, te silencié en redes sociales, a ti y a todas las personas que conocí a raíz de estar contigo, por si acaso veía los hoyuelos que te salen al sonreír en otros perfiles; desde que lo hice estoy mejor. No tengo ni idea de si me has dejado de seguir o si me has silenciado, pero tampoco quiero saberlo.

Guille me dijo hace un tiempo que te había visto, pero no quise que me diera detalles, dado que cualquier nuevo dato sobre ti puede tener en mí un impacto devastador. Y ahora que he avanzado un poco y que he priorizado el pasar página, no me la quiero jugar.

Aun así, aun con todo, todavía te quiero. No lo entiendo, y me odio por ello.

Tengo la sensación de que miento a todo el mundo fingiendo que, a pesar de todo, estoy medianamente bien y que sigo siendo la misma de siempre, una persona que no se deja pisar, que se quiere lo suficiente como para decir: «Hasta aquí; no eres lo bastante bueno para mí. De hecho, no eres buena persona. Las buenas personas jamás harían lo que tú me has hecho y, por lo tanto, no me mereces».

O sea, ¿por qué te quiero aún? ¿Por qué te sigo queriendo después de lo que me has hecho, de todo lo que he tenido que pasar? ¿Por qué te sigo amando tanto?

Es algo que me permito escribir aquí, pero dudo que lo admita jamás ante nadie. Aquí puedo decir que aún te quiero porque, a

los demás les puedo mentir, pero tengo que ser sincera conmigo misma al menos. Creo que te fuiste demasiado pronto y yo no había terminado de quererte.

Daría todo lo que tengo en el banco para que me pudieran sacar de la cabeza cada recuerdo que tengo de ti. Me da igual que con eso perdiera los que han sido seguramente los mejores momentos de mi vida, porque tengo la sensación de que nunca voy a poder mirarlos con distancia, sin que me duelan, porque sé que ya no se van a repetir, y también porque sé que es imposible que alguna vez otra persona me haga sentir ni una décima parte de lo que sentía estando contigo. Me duele y me aterra la posibilidad de que tú seas el amor de mi vida, pero yo no sea el tuyo.

He empezado a acostumbrarme al silencio. A este eco sin respuesta. A vivir más despacio, con más cautela, que haya días que basten con solo estar mientras no vuelva a ti, aunque mi memoria lo haga sola. Me ha costado mucho darte por perdido, no podía concebir quedarme todo el amor que tenía para ti. No sabía dónde colocarlo y tampoco había manera de que se esfumara. Lo que ha sucedido es que lo he podido transformar en esperanza, en odio, en incertidumbre, en tristeza, en desconfianza… Espero que algún día mute a indiferencia; ahora al menos tengo la voluntad de que eso pase.

Una parte de mí se pregunta si tú también has transformado todo eso que tenías para mí, si lo has volcado en alguien más o si tú sí fuiste capaz de hacerlo desaparecer. No sé qué me haría más daño. Supongo que en el fondo aún me cuesta aceptar que, mientras que yo me aferraba a la posibilidad de que lo que pasó era un capítulo más, tú ya habías cerrado el libro. Que para mí esto era una historia a medias, y para ti, un punto final.

Puede que esta sea la última carta que te escriba o puede que no, no lo sé, pero de lo que sí estoy segura es de que, si vuelvo a escribirte, esa carta será como esta, será una carta para mí, aunque se dirija a ti, y eso ya es un paso, eso ya es aceptar que no vas a volver y que tampoco espero que lo hagas.

Guardo el archivo en una carpeta con su nombre, miro la hora en la esquina de la pantalla del ordenador, no me puedo creer que haya pasado una hora y media. Tras pagar, salgo de la cafetería. El aire frío me roza la cara mientras camino. Hay unos operarios colocando las luces de Navidad. Recuerdo cómo fueron mis Navidades pasadas y me doy cuenta de que ya nunca las voy a pasar de la misma manera, lo que más me sorprende es que aún con dolor acepte que eso va a ser así. Lo que he escrito me ha removido, he tenido ganas de llorar en algunos momentos, pero ahora me siento más ligera. Miro el móvil y veo que tengo mensajes de Olivia y de Paloma.

Olivia

18.54: Hola, amor. ¿Cómo estás?

18.54: Si quieres, puedes venir a dormir a casa.

19.17: Por cierto, ¿te importaría dejarme tu vestido verde para lo del sábado?

Paloma

19.15: ¿Has probado lo de escribir?

19.29: A lo de Guille viene su prima, ¿no? Bueno, no sé si era su prima o una amiga, pero era muy guapa. La

rubia alta, ¿te acuerdas?
19.32: Si no, habrá tíos buenos igualmente ¿verdad? Y si solo hay uno, te lo cederé, que ya te va tocando.

CAPÍTULO 18

25 de noviembre, sábado

Olivia y yo subimos las escaleras del metro cogidas del brazo para que ninguna de las dos se caiga por culpa de los tacones. Su pelo rizado anaranjado le cae hasta la cintura y sus ojos verdes van a conjunto con el vestido que lleva. Es corto, con la espalda descubierta y de manga larga.

Paloma nos espera a la salida, lleva un traje marrón y un top de encaje que le combina con sus tacones negros. Sus ojos de color casi azabache contrastan con la sombra de ojos dorada que lleva.

—¡Pero qué guapas van mis chicas! —exclama, recogiéndose el pelo en una trenza.

—Tú también estás preciosa —afirma Olivia.

—Muy sexy ese top, hueles a venérea desde aquí —digo guiñándole un ojo.

—Sabes que las tetas tienen que ir dentro del vestido y no fuera, ¿no? —contraataca, observando el escote del vestido rojo que llevo.

—La mirada aquí, guapa —le digo riendo mientras me señalo los ojos.

—¡Qué rabia que no haya venido Teresa! —exclama Paloma arrugando la nariz.

—Sí, pero, bueno, ir hasta Barcelona para celebrar el cumpleaños de tu padre es de ser muy buena hija —dice Olivia.

—Ya te aseguro yo que si Bruno le hubiera pedido que se quedara hubiera plantado a su padre y a quien hiciera falta —remata Paloma en tono irónico.

—Bueno, no te quito la razón en eso —contesta Olivia

—¿Vamos tirando? —pregunto intentando cambiar de tema. Con solo hablar del comportamiento que tiene Teresa últimamente ya me pongo de los nervios.

—Sí, por favor, necesito sentarme, que los tacones me están matando —suplica Olivia.

Bajamos dos calles a paso lento. Los zapatos nuevos de Olivia hacen que no podamos acelerar la velocidad.

Al llegar al local, Guille nos viene a saludar emocionado.

—¡Feliz cumpleaños, Guille! —decimos las tres al unísono.

Mi amigo nos presenta a algunos invitados. Paloma me mira disimuladamente mientras saluda a Emma, la chica rubia que sí que era la prima de Guille.

Me quedo a solas con el cumpleañero, que me toma del brazo para que lo ayude a poner unos canapés en bandejas y preparar la comida de las mesas.

—Oye, ¿a qué viene tanta prisa, Guille? ¡He quedado como una maleducada porque no he podido saludar a casi nadie!

—Ya lo harás. Ahora te quiero para mí solo.

—Mira que eres celoso. —Levanto las cejas y dibujo una media sonrisa—. Por cierto, Héctor estará al caer.

—Ah, ¿sí? No me había dado cuenta. —Miente de pena—. Tal vez se le han complicado las cosas al chico y no puede venir. Sea lo que sea, tampoco es que me quite el sueño…

—Creo que te has puesto igual de rojo que mi vestido.

—Sí, pero eso no es por ningún compañero de trabajo, eso es por lo que tengo delante. —Señala mi escote.

—Cuando acabe la fiesta, te lo enseño sin vestido…

—No creo que pueda esperar.

Una carcajada se oye por encima de la música al otro lado de la sala y Guille gira la cabeza rápidamente. En la entrada acaba de aparecer Héctor, con una copa ya en la mano y el abrigo medio colgado del brazo. Alto, con una sonrisa segura y un aire despreocupado. Guille se pone recto y se pasa la mano por el pelo.

—Ahí tienes a tu querido jefe. —Le propino un leve codazo.

—Cállate —responde él bajito, pero no puede contener la sonrisa tonta de cuando te gusta alguien.

—Voy a por una copa.

Acto seguido, lo dejo solo y mis palabras le sirven de excusa para acercarse a saludar a Héctor.

Tras servirme un poco de vino blanco en una copa, me dirijo hacia las chicas. Brevemente, desvío la mirada hacia Héctor y Guille, ambos se están riendo. Héctor tiene puesta una mano en el hombro de mi amigo mientras que él se pone cada vez más rojo. Me parecen tan monos que cr…

Alguien se choca conmigo y hace que mi copa de vino se estrelle contra el suelo y se rompa. Me tambaleo hacia atrás por el impacto y noto que me cogen de la cintura para evitar que yo también caiga al suelo. Me quedo mirando al chico que me tiene cogida con cara de asustada, lo tengo tan cerca que su perfume me embriaga.

—Vaya, pensaba que la gente miraba por dónde iba al andar…

Mientras me ayuda a incorporarme, me dedica una sonrisa. Lleva una camiseta negra que hace que sus facciones sean más duras. Alto, guapo, tatuajes, pecas sobre la nariz y las mejillas. Pelo oscuro que contrasta con su piel.

—Y yo pensaba que me invitarías a cenar antes de pasar a segunda base —le contesto dándole un golpecito en la mano que ha

colocado en la parte baja de mi espalda.

El tipo suelta una carcajada y puedo ver que tiene una dentadura perfecta. Observo a mi alrededor para comprobar si mucha gente me ha visto hacer el ridículo. Por suerte, no parece que nadie se haya dado cuenta. Supongo que el volumen de la música ha opacado el ruido del cristal al romperse.

—Soy Felipe, por cierto. —Alarga la mano para que se la estreche, sin dejar de sonreírme. Tiene el pelo algo alborotado.

—No me jodas —le digo riéndome.

—¿Qué?

—Nada, que me parece muy… monárquico. Yo me llamo Diana.

—También muy monárquico. —Hace una pequeña reverencia. No ha dejado de sonreír—. Puedes llamarme Pipe si Felipe te parece demasiado de la realeza.

—Sí, vale, opto por Pipe —digo—. Y tienes razón, con el mío; de hecho, Lady Di es la responsable de que mi madre se encaprichara del nombre. Esperemos que yo no muera tan joven.

Hay algo en esta conversación que me está poniendo nerviosa —en el buen sentido de la palabra—. Para intentar tranquilizarme, compruebo que el vino no haya decorado el vestido rojo y, cuando veo que está limpio, me lo aliso.

—¿Te has manchado?

—No, todo en orden, por suerte era vino blanco y no tinto. ¿Algún desperfecto en su estilismo, majestad?

—Ninguno. Ya que la copa era tuya, me tendrías que ayudar a buscar una escoba para recoger esto.

Asiento, tiene toda la razón.

—Haremos un trato, la iré a buscar si tú me traes algo de beber —le digo mientras esquivo los restos de vino y cristal en el suelo.

—Hecho. ¿Vino o quieres otra cosa?

—Con tal de que no esté caliente, me vale.

—Vaya estándares más exigentes, se nota que tienes un nombre proveniente de la realeza.

Veo a Pipe marcharse hacia la barra. De frente está muy pero que muy bien, y de espaldas también. Veo una pequeña puerta al lado del baño. La abro y, bingo, ahí están. Vuelvo a la sala con la escoba y el recogedor y me encuentro con Pipe, que está esperándome con una copa en la mano.

—Tu copa, alteza —dice, y me da una copa con vino blanco. Y yo, a cambio, le doy la escoba y el recogedor.

—Vaya, tuteando a la realeza… Creo que estás cogiendo muchas confianzas.

—Bueno, según tú, ya he pasado a segunda base en el primer contacto. Si no te tuteara, sería un poco raro.

Con cuidado, Pipe barre los cristales hacia la esquina que tenemos al lado.

—Gracias por recoger el desastre.

—Ha sido un cincuenta por ciento culpa mía; es lo mínimo. ¿De qué conoces a Guillermo?

—Estábamos en la misma clase en la universidad y ahora también trabajamos juntos.

Observo cómo se toma en serio lo de barrer, casi como si le diera paz.

—¿Se porta bien en el trabajo? —pregunta mirando a Guillermo, que sigue hablando con Héctor.

—Siempre se porta bien. Como puedes ver, es muy sociable con todos los compañeros. —Me apoyo contra la pared—. ¿Tú de qué lo conoces? No te había visto nunca en ninguna de sus fiestas.

—Jugábamos a fútbol en el mismo equipo, aunque el pobre es malísimo —dice sonriendo sutilmente—. Hace poco me mudé aquí, a

Madrid centro, seguramente coincidiremos más veces ahora. Así podré invitarte a cenar, ya que he ido demasiado rápido la primera vez.

Es directo, desde luego.

—Vaya, veo que te quedas con las cosas que digo.

—Bueno, no todos los días se choca uno con una chica que sorprenda tanto. —Me estudia de arriba abajo, sin disimular.

—¿Perdona?

—Perdonada. Me refiero a que no pasas desapercibida. Una copa rota, una escoba y un recogedor en la mano, y dos personas de la realeza que están destinadas a cenar juntas.

Pipe se apoya en la pared y se cruza de brazos, lo que hace que se le marquen los bíceps.

—Creo que eres muy impresionable, cielo.

—Vaya, ya me llamas cielo. Me gusta cómo progresa nuestra relación. Creo que el que te ha impresionado he sido yo.

—Sí, es que la forma en la que barres me ha hecho darme cuenta de que estábamos predestinados —digo, y él suelta una carcajada.

Sonrío observándolo. Hacía mucho que no hablaba así con un chico, es decir, que no tonteaba con uno. No pensaba que pudiera sentirme tan cómoda después de tanto tiempo sin ligar.

—Bueno, Diana. Ha sido un placer. No te vayas muy lejos que luego me toca barrer lo que se te cae. —Me guiña un ojo.

—Tendrás suerte si nos volvemos a cruzar.

Me alejo con una sonrisa contenida y lucho por no girarme para comprobar si me sigue con la mirada. Cruzo la sala entre el murmullo de conversaciones, y localizo a Olivia y Paloma cerca de una de las esquinas del local con otras personas. Paloma enumera a sus potenciales ligues de la noche: Emma, un chico que acaba de entrar y el alto de la camiseta negra. Este último es Pipe; yo sonrío,

pero no digo nada.

Guille y Héctor siguen al fondo de la sala, muy juntos, compartiendo una complicidad que se nota incluso desde la distancia. Mi amigo tiene esa expresión suave que solo nos regala cuando está realmente cómodo. Me encanta verlos así. Hay algo tranquilizador en observar a alguien que quieres estar bien.

A mi alrededor, el ritmo de la noche se mantiene: copas que se llenan, pasos que van y vienen, conversaciones que empiezan y acaban según va marcando la música. Me apoyo levemente contra la pared y dejo la copa descansar a la altura del pecho.

—Te dije que no te fueras muy lejos y te encuentro en la otra punta.

Me giro y ahí está Pipe. Tiene la misma sonrisa de hace un rato. También le sigue acompañando ese aire seguro de sí mismo que no llega a ser arrogante.

—Bueno, es que no suelo hacer lo que me dicen desconocidos.

—Pero, Diana, desconocidos no somos. Además, estábamos predestinados.

Suelto una carcajada.

Veo que Olivia y Paloma nos miran con cara de desconcierto. En concreto, Paloma se muestra perpleja al verme hablar con uno de sus potenciales fichajes.

Mis dos amigas señalan a Pipe con la barbilla sin ningún tipo de disimulo para que las presente como es debido.

—Ah, perdón, soy muy maleducada. —Me doy una palmada en la frente—. Ellas son Olivia y Paloma. Chicas, él es Pipe.

—Encantado.

Entonces las saluda dándoles dos besos a cada una. Paloma me mira con los ojos abiertos.

—¿De qué os conocéis vosotros? —pregunta Olivia.

—Nada, nos hemos cruzado antes —respondo.

—Bueno, más que cruzarnos nos hemos chocado. —Pipe me observa de reojo, como si lo recordara con cierto orgullo.

—¿Y qué tal el reencuentro con mi amiga Diana? —inquiere Paloma, divertida.

—No tan impactante como el primero.

No puedo evitar reírme otra vez. Olivia levanta una ceja, sorprendida de verme tan alegre después de estos meses.

—Vamos a buscar a Guille, ¿no, Olivia? —propone Paloma.

—Sí, que tenemos que comentarle una cosa. Luego nos vemos chicos.

—O no —sugiere Paloma al irse.

Me río negando con la cabeza, es una descarada.

—Son lo peor —digo, aunque no puedo evitar sonreír.

—A mí me caen bien, me lo ponen muy fácil. —Alza levemente la barbilla—. La que no me lo pone tan fácil eres tú…

—Vaya, veo que te gusta hacerte la víctima.

—Puede ser. Pero, mírame, aquí estoy, encontrándote otra vez. Algo de mérito tendré.

—O será que el sitio no es tan grande como crees.

—O que tú tampoco tienes tantas ganas de perderme de vista como intentas aparentar —contesta tranquilo.

No digo nada, pero creo que mi silencio le hace más gracia que cualquier respuesta. Me mira con una expresión entre curiosidad y juego, y noto que la distancia se ha acortado sin que me diera cuenta.

¿Estoy nerviosa? No lo sé, la verdad.

—Bueno, ya me has encontrado. ¿Ahora qué?

—Ahora… —musita— me toca improvisar. Pero se me da bien. Tengo una propuesta.

—Sorpréndeme.

—¿Quieres quedarte rompiendo más copas o me dejas que te enseñe un sitio?

Lo miro un segundo, calibrando el tono de su voz, la forma en la que lo ha dicho. Sopeso mis opciones.

—No te conozco de nada…

—Por eso, tienes que venir para conocerme. Además, soy de fiar, ya sabes cómo es Guille, nunca se juntaría con alguien con el que no te podrías ir.

—Ya, pero es el cumple de Guille; no me puedo ir sin…

—En cuanto te he localizado me he ido a despedir de él por los dos, me ha mirado con cara de sorpresa, pero sus palabras textuales han sido «Cuídamela, que es la mejor».

—No ha mentido —digo levantando el dedo índice—, pero es que mis amigas…

—Tus amigas ya se han despedido en cuanto se han ido. —Me toca el brazo suavemente—. Además, tengo dos cascos en la moto así que no habrá ningún problema.

—Pero ¿hay que ir en moto?

—No he bebido ni una gota de alcohol.

—Pero es que voy con vestido…

—Un vestido muy bonito que combina perfectamente con el negro de mi moto. Se te han acabado las excusas. —Me tiende la mano—. Si no quieres venir, me quedo aquí contigo, pero te digo que, si nos vamos, no te vas a arrepentir.

Lo miro poniendo los labios hacia un lado. No sé qué debo hacer. Quiero ir, pero ¿debo?

—Que sepas que, si voy —le digo cogiéndole la mano—, no vamos a hacer nada.

—Ni se me había pasado por la cabeza —dice guiñándome un ojo

mientras nos dirigimos a la puerta.

CAPÍTULO 19

26 de noviembre, domingo

Me ha estado acariciando la pierna en cada semáforo que se ponía en rojo. Yo me agarraba a su cuerpo, no sé si con la excusa de no caerme o porque me apetecía tocarle. El viento aquí arriba es más frío que en la ciudad, pero también más limpio. Huele a campo húmedo y a cielo despejado. No digo nada. Él tampoco.

Tras sentarse en el suelo y apoyarse contra una piedra grande, me hace un gesto con la cabeza. Me uno. Mis piernas todavía tiemblan un poco por la tensión del trayecto, o tal vez es solo que no termino de creerme que esté aquí, con este chico al que apenas conozco, en mitad de la nada, en mitad de la noche.

—Pensaba que me ibas a llevar a un *after* o a un sitio con luces de neón y reguetón de fondo —bromeo.

—¿Y me habrías seguido?

—Depende de si el reguetón hubiera sido antiguo o no.

Se ríe. Tiene esa risa que suena como si viniera desde muy dentro. Me mira de reojo. Yo desvío la vista al instante.

—¿Estás cómoda? —pregunta.

—Mucho.

—¿Segura?

—Sí.

Y es verdad. No entiendo por qué, pero estoy bien. En paz. Como

si me hubiera desconectado del mundo al bajarme de esa moto. Ni siquiera me acuerdo del frío hasta que me lo menciona.

—Tengo otra chaqueta en el baúl de la moto, si quieres.

—Con esta ya estoy bien —respondo, aunque me froto los brazos.

Pipe se levanta, va hasta la moto y saca una cazadora negra. Me la pone por encima de los hombros, sin darme tiempo a reaccionar, y se sienta de nuevo a mi lado; esta vez más cerca. Noto el calor que emana y, por alguna razón, me reconforta.

Se recuesta con las manos bajo la nuca y se queda mirando al cielo. Yo también me tumbo, más por imitación que por ganas. El suelo está helado, pero como llevo su chaqueta, se puede aguantar. Los dos en silencio. Hay estrellas. Más de las que recordaba. Me pasa a veces, que se me olvida que están ahí hasta que alguien me obliga a mirar hacia arriba.

—¿Sabes cuál es tu primer recuerdo? —me pregunta de repente.

Me giro hacia él.

—¿Así, sin anestesia?

—Lo he leído esta semana. Que el primer recuerdo de la infancia, lo que se te queda, lo que tu cabeza decide guardar como inicio, dice mucho de ti.

Me quedo un segundo pensando.

—Estoy en la playa. Mi madre está extendiendo una toalla amarilla sobre la arena, y yo estoy comiendo aceitunas de un táper. Eso. Eso es lo primero que recuerdo. ¿Cuál es el tuyo?

—El mío es menos poético, alteza. Es en el colegio, en el recreo, se me cae un trozo de jamón del bocata que me estaba comiendo al suelo. —Me mira como si eso fuera un evento traumático en su vida.

—¿Y por qué te acuerdas de eso?

—Porque lo recogí y me lo volví a comer, y un niño de mi clase me llamó «guarro». Lloré todo el camino a casa.

Me echo a reír, imaginándome la escena.

—Pobrecito. Marcado para siempre por el jamón.

—Y por las miradas ajenas. Ahí empezó mi carrera como chico misterioso que come a escondidas —dice, girando un poco el rostro hacia mí con una media sonrisa.

Sonrío negando con la cabeza. Nos reímos. El ambiente es cada vez más cálido, a pesar del frío. Hay algo en esta conversación, en este no saber a dónde va todo, que me hace sentir extrañamente cómoda. Como si no tuviera que esforzarme por caer bien, ni medir mis palabras. Seguimos hablando, me parece que no ha pasado mucho rato, pero de repente observo que el sol empieza a asomar tímidamente por el horizonte. Todo adquiere un tono anaranjado, como si alguien hubiera encendido una luz cálida sobre la ciudad.

Pipe se estira como si acabara de despertarse de una siesta.

—¿Vamos bajando, alteza? Es hora de desayunar —dice.

Volvemos a la moto. El trayecto de vuelta es más tranquilo, sigue mis indicaciones para llegar a mi casa. Ya no siento nervios; me noto ligera, como flotando, como si el peso de todo lo demás se hubiera quedado arriba, en ese mirador.

Cuando aparcamos cerca de mi portal, me bajo con cuidado. Pipe se queda quieto, sujetando su casco con una mano y mirándome como si no supiera qué va después.

—¿Subes? —le digo.

—¿Segura?

—No te vengas arriba, solo para cambiarme. El vestido ya no pega con lo que queda de día.

—Yo lo llevaría hasta fin de año, pero tú mandas. Mejor te espero aquí.

Subo y me cambio rápidamente, quiero exprimir todo el tiempo que pueda de esta cita. Me pongo un jersey amarillo, unos vaqueros

negros y unas zapatillas rojas. Bajo sin hacer ruido. Cuando me ve, sonríe de forma automática.

Empezamos a caminar por las calles todavía vacías. A esas horas, Madrid parece otra ciudad. Me coge de la mano sin darle mucha importancia, ni se lo piensa, parece que le haya salido automático.

Pasamos por delante de una cafetería con luces suaves y olor a pan recién hecho y tira de mí con una sonrisa.

—¿Te fías del sitio?

—Huele bien, ¿no? —le pongo la mano que tengo libre en el brazo.

Entramos. Pedimos café con leche y *croissants*. Pipe insiste en pagar. Nos sentamos a una mesa junto al cristal. Afuera empieza a pasar gente con cara de domingo. Dentro, todo está suspendido.

Hablamos. Sin parar. De tonterías, de anécdotas, de lo mal que pronuncio *croissant*. De mi trabajo. Del suyo. De la música que escuchamos. De que a ninguno de los dos nos gusta el café con hielo. De lo mucho que echo de menos a mi familia.

Nos reímos. Yo dejo de pensar en la hora. En el lunes. En el invierno inminente.

Cuando terminamos el desayuno, seguimos andando. Ya no sé a dónde vamos. No importa. En algún momento acabamos en el Retiro. Nos quitamos los abrigos y nos tumbamos en el césped, uno al lado del otro, compartiendo la chaqueta de Pipe como almohada improvisada.

Él se pone boca arriba, con los ojos cerrados y las manos detrás de la cabeza. Yo me acurruco de lado, mirándolo.

—¿Tienes sueño? —pregunto.

—Un poco. Pero prefiero no dormirme.

—¿Por?

—Porque estoy demasiado a gusto, y no sé si vas a volver a

querer verme, así que quiero aprovechar este momento.

Me río flojito, casi sin querer. No porque sea gracioso, sino porque no me esperaba tanta honestidad.

—Qué dramático eres.

—No, en serio. —Abre un ojo y me mira de reojo—. Estás a gusto ahora. Pero mañana podrías pensarlo mejor y decidir que soy un loco con moto.

—Podría… —Ladeo la cabeza.

—¿Ves? Por eso prefiero permanecer despierto.

Nos quedamos en silencio. Él vuelve a cerrar los ojos. Yo sigo observándolo. Tiene esa expresión que se le queda a la gente cuando se siente segura, como si por una vez no tuviera que demostrar nada. Me dan ganas de memorizarla, por si no se repite.

Después de un rato, siento que se me cierran un poco los párpados. No me duermo del todo, pero estoy ahí, en ese lugar intermedio donde el cuerpo descansa y la mente flota.

A mi lado, Pipe no se mueve. Solo respira.

Cuando abro los ojos de nuevo, no sé cuánto tiempo ha pasado. Me incorporo un poco, estirando los brazos, y veo que él me está mirando como si llevase rato esperándome.

—¿Nos movemos? —pregunta, sin presionar.

—Sí, venga…, antes de que me quede a vivir en este césped.

—No es mal sitio. Un poco duro, eso sí —dice, dándose un golpecito en la espalda.

Me río bajito. Nos levantamos sin prisa y nos sacudimos la hierba de la ropa. Me pasa la chaqueta por los hombros otra vez antes de que diga que «tengo frío».

Caminamos por las calles del centro como si el tiempo no contara. Cuando llegamos a mi portal, nos quedamos unos segundos frente a frente. Me da la sensación de que ninguno tiene mucha idea de qué

decir.

—Me lo he pasado bien —dice él.

—Yo también.

—No sé si esto ha sido una cita o una ida de olla, pero… —hace una pausa— gracias por no quedarte en la fiesta.

—Me alegro de no haberlo hecho.

—Hacía mucho que no tenía tan buen día.

Me mira con una sonrisa. Me va a besar, lo sé y quiero que lo haga. Se inclina hacia mí, pero solo me da un beso en la mejilla, lento, suave, y se aleja con las manos en los bolsillos.

—¿Eso es todo? —pregunto confundida.

—De momento no hace falta más. Primero tengo que invitarte a cenar. —Me guiña un ojo y luego se aleja.

Yo me quedo unos segundos en la puerta, viendo cómo se va calle abajo, sin girarse. Cuando entro en casa, me tumbo sobre la cama con la ropa puesta, la luz del día entrando por la ventana y la sensación de que algo, aunque todavía no sé qué, ha empezado.

CAPÍTULO 20

27 de noviembre, lunes

Necesitaba un poco de aire. Después del agobio de la reunión, el sol otoñal en la cara hace que me relaje. Desde la terraza veo a la gente paseando abrigada por la calle. Irónicamente, el ruido de los coches me calma. Me fumaría un cigarro, pero no debo, ya no fumo. Bajo la vista a los pantalones del traje gris que llevo. Ni me he dado cuenta de que están arrugados, porque he salido corriendo de casa.

—Sabía que te encontraría aquí.

Guille cierra la puerta detrás de él con una sonrisa en la cara.

—¿Y eso por qué? —Me cruzo de brazos.

—Porque haces de todo menos trabajar, querida.

—Lo dice el chico que ha llegado —reviso la hora en mi móvil— media hora tarde a la oficina.

—Ya seguiremos con los reproches luego, no me has contestado a ningún mensaje, Pipe tampoco, y necesito información.

—Yo creo que también necesito información —le contesto arqueando las cejas—. Nuestro jefe del departamento financiero estaba pegado a ti el sábado pasado.

—Para ti, el jefe del departamento financiero. Para mí, mi futuro marido.

Me río a carcajada limpia.

—Vaya, vaya, vaya… ¿Es así cómo te quieres ganar el ascenso? No

te hacía de esos…

—Lo primero que haré cuando me lo dé será echarte. —Me guiña un ojo.

—Cuéntame qué pasó.

Guille se sienta en uno de los taburetes de la terraza como si estuviéramos en un bar y no en una oficina donde deberían despedirnos por esta conversación.

—Vale —empieza, bajando la voz como si estuviéramos rodeados de micrófonos ocultos—. Me dijo que siempre había querido acercarse a mí, pero que no sabía cómo porque no estaba seguro de que me gustaran los chicos.

Me lo quedo mirando con el ceño fruncido y parpadeando.

—¿Qué? —Extiende las palmas de las manos boca arriba.

—Que debe tener el radar roto porque se distingue que eres gay de espaldas y con la luz apagada, Guillermo.

—¡Yo qué sé! El caso es que estábamos riéndonos y bromeando y tal… Y sobre las dos me dijo que tenía que irse porque ayer tenía que madrugar. Tenía que coger un vuelo a Argentina… —Se rasca la sien mirando a un punto fijo— o a México. No me acuerdo, pero era no sé qué de unos inversores para la empresa.

—Mucha atención estabas poniendo, ya veo.

—Literalmente, solo me focalizaba en lo perfecta que es su cara, sus ojos marrones, su mandíbula definida, su piel bronceada… —Pongo los ojos en blanco mientras lo describe—. Total, que se tenía que ir. Le acompañé fuera y antes de subirse al taxi…

Hace una pausa dramática que me pone de los nervios. Quiero saber lo que viene después lo antes posible.

—¿Qué? —alzo la voz un poco más de lo que me gustaría.

—Me dijo, palabras textuales: «Lo primero que haré cuando vuelva es repetir esto». Y me besó.

—¡No te creo! —Me quedo boquiabierta.

—Te he dicho que es mi futuro marido. Ya nos visualizo con dos hijos adoptados, niño y niña, y un gato siamés. Viviremos en una casa de cuatro habitaciones, con suelos hidráulicos y un pequeño jardín donde plantaré bonsáis. Tendremos que contratar a un jardinero y discutiremos porque Héctor creerá que ligo con él cuando solo le estoy pidiendo trucos para las plantas.

Me río mientras él hace movimientos exagerados con las manos y termina de contar sus elucubraciones. Está muy contento, ilusionado, no es solo *performance*, se lo noto, y eso me hace inmensamente feliz.

—Yo ya tengo mi vida solucionada, como puedes ver —me recuerda—. No te preocupes por mí. A lo que importa: Felipe y tú.

Guille me observa en silencio, esperando que diga algo. Pero yo suelto otra carcajada, sin poder olvidar la vida de ensueño que se acaba de montar.

—No te rías de mi visión para hacerte la loca. —Se cruza de brazos—. No me vas a dejar así, ¿verdad? ¿Qué pasó después de la fiesta? Voy a llamarlo en dos segundos como no me lo cuentes ya. Por cierto, ya es coincidencia que justo te hayas tenido que fijar en Felipe —dice recalcando la última frase.

Pongo los ojos en blanco y le cuento mi no-cita con Pipe con todo lujo de detalles. Empiezo hablando de nuestro paseo en moto y como no nos quitábamos las manos de encima. Noto una calidez en el pecho al mencionar nuestra conversación en el mirador. El desayuno, las bromas, la minisiesta en el Retiro.

—Estoy flipando, ¿y cuándo os besasteis? —inquiere Guille.

—Esa es la cosa, no me dio ni un beso en la boca. Cuando me dejó en casa, me besó, pero en la mejilla. Dijo que hacía tiempo que no había tenido tan buen día, que no hacía falta más por ahora.

Primero, su obligación es invitarme a cenar.

—¿Su obligación?

—Nada, una broma interna sin importancia.

Guille se queda callado un momento. Luego, con una sonrisa suave, comenta:

—Vale, veo a Pipe en las cosas que me dices… Pero, a la vez, es un poco raro. Siempre ha sido bastante… directo, mucho más que esto al menos. ¿Te vas a volver a ver con él?

—No lo sé. Me dio su número, pero no le he escrito de momento. No sé cómo explicarlo. Pero siento que todo lo que tenía que pasar entre él y yo ya ocurrió en menos de veinticuatro horas.

—¿Y si tan solo acaba de empezar?

—Demasiadas películas has visto… —digo sonriendo.

—Y la mayoría comienzan así.

Asiento despacio, pero no contesto nada. Por primera vez desde hace un tiempo, me doy cuenta de que no estoy ansiosa. No estoy acelerada ni tensa como un lunes normal. Estoy… en paz. Exhausta, sí, pero en paz.

—¿Y si le escribes ya y te dejas de tonterías, Didi? Si te das prisa, a lo mejor podríamos tener a los niños a la vez y se harían mejores amigos.

—Eres tontísimo. —Me río—. No lo sé, no creo que esté preparada para relacionarme con chicos de esa manera tan profunda aún. No me quiero volver a dar una hostia parecida a la que me di.

—Pues ahora que me pongo a pensar… No se me ocurre nadie con el que preferiría que estuvieses. No es un santo, obviamente, pero es un chico increíble. Ya lo puedes intuir con lo poco que has visto. Y te puedo asegurar que jamás te haría ni una décima parte del daño que te hizo… el otro. Él no es mala persona.

—El otro tampoco lo era… hasta que lo fue.

Guille baja la mirada un segundo. Me observa en silencio, está decidiendo si empujarme un poco más o dejarme en paz. Finalmente, suspira, con una mezcla de resignación y cariño.

—Mira, no te voy a intentar convencer. Solo te digo que, si te vas a quedar quieta, que no sea por miedo. Porque el miedo no te va a llevar a ningún sitio en el que desees estar.

Lo dice con una naturalidad aplastante, pero sus palabras se quedan flotando en el aire, como si de pronto la terraza entera se hubiera quedado en gravedad cero.

—Tienes toda la razón —murmuro—, pero también tengo derecho a ir despacio.

—Eso siempre. Pero ir despacio significa seguir moviéndose, que no es lo mismo que quedarse quieta.

No respondo. Guille se estira y me revuelve el pelo como si tuviera cinco años.

—Voy a mi puesto de trabajo, que ya suficiente tarde he llegado. Si en algún momento dudas sobre si debes escribirle o no, hazlo, así ya no le darás más vueltas, y desde mi punto de vista, el cual es el correcto, deberías hacerlo.

—¿Y si no me contesta?

—Lo hará.

—Pero ¿y si no lo hace?

—Es porque le ha caído un piano encima y ha muerto.

—Lo digo en serio, Guille.

—Y yo también, es imposible conocerte y no volverse completamente loco por ti —dice sonriéndome.

NOVIEMBRE
DOS AÑOS ANTES

Estamos apretados entre un grupo de gente que canta con los

brazos en alto como si la letra les saliera directamente del pecho. La música suena fuerte, me retumba en el estómago, y aun así soy capaz de escuchar su respiración cerca de mi oído.

Tiene las manos en mi cintura, y aunque estamos rodeados, siento que solo estamos él y yo.

—¿Esta no era la que te gustaba? —le pregunto.

Él se ha inclinado para poder escucharme.

Asiente. Me da un beso suave justo debajo de la oreja y se me eriza la piel al instante. Me dijo que esta canción le traía muy buenos recuerdos, que de pequeño siempre la cantaban en el coche cuando se iban los veranos a Galicia a ver a la familia de su madre.

Me giro y le rodeo el cuello con los brazos. Él me sonríe levemente. Me pega un poco más contra su pecho, y ahí, entre gritos y guitarras, me siento absurdamente a salvo.

—¿Te estás emocionando? —pregunto con un tono sarcástico.

—No —miente.

—Estás a un segundo de llorar —le digo arqueando las cejas.

—Cállate —responde, pero no puede evitar reírse. Le brillan los ojos, aunque no sé si es por la luz del escenario o por lo que está sintiendo.

Le acaricio la nuca, despacio, con los dedos entre su pelo, y le dejo un beso rápido en la mejilla. No quiero que llore, pero tampoco quiero que se reprima. Me gusta verlo así, sin filtros. Nos quedamos callados unos segundos, y justo cuando empieza el estribillo, me mira.

—Esta parte es mi favorita.

Asiento, aunque no me sé la letra. No importa. Me dejo llevar por su voz, por su entusiasmo, por su forma de cerrar los ojos y cantar. Estoy de espaldas al escenario, todo lo que me interesa lo tengo delante. Creo que nunca lo he querido tanto. Me grabo esta imagen

como si pudiera encapsularla para el día en que me falte. Veo que abre los ojos cuando termina la canción y me mira.

—¿Te está gustando? —pregunta con una sonrisa torcida.

—Me encanta. Y el concierto también está muy bien.

Suelta una carcajada, baja la cabeza y la apoya un segundo en mi hombro. Siento cómo se le sacuden los hombros mientras se ríe. Me abraza más fuerte, como si pudiera fundirse conmigo si apretara lo suficiente.

—Cómo te sientes después de haber llorado con una canción de los 2000.

—La canción es de 1999 y no he llorado.

—Un poco sí… —Sonrío.

—Pues cuando lleguemos a tu casa ponemos los *Puentes de Maddison* para que empieces a sonarte con mi camiseta, y así no te lleve ventaja. —Me aprieta aún más contra él.

Nos reímos. Él saca el móvil del bolsillo y estira su brazo para enfocar con la cámara desde arriba.

—¿Qué haces? ¿Otro vídeo testimonial?

—No, esto es simplemente una prueba documental —responde muy serio, sin dejar de grabar—. Para que cuando me preguntes dentro de veinte años cuál fue el mejor concierto de mi vida, pueda enseñarte esto.

—¿Crees que no irás a uno mejor en los próximos veinte años? —Me acerco a su cara, pegando la mía a la suya para salir en la foto.

Pulsa la pantalla mientras veo nuestro reflejo sonriente. Bloquea el móvil y lo guarda en el bolsillo de los pantalones.

—Ninguno volverá a ser el primero que fui contigo. —Mira hacia abajo como si le diera vergüenza.

Se me escapa una sonrisa. Le cojo la cara con mis manos y me acerco.

—No puedo entender cómo se puede ser tan idiota y a la vez tan mono.

Le beso mientras él sonríe y me rodea con sus brazos. Soy feliz, plenamente.

DICIEMBRE

FELIPE

CAPÍTULO 21

1 de diciembre, viernes

Llego a la redacción tarde con la mochila colgando del hombro, Madrid colapsa cada vez que llueve; solo de pensar en cómo va a ser la vuelta a casa al salir de aquí, me entra dolor de cabeza.

Empujo la puerta con el hombro y saludo con un gesto rápido a los compañeros, que ya están enfrascados frente a sus pantallas. Antes de sentarme ante mi escritorio, dejo el café que llevo entre las manos al lado del teclado y saco de la mochila una libreta llena de apuntes. En ella tengo anotado lo que quiero llevar a cabo esta semana: estadísticas, frases que he escuchado en las ruedas de prensa, ideas para titulares y un par de ocurrencias para las redes sociales del programa.

Y en la esquina de una hoja, un nombre que llevo días sin poder sacarme de la cabeza: Diana. Solo puede pensar en ella, en su torpeza, en nuestras conversaciones de madrugada y su sonrisa. Tengo que escribirle, quiero volver a verla.

De reojo, veo que Víctor pasa por mi lado, pero actúo como si no lo hubiera visto.

—Hoy entra carne fresca. —Se sienta en la esquina del escritorio.

—¿Cuántos becarios son?

—Lo que importa es que entran tres nuevas becarias. —Enfatiza las aes.

Me pongo los cascos para ver la repetición de una jugada, no me apetece hablar con él ni de becarias ni de nada en particular.

—¿No me vas a preguntar cómo son? —Sube el tono para que le escuche.

Me quito los cascos.

—¿Qué?

—¿No quieres saber cómo son?

—¿Cómo son? —exhalo.

Me explica que ha hablado con Rafael, uno de los jefes, para que le contara quién entraba este mes. Le hizo también una breve descripción de cómo era cada una de las becarias.

—Hay una que es andaluza, y me ha dicho que tiene el mejor culo que ha visto en su vida. Luego hay una que es alta con el pelo teñido de pelirrojo que llevaba un escote en la entrevista que…

Desconecto de la conversación porque mi ordenador emite sonido. Me doy cuenta de que proviene del e-mail de la empresa. Supongo que es nueva información sobre las alineaciones del partido de hoy. Sin embargo, al entrar, compruebo que es un correo de Elena, la becaria que entró a la vez que Adriana y que es compañera suya en la universidad. En el asunto veo que pone «Último día». Frunzo el ceño y recuerdo que no la he visto al entrar en la redacción.

—¿Cuál crees que va a ser la más fácil? —pregunta Víctor.

—¿Qué?

—De las tres que te he dicho.

Acto seguido, abro el mensaje.

Asunto: Último día.

Buenos días, Mendoza:

Te escribo porque hoy me he pedido el día de teletrabajo y no nos vamos a ver más. Al menos, entre esas cuatro paredes. Hoy ha sido mi último día en la redacción. Ya hablé con Alfonso ayer y le presenté la renuncia.

No te voy a mentir, no ha sido una decisión fácil, pero después de pensarlo bastante, sentí que era lo mejor. Aun así, me alegro mucho de haber coincidido contigo. Desde el primer día fuiste de los pocos que se tomó la molestia de explicarme cómo funcionaba todo sin soltarme la típica charla condescendiente o sin dejar de verme como una compañera más. Y eso te lo agradezco mucho.

Entre todo lo malo, me llevo cosas buenas, sobre todo haber trabajado con gente como tú.

Si algún día quieres tomarte un café y hablar de fútbol o de lo que sea, estaré encantada. Me hubiera gustado coincidir más, creo que hubiéramos podido ser buenos amigos fuera de la redacción.

Un abrazo y cuida de Adriana.

Elena Ruiz

No sabía que Elena estaba pensando en dejar el trabajo. Nunca me comentó nada, la veía ilusionada con su puesto, sobre todo al principio de entrar a trabajar aquí. Entorno los ojos mientras ladeo la cabeza. ¿Por qué lo habrá dejado? ¿Por qué no me ha dicho nada antes?

—Oye, ¿tú sabías que Elena ha dejado el trabajo?

—¿La becaria lo ha dejado? Joder, cada vez son más débiles, no aguantan nada.

—Me parece raro, lo hacía bien… Pensaba que le molaba el curro.

—Bueno, ya se le veía la típica niñata caprichosa que no aguanta nada —contesta encogiéndose de hombros.

—Me ha escrito un mail contándomelo.

—¿Qué pone en el mail? —pregunta mientras dirige su mirada hacia mí.

—Nada, que ha conseguido unas nuevas prácticas, que ya nos veremos y que hoy se ha cogido el último día de teletrabajo. Le presentó a Alfonso la renuncia el viernes. ¿Por qué a Alfonso si el

que se encarga de estas cosas es Rafael? —pregunto rascándome la sien.

—Porque Rafael impone más. No está para estas tonterías. En cambio, Alfonso es más blando.

—No sé, me sabe mal por ella, la verdad.

—Lo que pasa es que te la querías tirar, di la verdad. —Ríe.

—Víctor, hazte una paja o algo y déjame en paz.

—No te culpo, eh. Está buena y se la ve una guarra. Pero no te preocupes, que alguna de las tres que entran va a caer, te lo aseguro.

No le contesto. Me pone bastante incómodo que hable de tirarse a chicas que hace nada eran menores mientras él está más cerca de los treinta que de los veinte. Entonces clico la opción de responder.

Hola, Elena:

Acabo de leer tu correo y, la verdad, no me lo esperaba. No tenía la más mínima sospecha de que estabas pensando en dejarlo. Entiendo que hay cosas que uno no siempre cuenta y, a veces, es difícil seguir cuando algo deja de tener sentido o cuando encuentras un trabajo mejor. Igualmente, me sabe mal que ya no formes parte del equipo.

Te agradezco mucho tus palabras. Me alegra saber que al menos te sentiste acompañada aquí dentro. Aun habiendo trabajado juntos poco tiempo, me parece que tienes muy buen ojo. Y sí, me hubiera encantado coincidir más contigo, dentro y fuera de la redacción.

No sé qué habrá pasado exactamente, ni voy a insistir. Solo espero que estés bien, que lo que venga ahora te motive de verdad. Si te apetece quedar en algún momento, mi número está bajo la firma de mi correo. Ya sabes que me flipa hablar de fútbol, pero si necesitas hablar de cualquier otra cosa, también podemos.

Cuídate mucho, y suerte con las nuevas prácticas, de verdad. Te va a ir muy bien, seguro.

Un abrazo.

Felipe de Mendoza

CAPÍTULO 22

7 de diciembre, jueves

El puente de la Inmaculada es aún mejor que la Navidad, la gente no pone la excusa de la familia y sale de fiesta.

—No queda ron, tío.

—¿Qué más da, Luis? Si el taxi llega en diez minutos —responde Mateo mientras se ajusta la camiseta frente al espejo del pasillo.

—Vaya, pones la casa, pero no pones ni alcohol ni tías, ¿eh? —le reprocha Tomás a Mateo.

—En la discoteca hay de las dos cosas. Y, si no, el próximo día hacéis como Diego, y os quedáis en casa con la novia.

—Diego un día se va a ahogar con la correa que le tiene puesta la novia —espeta Tomás.

Todos nos reímos, estoy sentado a su lado, atándome los cordones de las zapatillas.

—Pero, Mateo, tampoco hace falta que lleguemos secos como una pasa, ¿eh? Uno necesita beber para soltarse. —Me levanto.

—¡Pero si luego te gastas todo tu sueldo en la discoteca pidiendo copas! —exclama Mateo mientras entra otra vez en el salón.

—Hay que hacerte perder más apuestas. Estás muy subido —le contesto guiñándole un ojo.

—Y tú poco hablador últimamente, Felipe. ¿Estás quedando con alguna?

—Quien come callado repite.

Mis palabras causan las risas de Tomás y de Luis. No sé muy bien a quién engaño; muy en el fondo, solo pienso en Diana.

Suena el móvil de Tomás. Lo saca del bolsillo y lo mira.

—El taxi ha llegado. Bajemos ya, que como el tío se canse nos cobra igual.

Salimos del piso en fila. Mateo cierra la puerta con llave mientras bajamos por las escaleras.

—Hoy sale todo el mundo porque mañana es fiesta, el que no pille esta noche, que se lo haga mirar —suelta Mateo.

—Va, tío, me lo estás dejando a huevo, ¿apostamos? —le digo girando la cabeza para mirarlo.

Sonríe con media ceja levantada.

—Venga, va. Si no pillas, pagas la primera ronda la próxima vez que salgamos —responde sin pensárselo.

—Hecho. Pero, como pille, me debes tres copas en la siguiente —le suelto, confiado.

—Tú verás, al menos esta vez, si tienes ligue, que no te pille con otra haciéndolo encima del billar —añade Luis desde delante, riéndose.

—Esa ha sido dura, cabrón —dice Tomás mofándose.

En la fiesta de Halloween me agobié, no supe gestionar la situación. Que de repente me emparejaran con Julia y ella le contara a Mateo que habíamos dormido juntos me superó. Vi a Ana, nos habíamos gustado ya la primera vez que coincidimos, esas cosas se notan, le dije que si quería una copa, que sabía dónde había alcohol. Bajamos a la cocina de abajo, hablamos, la besé un buen rato hasta que la cogí en brazos y la senté encima del billar. Empezamos a hacerlo y poco rato después bajó Julia, ni escuché cómo se abría la puerta ni sus pasos bajando las escaleras.

Hacía meses que no me sentía tan mal, giré la cabeza y me la encontré quieta mirándonos. Debía de acabar de bajar porque aún no había empezado a llorar. En cuanto la vi, me subí la cremallera del mono naranja y la seguí mientras ella subía por las escaleras sollozando. No le debía nada, no éramos nada, pero hice lo peor que podía hacer. Intenté hablar con ella, pero se fue nada más subir con una compañera del trabajo. Le escribí y la llamé días después, pero no hubo respuesta, y al final lo dejé de intentar. Supongo que tampoco ayudó que se enterara que, después de eso, busqué a Ana de nuevo y pasamos la noche juntos en una de las habitaciones de casa de Tomás. No sé qué se me pasó por la cabeza, más bien no entiendo cómo no se me pasó nada por la cabeza.

El taxi no tarda mucho en llegar a la discoteca y nos deja justo delante de la entrada. Se escucha la música incluso desde fuera. Hay cola, como siempre que es festivo, pero se mueve rápido.

Cuando entramos, el calor nos atiza a los cuatro. Luis ya tiene las mejillas rojas. El sitio está a reventar, no cabe un alma más. Nos abrimos paso como podemos hasta la barra.

—¿Qué pillamos? —grita Tomás para hacerse oír por encima de la música y el ruido de la gente.

—Yo voy al baño. Ahora pillo algo —contesto.

—Voy contigo —me dice Luis, y me sigue o, más bien, me empuja un poco para que me abra paso entre un mar de personas. En los baños, todo está un poco más oscuro y menos saturado de gente. Además, huele fuerte a desinfectante, pero también a tabaco y a perfume barato.

Cuando salimos del baño, busco con la vista la máquina de tabaco, que está al lado de la barra. Al acercarme, veo a Mateo hablando con una chica.

«Se da prisa el chaval», pienso mientras saco las monedas para

comprar el paquete de tabaco. Cuando me giro un poco más para ver con quién está, me quedo inmóvil: Julia.

Está de lado, pero no tengo ninguna duda, es ella. Le acompañan los aros plateados y ese gesto suyo que conozco de sobra, como de estar presente y ausente al mismo tiempo.

No me ha visto todavía. Mateo sí, y le ha cambiado la cara. Apenas por un segundo, pero he notado como ha alzado esas cejas espesas y ha apretado sus labios finos. Entonces le dice algo a Julia, que se da la vuelta hacia mí. No hay sonrisa, ni sorpresa, ni incomodidad. Su cara es totalmente neutra.

Me acerco a los dos, sin saber si es buena idea. Soy incapaz de quedarme quieto.

—Hola —intento saludar con naturalidad.

—Hola —responde ella, sin moverse. Su tono es seco y educado, como si estuviera saludando a un conocido cualquiera.

Mateo se aparta un poco, incómodo, y le da un sorbo a su copa sin mirarnos.

—No sabía que ibas a venir —admito.

—Yo tampoco, mis amigas y yo lo hemos decidido hace una hora.

Lleva la misma chaqueta de cuero que le vi en la fiesta donde empezó todo. Parece exactamente igual y completamente distinta a la vez.

—Ah, vale, has venido con amigas… —digo, porque no se me ocurre otra cosa.

—Sí —responde, mira hacia la pista—. Están por ahí abajo.

La tensión es palpable, pero quiero hablar con ella. Aunque sea para sentirme un poco mejor respecto a lo que pasó.

—Oye, ¿quieres salir a fumar? —Le enseño el paquete de tabaco.

Julia me escudriña un segundo, evaluando si vale la pena aceptar mi propuesta o no. Al final, se decide por una de las opciones.

—Está bien —dice—, hace ya demasiado rato que estoy pasando calor.

Salimos fuera, y el aire frío de la noche parece despejar un poco la tensión que se había acumulado dentro.

—¿No tienes frío solo con tu chaqueta, Julia? ¿Quieres la mía?

—No, gracias, estoy bien. —Sonríe educadamente.

Caminamos en silencio hacia una esquina, donde hay menos gente. Julia se enciende un cigarro, y yo hago lo mismo. Exhalamos el humo en espirales que se disipan rápidamente.

Las palabras me salen sin pensar, como un intento de aliviar la atmósfera densa entre nosotros.

—Mira…, no sé cómo las cosas se acabaron desarrollando como lo hicieron… —Doy una calada—. Fue todo un lío.

—¿En serio no lo sabes?

Está fijando la vista en su cigarro. No parece molesta, aunque su silencio hace que me sienta aún más incómodo. Sigo.

—Me agobié porque sentía que las cosas estaban yendo demasiado rápido. Fue un accidente, lo siento.

—¿Fue un «accidente»? —escupe las palabras, y hace el gesto de las comillas con los dedos—. Ya… ¿Qué parte fue un accidente? ¿Cuando la besaste? ¿Cuando te la follaste? ¿Cuando os pillé? ¿Cuando te la seguiste follando después de que os pillara? ¿Qué de todo eso fue un accidente?

Las preguntas me golpean como una bofetada. No esperaba que fuera tan directa.

Julia está esperando una respuesta, una que no tengo. Me quedo callado un momento y mi vista se centra en el cigarro que sujeto entre mis dedos.

—No sé qué decirte —respondo finalmente con la voz apagada—. Intenté hablar contigo después de que nos pillaras, pero te fuiste

corriendo, y después seguí intentándolo al día siguiente y a la semana siguiente, y no quisiste hablar conmigo.

—Claro —se ríe con amargura—, que yo no quisiera hablar contigo después de que te follaras a otra delante de mí es lo verdaderamente injustificable aquí, ¿no?

Niega con la cabeza y me mira. Por primera vez, lo hace de verdad y no con esa distancia cordial. Me estudia con los ojos bien abiertos, cargados de rabia y decepción.

—¿Sabes lo que más me dolió? —pregunta, sin esperar respuesta —. Que no parecías arrepentido, ni siquiera sorprendido. Igual que si te hubieran pillado copiando en un examen y dijeras: «Bueno, me la he jugado, ¿qué se le va a hacer?». No era solo el sexo. Era lo fácil que te salió hacerle daño a alguien que te estaba empezando a querer.

Intento tragar saliva, pero tengo un nudo en la garganta. No me esperaba que usara esa palabra. «Querer». Julia me miraba con algo más que atracción, eso lo sé. Pero hasta este momento no me había hecho a la idea de cuánto le dolió.

—No lo hice con la intención de hacerte daño —afirmo con seriedad.

—Joder. Lo hiciste porque te dio la gana.

—Lo sé. —Alzo un poco la mirada—. Y créeme que me arrepiento.

—¿De qué de todo lo que hiciste te arrepientes?

Agacho la cabeza y me concentro en un punto del suelo. El cigarro entre mis dedos se ha consumido casi por completo y ni me he dado cuenta. Hago tiempo apagándolo contra la pared.

—De… de cómo pasaron las cosas… —empiezo, sin saber muy bien a dónde voy—. De haberla liado así.

—Eso es muy vago —dice antes de darle una calada a su cigarro.

Asiento y mantengo la cabeza gacha. Quiero decir algo, pero no

puedo. Las palabras se me han quedado atascadas en ese nudo de la garganta.

—¿Alguna vez… —suelta de pronto— pensaste en tener algo más conmigo?

Levanto la mirada despacio. No hay rencor en la suya, solo es una pregunta sincera. Me quedo callado, no sé qué decir. No quiero mentirle, pero la verdad no me deja en buen lugar. Me rasco la nuca, incómodo, observando lo que hay a mi alrededor, evitando su mirada.

—Ya te dije en qué punto de mi vida estaba. —Trato de esquivar la bala.

—Esa no es la respuesta a mi pregunta.

—Mira…, no sé si sirve de algo a estas alturas, pero…, de verdad, me gustaría que al menos pudiéramos llevarnos bien. —Hago lo posible por sonar sincero—. Creo que podríamos intentar ser amigos.

Ella suelta una risa muy breve, sin rastro de alegría. Se parece más a un bufido de incredulidad que hace que me dé cuenta de que cada vez que abro la boca la cago más.

—¿Amigos? —repite, como si no entendiera en qué mundo vivo.

No respondo. Me encojo un poco de hombros para intentar suavizar el peso de mis palabras.

—No lo digo para quitarle importancia a nada —me justifico—. Solo…, no sé. Me jode pensar que todo acabó así. Pienso que igual, con el tiempo…

—No quiero ser tu amiga. No quiero hablar de cosas superficiales mientras tú haces como si no me hubieras hecho una mierda. No quiero que me preguntes qué tal estoy para que parezca que te importo de verdad.

—Pero es que me importas de verdad…

—No, no es cierto. Lo que te preocupa es sentirte mejor contigo mismo después de lo que hiciste.

Doy un paso hacia ella, muy leve, apenas un movimiento reflejo. Dentro de mí, hay una parte que cree que todavía puedo luchar por enmendar mi error.

—Julia…, yo no sabía que tú…, que te lo habías tomado así, que habías empezado a quererme.

—Claro que no lo sabías —sentencia—, porque nunca preguntaste. Igualmente, ¿hubieras actuado de forma distinta si lo hubieras sabido?

Me quedo sin palabras después de lo que me acaba de decir. Aprieto la mandíbula, me gustaría rebatírselo, pero creo que tanto yo como ella sabemos que tiene razón.

—Exacto —escupe la palabra mientras tira su cigarro consumido al suelo.

Y entonces se da la vuelta y se va. Sin dramatismo. Sin pausa. Solo se va. Y yo me quedo ahí, y esta vez no corro detrás.

CAPÍTULO 23

15 de diciembre, viernes

Abro el grifo de la ducha pensando en cómo fue la cena de Navidad del trabajo del año pasado: guirnaldas, luces intermitentes, un Papá Noel hinchable que se desinflaba y resucitaba cada treinta segundos, los tres jefes, Alfonso, Rafael y Sebastian, borrachos como cubas brindando «por la familia que somos», las bromas rancias… Qué pereza.

Cuando salgo de la ducha, veo que tengo dos llamadas perdidas de mi hermana. Es lo normal, de vez en cuando nos llamamos para ponernos al día. Lo que hace que se me pare el corazón es que tengo tres llamadas perdidas de mi madre, y ella y yo nunca nos llamamos, nos mensajeamos y nos vemos en persona.

Llamo primero a mi hermana para que me ponga en situación antes de contactar a mi madre, por si es algo gordo. Tengo el pulso un poco acelerado. El móvil da un tono, dos tonos… Me doy cuenta de que me estoy mordiendo el labio con fuerza, como si eso fuera a hacer que me contestara más rápido.

—Feli —contesta al tercer tono.

—Mamá me ha llamado tres veces, ¿ha pasado algo?

Un silencio breve. Respiro hondo. Al fondo se oyen voces, un murmullo que no logro descifrar.

—Papá está en el hospital. Pero no es por lo de siempre, no ha

tenido un bajón de azúcar.

—¿No es por la diabetes?

—No, le dolía mucho la tripa y llevaba días vomitando, así que ha ido con mamá a La Paz. Le han encontrado algo. No sé, le han hecho pruebas, y le han dicho que… que podría ser un tumor.

Siento un nudo en la garganta. Me apoyo en el lavabo, necesito que algo me sostenga porque me flaquean las piernas.

—¿Un tumor? ¿Cómo que un tumor, Candela?

—Sí, le han visto algo en la zona del abdomen, pero sé lo mismo que tú. Tienen que hacerle más pruebas. Se va a quedar ingresado estos días, mientras tanto —comenta serena. Creo que está en shock.

—¿Mamá cómo está?

—Pues me ha llamado tranquila, pero descompuesta a la vez. Bueno, ya sabes cómo es…

Me paso la mano por la cara. Tengo la piel mojada aún.

—Me cambio, que estaba a punto de salir para la cena de empresa, y te paso a buscar para ir al hospital.

—No, ve directamente desde tu casa, que yo estoy a punto de salir ya. Otra cosa, ¿le digo algo a Enzo?

Me relamo los labios, pensativo. Le vi hace unos meses, aún pienso en ello. No va a servir de nada.

—¿Para qué quieres llamar a Lorenzo?

—Para contárselo, también es su hijo.

—Candela —respiro hondo—, si la cosa se pone más seria, ya me encargaré yo de decirle algo. Tú no te preocupes por nada. Nos vemos en el hospital.

—Te quiero.

—Yo más, conduce con cuidado.

Tiro la camisa blanca sobre la cama, me pongo una camiseta

cualquiera, un jersey encima y el anorak negro. Recojo las llaves, la cartera, el móvil y el cargador. Lo hago todo sin pensar, sin mirar bien si me dejo algo. Me muevo por el piso torpemente, como si fuera un ente.

Ya en la calle, las luces de Navidad colgando sobre la calle brillan con una alegría absurda. Me meto en el coche y cierro la puerta con fuerza. Me quedo un segundo con las manos en el volante, sin arrancar. Solo respiro. El silencio es espeso.

Cruzo la ciudad con la mirada fija en el asfalto y las manos tensas. Reviso el móvil en los semáforos. Candela no me ha vuelto a escribir, seguramente ya está en el hospital. Me imagino a mi madre sentada en una sala, con las piernas cruzadas, mirando la pared. Pero cuando pienso en mi padre, me enervo.

Entro en el aparcamiento del hospital y aparco como puedo en una esquina en la que probablemente no está permitido aparcar, pero me da igual. Salgo del coche y corro hasta la entrada. Arrugo la nariz cuando me recibe ese olor inconfundible de hospital: desinfectante, café de máquina y comida rancia.

Pregunto por él. Planta trece. Me lo dicen sin pestañear. No tengo que disimular mi urgencia, ya la esperan.

Al llegar a mi destino, la veo en la sala de espera: mi madre, rubia, recta y elegante hasta en un hospital. Lleva su abrigo largo y tiene el bolso colocado en el regazo. Sé que me estaba esperando o a mí o a Candela, no hubiera dejado solo a mi padre en la habitación si no. Se levanta al verme. Me acerco a ella y la abrazo.

—Candela ya me ha puesto al día. ¿Cómo estás?

Se encoge de hombros mientras me rodea con los brazos y me aprieta con fuerza.

—No lo sé.

—¿Candela aún no ha llegado? —Nos deshacemos del abrazo.

—No, pero ya sabes que nuestra casa está bastante lejos. Así que es normal, no te preocupes.

—¿Los médicos han dicho algo nuevo?

—Nada concreto todavía. Lo de siempre: que hay que esperar a tener todos los resultados. Pero yo ya lo sé. No hace falta que me digan nada. Llevo décadas viviendo con él, nunca lo había visto tan débil como estas últimas dos semanas.

Me restriego la boca con la mano al imaginar la pesadilla que ha tenido que vivir mi madre estos días.

—¿Por qué no vinisteis antes al hospital?

—Porque él no quería. Pero es normal cuando nos hacemos mayores, cariño. No nos gusta venir al médico por si nos encuentran algo.

Trago saliva. No sé qué decir, así que le cojo la mano para mostrarle mi apoyo. Siento su piel fina, un poco fría. Después le doy un beso en la mejilla y la vuelvo a abrazar sin decir nada. Me separo de ella con cuidado y le aparto un mechón de pelo de la cara que se le había quedado pegado a la mejilla. Ella me mira con ternura, con cansancio, con una paciencia que me desarma. Después de unos segundos, me pregunta:

—¿Quieres entrar a verlo?

Siento que se me tensa el cuello, como si me hubieran tocado un nervio. Miro la puerta blanca a su lado.

—No. Prefiero esperar aquí —respondo, casi en un susurro.

Ella asiente, sin pedirme más explicaciones. Sin embargo, me mira como si pudiera ver más allá de la respuesta. Como si supiera las palabras que me estoy callando.

—Está despierto. Ha preguntado por ti —añade, pensando que eso va a hacerme cambiar de idea.

No contesto. Bajo la mirada al suelo.

—Mamá, no me apetece verlo ahora —admito al fin—. No tengo fuerzas para fingir.

Ella me mira con los labios fruncidos y, acto seguido, suspira mientras se cruza de brazos.

—No tienes que fingir, Feli. —Sonríe con tristeza—. Solo tienes que estar.

Me duele el tono de su voz. Me molesta porque yo no soy como ella. Ella sabe guardar las apariencias, y yo no. Eso sí, tampoco soy como Lorenzo, que es de los que da un golpe en la mesa si es necesario. Estoy en ese limbo gris de los que no son capaces de irse ni de quedarse.

—Otro día, ¿vale?

—Vale —responde, sin discutir—. Voy a por un café. ¿Quieres algo?

—No.

Me siento en la misma silla en la que ella ha estado. El calor de su cuerpo permanece en el asiento. Me echo hacia atrás y cierro los ojos.

No tengo buena relación con mi padre. Un día la tuve, pero ha pasado ya tanto tiempo de eso… No recuerdo una vida llevándome bien con él, aunque en el cómputo general he pasado más tiempo de mi vida idolatrándolo que despreciándolo.

Respiro hondo. Escucho la máquina expendedora a lo lejos. El pitido suave de algún monitor en la habitación contigua. Una enfermera que camina arrastrando sus zapatillas. Me doy cuenta entonces de que estoy apretando los puños.

Miro la puerta. No sé si entraré en algún momento para ver a mi padre. Por ahora, solo me quedo sentado. Esperando que Candela llegue. Esperando que alguien diga algo claro. Esperando, simplemente.

CAPÍTULO 24

25 de diciembre, lunes

Me despierto con la boca seca y un nudo en el pecho. La luz entra con timidez por las rendijas de la persiana. En el salón, se oye el leve zumbido del calefactor. Me quedo mirando el jardín por la ventana, nunca imaginé que volvería a dormir en casa de mis padres después de independizarme. No al menos en estas circunstancias.

Voy a la cocina y me siento en un taburete. Recuerdo cómo era la Navidad en esta casa cuando era un crío. El turrón blando, Lorenzo tocando villancicos al piano, las risas de Candela cuando abría los regalos, los calcetines de rayas que mamá insistía en regalarnos cada año… Luego la voz de papá, fuerte, quejándose de que no podía comer nada por ser diabético —pero acababa comiéndose media bandeja de polvorones—. Hoy no hay bandeja. No hay música. No hay olor a comida. Hace ya muchos años que no hay nada de eso.

A mi lado tengo los restos de ayer: una pizza a medio comer y un vaso vacío. No lo fregué, llegué tan reventado del hospital que ni me molesté en guardarlo. Nos turnamos las noches. Sigo sin entrar en la habitación, simplemente me quedo sentado en el pasillo por si algún médico tiene que darme novedades. Desbloqueo el móvil. Tengo un mensaje de Candela:

Ven cuando puedas.

Me visto sin ducharme. Tejanos, jersey gris y chaqueta. Conduzco despacio hasta mi destino. Veo pocos coches en la calle, a algunas familias cargadas con regalos y niños en patinete. La Navidad siempre es igual, nada cambia; no cambió cuando mi familia se rompió, no lo va a hacer ahora.

En el hospital, todo sigue como hace una semana. El mismo olor. Las mismas luces blancas. En el ascensor, alguien disfrazado de Papá Noel me desea felices fiestas.

Planta catorce. Pillo a Candela en la máquina del café. Se ha hecho una trenza. Está triste, pero al verme, sonríe. Coge el café.

—Hola.

—¿Cómo estás?

Nos sentamos en un banco de sillas.

—Bien, cansada.

Se hace un silencio, sé que debería preguntar cómo está mi padre, pero no sé cómo gestionar esta situación. Me parece extraño mostrar preocupación por alguien al que llevo años evitando.

—Le hicieron una resonancia ayer —dice de pronto—. Están esperando los resultados.

—¿Dónde está mamá?

—Dentro, con él.

—¿Vas a entrar hoy? —pregunta sin mirarme.

No respondo al instante. En esos segundos de reflexión, apoyo mi mano en su rodilla.

—No lo sé, Candela.

—Ayer preguntó por ti y por Enzo.

Bajo la mirada. Me siento un niño pequeño, que tiene que justificarse continuamente por sus acciones.

—No lo entiendes, Candela.

—Tampoco me habéis dejado entenderlo nunca. Nadie me ha contado nada. Un día, Enzo no volvió a casa y tú la empezaste a pisar lo menos posible. Enzo solo me llama a mí una vez al año y tú solo nos ves a mí y a mamá. ¡Y solo cuando decides vernos! —Aprieta los labios mientras los ojos se le ponen vidriosos—. Papá no habla del tema, mamá se hace la loca, tú evitas las preguntas, Enzo ni está ni se le espera… Y yo me he quedado en medio, como una idiota, sin entender nada.

La rodeo con el brazo, ella deja su café en el reposabrazos y me abraza apoyando la cabeza en mi hombro. No le digo nada porque sé que tiene razón. Me duele en el alma verla así, pero sé que le dolería más la verdad. De todas formas, ¿cuánto tiempo se puede sostener una mentira para que no se desmorone todo?

—Lo sé —murmuro al fin—. Y lo siento. Ninguno hemos sabido hacer las cosas mejor; hemos tratado de evitar que todo se joda aún más. Cuando acabe esto, lo hablaremos.

Candela no dice nada. Se queda ahí, respirando hondo encima de mi hombro. Siento cómo su cuerpo se va relajando poco a poco, como si llevara demasiado tiempo en tensión y, por un momento, pudiera descansar. No me muevo.

—¿Hablaremos todos?

—Todos. Si hace falta, traeré a Lorenzo a rastras.

Por primera vez no lo digo para evitar el tema, lo digo porque lo creo de verdad. Y porque después de tantos años ella merece que alguien, al menos una vez, cumpla con su palabra.

Me incorporo despacio. Candela se seca las lágrimas con la manga, sin mirarme. Verla así me hace sentir fatal, creo que si entro a ver a mi padre la voy a hacer feliz, aunque sea un poco.

—Dile a mamá que salga. —Me pongo en pie—. Que ahora entro

yo.

Candela asiente y sonríe un poco. Se levanta con lentitud y desaparece tras la puerta. No sé cuánto tiempo pasa hasta que ella y mamá salen cogidas del brazo. Mi madre lleva puesto el mismo abrigo de ayer, ese de piel marrón que huele a lavanda y cigarro. Tiene el gesto sereno que la caracteriza, trata de mostrarse fuerte. Aun así, veo que sus ojos verdes están irritados y que detrás del maquillaje hay unas ojeras muy marcadas.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente con la cabeza. Me acaricia el brazo con la misma suavidad de siempre, como hacía cuando tenía fiebre de pequeño. Luego se aleja con mi hermana por el pasillo sin decir nada más. Me quedo mirando la puerta entreabierta.

La habitación huele a desinfectante y a algo más tenue, casi imperceptible, que reconozco: es el olor de mi padre. Está dormido. O eso parece. Tiene la cara más delgada, con un tono amarillento, y la barba sin afeitar.

Unas máquinas a su lado marcan números que no entiendo. El suero gotea con un ritmo hipnótico.

Me siento a los pies de la cama. Escucho el leve pitido del monitor. Por primera vez en mucho tiempo, lo miro con una emoción que no es ni rabia ni incomodidad.

Y entonces, como si sintiera mi presencia, abre los ojos.

—Felipe… —murmura con un hilo de voz.

No sé qué contestar. Tengo las manos entrelazadas a la altura del regazo. Mi padre parpadea para contener las lágrimas, pero se le humedecen los ojos. Traga saliva con dificultad.

Se hace el silencio, estoy bloqueado, no sé qué decir. La última vez que interactué con él fue hace meses, nos saludamos con la cabeza mientras yo salía de su casa porque había ido a llevarle un

regalo de cumpleaños a mi madre.

Él quiere decir algo. Lo veo en su boca temblorosa, en su respiración inestable.

—¿Y Lorenzo?

Me muerdo el labio. No esperaba que fuera lo primero que dijera. Un nudo se aprieta en mi pecho.

—No lo sé —respondo al cabo de unos segundos—. No hablo con él desde hace mucho.

—Tú… ¿tú estás bien?

Esa pregunta me descoloca. Tantas cosas que decirle, que gritarle. Y, sin embargo, me descubro diciendo:

—Sí. Estoy aquí… contigo.

Él asiente muy levemente. Sus labios esbozan lo que podría haber sido una sonrisa o un intento torpe de alivio. Me gustaría preguntarle por qué…, por qué tuvo que joderlo todo, por qué no pudo estar a la altura, por qué le hizo eso a mi madre, a Candela, a mi hermano, a mí, a esa chica… Por qué no nos puede dejar en paz ni en Navidad, por qué decide morirse ahora.

Pero solo me quedo ahí. Sentado a su lado. Viendo cómo respira. Y por primera vez en mucho tiempo me decanto por una de las opciones, y decido quedarme.

CAPÍTULO 25

31 de diciembre, domingo

La casa está en silencio. Mamá y yo cenamos el uno frente al otro sin decir gran cosa. Es pronto, aún no son las ocho de la tarde. Candela se ha quedado en el hospital esta noche. Le tocaba a ella y no quiso discutirlo. Me dijo que prefería despedir el año con papá, que, si alguien tenía que estar a su lado en ese momento, al menos que fuera alguien que no fingiera querer estar allí. Es demasiado buena para mi padre, ni en mil vidas se la merecería.

Para esta Nochevieja tan atípica, mamá ha preparado una crema de calabaza y un pescado al horno que huele a todo menos a celebración. De hecho, hoy va con un conjunto de estar por casa gris y una bata y lleva el pelo recogido en una coleta alta.

—¿Quieres vino, Feli?

Sonrío al escuchar el apodo, me recuerda a tiempos mejores.

—No. Estoy bien así.

Asiente. Igualmente se levanta y vuelve con dos copas. Sirve sin mirarme.

—¿Vas a salir esta noche?

—No creo.

—¿Mateo no monta ninguna fiesta? Me parece raro.

—Sí, nos ha invitado a algunos a casa de sus padres, que están de viaje. Luego en teoría el plan es salir a una discoteca y encontrarnos

con más gente. Pero yo creo que paso.

—Ya me dijo Mercedes que estarían fuera.

Nos quedamos en silencio, pero no es incómodo. Con mi madre, nunca lo es. El comedor parece más grande que antes o quizá más vacío. Mi madre recoge su plato y el mío, y cuando vuelve trae un cenicero de la cocina.

—Sé que fumas. —Se acomoda en su sitio—. ¿Quieres uno?

—Sí.

Me mira un momento antes de coger el paquete de cigarrillos del bolsillo de su bata. Lo abre lentamente, con calma, como si fuera lo único que tiene controlado en este día. Saca uno y me lo ofrece.

Enciende el suyo primero y luego el mío. El humo se mezcla con la luz tenue de la lámpara del comedor. Mi madre mira un punto concreto detrás de mí, me giro y veo una foto enorme de cuando éramos pequeños. Yo estoy en medio, con la camiseta arrugada y el pelo en forma de casco revuelto. Candela aún es una bebé, está durmiendo en los brazos de mi padre. Lorenzo, con una sonrisa medio forzada, enseña los *brackets* como si fueran trofeos. Mamá está en un lateral, con gafas de sol, igual de guapa que en sus fotos de cuando tenía veinte años.

—¿Qué edad debía de tener en esa foto?

—Enzo llevaba los aparatos y se los pusimos a los diez, así que tú debías de tener… —cierra un ojo mientras realiza una mueca pensativa— nueve u ocho, no lo sé, depende de en qué mes se hiciera la foto.

Suelta una risa negando con la cabeza.

—Te encantaba esa camiseta, la llevabas siempre. —Señala la foto —. A mí no me gustaba nada, ese dibujo era horroroso.

—Era un dragón. Era increíble.

—Sí, un dragón fluorescente que parecía tener varicela. —Ríe.

La foto sigue ahí, presidiendo el comedor como si fuera un testigo silencioso de todo lo que fuimos y ya no somos.

—¿Por qué no la has quitado nunca? —pregunto, y ella se encoge de hombros.

—Porque un día fue real. Aunque ya no lo sea.

La frase se me queda clavada en el pecho, sobre todo por la forma en que la dice. Sin pena, sin nostalgia, solo con un cansancio sereno que me hace pensar que quizá ella lo entendió todo mucho antes que cualquiera de nosotros.

—¿Echas de menos a Lorenzo?

—Todos los días, era mi ojito derecho.

—¿Por qué renunciaste a él?

Ella no responde de inmediato. Mira el cigarro a medio consumir, más tarde a sus uñas pintadas de rojo. Da una última calada antes de aplastarlo en el cenicero con gesto preciso, casi elegante.

—Renuncié a un miembro de la familia para no renunciar a la familia entera.

—¿Y por qué Lorenzo y no papá?

—Es muy complicado.

—Yo no lo veo tan complicado, mamá.

Mi madre dibuja una sonrisa al tiempo que niega con la cabeza.

—La gente que habéis nacido con dinero, con esto —dibuja un círculo con su dedo índice para referirse a la casa—, pensáis que no hay nada complicado.

—El dinero no lo es todo, mamá.

—No lo es todo cuando naces con él. Ya sabes que mis padres, los abuelos —dice ladeando la cabeza— eran pobres como ratas… Conocí a tu padre, nos enamoramos y, a los dieciocho, antes de que me pudiera dar cuenta, ya estaba embarazada de Lorenzo. Nos estuvieron manteniendo tus abuelos paternos, que por cierto no

podían ni verme porque creían que no era suficiente para su hijo —dice, frotándose el dedo índice con el pulgar para aclarar que era porque no tenía dinero—. No pude ir a la universidad —prosigue— porque, mientras tu padre estaba labrándose un futuro, yo me tenía que hacer cargo de tu hermano y de ti, os lleváis año y medio, no me dio tiempo a parar. Después, cuando ya erais un poco más más mayores, intenté volver a estudiar para poder trabajar en algo en lo que no me tuviera que partir el lomo doce horas al día y así ser económicamente independiente. Pero entonces llegó Candela y tuve que dejarlo. ¿Sabes a cuántas cosas tengo derecho si me divorcio de tu padre? A cero. Tus abuelos paternos me hicieron firmar la separación de bienes antes de casarnos.

Se hace una pausa.

—No podía divorciarme, aunque lo odiara con todas mis fuerzas. De lo contrario, os habría perdido a vosotros. Si me hubiera separado, hubiera ocurrido uno de estos dos escenarios: o él habría ganado la custodia completa por lo buenos que son sus abogados o, en el hipotético caso de que me la hubieran dado a mí, os habría perdido igualmente porque no hubiera podido manteneros. No hubierais tenido ni presente ni futuro. Después de todo el drama, tu hermano vino a darme un ultimátum: o vuestro padre o él. Yo le dije que, dada la situación, no podía haber él sin tu padre. No lo entendió y se fue. Aunque han pasado ya diez años, le envío dinero todos los meses, pero no sé nada de él.

El silencio que sigue se instala entre nosotros como una presencia más, densa y callada. Mamá se deja caer hacia atrás en la silla, acomoda la bata que se le ha girado ligeramente y cruza las manos con lentitud sobre el regazo. No ha expuesto nada de forma dramática, ha narrado la situación de manera serena, tal y como es ella. De hecho, no recuerdo la última vez que la vi llorando, quizá

fue el día que se marchó Lorenzo…

—No fue justo —murmuro, casi sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta.

Ella asiente, con una mueca que no es ni de aceptación ni de rendición.

—No, no lo fue. Pero no siempre se puede elegir entre lo justo y lo injusto. A veces solo puedes elegir entre lo que puedes aguantar y lo que no.

Nos quedamos sin hablar unos segundos más. Se escucha un ruido lejano que proviene de la calle.

—¿Tú crees que Lorenzo me guarda rencor? —suelta de pronto, como si la pregunta hubiera estado martilleando su conciencia todo este tiempo—. ¿Crees que me odia?

—No lo sé —respondo con honestidad—. Él siempre fue muy radical con todo. Es verdad que, dada la situación, puedo comprenderlo. Pero creo que no se dio cuenta de en qué tesitura te encontrabas tú. Ahora a lo mejor sí que ya lo entiende, pero quizá se le hace bola retomar el contacto con nosotros porque la situación fue demasiado complicada. Fue vomitivo lo que hizo papá. Enzo tampoco ha contactado conmigo en todo este tiempo, a mí también me dio un ultimátum: si no me desvinculaba de la familia como él, no quería saber nada más de mí.

Ella cierra los ojos un instante. No llora, no se quiebra. Solo asiente, como quien confirma algo que lleva años temiendo.

—¿Y tú? —pregunta entonces—. ¿Tú me perdonas?

Tardo en responder. No porque no sepa la respuesta, sino porque me cuesta dar con las palabras correctas. Las que no suenen a consuelo vacío ni a reproche velado.

—Yo no tengo nada que perdonarte. No fue culpa tuya.

Lo creo de verdad. Puede que haya heridas, puede que los años

hayan dejado escombros entre todos nosotros, pero en el fondo sé que mi madre siempre hizo lo que creyó que debía hacer o, al menos, lo que la vida le dejó hacer. Aunque le costara la paz. Aunque lo tuviera que pagar muy caro.

—¿Aún estás enamorada? —pregunto casi sin querer, sin mirarla directamente.

—No. —Deja que la palabra repose un momento en el aire antes de continuar—. Hace muchos años que ya no estoy enamorada de tu padre. Seguramente, desde que me enteré, pero sigo aquí.

Hace una pausa, interrumpida únicamente por el sonido de la tela de la bata al moverse. Se inclina un poco hacia delante y estira las piernas bajo la mesa.

—Sigo aquí y lo cuidaré hasta el final. Las cosas no siempre son blancas o negras: estar enamorada o no, quererle u odiarle… Cuando te das cuenta de que el amor se ha ido y no va a volver porque la otra persona te ha roto, no es fácil dejarla si ya has construido una familia con ella… Desmontarlo todo podría destruirte a ti y a tus hijos, o destruirlo todo aún más si es que es posible. Y a veces una ya no tiene fuerzas para afrontar más destrucción. No pensé en tu padre, ni siquiera pensé en mí… Pensé en ti, en Lorenzo, en Candela… Candela apenas tenía ocho años cuando ocurrió.

La miro. Tiene los ojos fijos en algún punto entre nosotros, como si hablara con alguien que ya no está.

—Además —añade con una leve sonrisa irónica—, no hace falta estar enamorada para que alguien te siga condicionando la vida. A veces basta con haber compartido demasiado.

Vuelve a apoyarse en el respaldo de la silla.

—A tu padre le quise, le amé. Muchísimo. Luego le odié, le odié tanto que más de una vez se me pasó por la cabeza matarlo. Y

después, simplemente…, se volvió parte del mobiliario. Como esta mesa. Como esa lámpara. Están ahí, y a veces ni las ves, pero no por eso dejan de ocupar espacio.

Me quedo callado. No porque no tenga nada que decir, sino porque nada de lo que diga ahora parece estar a la altura. Ella gira la cabeza hacia la ventana, aunque las cortinas están corridas y ya no se ve nada fuera.

—No estoy enamorada. Pero tampoco he conseguido irme del todo. Y eso es una forma de estar atrapada. No sé si cobarde o simplemente humana.

Nos quedamos así unos segundos más. Hay algo digno en su forma de aceptar las cosas. Me levanto para sentarme a su lado y abrazarla. Sigue oliendo a lavanda; a lo mejor eso es lo único que no le ha quitado el tiempo.

—Mañana empieza otro año —musita.

—Sí. Pero esta vez, al menos, estamos juntos.

—Deberías ir a esa fiesta, para ti tampoco ha sido un año fácil.

—Vale… Comeremos las uvas tú y yo juntos y luego me iré a la discoteca, pero aún me queda tiempo. Podríamos poner una película mientras se acerca la hora.

—Puedo hacer palomitas —propone con una ligera sonrisa.

—Palomitas suenan bien —respondo, no hay nada que me interese más que estar allí, con ella, en ese resquicio de paz que hemos logrado construir.

Nos levantamos al mismo tiempo. Va hacia la cocina, y yo la sigo. Abre un armario, saca una bolsa de palomitas de sartén y comienza a prepararlas con una precisión que me sorprende. La forma en que lo hace, tan meticulosa, casi ritualista, me recuerda a lo que siempre hacía cuando éramos pequeños, cuando la vida aún no había demolido nada, cuando aún había cosas que eran simples.

DICIEMBRE
DOS AÑOS ANTES

Me seca las lágrimas con las yemas de sus dedos. Levanto la cabeza para mirarla y veo que tiene los ojos húmedos.

—Me alegra mucho que me lo hayas contado. —Se pasa la manga de la sudadera por los ojos.

—¿Crees que soy mala persona?

Frunce el ceño.

—No, no tienes ninguna culpa de lo que pasó. Te encontraste en una situación muy complicada, lo hiciste lo mejor que pudiste. Eras un niño.

—Es que nunca se lo había contado a nadie así. O sea, lo he contado por encima, pero nunca… —hago una pausa y respiro hondo—, nunca dejando que me afectara o dando detalles.

Ella no dice nada al principio. Solo estira el brazo y me acaricia la nuca, como si entendiera que las palabras a veces estorban.

—A veces parece que si lo cuentas sin emoción es como si no pesara tanto —añado sin mirarla—. Como si doliera menos.

—Pero sigue ahí —responde.

Asiento. Cierro los ojos. Me apoyo en su hombro. Ella me envuelve sin apretar, sin invadir. Solo está.

—Eres muy valiente, no por lo que ha pasado —me pasa la mano por la espalda—, sino porque has decidido abrirte, ser vulnerable conmigo.

—No estoy acostumbrado. —Me aparto para mirarla—. No te lo he contado antes porque no quería que vieras lo peor de mí.

—Lo que me has contado no es algo de ti, es algo que te ha pasado, algo de lo que tú has sido testigo. No te debe avergonzar. Tú no lo elegiste. No te puedes hacer cargo de las decisiones que toman los demás. —Me acaricia la mejilla.

No me salen las palabras, tengo los ojos puestos en ella mientras me devuelve la mirada. Lo hace de manera firme, como si no estuviera dispuesta a dejarme caer en ese lugar otra vez.

—Eras solo un niño. Y lo que pasó, pasó a pesar de ti, no por ti. No tienes que perdonarte por algo que nunca fue culpa tuya.

—Ya, pero no haber sido capaz de…

—No. No te hagas eso, no puedes ser tan injusto contigo mismo.

Trago saliva. Me cuesta creerlo. Pero ella lo dice con tanta convicción que, por un segundo, casi me convence.

—No sé cómo lo haces. —Me paso una mano por el pelo.

—¿El qué? —Ladea la cabeza.

—Hacerme sentir que no estoy roto del todo.

Se acerca y me besa en la mejilla al tiempo que me coge una mano y me sonríe.

—Porque no lo estás —responde al final—. No estás roto. Estás aprendiendo a vivir con ello.

—¿Podré hacerlo algún día?

Ella no duda. Me aprieta la mano.

—Estoy segura, yo me quedaré aquí siempre para ayudarte y para ser testigo de ello.

Sus palabras me afectan de tal forma que tengo que mirar hacia abajo un segundo. Me arde la garganta. No sé si es por todo lo que estoy sintiendo o por lo que estoy soltando por fin. Levanto la vista y me la encuentro sonriendo. Como si no hiciera falta que dijera nada más.

—Me haces sentir muy querido. —No puedo evitar que una lágrima se deslice por mi mejilla.

—Porque lo eres —susurra—. Mucho más de lo que crees.

—No estoy acostumbrado a que alguien me cuide así —admito, bajando la voz.

—Pues empieza a acostumbrarte. —Me guiña un ojo.

Tengo ganas de seguir llorando, pero esta vez de alivio. Ese tipo de alivio que llega cuando alguien te mira y no sale corriendo. Me río entre dientes.

—Te quiero —le digo bajito, casi sin voz.

La beso de forma delicada, aunque no es un beso de agradecimiento, sino de necesidad.

—Yo también —sonríe—. Vas a estar bien, los dos vamos a estarlo. Aunque el mundo no lo esté, tú y yo sí.

Me la quedo mirando en silencio. Creo que nunca he amado tanto a nadie.

ENERO

DIANA

CAPÍTULO 26

1 de enero, lunes

Me despierto con un tambor golpeándome las sienes. La luz que entra por la ventana me atraviesa los párpados como agujas. El pijama que llevo me está dando mucho calor. Intento moverme, pero un peso me retiene. Miro el brazo que me rodea a la altura de las costillas y veo el tatuaje de su antebrazo… No me jodas.

Giro la cabeza con esfuerzo y lo veo. Está dormido, boca abajo, una mano colgando fuera del colchón y la sábana enredada entre sus piernas. Al menos lleva los calzoncillos, no está desnudo.

El corazón me da un vuelco y me siento de golpe, lo cual es un error monumental: la habitación da vueltas como si estuviera en un tiovivo. Me llevo una mano a la frente y cierro los ojos. ¿Qué pasó anoche? Me acuerdo de comer las uvas en casa del amigo de Guille y de que estuvimos jugando al «Yo nunca…». Después fuimos a la discoteca. En la discoteca estaba… Bebí… y…

De repente, ya no estábamos en la discoteca, sino que besándonos en un taxi.

Salgo de la habitación intentando hacer el mínimo ruido posible. Pongo un vaso debajo del grifo y lo abro; me noto muy deshidratada.

—¿Tú qué? —me espeta mi amiga y se me cae el vaso en el fregadero del sobresalto.

—¡Joder, Teresa! ¡Qué susto!

Teresa me mira con una mezcla de burla y preocupación. Yo intento recomponerme, inútilmente.

—Bruno y yo escuchamos que llegabas a las seis de la mañana, también oímos la voz de un chico. ¿Qué hiciste, cerda?

—No lo sé —le digo poniéndome la mano en la frente—. Nos besamos en el taxi, creo.

Teresa se queda callada un segundo, meditando lo que le acabo de contar. Finalmente, se acerca y se sienta en una silla frente a mí.

—Vale, a ver. Es Pipe el que está en tu habitación, ¿no?

—Sí.

Teresa emite una risa suave que intenta reprimir.

—¿Qué?

—Que tienes un prototipo muy claro, Didi —contesta mientras le saco el dedo corazón.

—No sé qué pasó. No me debería haber tomado esos chupitos antes de ir a la discoteca, joder.

Asiente despacio para asimilar lo que le estoy contando. Luego entrecierra los ojos y me estudia con atención.

—¿Y cómo te sientes?

—Con miedo de haber hecho el ridículo de mi vida, de haberme emborrachado demasiado.

—A ver, Bruno y yo nos fuimos sobre las tres de la discoteca y no te vi tan mal. Habías bebido, pero no ibas ni pasada ni haciendo nada de lo que te pudieras arrepentir.

—No me acuerdo ni de que os fuerais.

—Joder, pues nos despedimos abrazándonos. Estabas con Paloma y Guille.

Me llevo las manos a la cara y las restriego por los ojos y las mejillas, como si pudiera borrar el desconcierto frotándome la piel.

—¿Y Pipe? —pregunto, sin bajarme de ese vértigo.

—Creo que estaba por ahí también. Hablaste con él varias veces, no sé de qué, pero cada vez que os miraba te estabas riendo. Estabas bien. En serio. —Teresa me mira con ternura—. No era una borrachera fea de esas que acaban mal.

Las dos giramos la cabeza hacia al pasillo cuando escuchamos un ruido que proviene de mi habitación.

—Hablamos después. —Me levanto de la silla.

—Ya me cuentas qué te dice —contesta mientras yo salgo por la puerta.

Abro la puerta de mi habitación con cautela. Pipe está moviendo las cosas que tengo en el escritorio, está buscando algo. Está con el cabello desordenado y sigue tan solo vestido con sus calzoncillos. Me mira en cuanto entro, sonríe con esos ojos que parecen buscar respuestas, pero también ofrecerlas.

—¡Aquí está! —Levanta la mano enseñándome el móvil—. Supongo que lo dejé aquí antes de irme a dormir.

Asiento, sin saber muy bien qué hacer con las manos. Me siento en el borde de la cama. Recuerdo que estábamos bailando y hablando con todos.

—¿Ayer di mucha vergüenza? —pregunto incómoda.

—¿Qué quieres decir? —dice sentándose a mi lado.

—Tengo *flashbacks*, pero no me acuerdo a la perfección de todo. ¿Tú recuerdas cómo fue la noche?

—A ver, yo también llevaba una buena merluza. Recuerdo que te reías un montón. Yo estaba más a mi bola al principio, pero cada poco venías y me agarrabas del brazo para decirme algo, porque, claro, estás enamorada de mí.

—Eres tan mentiroso —le digo dándole un golpe en el hombro mientras se ríe.

Recuerdo que él me venía a hablar cada dos por tres con alguna excusa, como: «¿Te gusta esta canción? Es reguetón antiguo, me dijiste que te molaba».

—No sé muy bien de qué hablamos, pero te reías todo el rato.

—¿Y después? —le insisto, intentando que no se desvíe del tema con sus tonterías.

Empiezo a recordarlo todo. Me gusta escuchar como recuerda la situación. Podría estar escuchándolo horas.

—Después la gente se fue yendo, y quedábamos pocos —dice, ahora más serio—. Te dije de salir a tomar el aire y, cuando estábamos yendo hacia a la puerta, me cogiste de la mano para colarnos en un reservado. No sé cómo no nos pillaron. Estuvimos ahí los dos apartados, hablando y bailando.

—Vaya. Lo que yo recuerdo es que tú me agarraste de la mano y fuiste a un reservado decididísimo… ¿Y qué pasó ahí, majestad? —le pregunto, viendo que empieza a sonreír.

—Que por fin me besaste —dice levantando la barbilla.

—¿Perdón? Creo que deberías estar preguntándome esto tú a mí en vez de yo a ti, porque te estás inventando la mitad de las cosas.

—Bueno, a lo mejor te incité a que me besaras o a lo mejor te besé yo… Pero ¿qué más da? Si te morías de ganas —dice mientras pongo los ojos en blanco.

—¿Y después?

Su sonrisa se atenúa un poco, pero no desaparece del todo. Apoya los codos en las rodillas, y se queda mirando el suelo unos segundos, como buscando las palabras justas.

—Después de lo del reservado salimos de la discoteca, ni nos despedimos de los demás. Nos estuvimos besando en el taxi, fue un canteo la verdad —dice riendo mientras noto calor en la cara—. Llegamos aquí, a mí ya se me había pasado un poco la borrachera,

pero tú te seguías riendo por absolutamente cualquier cosa, y bueno…

—¿Qué? —digo entornando los ojos, aunque me estoy empezando a acordar de todo.

—Nos estuvimos besando en la cocina, bastante rato, llegó un punto que incluso pensé que acabaríamos haciéndolo en la encimera, así que sugerí que nos fuéramos a la cama a dormir. Pero nos quedamos un rato más hablando en la cocina.

—¿De qué? —Esa conversación la tengo bastante confusa.

—No sé, de la vida, de las cosas que nos preocupaban… De todo y de nada. Nos fuimos a la habitación después, te cambiaste delante de mí —dice sonriendo—. Te pusiste el pijama. A mí me dijiste que me quedara en calzoncillos, que, total, yo no tenía nada que tú no hubieras visto antes, ¿te acuerdas?

Me tapo la cara con las manos; sí me acuerdo.

—Lo dijiste con una seriedad que me dio miedo y todo —añade, riéndose.

—Ya. Luego nos metimos en la cama y te pedí que me abrazaras, cosa que hiciste encantado, y nos quedamos dormidos.

—¿Y? —dice frunciendo el ceño.

—¿Y qué?

—A ver, te quedaste callada un rato largo, supuse que ya estabas en el quinto sueño. Yo ya estaba a punto de dormirme, pero de repente me preguntaste algo —dice sonriendo mientras niega con la cabeza.

—¿Qué te pregunté?

—Me preguntaste que si quería hacerlo contigo. Así, tal cual: «Pipe, ¿quieres hacerlo conmigo?».

Trago saliva, el rubor está subiéndome hasta las orejas. Eso es algo que nunca habría sido propio de la Diana sobria.

—Me quedé un poco pillado. —Se pasa una mano por el pelo, despeinándoselo aún más.

—¿Qué me dijiste?

—Pues empecé a hablarte de cosas…, pero cuando te levanté el mentón para besarte, ya te habías quedado dormida. Así que obviamente no hicimos nada.

Asiento en silencio, procesando la situación. Dentro de todo, podría haber sido peor. Repaso todo lo que me ha dicho.

—¿Y de qué cosas me hablaste mientras me quedaba dormida? —Ladeo la cabeza, curiosa.

—Yo qué sé, Diana. —Se ríe, creo que su mirada denota que tiene un poco de vergüenza—. Imagino que te dije las típicas tonterías que uno dice cuando está abrazando a una chica que le gusta.

—A ver si el que va a estar enamorado de mí eres tú…

—Eso es lo que a usted le gustaría, su majestad.

Se acerca un poco más a mí. Los dos nos quedamos mirándonos unos segundos. Después me toca el pelo y me coloca un mechón detrás de la oreja. Embelesada, me fijo en cómo sus ojos estudian cada facción de mi rostro. Se me acelera el corazón cuando me acaricia el cuello con la yema del dedo y sube hasta la boca. Se detiene en la peca que tengo en el labio, la roza con suavidad, como si quisiera confirmar que sigue ahí.

Siento el calor de su mano cuando la coloca sobre mi mejilla. Acto seguido, acerca su cara a la mía lentamente, dándome margen para apartarme si quiero, pero no quiero.

Me besa, es un beso cálido, lento, sin urgencia. Siento cómo recorre mi espalda con la otra mano. Lo hace con delicadeza, como si me fuera a romper de un momento a otro. Me dejo llevar, sin pensar en lo que viene después, sin cuestionar si esto está bien o mal. Solo estamos los dos.

El mundo se reduce al roce de su boca, a cómo encajan sus labios con los míos, a la forma en la que mi cuerpo responde. De alguna manera, mi cuerpo estaba esperando a este chico desde hace tiempo.

Pipe se separa un poco de mí, pero mantiene la frente pegada a la mía.

—Te vas a acordar de esto, ¿no? —susurra mientras me río, todavía con los ojos cerrados.

—Eres tonto. —Niego con la cabeza, divertida.

—Odio hacer esto, pero me tengo que ir. Cenamos la semana que viene.

—¿Es una orden?

—Lo vas pillando, alteza —dice, dándome un beso en la mejilla.

—Vale, cenamos. Pero tiene que ser en un italiano.

—Hecho.

Pipe me da un último beso corto, sellando el trato, y luego se aleja de mí despacio.

Lo veo levantarse de la cama y vestirse, sin perder esa sonrisa de medio lado.

—Seguro que esto no lo habías visto antes. —Se señala los abdominales.

—Qué tonto eres, de verdad.

Se aproxima otra vez, ya con la camiseta puesta, y sitúa su rostro a centímetros del mío.

—Oye —baja un poco el volumen—, lo de anoche…, me sentí muy a gusto.

Le sostengo la mirada un segundo más de la cuenta.

—Yo también.

Mueve la cabeza en señal afirmativa, y me da un beso suave en los labios antes de salir por la puerta de mi habitación. Me dejo caer

sobre las sábanas aún calientes, con una sonrisa tonta que no se me borra ni aunque lo intente.

CAPÍTULO 27

6 de enero, sábado

Olivia tiene su piso convertido en un refugio. Varias velas encendidas, la calefacción a tope y una mesa improvisada en el salón con restos de turrón que se llevó de su casa en Navidades. Huele a canela y a esa calma que llega después del caos navideño.

Hemos organizado el rey invisible: como el amigo invisible, pero en versión 6 de enero, con coronas de papel y regalos sin sentido. Yo he comprado una taza con una foto de Olivia y su gato, y Paloma me ha regalado un paquete de preservativos. Dice que ahora que Pipe y yo nos hemos liado es algo mucho más útil que regalarme calcetines.

—Madre mía, Paloma —se asombra Olivia.

—Olivia, la verdad es que yo te agradezco que me hayas regalado la bufanda más fea que has encontrado —bromea Teresa—. Me vendrá bien para el viaje.

—Ya me sabe mal haber nacido en unas fechas tan feas, pero viajar la segunda quincena de enero no está tan mal, ¿no? Sale hasta barato —defiende Paloma.

Todos los años, por el cumpleaños de Paloma, nos vamos de viaje, es una tradición que ella decidió implantar. Adora su cumpleaños, y nosotras la adoramos a ella, por lo que es un *win win*.

—Hace dos años nos lo pasamos bastante bien en Ámsterdam —

recuerda Teresa con sorna—. Te pasaste todo el día de tu cumple vomitando porque te sentó mal el porro, pero, bueno, no estuvo mal.

—¿¡Pero a que os gustaron los canales!?—responde Paloma poniendo las palmas de las manos hacia arriba.

—A ver el hotel de este año: dos habitaciones dobles. Nada de literas, nada de baños compartidos. ¡Nos hemos convertido en burguesas! —exclama Olivia.

—¿Y con quién dormimos? —pregunta Paloma—. ¿Lo hacemos por sorteo?

—No, yo duermo con Teresa —aclaro—. Olivia siempre se va a dormir tardísimo con la luz de la mesita encendida y a ti te gusta dormir con la ventana abierta. No me voy a pasar un fin de semana de enero en París durmiendo tres horas por la noche y con pulmonía.

—Bueno, cariño, tú tampoco eres la mejor compañera nocturna, que hablas dormida que no veas —me devuelve Paloma, y yo le saco el dedo corazón.

La noche cae con lentitud, como si también tuviera pereza. El salón sigue oliendo a canela, aunque ahora también flota un leve aroma de vino caliente y vela consumida. La música de fondo evita el silencio absoluto.

Yo me quedo quieta y observo a mis amigas. Olivia empieza a recoger sin decir nada, metiendo los restos del papel de regalo en una bolsa grande que ha sacado de debajo del fregadero. Paloma se tumba en la alfombra y Teresa saca el móvil y empieza a enviar mensajes. Tienen esta manera de convivir sin hacerse notar, de pincharse sin hacerse daño, de cuidarse sin que parezca que lo están haciendo. Hay algo reparador en verlas así. No siempre lo digo en voz alta, pero las quiero. Y me cuesta hacerlo porque estoy

programada para gastar bromas en lugar de para decir lo que siento.

Queda una calma rara ahora que ya se han acabado las ironías. No incómoda, pero sí vulnerable. Como si por un segundo se cayera el andamio de las bromas y nos viéramos sin disfraz. Me siento bien así. Siento que este viaje a París va a significar algo, aunque no sepa qué, porque todo sigue como siempre entre nosotras, pero a la vez no. Las cosas cambian, las personas de nuestro alrededor evolucionan y a veces, en ese transcurso, nosotros no. Nosotros nos quedamos en un momento específico que ya no va a volver. Eso lo aprendí el verano pasado.

CAPÍTULO 28

8 de enero, lunes

Estoy mirándome en el espejo del baño y retocándome el perfilador de labios cuando suena el móvil. Pipe ya está aquí. Llaves, móvil y cartera. Bajo las escaleras notando cómo el corazón se me va acelerando a medida que bajo los pisos. El frío seco de enero me da en la cara cuando abro la puerta.

—Estás muy guapa.

Pipe se encuentra apoyado en su moto y me repasa de arriba abajo en cuanto me ve aparecer.

—Gracias, me gustaría poder decirte lo mismo —digo queriendo picarle.

Él se ríe relajado mientras nos abrazamos.

—Pero hueles muy bien —le piropeo al deshacernos del abrazo.

—Me gustaría poder decirte lo mismo. —Me guiña un ojo.

Me pasa el casco, me subo a la moto y le rodeo la cintura con los brazos. El cuerpo se me tensa al principio, todavía no me acostumbro a esta cercanía con él, pero cuando arranca y la moto avanza, el viento frío me obliga a acurrucarme un poco más.

Aparca frente a un pequeño restaurante con luces tenues en la entrada.

—Hemos llegado —dice Pipe.

—¿Vienes mucho aquí? —pregunto, observando la fachada. Tiene

un toldo granate con un letrero dorado un poco desgastado. Dentro, se ve luz cálida, casi como de salón antiguo. Hay pocas mesas, bien separadas entre sí.

—Sí. Me gusta venir aquí cuando no quiero gritar para mantener una conversación. Así que espero que hayas dejado la vergüenza en casa, porque hoy te toca hablar, al menos, hasta los postres.

Pipe abre la puerta para dejarme pasar. El interior huele a vino y a pan recién hecho. En la decoración, domina la madera oscura y hay lámparas con pantallas de tela y botellas de vino en diferentes estanterías.

El camarero nos guía hasta una mesa redonda junto a la ventana, con una vela encendida y una pequeña maceta con salvia seca en el centro. Nos sentamos. Pipe se quita la chaqueta de moto con un gesto automático. Lleva un jersey gris y, debajo, una camiseta blanca. Me quito el abrigo, tratando de que no se me note que estoy nerviosa.

—¿Qué te apetece? —pregunta, abriendo la carta.

—No sé, tú eres el cliente habitual… ¿Qué sueles pedir?

—Los raviolis de calabaza están buenísimos. Eso sí, se deben comer con vino tinto.

—Pues vamos a averiguar si tienes tan buen gusto con la comida como con las chicas —respondo con una leve sonrisa. Él me sonríe a su vez negando con la cabeza.

Durante los primeros minutos, la conversación se mantiene en una zona segura: trabajo, fiestas y algún comentario sobre mi inminente viaje y sobre su próximo tatuaje.

Poco a poco, mi cuerpo se acomoda en la silla y dejo de revisar mentalmente cada palabra que digo. No son los nervios de estar en una cita, son los nervios de estar delante de un chico que me está empezando a gustar. El recuerdo de ese beso me tiene inquieta.

—¿Y tú? —Su semblante se vuelve serio de golpe—. ¿Algún propósito de año nuevo?

Tardo unos segundos en responder. No porque no sepa qué decir, sino porque no me esperaba esa pregunta. Estoy tan acostumbrada a las conversaciones superficiales que esa pregunta, simple y directa, me descoloca.

—Supongo que aprender a convivir con las cosas que me suceden y me han sucedido en el pasado. No sé si eso cuenta como propósito.

Él asiente. No contesta nada, pero no hace falta. Hay algo en su mirada que me dice que lo entiende y que quizá él está pasando por algo similar.

La comida llega, y es incluso mejor de lo que me prometió. Los raviolis tienen un punto dulce por dentro y una salsa de tomate y albahaca suave, cálida. Mientras tanto, la conversación va ganando profundidad sin que yo me dé cuenta. Hablamos de música, de libros que nunca terminamos, de lo raro que es crecer y no saber si estamos haciendo lo correcto… En algún momento, advierto que lo estoy escuchando de verdad, sin pensar en lo que voy a decir después. Solo escuchando.

Cuando terminamos el postre —un tiramisú casero que compartimos sin discutir—, reparo en que llevamos casi dos horas allí. El restaurante se ha ido vaciando, y ahora solo queda una pareja en la esquina y nosotros. El tiempo pasa volando.

—¿Por qué me has estado dando largas? —cambia de tema de pronto.

Me pilla desprevenida. No porque no lo esperara, sino porque lo dice justo cuando yo ya me había relajado del todo. Bajo la mirada hacia la cucharilla en mi plato.

—Porque me gustaste —respondo.

Pipe se me queda observando por unos segundos.

—Bueno, según mi experiencia, cuando te gusta alguien, haces lo contrario… A no ser que te dé miedo. —Entrelaza las manos encima de la mesa—. Teniendo en cuenta que la fiesta de Guille fue hace bastante, que no me escribiste, pero que nos liamos y que ahora estás aquí…, ¿por qué te da miedo?

—Porque cuando te gusta alguien, te la juegas. Le abres tu vida, le dejas ver partes de ti que no sueles enseñar y esperas que las acepte, que te acepte con todo. Y cuando esa persona se va después de haber visto todas esas partes tuyas, llegas a la conclusión de que nadie más las debería ver. Porque, si las ven, no se van a quedar, no te van a querer.

Pipe se queda en silencio por un momento, como si estuviera digiriendo cada palabra que acabo de decir. Está buscando la manera de responder. Su rostro, que antes estaba tan relajado, ahora muestra un poco de tensión.

—¿Siempre has pensado así, Diana?

—Nunca me ha sido muy fácil mostrarme vulnerable. Así que creo que sí, siempre he pensado así.

—¿Alguien te ha reafirmado ese pensamiento?

Me quedo un momento en silencio, pensativa. Pipe ha destapado algo que había estado guardado mucho tiempo.

—Supongo…

—¿Cuánto hace? —Acerca su silla hacia mí.

Siento que la pregunta me golpea de lleno. Se hace un silencio, no quiero decirlo en voz alta, no quiero traerlo de vuelta.

—De lo mío hace un año…, un poco más incluso. —Rompe él el hielo para que yo me anime a hablar—. No sé si tendrá mucha relación con lo que me acabas de comentar, pero yo estaba en el otro lado, creo. Ella sabía exactamente lo que quería, pero no lo

decía. Había un muro inquebrantable entre nosotros. En un principio, me gustaba esa sensación de no saber si estaba realmente dentro de su vida. Me hacía gracia tener que luchar por su afecto.

Lo miro con curiosidad. Él se va soltando a medida que sigue hablando.

—Pero un día me di cuenta de que me estaba aferrando a algo que nunca se acababa de dar.

—¿Y cómo acabó la historia?

Pipe respira profundamente antes de contestarme.

—La dejé ir, aunque no quería. Al principio, pensaba que, si seguía ahí, esperando, las cosas cambiarían, pero la gente no cambia solo porque tú desees que lo hagan. —Sus ojos azules se encuentran con los míos—. Quería que ella me dejara entrar, pero eso no pasó, así que no me pude quedar. No puedes obligar a la gente a que te quiera, pero tampoco puedes pretender que lo hagan si te quedas en la superficie. Si no te permites mostrar cada capa, cada arista, es imposible construir algo real.

Me siento atrapada en lo que ha dicho. Acaba de sacar un tema que yo nunca habría sido capaz de poner sobre la mesa.

—Agosto. Lo mío se acabó en agosto.

—No hace tanto entonces.

Asiento. La mención de ese mes me ha devuelto a ese momento exacto, a todo lo que sentí y lo que no pude evitar. Mi mente viaja hacia allí, aunque intento mantenerme en el presente. Pipe parece leer mi mirada y se inclina hacia delante. Su tono ahora es más suave, más cercano.

—Lo que pasó en agosto, ¿para ti fue una despedida definitiva o solo fue un «darse un tiempo»? —pregunta con calma.

Me siento vulnerable teniendo que contestar algo que me duele aceptar.

—Cuando pasó, quería que fuera «darse un tiempo». Hubiera matado para que fuera así. Pero me he dado cuenta, con los meses, de que ni quiero ni debo estar con alguien que no quiere estar conmigo. Por mucho que lo haya amado por encima de todas las cosas. No puedes quedarte esperando a alguien que se arriesga a perderte.

—¿No te parece liberador?

—¿Aceptar que las cosas no salen como querías?

—Aparte. Me refiero a hablar de ello.

—Un poco, sí, pero me cuesta verbalizar las cosas que me duelen, que me hacen vulnerable… Siento como si diciéndolas en alto se hicieran aún más reales.

Después de pagar la cuenta y cruzar Madrid con el frío invernal, llegamos a mi edificio. Me doy cuenta de que no hemos dicho nada en todo el trayecto. Nos hemos comunicado con el contacto físico: yo le apretaba ligeramente con los brazos y él me acariciaba la pierna en cada semáforo. Bajamos de la moto y nos quitamos el casco, yo le paso el mío y él lo deja encima del asiento.

—Gracias por la cita —comento mientras nos abrazamos.

—Te dije que te debía una cena —responde.

—Está bien, la próxima vez invito yo. —Me río mientras nos deshacemos del abrazo.

Me dirijo a la puerta, meto la llave dentro de la cerradura y la giro. Cuando la puerta se cierra detrás de mí, siento una necesidad irrefrenable de algo más. Me giro, y veo a Pipe a través del cristal. Está junto a la moto apagada y me observa muy concentrado, como si estuviera reflexionando. Abro la puerta que hace escasos cinco segundos se había cerrado y mis pies me llevan hacia él.

—¿Vas a dejar que me vaya sin darme un beso, Pipe?

—Me vas a matar un día de estos —responde antes de besarme.

CAPÍTULO 29

11 de enero, jueves

—Hacía meses que no bebía entre semana —reconoce Guille tras apurar la cerveza que le queda en el vaso—. Me parece muy mal por mi parte acabar con esa buena costumbre.

Hay varias mesas a nuestro alrededor. Estamos al lado de la Castellana, y todas las personas que están en la terraza llevan traje. Supongo que es donde todo el mundo corporativo viene a hacer el *afterwork*.

—No nos juzgues, Guille. Está siendo una semana de locos.

—En el trabajo nos está costando, pero en el amor, querida…, ¡estamos prácticamente yendo al altar!

—¿Cuántas veces habéis quedado ya Héctor y tú?

—Me va a pasar a buscar dentro de una hora, así que hoy va a ser la séptima. ¿Crees que me va a pedir ya matrimonio?

—No le digas que te lo he dicho, pero el otro día me preguntó que talla de anillo tenías —bromeo.

—Ay, tía… —se tapa la boca con un gesto dramático—, y a mí Pipe me dijo el otro día que no sabía qué era mejor si que os pillarais la hipoteca a tipo fijo o variable. Por cierto, ¿cuándo tienes pensado tirártelo?

—¡A ti te lo voy a contar!

—No follas desde agosto, Diana. ¿Te acuerdas de cómo se hace?

—Pongo los ojos en blanco—. No, va, fuera coñas, ¿te ves preparada?

Pipe me gusta, eso está claro, pero hay cosas que aún no he cerrado; eso también está claro. No sé si eso significa que no estoy preparada.

—Me tengo que ver en la situación. —Jugueteo con la servilleta—. Pero me gusta, me atrae mucho…

—Obviamente que te pone Diana, ¿cómo no te va a poner? Tengo ojos. Está tremendo, ya lo sé. Pero eso no es lo que te he preguntado.

Me quedo en silencio unos segundos, dándole vueltas a la frase. Luego suspiro.

—Tengo miedo de que no funcione, de que no pueda conectar. Que lo hagamos y yo esté con la cabeza en otra parte. La última vez que lo hice con alguien estaba enamorada, y el sexo enamorada es… mil veces mejor. Me aterra comparar y que me empiece a comer la cabeza y piense que no podré volver a estar como estuve con nadie más.

La mirada de Guille ha cambiado. Ya no es desafiante, ahora su expresión es tierna. Me coge la mano e inclina la cabeza ligeramente.

—Si te acuestas con Felipe, va a ser distinto, eso ya lo sabes de sobra. Pero eso no significa que no te pueda gustar o que no puedas conectar con él. No va a ser la primera vez que lo haces sin estar hasta las trancas, y no todas fueron malas, ¿no? Y puede ser bonito igual. Incluso puede ser el primer paso para que te vuelvas a enamorar, si tiene que pasar.

Me quedo mirando el borde del vaso mientras él espera en silencio. No es ese silencio incómodo que te obliga a llenarlo con cualquier cosa, sino uno que me da permiso para pensar.

—Me aterra que al final nada me baste —confieso—. Me aterra que haya dejado pasar algo que no voy a volver a encontrar. Que ya no sepa volver a sentir igual. Que todo me parezca poco, ¿sabes?

—Pero igual no se trata de volver a sentir lo mismo, ¿no? Tal vez se trata de sentir distinto.

—¿Te refieres a no enamorarse?

—No, para nada. Pero uno no se va a enamorar dos veces de la misma forma. Primero, porque aquí estamos hablando de dos personas distintas. Y segundo porque tú ya no eres la misma que cuando tenías veintidós años y empezaste con tu ex. Tal vez, si dejas de pensar tanto en lo que debería ser, te darás cuenta de que lo que sientes es suficiente, aunque no sea exactamente lo que esperabas.

Puede que tenga razón, pero eso también significa que tengo unos miedos o, mejor dicho, que me han creado unos miedos que antes no tenía.

—Ya, la teoría me la sé, pero no sé si nada después de él será suficiente. —Aprieto los labios—. Me jode admitirlo, me duele, pero lo veo imposible.

—Diana, ha pasado poco tiempo, es normal. Pero eso no quiere decir que lo que venga después no sea real o no tenga valor. Será distinto.

—A veces siento que, si algo no es perfecto, es un fracaso —respondo con un toque de tristeza en la voz—. Pero ¿y si nunca llega ese enamoramiento? ¿Y si lo intento y lo intento, pero nada? ¿Y si le hago perder el tiempo a la otra persona?

—Si te concentras demasiado en lo que te falta, puedes perderte lo que está justo delante de ti. Y, Diana, no puedes dejar que el recuerdo de ese tío te condicione más la vida. No le quites el potencial a lo que te está por llegar.

Siento que una parte de mí empieza a aflojarse. Las palabras de Guille son una liberación lenta, casi imperceptible.

—¿Y si con Pipe va mal? No porque vaya mal en general, sino porque yo no deje de compararlo con cómo fue con… él.

—Pues me llamas, lo hablamos y te hago ver que no es tan malo como parece.

CAPÍTULO 30

13 de enero, sábado

Me ha dejado elegir la película: punto positivo. No ha intentado nada mientras la veíamos: aprobado. Ha pedido palomitas para compartir: un diez. Ha sido muy educado con todo el personal del cine: un cien.

—Yo creo que significa que terminan juntos —opina.

—Creo que no hemos visto la misma película. —Meto la mano que no me tiene cogida dentro del bolsillo del abrigo—. ¿Por qué crees que había tanta gente llorando?

—Porque es bonito que después de todo decidan seguir luchando por la relación.

—No, porque ella decide que ya no le queda nada por lo que luchar.

Pipe se ríe por lo bajo, ese tipo de risa que suelta cuando no sabe si llevarme la contraria o darme la razón. Mi calle está fría y húmeda, y el vapor de nuestras respiraciones se mezcla en el aire. El corto paseo desde el cine al portal de mi casa me ha dejado la cara helada.

—¡Qué dramática eres! Es una comedia romántica.

—Pipe, se pasan la mitad de la película en un hospital. —Pongo los ojos en blanco.

—Pero al final él se cura. Si es que te lo llevas todo al lado negativo…

—Se cura físicamente. Emocionalmente, está hecho polvo. ¿Viste cómo miraba por la ventana en la última escena?

—Estaba pensando en lo que iba a pedir para cenar…

—Estaba devastado.

—O hambriento, es un estado muy parecido, si lo piensas —apunta.

Pongo los ojos en blanco. Me estira del brazo y me coloca a centímetros de él. Vuelvo a oler su perfume al estar tan cerca, he tenido ganas de olisquearle el cuello durante toda la película. La mezcla entre cuero, incienso y su piel me pone los pelos de punta.

Pipe me rodea con un brazo y baja la cabeza para apoyar su frente en la mía.

—Curioso… —murmura, sonriendo levemente.

—¿Qué es curioso?

—Así de cerca ya no me pones los ojos en blanco.

Echo la cabeza para atrás, me río por su respuesta y porque me siento agitada al tenerlo tan cerca.

—¿Te estás poniendo nerviosa, Diana?

—Eres tontísimo. —Niego con la cabeza.

Nos miramos detenidamente un par de segundos. Me aguanto las ganas de besarlo. No porque no quiera, sino porque me gusta este punto exacto, justo antes de que pase algo.

—¿Quieres ir a cenar? —pregunto, rompiendo ese hechizo.

Pipe se echa a reír y se aleja un poco, pero no me suelta. Su mano se queda en mi cintura, como si se hubiera quedado pegada.

—Mmm… —Señala mi piso con la cabeza—. A lo mejor después te cocino algo. Ahora mismo solo me apetece una cosa.

Levanto la barbilla de forma desafiante. Arqueo las cejas y me relamo los labios.

—No te estarás poniendo nervioso tú ahora, ¿no?

No responde, solo se ríe con suavidad. Con la mano que tiene libre, coloca un mechón de mi pelo por detrás de la oreja. Pone el pulgar en mi mentón y desliza los demás dedos por mi cuello con una lentitud calculada.

—¿Nervioso yo? Sé lo que va a ocurrir en cada momento entre tú y yo desde que nos chocamos.

Su voz tiene un tono tan seguro que no me da espacio para replicar. Me atrae hacia él con más fuerza y, sin previo aviso, me besa. Me empuja con delicadeza contra la pared y yo quedo atrapada entre la fría superficie y su cuerpo.

Sus manos exploran mi cintura y bajan hacia mi culo. Me sujeta con firmeza, sin intención de soltarme. El beso se vuelve más profundo, más voraz, y siento cómo la tensión entre nosotros aumenta. Busca llevarme al límite con cada uno de sus movimientos. Está completamente seguro de lo que quiere, y esa certeza me consume. Mi respiración se entrelaza con la suya, cada vez más agitada, más desesperada.

Separa sus labios a escasos centímetros de los míos. Su mirada es intensa y sus manos siguen donde estaban.

—¿Qué hacemos? —me pregunta con la respiración acelerada.

Asiento mientras intento esconder una sonrisa que nace del nerviosismo y del entusiasmo. Pipe me toma de la mano y me guía hacia el edificio. Abro la puerta y suelta mi mano solo para pulsar el botón del ascensor. Las puertas se cierran lentamente, pero él no espera. Me acorrala contra la pared de nuevo, con una mano a cada lado de mi cabeza. Mis pensamientos están puestos en el momento que se avecina, y me doy cuenta de que no tengo ninguna intención de detenerlo.

Al llegar a mi habitación, cierra la puerta tras de sí sin apartar los ojos de mí. Me guía hacia atrás con su cuerpo, sin despegarse.

Entonces roza su nariz con la mía y me besa.

Las manos de Pipe descienden por mi espalda y pasan a mis muslos, acto seguido, me sienta en el escritorio y se coloca entre mis piernas. Sigue recorriendo mi cuerpo hasta instalarse en mis caderas. Me muerde el labio inferior con suavidad, apenas un tirón, y luego lo suelta. En ese momento, me observa con una sonrisa ladeada.

—¿Estás segura?

Coloca una mano en la cara interna de mi muslo y me pregunto si puede sentir cómo se me eriza la piel a través de las medias.

—Sí, muy segura.

—Menos mal —jadea.

—¿Y tú?

—Yo, Diana… —Me da un beso en el cuello—. Tenía ganas de esto desde que te vi entrar en esa fiesta.

—Vaya, ¿así que te chocaste aposta?

Antes de responder, Pipe se quita la camiseta y le miro el torso más de la cuenta.

—Aposta no fue, pero digamos que me quedé distraído.

—¿Distraído?

Tiro de su cinturón hacia mí. Él deja escapar una pequeña risa y su mirada sigue sin apartarse de mí. Noto cómo su mano, que se vuelve a encontrar en mi muslo, sube lentamente con una tranquilidad premeditada.

—Primero me distrajo tu belleza. Pero digamos que después no pude evitar fijarme en…

Pipe baja su mirada hacia mi pecho y se le dibuja una sonrisa. Me río con una mezcla de vergüenza y deseo. Luego enrosco las piernas a su alrededor y apoyo una mano en el escritorio.

—Vaya, podrías haber sido un caballero y haber ignorado lo

segundo.

—Diana, eso es imposible —responde. Su tono es ahora más bajo, más urgente—. No hay nada de tu cuerpo que pueda ignorar.

Me vuelve a besar mientras me ayuda a quitarme capas de ropa. Cada movimiento suyo me hace sentir más vulnerable y, a la vez, más segura, como si todo lo que estaba por suceder ya estuviera escrito.

Su mano baja hasta mi cintura y me aprieta contra él. La presión entre nuestros cuerpos aumenta, lo que me corta la respiración. Me detengo un segundo, justo cuando creo que no puedo soportar más, y lo miro. Me pierdo en sus iris claros y me doy cuenta de que hay pocas cosas de las que haya estado más segura. Que esto entre él y yo no es una mala idea.

CAPÍTULO 31

19 de enero, viernes

—No me noto las piernas —protesta Teresa tras acomodarse en la silla de la terraza.

—Yo tampoco es que tenga ganas de fiesta hoy —reconoce Paloma poniendo las manos sobre la mesa de mármol—. El vuelo me ha dejado reventada, pero el paseo de cuatro horas me ha acabado de matar.

París es muy bonito, pero parece que no lo suficiente como para hacernos olvidar el cansancio del viaje. Parece que la parada que hemos hecho para cenar, en vez de animar, ha bajado aún más los ánimos.

—Vaya, la que siempre se queja de que nos rajamos se viene abajo. —Sonrío a Paloma y ella me saca el dedo corazón.

—Pero quédate un rato más, Palo —le pide Olivia—, a las doce es tu cumple. ¿No quieres empezarlo de fiesta?

—Mañana por la mañana ya me despertáis cantando el cumpleaños feliz. Ya os lo he dicho, la pateada de la Torre Eiffel a Notre Dame me ha dejado hecha polvo.

—¿Vosotras os quedáis tomando algo? —nos pregunta Teresa.

—¿Te apetece? —Olivia me mira a mí.

—Sí, pidámonos otro vino.

Teresa y Paloma se van al hotel y dejan sus copas a medio

terminar. Las turbulencias durante el vuelo han hecho que mi espalda esté un poco dolorida, pero el paseo por la ciudad me ha dado energía para alargar un poco más la noche.

La terraza del establecimiento está repleta de gente y estufas que nos protegen del frío parisino. Las únicas sillas vacías son las que acaban de dejar mis amigas.

Ante mí tengo a Olivia con el Sena de fondo; no podría tener mejores vistas. Me la quedo mirando un buen rato en silencio, dándome cuenta de que estoy feliz de que la vida me haya traído hasta aquí, hasta este sitio, con esta compañía.

—¿En qué piensas? —pregunta Olivia, tocándose su pelo anaranjado.

—En mayo va a hacer siete años que nos conocimos, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Da miedo lo rápido que pasa el tiempo.

—Sí, ha llovido mucho desde entonces. Poco queda de esas dos chicas que se conocieron en ese baño.

—Es raro, porque hace mucho, pero a la vez siento que no hace tanto. Estábamos en la universidad, salíamos de fiesta mínimo tres veces a la semana, Paloma nos colaba en todas las discotecas, el primer verano que nos invitaste a tu casa…

Me acuerdo de las salidas de fiesta durante la universidad. Siempre intentábamos entrar a los sitios muy pronto, cuando la discoteca aún estaba vacía para no pagar la entrada porque estábamos peladas. Pero siempre llegaba un imprevisto que nos desmontaba el mes. A Olivia una vez la multaron por mear en la calle y tuvo que sobrevivir a base de arroz lo que le quedaba de mes.

—Sí, parece que fue ayer y a la vez da la sensación de que es la vida de otra persona. ¿Cómo crees que estaremos dentro de otros

siete años?

—Igual de guapas, yendo de viaje por el cumple de Paloma, pasando vergüenza cada vez que coges el micrófono en el karaoke. —Bajo el mentón para fingir indignación—. Pues, tía, sinceramente, espero que igual, pero con la vida ya asentada.

—¿A qué te refieres con la vida ya asentada? —pregunto mientras doy un sorbo a mi vino.

—Que todas tengamos un buen puesto de trabajo, que hayamos podido comprar una casa…, que hayamos encontrado a nuestra persona.

—¿Crees que a los treinta y dos habremos encontrado a nuestra persona?

—Eso espero. Yo veo a cualquier hombre con el que me cruzo como una potencial pareja —dice cruzándose de brazos.

—¿A qué te refieres? —pregunto entornando los ojos.

—A eso, literalmente. Voy en modo escaneo y, cuando veo a un chico de más o menos mi edad por la calle, en el metro o donde sea, siempre me pregunto cómo sería si fuera mi novio —dice colocándose la bufanda azul que lleva—. ¿Tú no lo haces?

Me quedo mirándola, intentando entender lo que ha explicado. Recuerdo las interacciones que he tenido en las últimas semanas con hombres o en qué voy pensando cuando voy andando sola por la calle.

—No —respondo al fin, algo más lento de lo que pretendía—. O sea, cuando veo a un chico guapo por la calle, me fijo en él, me pregunto a dónde se dirige, me fijo en su cara, en sus brazos, en lo alto que es…, pero no me imagino cómo sería si fuera mi novio en «modo escaneo» —hago las comillas con mis dedos enfundados en los guantes marrones—. ¿Tú lo haces siempre con todos?

—Con todos no —responde Olivia, pensativa—. Pero casi. Es como

si mi cabeza necesitara tener una esperanza en algún lado. Aunque sea una imaginaria. Aunque dure cinco segundos.

—¿Esperanza en el sentido de encontrar pareja?

Olivia asiente despacio, como si no estuviera del todo segura de querer decirlo en voz alta.

—Sí. Pero también… no sé. Esperanza de que algo cambie. De que haya alguien que vea en mí lo que yo a veces no consigo ver.

La escucho y algo dentro de mí se encoge. Porque la entiendo. Alguna vez me he descubierto a mí misma queriendo gustar no por deseo, sino por necesidad. Como si la validación externa pudiera calmar la tormenta interna.

—Eso es agotador. —Empatizo con lo que cuenta.

—Lo es. Pero también es adictivo. Porque veo como Teresa está que no caga con Bruno, como tú sales de una relación y en cuestión de meses encuentras a alguien al que le gustas y que a ti también te gusta… Pero a mí hace mucho que nadie me elige, ¿sabes?

Su frase se queda flotando en el aire como una confesión que pesa más de lo que parece. La escucho y siento que algo dentro de mí se parte. Porque entiendo exactamente a qué se refiere. Es la sensación de estar parada en un andén mientras el tren pasa de largo una y otra vez porque va demasiado lleno.

—Olivia…

—Y no es que quiera que me salven de nada, ¿eh? —Baja un poco la voz—. Es solo que a veces me encantaría que alguien me mirara y dijera: «Tú». Sin dudas ni condiciones. Sin estar preguntándome cuándo se va a acabar o si de verdad me está eligiendo a mí solo, si no está eligiendo también a otras. Sin estar midiendo todo lo que digo como si estuviera en una entrevista de trabajo.

—Te entiendo —digo con convicción—. Pero… tal vez el problema es que estamos esperando que los demás validen algo que

deberíamos validar nosotras mismas.

—¿Validar en qué sentido?

—Validarnos a nosotras: lo que somos, nuestras mochilas, nuestro físico, nuestra personalidad… A veces me da la sensación de que esperamos que un tío nos señale con el dedo y nos elija en medio de una multitud de chicas. Como si fuéramos unos cachorros esperando a que nos elijan para ser adoptados. Siempre nos ponemos como sujeto pasivo al esperar a que nos elijan, pero nunca nos paramos a pensar en elegir nosotras.

Olivia asiente lentamente, sus ojos fijos en el espacio que hay entre nosotras.

—Siempre nos ponemos en la posición de esperar, de ser seleccionadas. Y nuestra valía depende de ser elegidas por alguien más —prosigo mientras entrelazo las manos—. La mayoría de veces, a no ser que sea muy catastrófica, estamos más preocupadas de si le estamos gustando al chico con el que estamos teniendo la cita, que de si ese chico nos gusta de verdad a nosotras.

—Ya, a veces ni me pregunto qué es lo que me hace sentir un chico. Simplemente, quiero gustarle porque sí —comenta levantando la mirada.

—A mí también me ha pasado. Es como si estuviéramos programadas para ser objetos de deseo, pero no sujetos activos. No solo de las relaciones sentimentales, sino en todos los ámbitos de nuestra vida.

—Ya —responde Olivia, pensativa—. Si realmente nos diéramos permiso para elegir, dejaríamos de lado todo ese miedo al rechazo, a no ser elegidas, a no ser lo suficientemente buenas.

—Tal vez es hora de dejar de esperar y empezar a elegir.

CAPÍTULO 32

20 de enero, sábado

Las nubes tapan todo el cielo, pero es un día perfecto, porque es el cumple de una de las mejores personas que conozco. Este año la única diferencia es que a las doce de la noche Paloma ya se encontraba en fase REM en vez de en una discoteca enfundada en un vestido de infarto y bebiendo hasta el amanecer.

Las cuatro desayunamos en la terraza de una cafetería típicamente parisina con sillas de mimbre, mesas redondas de mármol, toldos verde floresta y camareros con delantal que caminan a alta velocidad entre las mesas. Bebemos café, pedimos una cesta de pan con mantequilla y mermelada de frambuesa. Después ponemos las velas de cumpleaños en los *croissants* aún tibios. Paloma lleva puestas unas gafas de sol casi tan enormes como su sonrisa.

—Esto es exactamente lo que quería este año por mi cumpleaños —celebra—. Mis tres chicas sin resaca celebrando lo más importante de sus vidas: yo.

Sopla las velas mientras Teresa, Olivia y yo aplaudimos entre risas. Las observo a las tres y pienso en lo raro y bonito que es estar en un lugar así. Todas juntas, un año más, compartiendo un momento que no tiene ni prisa ni expectativas.

Andamos por las calles de París y nos dirigimos hacia Montmartre,

contándonos anécdotas que ya nos sabemos de memoria, pero que igualmente queremos volver a escuchar.

Cuando llegamos a la cima, frente al Sacré-Cœur, nos sentamos en las escaleras con vistas a la ciudad. Paloma saca un termo enorme y cuatro vasos de plástico de su bolso negro.

—Aquí dentro no hay café, hay *sauvignon blanc*. No hay celebración sin brindis.

—¡Por otros veintiséis años siendo la más descarada de las cuatro! —exclama Teresa.

—¡Por otros veintiséis años estando las cuatro juntas! —Paloma realiza pucheros—. Me da igual convertirme en alguien tan aburrida como tú.

—Aburrida, pero estable emocionalmente, querida. —Teresa esgrime una sonrisa triunfal y brinda con su vaso alzado.

Paloma le saca el dedo y todas nos reímos, es una imagen cálida, aunque apenas rozamos los siete grados y llevamos abrigos abotonados hasta el cuello. El sol cae oblicuo, dorando los tejados de París, y nosotras estamos ahí, en medio de ese cuadro, hablando alto y riendo, ajenas a las miradas juzgadoras de los demás turistas.

Ya por la noche, volvemos al hotel para maquillarnos y ponernos ropa más adecuada para la ocasión. La habitación que comparto con Teresa está muy desordenada: ropa por el suelo, vasos de plástico en las sillas, maquillaje encima de la cama… Yo ya hace rato que estoy lista, dado que planeé muy bien cada prenda que debía llevarme para no comerme la cabeza con qué ponerme luego. No es el caso de mis amigas, que debaten entre ellas qué modelo les favorecerá más.

Reviso mi móvil y compruebo que tengo tres mensajes de Pipe:

22.45: ¿Mañana dónde te paso a

recoger: a la terminal 1 o a la 2?

22.45: Y pásame más fotos tuyas. Me caen muy bien tus amigas, pero prefiero ver tu preciosa cara.

22.46: Me dijiste que hoy salíais, pásatelo bien y ten cuidado. Te echo de menos.

Sonrío mirando la pantalla del móvil, yo también lo echo de menos. Esta última semana ha sido bastante intensa, nos hemos visto todos los días. O ha dormido en casa o se ha acercado a mi trabajo para darme un beso y hablar, aunque fueran diez minutos.

Me gusta mucho, tengo que admitirlo, pero también tengo miedo.

—¿Qué cosas te escribe Pipe para que pongas esa cara de tonta? —me pregunta Teresa mientras enrosca su pelo marrón caoba en un moño.

—¿Quieres que te las diga al oído? —Le guiño un ojo—. Oye, chicas, ¿os falta mucho? Lo digo para bajar a comprar otra botella de vino.

—¡Evadiendo como toda una profesional! No hablas de Pipe ni para atrás. —Paloma se pone el abrigo azul marino encima del vestido del mismo color.

—He aprendido de la mejor.

Teresa se ajusta el top de lentejuelas y se mira en el espejo de cuerpo entero. Olivia, en cambio, se ha puesto un vestido negro ajustado con una chaqueta de cuero que le llega por los tobillos. Yo voy con un top marrón con transparencias y unos pantalones a

juego de cintura baja.

Salimos las cuatro del hotel, riendo, envueltas en perfume y con los abrigos protegiéndonos del frío invernal de enero. Paloma va un paso por delante con sus tacones repiqueteando en la acera, como si marcara el ritmo. Olivia se engancha a mi brazo y Teresa enciende un cigarro.

Entramos en el metro entre empujones suaves y risas, todavía comentando anécdotas del día de hoy. Tres chicos nos miran desde el otro lado del vagón. Paloma les sonríe de forma exagerada y se gira hacia nosotras:

—A ver si esta noche me enamoro, aunque sea hasta mañana al mediodía.

—Eso ya sería una relación larga para ti —le espeta Teresa.

—Al menos no toda mi personalidad se basa en hablar sobre un tío que conozco de hace cinco meses —contesta Paloma guiñándoles un ojo.

CAPÍTULO 33

21 de enero, domingo

Nos bajamos en Pigalle y caminamos por la calle entre el ruido, las luces y la gente bebiendo en las terrazas. Todo huele un poco a humedad, alcohol y comida frita. Paloma saca el móvil para grabar un vídeo mientras seguimos andando. Teresa se ríe de fondo, Olivia sigue concentrada mirando el mapa en el móvil y yo me repaso el labial.

Llegamos a la discoteca. Hay cola, pero Olivia enseña las entradas desde el móvil y pasamos sin problema. El local es enorme. La música está a todo volumen, pero no es insoportable. Hay mucha gente, eso sí, aunque se puede caminar sin problemas.

Después de pedirnos una copa, nos metemos en la pista. Paloma ya está hablando con alguien con su francés españolizado antes de que siquiera cambie la canción y Olivia y Teresa bailan al ritmo de la música. A mí me cuesta arrancar hoy, y es que siempre desconecto un poco cuando no me sé la canción que el DJ está poniendo. Pienso en Pipe. En sus mensajes. En cómo me miró el último día. En que mañana ya no estaré aquí con ellas.

—¡¿Vas a bailar o vas a seguir a tu bola?! —me grita Teresa al oído.

—¡Las dos cosas!

La noche avanza rápido después de la segunda copa. Bailamos y

reímos al inventarnos las letras de las canciones. Olivia termina hablando con un chico cerca del baño, Paloma se hace fotos con todo el mundo y Teresa y yo compartimos una botella de agua porque ya hemos bebido suficiente. Las dos estamos en el borde de la pista, medio bailando, medio descansando.

—¿Qué hora es? —le pregunto.

—Las tres y media. Vas a aguantar un poco más, ¿no?

—No lo sé, ¿a qué hora cerraba esto?

—Según lo que creo recordar por las entradas que pilló Olivia, cierran a las seis —contesta abriendo mucho sus ojos marrones.

—No sé si voy a ser capaz de aguantar dos horas y media más…

—Le pido un café a la camarera si hace falta —me guiña un ojo.

Nos sonreímos la una a la otra y estiro el cuello, como si con ello pudiera expulsar el cansancio de los hombros, mientras, miro hacia el centro de la pista, donde la gente baila como si el tiempo no existiera. Luces moradas y verdes, que parecen espadas láser, se cruzan en el aire y todo vibra al ritmo de la música electrónica.

—No me lo puedo creer… —dice Teresa, y ahoga un grito por algo que ha visto tras de mí.

—¿Qué pasa?

Voy a darme la vuelta para mirar, pero ella me coge del mentón antes de que pueda hacerlo.

—¡No te gires! —me ordena.

Su tono es serio, y sería también firme si no fuera porque se ha bebido tres *gin-tonics*.

—¿Qué pasa, Teresa?

—Alguien me tiene que haber echado algo en la copa… —Entrecierra los ojos—. Mierda, no, no estoy alucinando.

La miro extrañada, y entonces me giro, todavía con una media sonrisa de burla porque creo que está exagerando. Pero no. No está

exagerando.

—Vamos, no me jodas. —Noto que se me acelera el pulso.

Ahí está él.

Él.

Apoyado en la barra como si no fuera el mismísimo epicentro de un terremoto emocional que hace que los latidos de mi corazón me ensordezcan.

Está hablando con un chico que no reconozco mientras se desordena el pelo. Lleva una camisa verde, un verde parecido al color de sus ojos. Sigue tan guapo como lo recordaba.

Entonces gira la cabeza y me ve. Lo peor es que me pilla observándolo. Su expresión cambia de serio a confundido. Frunce el ceño y entorna los ojos, parece igual de sorprendido que yo.

Le dice algo al chico que está con él y empieza andar hacia mí. Son a lo mejor diez segundos los que tarda en llegar a mi lado. Sin embargo, en ese corto lapso, me da tiempo a que se me pasen por la cabeza todas las peleas, todos estos meses de silencio, de pesadillas, de lágrimas, todas las veces que me pregunté «¿por qué?», la ira que he sentido, el dolor, el último beso, el último abrazo, la última vez que hicimos el amor, la última vez que dijo que me quería…

Teresa me mira de reojo y espera que le dé una señal para quedarse o irse.

—Diana —me saluda con una media sonrisa. Aprovecha para darle dos besos a mi amiga—. Hola, Teresa.

—Me gustaría decir que me alegro de verte, pero la verdad es que no. —Finge una mueca alegre—. Vale, voy a ir a por Olivia. Estoy cerca, Didi.

Antes de que pueda responderle, Teresa ya se está alejando, abriéndose paso entre la gente. Me esfuerzo por mantener la calma,

por sostenerle la mirada sin que se note que por dentro se me están desmoronando todos los muros que he tardado meses en reconstruir. Sobre todo, cuando se acerca para abrazarme. Me tenso bajo su contacto.

—Qué casualidad —respondo. Ni seca, ni cálida; neutra.

—Pues sí, que nos encontremos en París y no Madrid es mucha casualidad. ¿Has venido solo con Teresa y Olivia?

—No, hemos venido todas por el cumple de Paloma. Ya sabes, todos los años viajamos a algún sitio por su cumple.

—Sí, claro, es verdad. El año pasado fue Budapest, ¿no?

—Sí —respondo sin saber muy bien qué más puedo decir para que no se haga un silencio incómodo—. ¿Tú qué haces en París?

—Ayer tuve que cubrir un partido del Barça. Tenía que volver hoy a Madrid, pero me han cancelado el vuelo y no salimos hasta mañana al mediodía. Así que hemos pensado en salir un rato hoy, total paga la empresa.

Se pasa una mano por la nuca. Su risa es ligera, pero parece forzada, como si estuviera tratando de hacer que todo esto fuera menos incómodo. Nos quedamos callados mientras yo lo observo. Mi mente está dando vueltas, me noto incluso un poco mareada.

—Te has cambiado el pelo — anota.

—Sí.

—Mucho. Me gustaba más antes. —Me guiña un ojo.

La última frase me llega con la suavidad de un cuchillo que se clava con lentitud. Algo dentro de mí da un vuelco, a lo mejor es que no recordaba que era tan sincero o quizá es que me enerva que intente picarme como cuando aún no había ocurrido todo lo que ha pasado. Que se comporte como si fuéramos amigos, como si esto fuera una anécdota divertida, hace que me hierva la sangre.

—Bueno —esbozo una media sonrisa—, al menos yo dentro de

quince años seguiré teniendo pelo.

Él suelta una carcajada y pone su mano en el pecho. Me quedo mirándolo con la cara neutra y empiezo a tener ganas de pedirme otra copa para aligerar este encuentro.

—*Touché.* Y merecido, pero sigues igual de guapa; eso no ha cambiado.

Por un momento, se queda ahí, como si esperara algo más de mí, una réplica, una carcajada. Pero no se la doy. No le regalo nada.

—¿Sigues en la agencia?

—Sí.

—Siempre se te dio bien eso. —Mira un punto fijo detrás de mí—. Se te ocurren ideas que yo ni podría concebir.

No sé si lo dice con admiración o si, como casi todo lo que suelta, está cargado de dobles sentidos. El ambiente sigue siendo ruidoso, lleno de gente, música, vasos tintineando, pero nosotros estamos aislados dentro de una especie de burbuja incómoda, tensa, que ninguno sabe cómo romper.

—¿Tu madre y tu hermana bien? —pregunto sin saber muy bien qué tema poner sobre la mesa.

—Sí, bien, como siempre. —Pero suena huidizo—. ¿Te apetece fumar?

—Creo que paso, hace mucho que no fumo y fuera te congelas.

—Te doy mi chaqueta. Es un cigarro, cinco minutos.

Lo dice con esa voz que usaba cuando quería convencerme de algo sin pelearlo. Sabe que así tiene más probabilidades de salirse con la suya. Casi me dan ganas de decirle que no solo por llevarle la contraria, pero no lo hago.

Me tiende su chaqueta —que había dejado en uno de los sofás— y me la pongo. Está cálida por dentro, huele a perfume y tabaco. Huele a él, no a este él de ahora, sino al de entonces, al de las

primeras veces, el que me dejaba notas y me regalaba flores como si aún quedara algo sagrado en los pequeños detalles.

Caminamos hacia la salida. Nos cuesta un poco abrirnos paso entre la gente. Va a mi lado, y por un segundo, cuando coloca su mano en mi espalda para guiarme, tengo que cerrar los ojos para no reaccionar. Es solo una mano. Pero cómo pesa.

Fuera, el aire es afilado. Me abrazo un poco con la chaqueta mientras él saca el paquete del bolsillo y enciende un cigarro. Da una calada y me lo pasa, luego saca otro para él.

—Te veo bien, me alegro. —Exhala el humo.

—Gracias. —Lo miro de reojo mientras doy una calada. El humo del cigarrillo me raspa la garganta.

—Suponía que algún día nos encontraríamos o quedaríamos, pero ni en un millón de años hubiera dicho que sería en esta ciudad.

Saca el tema de las coincidencias otra vez, supongo que tampoco sabe muy bien cómo encarar la situación.

—Ya, lo típico sería en el andén del metro de Madrid o en una calle de Chamberí, no en una discoteca de París…

—Total. Aunque supongo que somos de discotecas, nos conocimos en una y nos hemos reencontrado en otra.

Aún me acuerdo de la canción que pidió, me dijo que era perfecta para que se la bailara. Recuerdo cómo me miraba cuando me reía, la sonrisa que ponía cuando probaba los límites. El beso que nos dimos. Fue uno de los mejores que me han dado en la vida.

No contesto, no sé qué añadir. Supongo que nadie te enseña a lidiar con reencontrarte con tu ex, y menos en otro país. Siento que cualquier cosa que vaya a decir va a ser banal y vacía.

—¿Te va bien de verdad? —pregunta de repente.

—Sí —digo, sin pensarlo demasiado. No le debo un desglose. No le debo nada, en realidad—. ¿Y a ti?

—Sí. Supongo. Voy tirando. Hay días que mejor, días que *meh*.

—Ya…

—Para mí también ha sido jodido, Diana.

Me giro un poco hacia él, no del todo. No sé si me esperaba que lo dijera o si me pilla por sorpresa. Pero lo suelta así, sin anestesia, como si con eso bastara. Como si nombrarlo fuera suficiente. Me empiezo a rascar el cuello, pero al notar que él fija su vista ahí paro.

—A ver —intento relajarme—, no lo dudo, pero no creo que sea necesario entrar mucho más en materia después de cómo… cómo… se desarrollaron las cosas.

—Bueno, creo que hay cosas que tendríamos que hablar.

—No, Mendoza. —Doy una calada rápida—. Hay cosas que tendríamos que haber hablado hace meses, pero no hiciste ningún esfuerzo en hacerlo.

—Las podemos hablar ahora, no hay fecha de caducidad para eso.

—Los dos vivimos en Madrid. Si querías hablarlo, podrías haber hecho un mínimo esfuerzo y escribirme o llamarme para quedar. No lo hiciste, ¿y ahora esperas hablarlo en París a las cuatro de la madrugada cinco meses después?

Aprieta los labios, luchando por no soltar una respuesta rápida. Se concentra en el suelo y luego vuelve a mirarme.

—Fuiste tú la que dejó muy claro la primera vez que rompimos que querías contacto cero. Esta vez lo he intentado respetar.

Rompimos en marzo del año pasado, pero no dejamos de hablar en toda la semana que estuvimos sin vernos. Llamadas, mensajes, videollamadas… Lo pasé fatal, me juró que no volvería a pasar, que no lo dejaríamos nunca. Bueno, la tonta soy yo por fiarme.

—¿Quieres sacar ese tema también? —Enarco las cejas.

—No, tienes razón. Estoy tirando pelotas fuera.

Felipe tira el cigarro al suelo y resopla. Como si por fin entendiera

algo que antes no había querido aceptar. Entonces alza un poco las manos con las palmas hacia mí.

—No he sabido gestionarlo bien. No tenía claro si querías que te escribiera. Pensé en hacerlo, más veces de las que te imaginas.

—Ya —contesto, no con condescendencia, sino con ese tono cansado que sale cuando ya no hay mucho más que rascar.

—¿Ya? Y ya está, ¿no te enfadas?

—¿Es eso lo que quieres? ¿Que te monte un pollo? No, cielo, no vas a sacar eso de mí. No saber cómo gestionar algo no te exime de tu responsabilidad. No hacer nada también es una elección, y tú la tomaste. Así que ya lo dejaste claro sin decir nada.

—Me podrías haber escrito tú, Diana.

Pongo cara de incredulidad. Está intentando jugar a ese tira y afloja en el que hace meses que no participo, pero me niego a dejarlo ganar.

—¿Yo te tendría que haber escrito después de que me dejaras de un día para otro? —pregunto, ladeando la cabeza—. ¿Crees que es lo que tendría que haber hecho? ¿Te tendría que haber llamado llorando, pidiéndote por favor que hablaras conmigo?

Él traga saliva, pero no aparta la mirada. Se le nota tenso, como si cada palabra mía le cayera encima con más peso del que esperaba.

—No, no es eso… Solo digo que, si tú también querías hablar, podrías haberlo hecho. Yo siempre voy a querer hablar contigo, Diana, pero me sentía inseguro, no sabía si me odiabas o si…

—Vaya, seguimos jugando la carta de mártir, eso no ha cambiado. —Tiro el cigarro al suelo.

Felipe baja la mirada un segundo, mis palabras se le han clavado en el pecho. Luego la vuelve a alzar, y hay algo en sus ojos que me incomoda más que cualquier discusión.

—No estoy jugando a nada —dice, ahora con más firmeza, pero

sin agresividad—, solo estoy diciendo la verdad. La mía, al menos. No espero que me entiendas, pero tampoco voy a hacer como si no me importara. Porque me importas. Fuiste una persona muy especial para mí, ya lo sabes.

—Pues podrías habérmelo dicho antes y en otras circunstancias.

Empiezo a andar hacia la puerta de la discoteca dando la conversación por finalizada. Acelero el paso, el sonido de mis tacones contra el suelo es firme. Estoy a punto de empujar la puerta cuando oigo pasos rápidos detrás de mí.

—¡Diana, espera! —Su voz suena distinta esta vez, como si por fin se hubiera quitado todas las capas.

Siento su mano en mi brazo, no me sujeta con fuerza, pero sí de una forma lo bastante decidida como para frenarme. Me giro, molesta, con la cara aún ardiendo.

—¿Qué quieres, Felipe? Es el cumpleaños de Paloma, quiero estar con mis amigas.

—No quiero dejarlo así —me pide, con los ojos fijos en los míos, buscando algo que no sé si le quiero dar.

Respiro hondo y trato de no romperme.

—Podemos vernos la semana que viene o la siguiente y hablarlo —sugiere.

—Veré si puedo hacerte un hueco, que con el trabajo estoy bastante liada —respondo, con una frialdad que no sabía que tenía tan a mano.

—Me gustaría que lo dijeras como si no fuera un trámite.

—A mí me gustarían muchas cosas, Felipe. Ya veremos.

CAPÍTULO 34

28 de enero, domingo

—¿Has mirado si ya nos han cobrado el wifi? —pregunto abriendo el frigorífico.

—Sí, aún no, creo que pasarán el recibo mañana —responde Teresa mientras abre un yogur encima de la mesa de la cocina—. Ya te lo he dicho, pero son muy bonitas.

Teresa señala el ramo que hay encima de la encimera, unas flores que me regaló Pipe por sorpresa.

—Sí, le comenté una vez que me encantaban los tulipanes rosas y se ha acordado.

—Bueno, ya te lo dije pero tienes un prototipo muy pero que muy marcado…, ambos se llaman Felipe y ambos te mandan flores. Tienes suerte de que uno se haga llamar Pipe, porque, si no, te confundirías todo el rato —bromea Teresa.

—Aunque ambos sean detallistas, realmente son bastante distintos y no hablo solo del físico.

—¿Le comentaste a Pipe lo que pasó en París? —pregunta Teresa sin dejar de mirar el yogur mientras lo mezcla con la cuchara.

Mi corazón se acelera ligeramente, y la tensión en mi cuerpo es casi palpable. No se lo he contado ni a Pipe ni a nadie, solo a las chicas. París sigue ahí, en mi cabeza, como una huella que prefiero borrar.

—No —respondo—. No lo he hecho. No quiero que se monte paranoias… Además, lo nuestro aún no es ni oficial, apenas conozco a nadie de su entorno.

—Ya, pero es normal que no conozcas a casi ningún amigo aún. Os acostasteis ¿hace cuánto?, solo dos semanas, ¿no? Sin embargo, parece que el chico va en serio —señala el ramo de nuevo—. Te recoge en el aeropuerto, os veis casi todos los días, te invita a pasar un fin de semana a Valencia…

Me lo dijo hace unos días mientras tomábamos café en la cocina. Comentó que le gustaría presentarme a sus amigos, que creía que me caerían bien, y, acto seguido, empezó a mirar fechas para cuadrar el fin de semana que podríamos ir. Se mudó a Madrid en septiembre, casi todo su entorno sigue ahí.

—Aún no sé si iré. Y sobre lo de contarle en profundidad lo de Feli, me resulta complicado, porque también tendría que explicarle cómo fue la ruptura y todo lo que pasó después.

—¿Le has llamado Feli, como cuando estabais juntos?

—Bueno, Felipe o Mendoza, da igual —digo con voz neutra.

—¿No te ha dicho nada de que os veáis aún?

—Ni creo que lo haga. Seguro que había bebido más de la cuenta y la culpabilidad y el remordimiento le debían de reconcomer por dentro.

La mirada de Teresa es tan penetrante que casi puedo sentir cómo analiza cada palabra, cada pausa.

—En ocasiones, cuando las cosas se complican tanto, lo mejor es dejarlo estar —opina finalmente. Después deja la cuchara sobre la mesa y se echa hacia atrás en la silla—. Pero no sé, Diana, a veces creo que lo mejor es hablar las cosas. Porque, si te las guardas, te comen por dentro.

—Hay cosas que creo que es mejor no tocar; además, no

cambiaría nada que ahora se supieran.

Teresa asiente despacio con la cabeza sin apartar los ojos de mí. En su expresión hay una mezcla de resignación y ligera preocupación.

—¿Estás segura de que no cambiaría nada, Didi? A veces, creemos que no va a importar, que contarlo solo va a enredar las cosas. Pero lo que en realidad pasa es que nos convertimos en expertas en montar versiones paralelas de la historia. No te digo que ese imbécil tenga derecho a saber cómo ocurrió todo, pero a lo mejor contárselo no te haría cargar con ello sola.

No digo nada. Siento la garganta seca. Me doy cuenta de que llevo un rato apretando el puño y clavándome las uñas en la palma de la mano.

—Me refiero a que… —hace una pausa para encontrar las palabras adecuadas—, aunque tú decidiste pasar por todo sola porque creíste que iba a ser más fácil, también tienes que cargar con eso, y no es justo. Ni para ti, ni para él. Él ha podido seguir con su vida tan tranquilo y tú no.

—No quiero hacer las cosas por venganza, ya lo he sufrido yo suficiente, Teresa.

—No es por venganza, es para encontrar una manera de soltar el dolor. —Noto como se le tensa su mandíbula marcada.

—Volviendo a lo de Pipe… —Cambio de tema—. No quiero que piense que no puede confiar en mí ni que empiece a compararse o a imaginar cosas que no pasaron cuando nos encontramos con Felipe en París.

—Pero es que justo eso ya lo estás haciendo tú —me espeta Teresa a la par que se apoya otra vez sobre la mesa—. Te estás montando tú sola todas las películas por él, como si ya supieras cómo va a reaccionar. Y ni siquiera le has dado la oportunidad.

Suelto el aire por la boca; es más un suspiro resignado que otra cosa. Tiene razón, claro. Pero eso no hace que me dé menos miedo.

—Ya, pero es que, si le cuento algo tan sensible ahora que estamos empezando…, no sé. ¿Y si lo estropeo todo? ¿Y si cree que sigo enganchada a Felipe?

—¿Y si no? —replica enseguida, con una rapidez que me irrita un poco porque me hace sentir que soy yo la que se está complicando demasiado las cosas—. Igual te sorprende. Igual no reacciona mal. O sí, pero entonces sabrás a qué atenerte. Porque, si te callas, también estarás decidiendo por él, ¿no?

—Qué pesada estás hoy —protesto con una sonrisa torcida, sin maldad. Y ella se ríe, como si llevara esperando que lo dijera desde que empezó la conversación—. ¿Crees que si se lo cuento irá mal?

—No tengo ni idea. Pero sabes que no hiciste nada malo, no tienes que tener miedo de decirle a Pipe que viste a Mendoza. La sinceridad a veces da más vértigo que la mentira, pero al menos no se tambalea.

Asiento con la cabeza, pensativa. No es un sí rotundo, pero tampoco es un no. Es solo lo que puedo dar ahora. Teresa se va al baño mientras yo termino de recoger dos tazas del desayuno que seguían ahí como si formaran parte del decorado de la cocina. Entonces escucho el sonido apagado de una notificación en el móvil. No un ding escandaloso, solo esa vibración sorda, breve, que me hace girar la cabeza sin pensarlo. Ese sonido solo lo tengo puesto para las notificaciones de una persona en concreto. Me acerco a la mesa y solo con ver el nombre siento una presión en el pecho. Es un mensaje de Feli.

21.57: Hola, Didi, esta semana ha sido
un caos, no he podido escribirte antes,

ya te contaré. ¿Podríamos ir a cenar el jueves? Deberíamos volver a ese japonés al que íbamos siempre. Ya me dices.

ENERO
DOS AÑOS ANTES

Me intenta dar un beso mientras estoy tratando de acabar de tragar las uvas. Los demás se levantan y gritan cuando la duodécima campanada suena en el televisor.

Mateo y Tomás están de pie en el sofá con una copa de champán en alto, Diego se levanta gritando: «¡Feliz año, cabrones!». Luis y Violeta también se besan y veo que Olivia, Teresa y Paloma están saltando en círculos. Río mientras tengo media uva atascada en la garganta.

—Trágatela; si no, no vale. —Me coloca una mano en la espalda.

Trago saliva.

—Ya está —digo haciendo una mueca.

Él se ríe suavemente y se inclina para besarme. Yo pongo mis manos en sus mejillas.

—Feliz año, mi amor. —Pone su frente en la mía.

—Te quiero —le doy otro beso corto.

Estamos en el salón de Tomás, hay restos de serpentinas por el suelo, dos copas caídas sobre la alfombra y una *playlist* mal organizada que ha pasado de Mecano a tecno sin ningún sentido.

—Mateo, da un discurso o algo —dice Diego.

—Estoy muy borracho, tío. Que lo haga… Tomás —contesta Mateo.

—Paso, tío, yo ya he puesto la casa, no me toquéis los cojones,

que lo haga Mendoza.

Felipe me mira y alza las cejas como diciendo: «No pienso hacerlo».

—¡Vamos, Mendoza! —grita Paloma.

—Que alguien le quite el champán a esta chica —dice él señalándola.

Se levanta resignado mientras todos nos reímos y Paloma le saca el dedo. Alza la copa. Se rasca la nuca, se gira un poco hacia mí, como buscando apoyo visual. Le sonrío.

—Vale —empieza, medio riéndose—. Feliz año a todos. Espero que este os traiga cosas mejores que el anterior o que, si el anterior fue muy bueno, este se mantenga así. Aquí estáis algunas de las personas que más quiero en el mundo. Mateo, llevas siendo mi hermano desde que nacimos. Tomás, eres el tío con menos maldad que he conocido. Luis, aunque te veamos poco, siempre que estás lo haces todo mejor.

Todos nos reímos al ver que Luis se encoge de hombros.

—Con esto también me refiero a Violeta —la mira sonriendo— porque compartes tu vida con nuestro amigo Luis, y nos deja muy tranquilos saber que lo haces feliz.

Ella sonríe y mira a Luis mientras le acaricia la mejilla.

—Diego, eres un cabrón, pero haces que nuestras vidas sean más divertidas y, aunque eso parezca una frivolidad, te aseguro que a veces es lo mejor que te puede aportar una persona.

Mi novio le tira un beso mientras Diego levanta la copa.

—Olivia, Teresa, Paloma, vosotras hacéis que mi chica sea mucho más feliz y por eso os quiero como si fuerais de mi familia.

Paloma y Olivia le sonríen mientras Teresa me guiña un ojo.

—Y, por supuesto, el amor de mi vida.

Baja su cabeza hacia mí y yo abro los ojos como platos al oír que

se refiere a mí en esos términos.

—Eres lo mejor que me ha pasado y espero pasar todos los fines de año que me quedan contigo. Os quiero mucho, hijos de puta —dice alzando la copa—. Feliz año.

Todos brindan, ríen y aplauden con exageración. Sigo sentada, quieta, con la copa en la mano y el pecho un poco más lleno que antes. Como si algo que no sabía que estaba esperando, se hubiera colocado justo en su sitio. Daba por hecho que Feli pensaba que estábamos hecho el uno para el otro, pero nunca había utilizado en alto el término «el amor de mi vida», y menos en público.

Me mira mientras vuelve a sentarse a mi lado y me agarra la mano.

—¿Estás bien? —me susurra, bajito, como si el ruido del resto no nos envolviera.

—Sí. Solo que… no sabía que ibas a decir eso.

—¿Decir qué?

Noto que empiezo a ponerme roja.

—Lo del amor de tu vida.

Frunce el ceño a la vez que sonríe levemente.

—Pero si ya sabes que lo eres. —Me pone una mano en la espalda.

—Ya, pero no sé… —Me encojo de hombros.

Me mira como si no entendiera mi asombro. Como si lo que ha dicho fuera tan evidente que ni siquiera debería necesitar explicación.

—Yo doy por hecho que soy el tuyo, pero a lo mejor no es así —dice levantando las cejas haciendo una mueca—. Lo digo porque no me lo dices.

—Me da miedo gafarlo —contesto torciendo la boca.

Me mira serio durante un segundo. Luego se acerca a mi oído y

baja la voz.

—Pues te lo digo yo todas las veces que haga falta hasta que deje de asustarte.

Me da un beso en la nariz mientras cierro los ojos.

—Lo eres —le digo al final, bajito, como si lo estuviera probando por primera vez—. El mío.

Y cuando sonríe, cuando me besa en la boca justo después, cuando me envuelve en ese abrazo que huele a una mezcla de perfume y champán…, me hace sentir que yo también quiero pasar todos los fines de año que me quedan con él.

FEBRERO

FELIPE

CAPÍTULO 35

1 de febrero, jueves

Dejo los ansiolíticos en el armario de la cocina y lo cierro. Hace dos semanas que me los tomo y me están ayudando un poco. Hoy me tendré que quedar en la redacción al menos hasta las doce porque hay partido.

Vuelvo a mi habitación, me siento en la cama y miro el póster de Batman que colgué en la pared a los nueve. No sé por qué sigo aquí, no sé por qué estoy pagando el alquiler del piso que comparto si desde diciembre no lo piso.

Sigo aquí por Candela, por mi madre, me repito. Mi padre continúa en el hospital, no sabemos cuándo va a salir, no sabemos ni si va a salir. Dicen que le quedan unos meses más, no lo sé, tampoco creo que cuando muera esté muy triste. Si se alarga mucho su estancia en el hospital, no sé qué haré. No sé si quiero dejarlas solas con el marrón.

Llamar marrón a tu padre puede parecer cruel, pero le he llamado cosas peores.

Cojo el móvil. Nada. Didi aún no me ha respondido el mensaje y le dije de vernos mañana. No lo va a responder ya, ni de coña. Obvio que no iba a aceptar quedar, soy un imbécil. Me dejo caer hacia atrás y me hundo en el colchón como si este fuera a tragarme. Me froto los ojos. No sé por qué le escribí. Bueno, sí lo sé, me siento

como una mierda. Hace tiempo que quería escribirle para romper lo del contacto cero, y desde que la vi en París no he dejado de pensar en el tema. Aun así, no sé qué pretendo: ¿Que me perdone? ¿Cerrar lo nuestro? ¿Abrirlo de nuevo? ¿Que me diga que también piensa en mí a veces? ¿Que diga que me sigue queriendo? ¿Que me diga que no soy mala persona?

Si no responde, ya está. No le volveré a escribir. Me tragaré lo que sea que tengo que tragarme y seguiré con mi vida. O eso intentaré. Pero ¿y si me responde? Eso no lo tengo tan pensado. No sé qué voy a hacer si acabo quedando con esos ojos arena. Ella esperará que le explique por qué quiero hablar ahora y por qué no lo hice hace meses.

—Hola —saluda Candela alzando la voz mientras cierra la puerta de la entrada. Acaba de volver del hospital.

—Buenos días —contesto.

Me levanto y acudo a su encuentro, en el comedor. Veo cómo deja un par de bolsos encima de la mesa. Para ir más cómoda, va en chándal y lleva un moño. Tiene cara de cansada y los ojos inyectados en sangre.

—¿Has desayunado? —le pregunto.

—No, me voy directa a la cama.

—¿No tienes clase?

—Sí, pero da igual. No me voy a presentar a los exámenes de este cuatrimestre igualmente.

—¿Estás segura?

—Sí, casi no he podido estudiar. Me he estado llevando los apuntes al hospital, pero allí me es imposible concentrarme.

Asiento despacio sin saber muy bien qué decir. Me duele verla así, con esa mezcla de agotamiento y derrota de la que parece que no se puede desprender. Me gustaría tener una frase que lo arreglara

todo y la animara, pero sé que la universidad ahora mismo le importa entre cero y nada.

—Bueno, échate un rato. Te dejaré la comida preparada antes de irme al trabajo.

—¿Mañana vas a ir tú?

—Sí. —Me cruzo de brazos—. Al final, se me ha quedado la noche libre, así que cambio de planes. Mamá y tú dormís aquí mañana.

Candela asiente, sin mirarme, se frota un ojo con el dorso de la mano. Me fijo en su boca y su mandíbula, cada día se parece más a nuestra madre y, por lo tanto, también a mí.

—Feli…, hay que decírselo a Lorenzo.

—Lo hablamos mañana. Ve a dormir, que te estás cayendo de sueño.

Pero no se mueve. Se queda ahí, clavada en el suelo de baldosas, como si la somnolencia se le hubiera ido de golpe.

—No, Feli. No me vengas otra vez con «mañana» o «luego» o «más tarde». —Su voz suena más clara ahora, aunque en la expresión de su cara sigue siendo evidente la falta de horas de sueño—. Lo hablamos ahora. Tiene derecho a saberlo. A pesar de que se fuera, también es su padre.

—Candela —trago saliva—, seguramente no quiera saberlo o le da igual. ¿No has pensado en eso también?

—Claro que sí. Y puede que sea justo lo que pase. Pero al menos sabrá lo que hay y no se enterará porque lo vea en el periódico o se lo diga alguien.

Hace una pausa. No está enfadada, solo agotada, sin energía para insistir más de la cuenta. Pero, aun así, lo hace.

—No le he escrito porque me dijiste que te querías encargar tú —me reprocha mi hermana—. Aunque te recuerdo que solo habla conmigo, así que si un día de estos me escribe no le voy a ocultar

más lo de papá.

Me paso una mano por la cara. No sé si me molesta más lo que dice o que no sepa de lo que está hablando, que no sepa que decirle a Lorenzo cómo está nuestro padre podría complicarlo todo aún más.

—Tengo que pensar cómo decírselo —contesto mirándola a los ojos.

—Te doy una semana.

—Dos.

—Ni un día más, si el quince de febrero no se lo has dicho lo llamaré yo.

Parpadeo, sorprendido, al escuchar su ultimátum. Candela nunca ha sido de forzar los límites, pero cuando se planta, se planta. Y esta vez lo dice en serio.

Se hace un silencio breve. Mi hermana me sostiene la mirada un segundo más para asegurarse de que me ha quedado claro. Luego asiente con la cabeza una sola vez y se da la vuelta. Escucho cómo la puerta de su cuarto se cierra con un clic.

CAPÍTULO 36

8 de febrero, jueves

Llamo al timbre del bajo derecha. Después de unos segundos suena un pitido y abro la puerta. Es mi quinta sesión con Gema, una psicóloga que me sugirió mi madre. Y cuando digo «sugirió», me refiero a que me presionó para que viniera. Hizo lo mismo que cuando pasó lo de papá hace ya bastantes años: agendó ella la cita y luego me informó de dónde tenía que ir y cuándo. Entonces solo duré dos sesiones, así que el hecho de que ahora lleve cinco, contando la de hoy, es un progreso del que mi madre está bastante orgullosa.

Gema me espera sonriente con la puerta abierta. Lleva el pelo canoso recogido y un vestido largo negro.

—Hola, Felipe, ¿qué tal?

—Bien —le respondo con una sonrisa.

Cruzo el pasillo de baldosas blancas y entro a su consulta. La sala tiene las paredes pintadas de un tono beige y en ellas hay colgados cuadros abstractos. Oteo su escritorio de madera, donde tiene papeles apilados.

Me siento en el sillón tapizado negro mientras ella cierra la puerta de la habitación. Después se acomoda frente a mí en un asiento idéntico al mío y coge la libreta y el bolígrafo que reposan en una mesita al lado de su sillón.

—¿Cómo ha ido esta semana? —me pregunta abriendo la libreta.

—Bien, poco que contar, la verdad.

—¿Cómo está tu padre?

—Sigue en el hospital. Estable, supongo; continúa igual.

—¿Has pensado en lo que me dijiste la semana pasada?

Le conté lo que lleva pidiéndome Candela desde que ingresaron a mi padre. El ultimátum que me dio.

—¿Lo de llamar a mi hermano? —Gema asiente con la cabeza—. Sí, no lo sé, tendré que hacerlo o será Candela quien lo llame, y podría ser peor.

—¿Por qué crees que podría ser peor?

—Porque Lorenzo se va a negar a venir, lo sé. Además, Candela empezará a hacerle preguntas. No es que no se lo haya preguntado antes, pero sé que está harta y quiere saber por qué Lorenzo solo habla con ella y por qué yo intento evitar a mi padre lo máximo posible.

—¿Por qué no quieres que se entere de lo que hizo tu padre?

Respiro hondo y me cruzo de brazos. No es un tema en el que me gusta indagar. Sé que es su trabajo, pero me está empezando a poner incómodo tanto interrogatorio seguido. Noto cómo la temperatura de mi cuerpo empieza a subir y, en consecuencia, el jersey negro de lana comienza a agobiarme.

—Porque lo tiene en un pedestal. Mi madre, mi hermano y yo hemos intentado que la relación que tiene con él no se enturbie. Llegamos a un acuerdo. Ella se merece poder admirar a su padre.

—¿No crees que ella es quien debe poder tomar esa decisión teniendo toda la información?

Gema anota algo en su libreta y yo me estoy poniendo ya muy nervioso. En un intento por relajarme, me estiro las mangas del jersey, y eso me sofoca todavía más.

—Preferiría no hablar más del tema. —Fuerzo una sonrisa—. Siempre hablamos de mí, cuéntame algo de ti, Gema. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

Ríe suavemente y se le acentúan las patas de gallo alrededor de sus ojos marrones.

—¿Preferirías hablar de Diana? —sugiere.

—No, aunque me parece mejor que hablar de mi familia desestructurada.

—¿No la has podido ver? ¿No te ha contestado aún?

—No me ha contestado aún, y no creo que lo haga nunca.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Mal, supongo —contesto, bajando la mirada a mis vaqueros azules.

—¿Por qué te hace sentir mal?

No respondo inmediatamente, estoy abrumado con tanta pregunta seguida. Mientras tanto, Gema coloca la mano encima del reposabrazos del sillón. Sé que espera la respuesta, pero yo decido esquivar la realidad centrándome en varios cuadros de la consulta.

—Porque me gustaría hablar las cosas.

—Lo dejasteis hace seis meses, ¿no? —Pasa la hoja de su libreta.

—Sí, en agosto.

—Ha pasado medio año, ¿por qué quieres hablarlo ahora?

—Porque creo que ambos tenemos que hablar las cosas.

—Creo que ella te ha dejado claro que no quiere hablarlo, ¿por qué tú sí quieres hacerlo?

Aprieto la mandíbula mientras me rasco la nariz, ahora me acuerdo de por qué abandoné la terapia hace unos años. No me gusta que me obliguen a hablar de asuntos sobre los que no quiero lidiar en mi día a día.

—Para que me entienda, se merece saber cómo lo viví yo.

—¿Te sientes culpable, Felipe?

—Supongo, a lo mejor lo hago para no sentirme así, no lo sé.

—Entonces lo haces por ti, no porque se merezca tener toda la información, ¿no crees?

Me vuelvo a quedar en silencio. Miro hacia la ventana del despacho, aunque está cerrada y solo deja pasar una luz blanca y plana. El murmullo distante de la calle apenas se oye.

—A lo mejor lo hago por mí —admito al final, casi en un suspiro—. Pero también pienso que, si me escuchara…, igual no estaría enfadada, o no tanto…

Gema no responde de inmediato. Apoya el bolígrafo sobre la libreta y lo deja descansar un segundo.

—¿Tienes miedo de que te odie?

—No sé, igual ya me odia… Lo que tengo claro es que no está receptiva. Pero sí. Me da miedo que después de todo… no quede nada.

—¿Y crees que forzar una conversación va a cambiar eso?

—No lo sé, Gema. Tal vez sí. O tal vez sea una pérdida de tiempo.

—Entonces, si piensas que puede ser una pérdida de tiempo, ¿por qué no aceptas su silencio?

—Porque no me lo esperaba. —Me encojo de hombros—. Porque, cuando la vi en París, se confirmaron mis sospechas de que aún lo podíamos solucionar. Ya le había dado vueltas antes, pero desde ese viaje no paro de pensar en ello.

Gema asiente despacio.

—A veces confundimos la necesidad de cerrar algo con la esperanza de reabrirlo.

La observo por primera vez en varios minutos. Ella me sostiene la mirada, sin juicio, sin presión.

—Yo a Diana la quise mucho.

—¿Tu distanciamiento con Diana te recuerda a otra situación que hayas vivido con anterioridad?

—Lo cierto es que hay algo familiar en este silencio. Por mucho que intente hacer algo, ya es tarde. No puedo cambiar nada. Puede que no sea solo miedo a que me odie. Es miedo a merecer su odio. Es como si hubiera cruzado una línea y ahora me diera cuenta de que ya es demasiado tarde.

Gema no me interrumpe. Eso me obliga a seguir.

—Me recuerda a lo que pasó… —me rasco la nuca—, a lo que pasó con Lorenzo, obviamente. Duele que alguien por el que habrías dado tu vida no te quiera de ninguna de las maneras en la suya. Me estresa que esas personas a las que he querido tanto puedan tener una imagen de mí que no sea cierta. O peor, que la imagen que tengan sí se corresponda con el auténtico Felipe y yo no pueda enmendar mis errores.

—¿Intentaste hablar con tu hermano cuando se alejó o te ocurrió como con Diana, que trataste de hablar con él cuando ya había pasado un tiempo?

Recuerdo los gritos entre lágrimas, la cara de decepción, el que yo me quedara en silencio sin poder responder las preguntas que me formulaba Lorenzo. El «Somos hermanos y eso tendría que estar por encima de todo». El portazo que dio cuando se fue. Lo mucho que lloré tras su marcha.

—No hablé con él después de pelearnos. Supongo que me quedé esperando a que él lo hiciera o que todo se aclarara solo. Como siempre. Pero no. No pasó.

—¿A qué te refieres con «como siempre»? —pregunta haciendo las comillas con sus dedos.

—No soy de enfrentarme a los problemas. En el fondo, quiero solucionarlo y hablarlo, pero me aterra perder el control y

empeorarlo todo. Y, luego, cuando reúno el valor, ya es demasiado tarde.

Gema anota algo y después deja el bolígrafo encima de la libreta.

—El control cuando hablamos de relaciones interpersonales es una ilusión. No puedes controlar cómo se va a comportar la otra persona, hagas lo que hagas. Evitar los problemas usando el silencio tiene consecuencias negativas, incluso más negativas que las palabras. No actuar puede tener como resultado algo peor que enfrentarte al conflicto.

—Entonces ¿tengo que llamar a mi hermano y escribirle a Diana otra vez?

—Yo no estoy aquí para decirte lo que tienes que hacer, Felipe —dice con suavidad—. Yo estoy aquí para ayudarte a entender lo que sientes y lo que pasa por tu mente. La cuestión es qué necesitas hacer tú con lo que sientes sin esperar nada a cambio. ¿Tú qué querrías decirles si no esperaras nada a cambio?

Aprieto los labios mientras la miro en silencio. Noto un nudo en la garganta y tengo mucha sed de repente. Lo primero que haría sería decirles a los dos que los quiero y que ojalá todo pudiera volver a ser como antes. Les pediría que me perdonasen. Pero eso es esperar algo a cambio, ¿no?

Me gustaría poder responderle, pero siento que si hablo la tensión que llevo un rato acumulando me va a quebrar la voz. Si ya me cuesta abrirme, se me hace un mundo solo de pensar en ponerme a llorar delante de mi psicóloga.

—Puedes decidir si quieres hablar —dice con voz dulce rompiendo el silencio—, pero no si están listos para escucharte. Lo importante es que, si decides hablar, que sea porque necesitas ser honesto, no porque necesites ser absuelto.

CAPÍTULO 37

12 de febrero, lunes

La pantalla del móvil brilla sobre la mesa e ilumina el borde del vaso que no me he terminado. El contacto sigue ahí, como si nada hubiera pasado. Lorenzo. Hace tanto que no hablamos que creo que no sabría describir su voz, no la recuerdo nítidamente.

Tardo un rato en reunir el valor. Toco el botón de llamar. Me pongo de pie y pulso el altavoz. Camino por el salón como si eso pudiera aliviar la tensión, he aprovechado que hoy mi madre y mi hermana pasan la noche en el hospital para ponerme en contacto con él sin que nadie pueda escucharnos. «Estás haciendo esto por Candela, no por tu padre», me repito. Da señal una, dos, tres veces. Cuando ya estoy convencido de que va a saltar el buzón, responde.

—¿Felipe?

Tiene la voz más nasal de lo que recordaba y su tono es seco, neutro… Al menos no me cuelga.

—Perdona que te llame sin avisar, Lorenzo.

—¿Le ha pasado algo a Candela? —pregunta, cortante.

—No, no. Candela está bien. No es por ella. Es… por papá.

No obtengo respuesta, solo silencio. Sé que sigue ahí, porque no ha colgado, pero no dice nada.

—Está en el hospital —bajo la voz, aunque no hay nadie más en casa—. Le encontraron un tumor poco antes de Navidad. Cáncer de

páncreas. Aún está ingresado, puede que salga o puede que no. Igualmente, nos han dicho que hay metástasis y que no pueden hacer mucho por él.

Mi hermano sigue sin decir nada. Permanece callado tanto tiempo que llego a pensar que quizá se ha ido, que ha dejado el móvil en algún sitio y ha decidido no seguir escuchándome. Me siento en el borde del sofá, haciéndome a la idea de que la conversación ha salido muy mal sin ni siquiera haberla casi ni empezado.

—No sabías cómo decírmelo, ¿no? —responde al fin.

—No, supongo que no. Ni siquiera sabía si debía decírtelo.

Me paso la mano por la nuca, como si eso fuera a deshacer el nudo que tengo ahí desde hace días.

—¿Y por qué lo has hecho? —No suena a reproche. Suena a algo más frío, como si estuviera tratando de entender qué código he roto.

—Me lo pidió Candela. Me dijo que, si no, te llamaría ella, y no quería que indagara en por qué ya no nos hablas.

—Bueno, no sería la primera vez que lo hace. Algún día se va a enterar igualmente.

—Ya, lo sé. —Aprieto los dientes mientras el peso de sus palabras se instala en el aire—. Pero me gustaría evitarle el mal trago lo máximo posible.

—Lo entiendo. Pero al final todo sale, y esto también lo hará. De hecho, me parece sorprendente que lo hayamos ocultado tanto tiempo.

Tiene razón, llevamos diez años yendo de puntillas. Siendo víctimas de una guerra fría familiar en la que nadie aprieta el gatillo, pero no porque se quiera solucionar, sino para que la mierda no salga a la superficie.

—¿Cuándo deberíamos decírselo? —pregunto, esperando que él sea quien lo decida.

—No lo sé. Creo que es mejor que cada uno lo haga por su cuenta.

—¿Cada uno por su cuenta? —repito—. ¿No sería mejor hacerlo juntos, los tres?

—Felipe, no me toques los cojones. No quiero cruzarme con mamá. Si queréis hablar con Candela los dos juntos, hacedlo. Yo lo haré por mi cuenta cuando le hayáis contado vuestra versión.

La dureza de su respuesta me golpea y me enfurece al mismo tiempo.

—Creo que sería mucho mejor que estuviéramos los tres… —Noto que las mejillas me queman. Estoy un poco colorado del enfado—. Entiendo que para ti fuera muy jodido, pero para mí también lo fue, y para mamá, más.

—Tan jodido no sería para ella; se siguió acostando con papá todas las noches, como si nada.

Me empiezo a enfurecer. Nuestra madre ha sacrificado su vida por nosotros, después de lo que hablamos en Nochevieja aún empatizo más con ella. Me cabrea muchísimo que Lorenzo solo se centre en su dolor.

—No fue así. —Trato de mantener la calma, aunque mi voz tiembla ligeramente—. No tienes ni idea de lo que ha significado para mamá. Pero creo que, aunque ella intente explicártelo mil veces, no lo vas a entender.

—Ni lo quiero entender. —Su respuesta es rápida, sin titubeos—. No quiero seguir justificando lo injustificable, Felipe. No quiero aguantar sus mentiras.

Me quedo en silencio, incapaz de replicar. Me siento inundado por una mezcla de rabia y frustración. Sus palabras son duras, pero, también, están cargadas de años de dolor no expresado. Por su tono, me resulta evidente que ha desconectado emocionalmente de

nosotros, y me revienta la indiferencia que siente por mamá.

—No quieres aguantar sus mentiras, pero aceptas sin remordimientos el dinero que te envía.

—Yo lo llamo indemnización por daños y perjuicios.

—Ya veo, supongo que eres íntegro hasta un punto —respondo, sintiendo cómo el sarcasmo me sale solo, con un rencor que no he buscado, pero tampoco puedo contener.

—No me des lecciones, Felipe. Trabajas donde trabajas gracias a nuestro padre. De eso me he enterado. Tú solo perdiste la visión que tenías de tu padre ese día, yo perdí varias cosas. Tú elegiste quedarte ahí, estar en tu estado natural sin tomar partido, como siempre.

No respondo. Solo se escucha su respiración al otro lado. Me paso la mano por la cara. Estoy agotado. De hablar, de intentar tender puentes que no llevan a ninguna parte.

—Mamá no se merecía perder a un hijo… Mira, haz lo que quieras —desisto cuando me doy cuenta de que no va a cambiar de opinión —. Solo quería que supieras lo de papá. Y, bueno, ya sabes que Candela te quiere cerca, aunque tú no nos quieras a nosotros.

—A ella no la metas en esto —me espeta bajando la voz. Es casi una advertencia.

Se hace un silencio.

Estoy molido. No esperaba que fuera una conversación agradable, pero sí pensé que no habría reproches. Suponía que seríamos cordiales, dada la distancia que el tiempo ha marcado entre nosotros.

—Piénsatelo. Creo que nuestra hermana agradecería que se lo explicásemos juntos. Supongo que no irás a ver a papá al hospital. Pero, bueno, por si cambias de idea, está en La Paz, habitación mil cuatrocientos dieciséis.

—Supones bien. Cuídate.

Sin dejarme opción a responder, me cuelga. Me quedo mirando el móvil en la mano, como si esperara que volviera a sonar, pero obviamente no lo hace.

CAPÍTULO 38

21 de febrero, miércoles

Llego a la redacción diez minutos antes. El frío del exterior aún se cuela por el cuello del abrigo. El café que me he comprado por el camino se ha enfriado. El murmullo de teclas y voces apagadas me recibe como un zumbido familiar. Luz blanca, demasiado blanca, me recuerda a la del hospital.

Me acomodo frente al escritorio, pero no enciendo el ordenador. Apoyo los codos en la mesa y me froto la cara con las manos. No he descansado bien, y no es por las pastillas, es por haber dormido toda la noche en el sillón rígido de la habitación de hospital de mi padre. A pesar de que la medicación hace que tenga menos ansiedad, el no ser capaz de contarle a Candela nuestro drama familiar me hace estar muy intranquilo. No sé a qué espero: ¿a que muera mi padre?, ¿a que Lorenzo cambie de idea y me llame para decirme que quiere decírselo con nosotros?, ¿a que ella me obligue a decírselo cuchillo en mano?

—Buenos días —me saluda Adriana mientras se sienta a mi lado.

—Hola. —Sonrío levemente.

—Hay reunión de coordinación a las tres.

—Sí —digo encendiendo el ordenador—. Es por tema de horarios y becarios nuevos. Otra vez, muchos lo dejan, menos tú, campeona.

—Muchos no —dice neutra.

—Sí, la verdad es que bastantes.

—Me refiero en que no son muchos, son… muchas.

Asiento en silencio, procesando la corrección.

—¿Por qué crees que es? —pregunto girando la silla noventa grados hacia ella.

Adriana levanta una ceja, sin apartar las manos del teclado.

—¿El qué concretamente?

—Que se vayan las becarias. ¿Por qué crees que aguantan menos?

Ella suspira, deja de teclear y se recuesta un poco en la silla. Me mira como si no supiera por dónde empezar, como si dudara de si tengo ganas de oír la respuesta o solo finjo que sí quiero oírla.

—No hablaste con Elena, ¿verdad?

Abro completamente los ojos de golpe, con toda la situación de mi padre, me olvidé de Elena. Habíamos dicho de vernos por las vacaciones de Navidad, pero no me acordé de decirle nada.

—No, se me pasó. Tú la ves, ¿no? ¿Cómo está?

—Bien, mucho mejor, la verdad.

—¿Le mola el curro nuevo?

—Sí, está muy contenta —contesta colocándose un mechón detrás de la oreja.

—Me alegro mucho por ella, es buena chica.

Me pongo a revisar correos, hay varios sobre entrevistas que tenemos que hacer con preguntas clave que incluir en los guiones. Otros sobre fechas y destinos de nuevos partidos y ruedas de prensa. Un par de *newsletters* sobre novedades deportivas de otros medios y un mail del departamento de recursos humanos con el asunto «Eventos de la corporación». Entorno los ojos y me giro hacia Adriana.

—¿Hay una cena de empresa o algo así próximamente?

—No, que yo sepa. Lo próximo sería el aniversario de la empresa,

pero aún queda para eso, creo —dice levantando las cejas.

Me giro hacia el ordenador y abro el mensaje. El asunto no decía mucho, pero el cuerpo del correo lo aclara: se trata de una comunicación interna a raíz de un incidente ocurrido la semana pasada, del que nadie nos había informado aún. El texto es ambiguo, como si midiera cada palabra muy cuidadosamente.

> Estimados compañeros:
>
> La dirección recuerda a todos los responsables de departamento la importancia de mantener un entorno laboral seguro y profesional. Se ruega que extremen la atención a la hora de comunicarse con los nuevos integrantes del equipo, especialmente durante su periodo de formación, para evitar comportamientos que puedan llevar a interpretaciones erróneas. Dado que ha habido algunos malentendidos últimamente, esto también se extiende a los eventos de teambuilding, cenas de empresa, afterworks, etc., que celebre la corporación en el futuro.
>
> Por otra parte, es de suma importancia informar a los nuevos compañeros que en esta redacción se promueve un ambiente cercano y distendido, por lo que, si no creen que puedan encajar en él, deberían considerar otras opciones laborales.
>
> La dirección está comprometida con la convivencia y el respeto mutuo en el entorno de trabajo y considera que es muy importante que no se manipulen situaciones para crear conflictos inexistentes.
>
> Atentamente,
>
> Rafael Ponce de León
>
> Chief Human Resources Officer

Paso los ojos de nuevo por la frase final, la releo, por si no la he entendido bien. Pero no, dice lo que dice: si alguien se siente incómodo, quizá es que no encaja, y que cuidado con exagerar. No entiendo nada. Cierro el correo y me quedo mirando la pantalla un

momento, procesando. Me giro hacia Adriana, que está concentrada en lo suyo.

—Oye —digo en voz baja—. Me acaba de llegar un correo de recursos humanos por un incidente. No sé si lo has visto.

—¿Qué incidente? —pregunta sin alzar mucho la voz.

—No lo dicen claro. Solo hablan de… evitar malentendidos con los nuevos, extremar la atención en los eventos fuera de la redacción e invitar a irse a quien se sienta incómodo, básicamente. Todo muy ambiguo, pero suena rarísimo.

Adriana se queda en silencio un segundo, mirando la pantalla como si estuviera pensando su respuesta.

—Ese correo solo lo mandan a los jefes de departamento, ¿no?

—Por lo que dice el mensaje, sí —digo asintiendo.

Ella hace un gesto con la boca, una mueca breve y niega con la cabeza.

—¿Tú sabes algo? —pregunto confundido.

—¿Sabes por qué se fue Elena? —pregunta en voz baja—. Porque algunos no paraban de insinuarle que debía acostarse con ellos. Es lo que te he dicho antes, muchas se van por estas cosas, supongo. En la cena de empresa de Navidad, una de las de la planta de arriba salió del baño llorando y se fue sin hablar con nadie. No la he vuelto a ver por aquí.

—Joder… —susurro, más para mí que para ella. Me quedo quieto, como si el aire se hubiera vuelto más denso de repente.

—¿Por qué crees que no me gusta tener que viajar para cubrir partidos? —Adriana se reclina ligeramente en la silla—. Porque tengo miedo de que me pasen estas cosas.

La sinceridad de Adriana me atraviesa. La miro queriendo decir algo que no suene torpe.

—No entiendo nada. He trabajado con todas las personas de este

departamento durante años, las veo incapaces de hacer algo así.

—¿No has oído comentarios inapropiados nunca? —pregunta arqueando una ceja.

—Sí, joder, pero son de broma…

Adriana suelta una risa seca, sin rastro de humor.

—Claro —dice apartando sus ojos grisáceos y volviendo a mirar su pantalla, como si ya no esperara nada útil de mí—. Para ti son de broma… Y cuando hacen estos comentarios en una habitación a solas presionándote con que te van a arruinar la vida si no haces lo que quieren, ¿siguen siendo una broma?

Me revuelvo en la silla, incómodo. No sé qué decir. Siento que cualquier cosa que salga de mi boca va a estar mal.

—No, eso no es una broma, es una amenaza.

—Lo peor es que ya no espero que nadie haga nada —añade con una frialdad contenida—. Ni siquiera espero que te indignes, parece que con que no seas un cerdo como los demás ya ganas puntos, ya no eres un mal tío —dice negando con la cabeza.

Se levanta de la silla y se va. Me quedo mirándola mientras se aleja. El zumbido de la redacción vuelve a llenarme los oídos, pero ahora suena distinto. Más áspero. Me dejo caer contra el respaldo de la silla. Miro a mi alrededor, observo a mis compañeros que no veía capaces de hacer nada por el estilo hace cinco minutos.

Abro de nuevo el correo de recursos humanos y lo releo con otros ojos. Ya no me suena ambiguo, me suena cómplice. Como si el verdadero mensaje fuera: «Sabemos lo que pasa, y no vamos a intervenir mientras sepáis ser discretos». Me paso una mano por la cara y suspiro. Me siento idiota.

CAPÍTULO 39

28 de febrero, miércoles

Salgo del trabajo con el cuerpo entumecido y la cabeza como si me la hubieran exprimido. Son más de las doce. Ni siquiera me acuerdo de qué he comido hoy.

El frío me pega en la cara en cuanto cruzo la puerta del edificio. Me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta buscando el tabaco. Nada. Rebusco más, incluso en el bolsillo interior. Luego en la mochila. Mierda. Se me habrá caído, solo tengo el mechero.

Miro a mi alrededor como si eso fuera a materializar un estanco. La calle está vacía, solo pasa un repartidor en bici. Al final, vuelvo al coche y me siento un momento antes de arrancar. Podría irme a casa, hacerme una tila, tomarme una pastilla, dormir, intentar no pensar… Pero no me apetece portarme bien conmigo hoy. Estos últimos dos meses han sido una mierda, si no hubiera sido por el tabaco ya me habría vuelto loco.

Busco en el móvil estancos abiertos en Madrid. Solo encuentro cinco. Todos en el centro. El que me queda más cerca cierra en media hora. Arranco sin pensarlo demasiado.

Después de dar un par de vueltas, aparco a diez minutos del estanco. Preferiría haber aparcado más cerca, pero no he encontrado sitio. Entro justo cuando el dueño ya estaba bajando la persiana. Compro un paquete y, al salir, me enciendo un cigarro.

Intento disfrutar de este momento en el que no hay nadie a mi alrededor, cosa que raramente pasa en los últimos tiempos. Me fijo en las calles de Malasaña. Hacía mucho que no venía por aquí.

Leo el cartel azul con el nombre de la vía: Calle de la Palma. Me paro un segundo. No sé por qué, pero lo leo dos veces. Como si las letras fueran a cambiar, como si no supiera ya perfectamente dónde estoy.

De pronto, me doy cuenta de que he torcido hacia esta calle sin pensarlo. Sin buscarla. O eso me digo.

Apuro el cigarrillo despacio, dándole caladas más largas. El humo se me queda en la garganta, caliente, algo áspero. Sigo andando, ahora con las manos en los bolsillos. Captan mi atención las persianas bajadas, algún bar cerrando y un par de chavales que se ríen en una esquina. Madrid parece más tranquila, más acogedora, más amable.

Doblo otra esquina, y ahí está: la fachada roja, la puerta del portal con los mismos desconchones en la madera, el 12 en números dorados, desgastados. El edificio de Diana.

Me detengo en la acera de enfrente. No hay luces encendidas en el piso. Ni ruido. Solo el tictac apagado de la ciudad. Miro hacia arriba con la esperanza de verla aparecer tras una cortina. Es ridículo, pero no me muevo. Me quedo ahí un rato pensando en si debería acercarme. Recuerdo las cosas que pasaron en este lugar, en algún momento pensé que era mi chica y que lo sería siempre. O, como decíamos, que al menos lo sería hasta sus ochenta y nueve, porque ella cree que se morirá a esa edad. Recuerdo su olor, podía pasarme horas oliendo su cuello y también besando la peca que tiene en el labio.

—¿Mendoza?

Me giro de golpe. Es Teresa, y no está sola. A su lado camina un

tipo alto, con gafas y una bufanda mal enrollada. Él apenas me lanza una mirada fugaz y me dedica un saludo escueto.

—Subo —le dice a Teresa.

Ella asiente con la cabeza y me quedo mirando al tipo mientras cruza la estrecha calle y entra en el edificio. Luego desvío los ojos hacia Teresa, que no aparta la vista de mí y mantiene el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? —pregunta. Noto cómo mis pulsaciones se aceleran.

Intento buscar alguna excusa plausible que pueda colar. Sin embargo, no hay nada que respalde que casualmente me encuentre delante del edificio de mi ex a la una de la madrugada.

—He ido a comprar tabaco. Hay un estanco aquí cerca, uno de los pocos que quedaban abiertos. Estaba volviendo al coche y me he dado cuenta de dónde estaba, así que me he acercado.

Teresa me mira sin decir nada, con la mandíbula un poco apretada. No parece convencida, pero tampoco tiene ganas de discutirlo.

—Te juro que ha sido así —le prometo.

—¿Y qué esperabas hacer al llegar al edificio?

Me encojo de hombros. No tengo una respuesta clara, y eso es lo peor. Porque sé que, si lo hubiera pensado dos veces, me habría dado la vuelta.

—Nada, mirar… —No se traga mis palabras—. No lo sé, Teresa.

—¿Pensabas que te la ibas a encontrar casualmente paseando por aquí de madrugada?

—Bueno, te he encontrado a ti.

—Porque hemos vuelto del cine, pero ella no está en casa hoy.

Asiento con la cabeza, como si no me importara. Aunque la realidad es que me da un vuelco al corazón. No está en casa hoy. Y,

entonces, ¿dónde está? ¿Está saliendo con alguien? ¿Está durmiendo en casa de otro? Intento no dejar que se me note en la cara lo mucho que me ha alterado saber que Diana no está durmiendo en su piso, pero Teresa ya me está mirando con una expresión a medio camino entre el juicio y el desprecio. No hace falta que diga nada para dejarme claro lo que piensa.

Intento reprimirme, pero no lo consigo.

—¿Nuevo novio? —pregunto, forzando un tono neutro.

Ella suelta una risa seca y niega con la cabeza.

—Pregúntaselo a ella. Ah, no, espera, que ni te contesta los mensajes…

Me muerdo la lengua. No tengo derecho a quejarme y mucho menos delante de ella. Pero, aun así, hay algo dentro que me empuja a seguir hablando, como si pudiera arreglar algo con palabras. Como si no estuviera todo ya roto.

—No quiero discutir contigo, Teresa.

—Pues no haberte acercado —responde a la vez que me clava los ojos—. No entiendo qué haces aquí.

Me la quedo mirando, en silencio. Tiene razón, lo sé. Sin embargo, continúo aquí, plantado como un idiota.

—Supongo que la quería ver, solo quería saber si estaba bien…

—A buenas horas… ¿Ahora te interesa saber cómo está?

—Siempre me ha interesado.

Teresa se ríe de nuevo, esta vez con una mezcla de rabia e incredulidad.

—Menuda bala ha esquivado Diana. Años de aguantar tu mierda para que ahora vengas a hacernos creer que eres el mártir de la historia.

Veo que han hablado mucho del tema, además, suenan igual. ¿Teresa le habrá metido toda esa mierda en la cabeza a Diana? «No

pienses en ello», me repito.

Me trago la respuesta, porque sé que no hay forma de ganar esta pelea. Solo quiero que el nudo en el estómago se afloje un poco para que se me quiten las ganas de vomitar.

—Mira, de verdad… No sé qué buscas viniendo aquí —ladra Teresa cruzándose de brazos—. Pero si quieres hacer las paces contigo mismo, empieza por dejarla en paz a ella.

—Simplemente quiero hablar las cosas y, como ya te he dicho, saber que está bien.

—Ahora está bien, ahora es cuando la tienes que dejar en paz. Cuando te tenías que haber preocupado era cuando se pasaba las noches sin dormir y los días sin comer. Cuando lloraba sin descanso, cuando no tenía ganas ni de salir de la cama. Ahí le tenías que haber preguntado, cuando…

Se pasa una mano por la cara. Además, sus ojos marrones se mueven de izquierda a derecha rápidamente. Está intentando guardarse una información que debería saber.

—¿Cuando qué? —pregunto, preocupado.

—Cuando tuvo que tomar decisiones en las que te necesitaba y tú no estabas, ni querías estar.

—¿A qué te refieres, Teresa?

Me mira negando con la cabeza. Veo en sus ojos rabia, pero también tristeza. Aprieta sus labios pintados mientras se frota suavemente los brazos.

—No debería ser yo quien te lo diga. No remuevas más la mierda.

Me tenso. Siento que hay algo a punto de estallar en el aire, algo que lleva demasiado tiempo callado. No soy estúpido. Y si no ha soltado prenda todavía, es por lealtad a Diana.

—¿Qué mierda, Teresa? —inquiero, temiendo la respuesta.

Ella me mira un segundo más, como si dudara. Pero ya es tarde

para echarse atrás. Exhala con fuerza, como quien lleva demasiado tiempo conteniéndose.

—Diana abortó en octubre.

La frase me golpea como un puñetazo. Me quedo quieto, paralizado. Noto cómo se me enfrían las manos, cómo se me olvida todo lo que pensaba decir. Me ha dejado noqueado. Intento abrir la boca para defenderme, para decir algo, lo que sea. Pero no hay palabras. Porque yo no sabía… Porque si yo hubiera sabido…

—No me mires así. No vengas ahora con el numerito del que se entera tarde —continúa Teresa—. Me dijo que ya habíais hablado del tema alguna vez, y que tu respuesta siempre fue la misma, que en el remoto caso de que algún día decidieras ser padre no sería pronto. Ya sabía tu opinión. Además, no quería verte. Se le revolvía el estómago solo de pensar en ti. No quería que la influenciaras en su decisión, tampoco quería estar ligada a ti de por vida después de comportarte como lo hiciste.

Me asfixia el nudo que ahora me sube por la garganta. No sé si es rabia, culpa o dolor. Probablemente, las tres cosas a la vez.

—Yo no… —empiezo, pero no puedo acabar.

—No sabías nada porque no te molestaste en mirar. Seguramente, si la hubieras dejado de otra manera y te hubieras preocupado por ella mínimamente después, te lo hubiera dicho cuando se enteró.

—¿Ella está bien?

Teresa me mira con una mezcla de hastío y lástima. Me parece peor que el odio.

—Está mejor. Mucho mejor. —Se acerca y pone una mano en mi brazo—. Lo siento. Vete a casa.

Luego se gira sin decir nada más. Abre la puerta del portal y la cierra con un golpe seco. Me quedo solo en la calle, bajo la luz mortecina de una farola. Lo poco que quedaba en pie se desmorona

de golpe: la imagen que tenía de mí mismo. La de Diana. Lo que hice. Lo que no hice. Lo que fui. Lo que no fui. Y lo que no podré volver a ser.

FEBRERO
TRES AÑOS ANTES

La discoteca está hasta arriba. La misma mierda de siempre: calor, perfume barato, tíos empujando y tías que te miran de lejos. Pido una copa con Mateo, saludamos a un par de conocidos y nos ponemos en la barra a mirar. Observo. Me gusta pensar que leo a las personas mejor que ellas a sí mismas. Me fijo en un grupo de chicas que están en la pista, cerca del DJ, hay una morena con el pelo largo que me mira mucho, está buena. Me acerco a Mateo para que me escuche.

—Mateo, voy a bajar que…

Noto un golpe en el hombro y giro la cabeza al instante. Una chica rubia con un vestido rosa está a tres pasos de mí juntando las manos. Le leo los labios, creo que está articulando un «perdón». Empiezo a sonreír mientras se gira y se dirige con otras tres chicas a la pista. Me fijo en su culo. Es muy guapa, guapa de las que no te saltas. Me he fijado en sus labios carnosos. Su cara es de esas que se te quedan grabadas aunque solo las hayas visto tres segundos.

La sigo con la mirada. Está sorteando a la multitud; va hacia un lado de la pista con sus amigas. Hay algo en la forma en que camina, en cómo se agarra de la mano de una de sus amigas para no perderse… Mateo me dice algo, pero no le escucho. Mi cabeza está haciendo cálculos. ¿Cómo lo hago para besarla esta noche?

La veo riéndose, con una copa en la mano, girándose para decirle algo a su amiga morena de vestido negro. Veo cómo cruza las piernas cuando se mueve al ritmo de la música, cómo se aparta un

mechón rubio de la cara sin darse importancia. Ella no sabe que ya la he elegido.

Mateo me da un codazo.

—¿Qué? —le digo sin apartar la vista.

—¿Me has oído? —pregunta.

—No —digo cogiendo la copa de la mesa—, ahora vuelvo.

Bajo los dos escalones que separan la zona de la barra de la pista y me abro paso entre la gente. Ella está a menos de cinco metros, y yo sigo acercándome, pero de repente empieza a andar. Me quedo quieto, va sola. ¿Qué va a hacer? Se pone delante del DJ y mueve los brazos, voy hacia ahí. El tipo se quita un casco y se acerca a ella, que le dice algo al oído. Estoy a su lado ya, veo como el DJ le sonríe y sube su pulgar en gesto afirmativo. Le toco el hombro y se gira sonriendo.

—¿Cuál has pedido? —le pregunto al oído.

Me mira sin dejar de sonreír, pero frunciendo el ceño.

—«Fiebre», de Bad Gyal.

Hago una mueca, la cojo de la mano y me acerco al DJ. Le pido otra canción.

—¿Cuál le has pedido?

—«Moscow Mule», de Bad Bunny.

—Es buena, pero ¿no te parece un poco lenta?

—Es perfecta para que me la bailes —le digo haciendo que dé una vuelta sobre sí misma mientras ella se ríe.

Me encanta su risa. Es fuerte; parece la típica risa de villana. Me la quedo mirando y noto que se me escapa una sonrisa. Solo quiero que se me ocurra otro chiste para volver a escucharla reír.

—¿Cómo te llamas? —inquiero.

—Diana, ¿y tú?

—Mendo… Me llamo Felipe.

Nos ponemos a bailar. No de la forma absurda y rígida que hacen dos personas que se acaban de conocer. No. Hay química. Le cojo de la cintura, suave, y dejo que lleve ella el compás. Me río para mis adentros. Se nota que está cómoda en su piel y eso me gusta. Bajo mis manos de su cintura hacia la parte baja de su espalda dirigiéndolas hacia su culo. Ella se queda quieta; me mira ladeando la cabeza, con una media sonrisa.

—¿Dónde te crees que vas, Felipe?

Suelto una carcajada echando la cabeza hacia atrás. Me encanta su sarcasmo; tiene carácter, me gusta. La observo de nuevo. La manera en la que aparta el pelo de su cara, la curva de su cuello…

—Tiene razón, señorita —le digo acercando mi boca a su oído—. Disculpe mis modales. Déjeme compensarla con una copa.

Le cojo la mano, la música retumba, la luz tenue de la discoteca le dibuja reflejos dorados en el pelo. Nos abrimos paso. La noto detrás de mí, su mano aferrada a la mía para no perderse. Llegamos a la barra. Pido dos ron con Coca-Cola y, cuando me giro hacia ella, veo que me mira raro.

—¿Qué? No pongas esa cara. El roncola no falla.

—Soy más de ginebra, pero, oye, entiendo que te quedaras estancado en las primeras borracheras con quince años y no sepas pasar página.

Me echo a reír y le paso su copa.

—Vas fuerte, ¿eh? —le digo levantando mi vaso—. Un brindis para que un día tenga los gustos adecuados y me comporte acorde a la edad que tú aparentas. Tienes como cuarenta y ocho, ¿no? —digo guiñándole un ojo.

Ella abre la boca y frunce el ceño, haciendo un gesto exagerado de indignación.

—Espero que a los treinta y uno ya hayas madurado; solo te

quedará eso, porque vas a perder todo el pelo.

No puedo reprimir la carcajada. Lo ha dicho muy seria y a la vez de una forma tan adorable que me quedo un segundo mirándola sin saber qué contestar. Levanto las manos en señal de paz.

—Disculpa, aparentas… ¿veintitrés?

—Cerca, veintidós. Me debes otra copa solo por esa broma.

—Te la pagaré encantado si me das tu número de teléfono.

Vuelve a sonreír. Esa sonrisa de medio lado que ya empiezo a anticipar y que me tiene más pillado de lo que debería en tan poco rato. Se queda pensativa unos segundos, jugando con la pajita de su copa. Levanta la vista, me clava los ojos y me suelta:

—Tendrás que ganártelo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pruebas me vas a poner?

—Depende de tus modales, de si me vuelves a echar la edad de alguien con una hipoteca e hijos o de si vuelves a acercar tu manaza a mi culo.

Me río. Me gusta mucho. Es de las que no se lo ponen fácil a nadie, y eso solo hace que quiera quedarme más.

La noche sigue. Bailamos, bebemos, hablamos a gritos por encima de la música, las pelis que nos gustan, la gente rara de la discoteca… Hay miradas, roces, que dicen más que cualquier frase. Cada vez estamos más cerca. Me fijo en sus ojos, son marrones, claros, casi dorados, me recuerdan a la arena. Observo sus pestañas largas, en cómo se rasca el cuello cuando le digo algo que la pone nerviosa, pero quiere disimular, en cómo enseña su dentadura perfecta cada vez que la hago sonreír…

—Hola —le dice una chica pelirroja con la que antes estaba—. Nosotras nos vamos ya, ¿vienes?

—Sí, claro —gira su cabeza hacia mí mientras la pelirroja se aparta —. Me voy.

—No, déjame acompañarte a casa.

Ella sonríe.

—Ya, seguro que solo quieres acompañarme a casa.

—De verdad, solo eso.

—No, me voy con mis amigas —dice empezando a andar—. Pero encantada de haberte conocido.

Le cojo de la mano, haciendo que se quede un segundo más.

—¿Al menos me puedes dar un beso?

—¿Crees que te lo mereces? —dice ladeando la cabeza.

—Me he comportado como todo un caballero después del aviso.

Ella hace como que piensa mientras aprieta los labios. Luego se acerca, me da un pico y se dispone a irse, pero yo la cojo de la cintura.

—No, me refiero a un beso bien dado.

Se me queda mirando, sonríe, aprieto la mano que tengo en su cintura, atrayéndola hacia mí, y pongo la otra en su mejilla. Ella pone las manos encima de mi pecho, acerca de nuevo su cara y me besa. Es lento al principio cosa que me hace querer más y que provoca que lo intensifique. Ella responde con la misma urgencia contenida. Sus manos suben de mi pecho a mi cuello. La tengo pegada a mí, como si ninguno de los dos quisiera que ese momento acabase. Cuando finalmente se separa, me quedo mirándola. Quiero besarla otra vez, quiero besarla mil veces más.

—Eso es un buen beso, sabía que podías hacerlo mejor —le digo al oído.

—Eres idiota —dice riéndose—. Ahora sí me voy.

—De acuerdo, pero antes me tienes que dar tu número, no puedo dejarte ir sin que me lo des.

Le paso el teléfono y agrega su contacto. Luego me devuelve el móvil con una sonrisa.

Me la quedo mirando embobado mientras camina hacia la salida. ¿Cuánto me va a hacer esperar para volver a verla?

MARZO

DIANA

CAPÍTULO 40

2 de marzo, sábado

Abro los ojos al notar que Pipe me está rozando la espalda con los dedos. Sonrío, la luz entra con delicadeza por la cortina blanca. No sé qué hora es, pero da igual. Es sábado y no tengo ganas de pensar en nada más que en lo bien que se está aquí y ahora. Me muevo un poco, él me abraza por detrás y me besa el hombro.

—Buenos días —murmura con voz ronca.

Yo, como respuesta, le doy un beso en el dorso de la mano. Nos quedamos unos minutos así, en silencio, escuchando los ruidos del exterior: una moto que pasa, una puerta que se cierra, el sonido lejano de un televisor… No hay prisa.

Me giro despacio para mirarlo. Tiene los ojos entrecerrados y una media sonrisa. Me encanta su pelo negro y que nunca lo lleve bien peinado. Me acaricia la mejilla con los nudillos y me mira con sus ojos azules como si no hubiera nada más que le interesara en este momento.

—¿Quieres café? —le pregunto, aunque sé que no se va a levantar todavía.

Él niega con la cabeza y me acerca de nuevo. No sé qué somos, ni me apetece ponerle nombre ahora. Solo sé que cuando estoy con Pipe estoy bien, estoy tranquila, estoy en paz.

Nos volvemos a quedar en silencio, con las piernas enredadas bajo

las sábanas. Me apoyo en él, y escucho su respiración pausada y el ritmo constante de su corazón. Hay algo en este tipo de calma que me resulta casi desconocido. Estar en su habitación enroscada a su cuerpo me trae paz.

—¿En qué piensa, alteza? —susurra, con los labios rozando mi frente.

—En lo a gusto que se está cuando no hace falta hablar.

Él se ríe muy bajito, y noto cómo se le mueve levemente el pecho.

—Entonces me callo.

—No, no lo decía por ti —añado, arrastrando las palabras—. Me gusta escucharte. Pero también me gusta esto. Lo que sea que estamos haciendo me gusta.

Pipe no dice nada, solo asiente. No tengo ni que justificarme, ni prometer nada, ni tampoco adelantarme a lo que vendrá. Además, he dejado de pensar en lo que podría haber sido si no hubiera roto con Feli. Ya me he pasado demasiado tiempo dándole vueltas a ese tema. En lo que debería haber pasado, en lo que no debería haber pasado. En lo que habría pasado si…

Me obligo a cortar ese pensamiento. No quiero que él se cuele aquí también. Este espacio no es suyo. Esta versión de mí no es suya. Para sacarlo de mi mente, me concentro en Pipe, en cómo me acaricia el brazo distraídamente. En cómo me hace sentir, como si el resto del mundo pudiera esperar.

—¿Tienes hambre? —me pregunta al cabo de un rato.

—Un poco —respondo, perezosa—. Pero no lo suficiente como para levantarme.

—Perfecto. Yo tampoco pienso moverme. Así que habrá que sobrevivir a base de besos.

Sonrío sin poder evitarlo. Me empieza a besar por toda la cara y el cuello. Me río, intento apartarlo con las manos, pero no me esfuerzo

demasiado. Sus labios me hacen cosquillas en la piel, y tengo la sensación de que todo es más fácil. Es una sensación frágil, como una pompa de jabón; aun así, me dejo envolver por ella entre risas.

—¡Basta, Pipe! Pareces un perro.

—Uno muy cariñoso —responde mientras me da un último beso justo detrás de la oreja, haciéndome estremecer.

Luego me tapa con las sábanas como si me envolviera para que no escapara y me abraza por detrás, pegando su cuerpo al mío. Siento su respiración en mi nuca mientras su mano se enreda con la mía.

—¿Tienes que hacer algo hoy, Pipe?

—Sí —me da un beso en la mejilla—, pasar el día con la chica que tengo entre mis brazos.

Sonrío de nuevo, esta vez sin reírme, solo con esa calidez tonta que se te queda dentro cuando alguien te gusta mucho. Me doy la vuelta de nuevo para mirarlo de frente. Tiene los ojos tranquilos. Me recuerdan al Mediterráneo en calma.

—¿Y sabes si esa chica lo quiere pasar contigo?

Él finge pensarlo durante un segundo, como si estuviera evaluando posibilidades muy serias y luego se coloca encima de mí. Me fijo en sus brazos, en sus tatuajes y en su torso definido.

—Bueeeno… —alarga la palabra con una sonrisa torcida—, aún no me lo ha confirmado del todo. Pero sigue en mi cama y no se ha ido en mitad de la noche. Yo diría que tengo bastantes puntos.

—Ya… También podría ser que estuviera demasiado dormida para irse, y ahora simplemente esté atrapada bajo tu peso.

—Se podría decir que es un secuestro afectivo.

Me río en voz baja y siento su aliento rozándome la piel. No se aparta, se queda en la misma posición, sosteniéndose con los antebrazos. Por un momento, no dice nada más, solo me mira a los

ojos.

Vuelvo a fijarme en sus tatuajes, esta vez en los de su hombro derecho. Me concentro en la forma en que la luz tenue entra por la ventana y dibuja sombras suaves sobre ellos. Me gusta su olor. Me gusta cómo me mira. Me gusta cómo me hace sentir.

Veo que sus ojos no se desvían de los míos.

—¿Qué? —pregunto con un tono suave.

Pipe se mueve despacio. Después apoya el peso en un brazo y me observa desde arriba. Sus dedos juegan con un mechón de mi pelo antes de retirarlo con cuidado de mi cara.

—Nada, que me encanta estar contigo —admite casi en un susurro, con los labios muy cerca de los míos, pero sin besarme aún.

Su piel contra la mía es cálida y familiar. Acto seguido, desliza su mano por mi costado, con la delicadeza de quien no quiere romper nada.

—Ya sabes a lo que me refiero —continúa—, igual que también sabes que quiero decirte algo. Pero sé que tú no estás preparada para escucharlo, así que voy a esperar.

Me quedo en silencio y siento una presión en el pecho causada por ese cuidado con el que me habla y por su paciencia, que me envuelve sin exigencias. Apoya la frente en la mía. Cierra los ojos. Yo también los cierro. Le acaricio la nuca despacio, dejando que mis dedos se enreden en su pelo.

—Gracias —digo en un susurro apenas audible.

No sé muy bien qué le estoy agradeciendo en realidad. Tal vez su calma, su forma de mirarme o, incluso, su decisión de quedarse ahí cuando él quiere dar un paso más y yo aún no estoy preparada. Me deja anonadada su forma de no forzar nada y, al mismo tiempo, de hacerme sentirlo todo como inevitable.

Pipe no responde. Solo sonríe un poco y me da un beso en la

frente. Luego otro en la comisura de mis labios. Pone una mano en una de mis mejillas mientras el beso se intensifica. Yo entonces empiezo a acariciarle la espalda con las uñas y él deja escapar un suspiro suave contra mi boca, como si todo su cuerpo se relajara con mi contacto. Noto cómo su piel se estremece, cómo sus músculos se tensan ligeramente con cada caricia. Es una mezcla entre deseo y ternura, entre necesidad y confianza.

Lo abrazo con las piernas y él sonríe contra mi boca, rozando nuestros labios en pequeños besos intermitentes. Mientras, desciende sus manos por mi cuerpo.

CAPÍTULO 41

3 de marzo, domingo

Me bajo del metro sonriendo. He tenido muy buena noche, de esas que te dejan una sensación cálida en el pecho, como si todo encajara. Bueno realmente he tenido noches muy buenas últimamente, me ha pedido que durmiera en su casa estos cuatro últimos días. Me daba miedo dormir con él tantas noches seguidas por si me agobiaba, pero todo lo contrario.

Aún tengo su aroma en mi piel. Cuero e incienso. Me acabo de ir de su casa y ya echo de menos notar sus brazos alrededor de mi cuerpo, creo que le voy a pedir que venga esta noche él a mi casa. Vamos avanzando, a pasos lentos, pero avanzando.

Aún envuelta en la calma que me ha dejado la noche, noto que el móvil vibra en el bolsillo del abrigo. Lo saco sin prisa. Será Teresa o alguna de las chicas. Sin embargo, el nombre que aparece en pantalla me corta la respiración de nuevo. Es Feli.

11.27: Llevo muchos días dándole
vueltas y sé que no quieres hablar,
pero me voy a volver loco. Llámame,
por favor.

El corazón me da un salto raro, como si se tropezara. Me paro en

seco, justo al borde de la acera, mientras la gente me esquiva por los lados. Siento una especie de vértigo, el suelo ha perdido estabilidad bajo mis pies tras ese mensaje.

Pensaba que después de no responderle la primera vez me iba a dejar en paz; veo que no. Guardo el móvil, como si escondiéndolo pudiera frenar lo que ese mensaje me ha removido por dentro. A partir de entonces, camino hasta casa con las manos hundidas en los bolsillos y la mandíbula apretada. Toda la ligereza que traía conmigo se ha esfumado.

Abro la puerta de mi piso y me dirijo al salón.

—Pero bueno, te has dignado a pasar por casa —oigo la voz de mi amiga.

Teresa está en el sofá con el pelo recogido en un moño mal hecho y una taza de café entre las manos. Me mira nada más entrar. Detecta algo raro enseguida.

—¿Qué pasa? —pregunta sin rodeos.

—Me ha escrito Felipe, otra vez.

Baja la mirada mientras sus dedos juegan con el asa de la taza. No dice nada. Y ese silencio, viniendo de ella, es extraño.

—Me parece raro —prosigo— que siga con el tema de hablar conmigo después de no haberle contestado. Es una de las personas más orgullosas que he conocido en mi vida. ¿Le habrá pasado algo?

—Diana…

Suspira. Vuelve a mirar su taza como si ahí dentro hubiera alguna respuesta mágica. Después la deja en la mesa con cuidado y se incorpora un poco, pero no me mira.

—Igual… —confiesa—. Igual lo ha hecho porque sabe algo.

—¿Algo como qué?

No entiendo nada, así que me cruzo de brazos. El corazón empieza a golpear mi pecho con más fuerza. Ella aprieta los labios y

la mandíbula mientras su mirada sigue clavada en el suelo.

—¿Teresa?

Finalmente, me mira a los ojos por primera vez. Veo culpa en los suyos. Y algo más. Algo parecido al miedo.

—Le conté lo del aborto.

Tardo unos segundos en procesar lo que me acaba de decir. Parpadeo varias veces al tiempo que me paso la mano derecha por la cara.

—¿Le enviaste un mensaje contándoselo?

—No —contesta, nerviosa—, me lo encontré hace unos días delante de casa. Me dijo que vino porque estaba por la zona y que quería verte y hablar. No entiendo por qué se lo solté… Me enfadé porque me dijo que se sentía mal y… y… —Veo como le tiemblan las manos—. No sé cómo ocurrió, pero se lo acabé contando.

Respiro profundamente y luego me quito el abrigo, enfadada, y lo dejo encima del sofá. Tengo mucho calor, me estoy agobiando por lo que ha hecho Teresa.

—Pero ¿tú quién coño te crees que eres? —escupo, y me paro en seco frente a ella.

Siento cómo la rabia se apodera de mí. Es una emoción abrasadora, densa, como si me subiera por el pecho y me asfixiara.

Teresa se queda inmóvil, con los ojos muy abiertos, pero no dice nada.

—¿Con qué derecho? —Mi voz es inestable, pero no me frena…—. Es mi vida, Teresa, mi decisión.

—Ya lo sé… Me arrepiento, Diana, de verdad. Fue un error, no quería… No me controlé… Me pudo el cabreo.

—¿Y tu cabreo te da derecho a hablar sobre mi dolor como si fuera tuyo?

Es tal el enfado que tengo que siento que podría romper algo con

las manos. Con los dientes si hiciera falta.

—Solo quería que Felipe entendiera que no tiene derecho a forzar esa conversación. No después de tanto tiempo y de cómo te quedaste de rota.

—¿Y tú cómo puedes saber lo rota que estaba? —La apunto con el dedo—. ¿Es que te quedabas a dormir conmigo cuando tenía pesadillas? ¿Me abrazabas cuando lloraba hasta quedarme dormida?

Recuerdo cómo Olivia y Paloma me acariciaban el pelo para tranquilizarme y ayudarme a dormir, me acompañaron al ginecólogo, estuvieron a mi lado, antes, después y durante. Teresa estaba ocupada con un tío que conocía de hacía dos meses.

Teresa traga saliva. Parece más pequeña de repente, pero no me importa. Porque me duele. Porque me ha hecho daño. Todo lo que he intentado contener durante meses está saliendo ahora como un río desbordado.

—No, cielo, tú te estabas follando a Bruno mientras pasaba todo esto —le recuerdo—. Hace casi veinte años que somos amigas y no estuviste a mi lado cuando te necesitaba, así que no me vendas ahora que sufres tanto por mí y que la rabia te invadió al ver a Felipe. —Me siento en una silla—. Y no dije nada, me guardé la decepción para mí, intenté no reprochártelo en ningún momento y actuar normal, me centré en Paloma y Olivia que sí estuvieron a mi lado. Y lo sabes perfectamente, hemos sido uña y carne siempre, has notado el distanciamiento, y sabes muy bien por qué ha sido, no te hagas la loca.

Respiro profundamente antes de continuar.

—¿Sabes qué pasa, Teresa? Que te crees que te puedes ir de rositas. Piensas que todo el mundo debe estar para ti. Nos exiges una conducta admirable y juzgas a quien no hace lo que tú quieres. A esos los miras por encima del hombro pensando que eres mejor.

Pero no, Teresa, precisamente te comportas así para creer que no eres tan mala. Porque en el fondo sabes que eres una persona horrible y que no te mereces estar en la vida de la gente que te rodea.

Teresa se queda en silencio mirándome con los ojos abiertos como platos. Le tiembla ligeramente el labio inferior.

—No te das cuenta —sigo—, pero te has convertido en eso que más criticas. En alguien que invade, que manipula, que no es leal. Me has ocultado que le habías contado lo del aborto a Felipe. Me has quitado algo muy mío. Le has contado lo del aborto como si fuera una mera anécdota. Como si mi dolor fuera munición para tu cruzada personal.

—No fue así… —musita con los ojos vidriosos.

—¿Y cómo fue entonces? ¿Liberador? ¿Sentiste que hiciste justicia o que eras poderosa? ¿Pensaste que yo te lo iba a agradecer?

Teresa niega con la cabeza, se tapa los ojos con la mano y se encoge en el sofá.

—No, Diana. Me sentí una mierda en cuanto se lo conté. Pero ya era tarde. Él se quedó pálido y yo me quise morir. Pensé en decírtelo…, pero no te he visto desde que ocurrió y cada vez que intentaba escribirte un mensaje contándotelo no podía. Tal vez fui cobarde, pero tenía miedo… No supe cómo gestionarlo. Lo siento tanto…

—Teresa, por una vez en tu vida —alzo la voz— esto no va sobre ti. Me da igual si tenías miedo. No hay justificación que valide lo que has hecho.

—Pero a lo mejor puedo arreglarlo. Puedo hablar con él, decirle que me lo he inventado, decirle…

—No hay forma de arreglarlo —le corto con la voz rota, pero firme —. Nadie se inventa algo así.

Teresa asiente en silencio. Se queda ahí, hundida, y con los ojos llenos de lágrimas que no intenta disimular. Por un momento, parece que va a hablar, que va a suplicar, pero al final se calla. Sabe que no hay nada más que pueda decir.

—Me has roto —termino de rematarla con mis palabras—. Aún más. No te voy a volver a mirar igual en la vida.

Me levanto despacio de la silla. Siento el cuerpo tenso, como si no pudiera sostener el peso de todo esto. Cojo el abrigo del sofá y paso por su lado sin mirarla.

Cierro la puerta de un portazo y bajo las escaleras. Aunque el día sigue soleado ya no me parece tan bonito. Me tiembla el pecho, pero no lloro. Estoy bloqueada. No tengo lágrimas ahora, solo ese nudo en la garganta que no baja, que me ahoga un poco más.

Escribo a Guille para preguntarle si me puedo quedar a dormir en su casa.

También abro el chat de Felipe. Escribo y borro varias veces mi respuesta antes de enviar:

12.13: Teresa me lo ha contado, siento que te enterases así. Ahora mismo no estoy preparada para hablarlo contigo. Más adelante, a lo mejor, pero no puedo prometerte nada. Lo siento.

Cierro los ojos un segundo. Todo lo que había conseguido avanzar… Todo lo que se estaba empezando a curar… vuelve a doler.

CAPÍTULO 42

10 de marzo, domingo

Pipe me seca las lágrimas con las yemas de los dedos. La otra mano la tiene sobre mi muslo. Me mira con una mezcla de confusión y tristeza. Se mantiene en silencio y mirándome fijamente con sus ojos azules. Intento coger aire para que no se me vuelva a quebrar la voz, llevo aproximadamente veinte minutos sin parar de hablar.

Necesitaba ser honesta con él, lo que pasó hace una semana ya me acabó de rematar, intenté ocultárselo pero hoy ya no he podido más. Pipe tenía que comprender lo que me había pasado, en qué punto estaba y cuál era la situación.

—Cuando Teresa me dijo que se lo había contado a Felipe, me enfadé mucho y le dije cosas muy hirientes. Ahora me arrepiento… Intento que la impulsividad no me domine, pero ese día perdí la batalla. Ella y yo hablamos después y quedamos en que ella se iría unos días a casa de su novio porque la situación en casa era insostenible.

Pipe asiente. Sigue sin decir nada, solo me escucha atentamente.

—A mi ex le respondí el mensaje diciéndole que ahora mismo no me sentía preparada para hablar con él. Tal vez no lo esté nunca. Estoy un poco bloqueada.

Aprieta mi muslo con suavidad para reconfortarme y después me da un beso en la frente.

—Gracias por abrirte y contármelo todo —susurra, como si temiera romper algo si alzara la voz.

Me dejo caer sobre Pipe, con la frente apoyada en su clavícula. Estoy agotada después de haberme sincerado con él. Le he contado cómo fue mi relación con Feli y cómo fue nuestra ruptura, y también lo del aborto y lo de Teresa, y las noches llenas de gritos y lágrimas, y la desesperanza que me perseguía a todas horas.

Ahora me siento liberada, pero me da miedo haberme mostrado tan vulnerable con él.

¿Cómo va a reaccionar después de haber visto tanto dolor en mí? Quizá piensa que estoy rota y que no puede estar con alguien como yo. Que no hay forma de poder construir algo con alguien que lleva una mochila así. Sin embargo, me acaricia la espalda con movimientos lentos, constantes, como si esa fuera su forma de decir que se queda.

—No me voy a ir —dice. Parece leerme el pensamiento.

Quiero creerle, de verdad que quiero.

Pipe me abraza más fuerte y noto su respiración sobre mi cuello. Me quedo quieta, con los ojos cerrados, mientras dejo que su voz me cubra como una manta. Me besa en la sien y se aparta un poco. Entonces me coge las manos para pronunciar esas palabras que lleva semanas callando.

—Te quiero. —Posa sus ojos sobre los míos—. No hace falta que digas nada de vuelta.

No podría aunque quisiera, porque no puedo hablar. Pensaba que ya había gastado todas las lágrimas que tenía, pero noto cómo se deslizan más por mis mejillas.

Pipe no dice nada más, solo me observa. Sus pulgares acarician el dorso de mis manos con la misma calma con la que uno acaricia algo frágil. No parece incómodo por mi silencio. No parece esperar

nada. Simplemente está ahí, sosteniéndome.

Cierro los ojos un instante. Todo dentro de mí tiembla. No por él, sino por mí. Alguien me ha dicho que me quiere sabiendo exactamente quién soy y dónde he estado. Me conmueve y me entristece pensar que no soy digna de querer y que es admirable que alguien no salga corriendo de mi vida después de haberme abierto. Sé que es lamentable, pero realmente lo creo.

—Gracias —murmuro con un hilo de voz—. Te agradezco que intentes… comprenderme y quererme. Sé que es difícil con todo lo que llevo encima.

Pipe me coge de los hombros y me reincorpora con suavidad. Después, sin soltarme, se aleja un poco para darme algo de espacio y frunce el ceño.

—Difícil es todo lo que has pasado últimamente. Comprenderte y quererte…, eso es muy fácil, Diana.

Me cuesta sostenerle la mirada, pero él no me suelta. Me mantiene ahí, con una firmeza que no pide permiso, pero tampoco exige respuestas. Las lágrimas me vuelven a recorrer las mejillas sin ruido, sin drama. Solo caen. Pipe me rodea con sus brazos otra vez, atrayéndome hacia su pecho.

—Voy a estar aquí. Te quiero con mochila, con dolor, con arrepentimiento…

—¿Con todo?

—Con todo. Voy con todo.

CAPÍTULO 43

19 de marzo, martes

—Yo me he pedido un día más de fiesta para poder estirar el puente hasta el lunes —explico.

—¿Qué vais a hacer al final? —pregunta Olivia.

—Como ya me había comprometido con Guille desde hacía semanas para ayudarle con la mudanza el jueves, iré a dormir a casa de Pipe con las maletas y nos iremos el viernes temprano.

Una vez que termino de hablar, aprovecho para darle un sorbo a mi cerveza.

—Primer viaje de la parejita —dice Olivia levantando las cejas.

Sí, él quería ir a Valencia y presentarme a su familia y amigos pero le dije que mejor más adelante, que buscáramos otro sitio, con todo lo que me ha pasado no quiero ir tan rápido.

—Me parece bien, las cosas de palacio van despacio. Ve equipada, que seguro que llueve. Semana Santa nunca falla, siempre cae tormenta y más en el norte —dice Paloma.

—Estoy muy contenta de pasar estos días con Pipe, aunque me sabe mal no poder ir a ver a mi familia.

—Si quieres, te lo cambio —bromea Paloma—. Yo prefiero estar tirándome a un moreno alto y guapo que oír a mis padres discutir cuatro días seguidos.

Sonrío, pero es una sonrisa a medias… Para disimular, me llevo el

vaso a los labios, aunque no quiero beber. Lo dejo en la mesa. Lo vuelvo a coger. Estoy inquieta, removida. Hace días que no paro de darle vueltas.

—A todo esto… —empiezo, y noto cómo se me tensa la voz—, ¿vosotras habéis hablado con Teresa?

Las dos levantan la vista. Contesta Olivia de manera neutra:

—Un poco, solo mensajes. Me dijo que necesitaba espacio. Creo que está avergonzada.

—Conmigo igual —añade Paloma—. Le propuse tomar algo la semana pasada y me dijo que no le apetecía, no hemos hablado más.

Asiento, bajando la mirada a la mesa. Acto seguido, hago girar el vaso vacío con la yema de los dedos.

—Le dije cosas muy feas —murmuro.

—No te sientas mal. —Paloma posa la mano sobre mi brazo para calmarme—. Lo dijiste en caliente, es entendible. Estoy segura de que yo me habría pasado mucho más en tu situación.

Le sonrío con timidez. Ninguna de las tres dice nada durante unos segundos. Olivia es la primera en romper el silencio.

—Es normal que estés así. Teresa lo ha hecho fatal con todas, ha pasado de nosotras bastante, pero lo que te hizo a ti… se le fue la pinza —dice Olivia negando con la cabeza—. A veces, los distanciamientos con amigas duelen más que con las parejas. Son heridas de otro tipo.

—Es que tengo un vacío en el pecho. Como si me faltara algo que era parte de mí. —Se me forma un nudo en la garganta—. No tengo recuerdo alguno de mi vida antes de Teresa. Lo hemos compartido todo durante tantos años. Y ahora no puedo ni verla, suerte que puede estar en casa de Bruno todo lo que quiera porque si no… Bueno, a lo mejor, es lo que tenía que pasar, que dejáramos de vivir

juntas.

—Déjalo enfriar un poco más —me aconseja Paloma—. Al menos ya no hablas de ella con rabia. Pero no sé…, yo no daría vuestra amistad por perdida.

—Ya, pero es que sé que no la voy a poder mirar igual nunca más. Confiar en ella se me va a hacer muy complicado.

—Es comprensible, no es poca cosa lo que hizo… —opina Olivia—. La cagó, hasta el fondo, pero… Pero estoy segura de que no hay un día en que no se arrepienta.

—Ya, pero el arrepentimiento no borra lo que hizo. Ojalá lo hiciera. Ojalá bastara con que ella se diera cuenta. El problema es que eso no quita que ahora, de pronto, sienta que ya no puedo fiarme de nadie.

—Claro —me consuela Paloma—. Aparte del hecho, te duele que haya sido ella.

—Exacto. Si me lo llega a hacer otra persona, me habría cabreado, la habría mandado a la mierda y ya. Pero con ella no puedo hacer eso, no me sale.

Siento cómo me escuecen los ojos, pero no quiero llorar. No aquí. Parpadeo rápido, intentando engañar al nudo que se ha instalado en mi garganta. Para mí, mis amigas lo son todo. Son las personas a las que recurro cuando las cosas se tuercen y cuando van bien. Son mi apoyo, mi refugio, y yo soy el de ellas. Son mi familia, y yo soy la de ellas, y que esto me esté pasando con el miembro de la familia que más quiero, que más me ha acompañado a lo largo de mi vida, con la que más he crecido y evolucionado, me mata.

—Date más tiempo, está todo muy reciente aún, Diana —me repite Olivia—. No creas que esta situación es definitiva.

—Sí… Pero a veces tengo la sensación de que, aunque pasen años, no voy a poder mirar atrás sin que me duela.

Olivia asiente despacio, con una expresión serena.

—Puede que sí —puntualiza ella—, pero también puede que un día te levantes y ya no te duela igual. Que recuerdes lo ocurrido sin que te asfixie. Esas cosas no se notan cuando empiezan a cambiar, pero al final lo hacen. Hay mil asuntos que nos han hecho daño a lo largo de nuestra vida, y hay un día en el que, simplemente, ya ni nos acordamos.

—O sí las recordamos —añade Paloma con una media sonrisa—, pero no les damos la misma importancia. Lo más complicado ya lo pasaste; esto también lo hará.

Levanto la vista hacia ellas, agradecida. Me siento un poco tonta por estar así en una tarde que iba a transcurrir entre amigas, risas y cervezas. Pero también me alivia no tener que fingir con Paloma y Olivia.

—Tómate lo de que se haya ido a casa de Bruno como una oportunidad para pensar con claridad —me recomienda Paloma—. A lo mejor, incluso para poder echarla de menos sin rabia.

—No me gusta echarla de menos.

—No tiene por qué gustarte —responde Olivia—. Solo significa que es una persona importante para ti.

—Y que sea importante significa que a lo mejor no es reemplazable en tu vida —prosigue Paloma—. A veces las personas que queremos cambian de lugar en nuestras vidas. Y eso también puede doler, pero es parte del proceso de crecer.

Nos quedamos en silencio un momento, con las reflexiones de mis amigas flotando en el aire. No obstante, alguien en la mesa de al lado se ríe muy fuerte, lo que me saca de mi espiral.

—¿Queréis otra ronda? —pregunta Paloma con una ceja levantada.

—Sí, por favor —respondo sonriendo—. A esta ya invito yo.

CAPÍTULO 44

28 de marzo, jueves

Pipe me abre la puerta sonriendo y yo entorno los ojos mientras exhalo fuertemente. Extiende sus brazos a modo de invitación y yo suelto las asas de las maletas antes de lanzarme a ellos.

—¿La mudanza ha sido muy dura?

—Matadora —respondo antes de darle un beso.

Cuando nos deshacemos del abrazo, dejo el abrigo sobre el perchero de madera de la entrada. Mañana es el gran día: Pipe y yo nos vamos a Asturias por Semana Santa.

—Me sabe mal no haber podido ir a ayudar —se disculpa—. La cirugía se ha alargado más de lo pensaba.

Pipe es dentista y, aunque no le pasa mucho, a veces se le presentan urgencias que no pueden esperar.

—Guille y yo te lo perdonamos, pero me tendrás que dar un masaje antes de dormir. Tengo la espalda fatal.

Miro mi reflejo en el espejo de la entrada y paseo el dedo índice por debajo de los ojos para quitarme restos de máscara de pestañas.

—Te voy a dar un masaje por todo el cuerpo, no te preocupes. —Me guiña un ojo y yo pongo los míos en blanco en respuesta—. ¿Has cenado?

—Sí, no te preocupes. Solo quiero ducharme e irme a la cama,

estoy cansadísima.

—Vale, ve duchándote. Yo me quedaré esperando a mi compañero de piso. Me ha dicho que vendría a recoger unas cosas. Estará al caer, supongo, porque me dijo que pasaría sobre las diez y ya son y cuarto. —Mira el reloj de pulsera.

—¿Tu compañero, el que nunca está?

—Sí. Al final, deja la habitación. Creo que ha tenido un problema y se vuelve a vivir a casa de sus padres. Me lo dijo Nat, pero no nos enteramos muy bien. Tampoco se ha integrado mucho.

—Bueno, ¿habéis buscado a alguien ya para cuando él se vaya?

—Hemos publicado un anuncio, pero me preocuparé más adelante. Pagó abril entero y dice que no quiere que le devolvamos la pasta. Así que podremos elegir con calma.

—Genial, su majestad —le doy un beso—, me voy a duchar.

Me dispongo a irme al baño, pero Pipe me gira hacia él y me vuelve a besar. Entonces baja su mano por mi espalda y me empieza a besar el cuello.

—Pipe…, va a llegar tu compañero… —Lo aparto entre risas—. Además, estoy sucia y me tengo que duchar.

—Vale —me propina una cachetada en el culo—. Pero luego seguimos, esto no acaba aquí.

—Ya veremos…

Ya en el baño, no tardo en meterme en la ducha. El agua caliente empieza a llenar el espacio con vapor. Me relajo bajo la alcachofa después de un día largo. Me siento muy cansada, pero a la vez estoy ilusionada por irme mañana de viaje con Pipe.

Cuando he terminado, me seco con la toalla y envuelvo el pelo con otra. El vaho empaña el espejo y lo limpio con la palma de la mano para verme un segundo. Tengo la cara roja por el calor y los párpados un poco hinchados debido al cansancio. Me pongo el

pijama despacio, como si el cuerpo me pesara.

Abro la puerta del baño todavía envuelta en el calor del vapor. El pasillo está en penumbra, solo iluminado por la luz cálida del salón, seguramente Pipe está en el sofá. Camino descalza con la bolsa colgando de un hombro y la toalla aún enroscada en la cabeza cuando la puerta del dormitorio de mi derecha se abre de repente y se me escapa grito por el sobresalto.

—¡Joder!

Me giro con la intención de darle un puñetazo a Pipe en el brazo por el susto, pero me detengo en seco. No es Pipe.

Felipe se queda parado en el umbral de la habitación, con una mochila colgada de un hombro y una caja en las manos. Mi expresión de sorpresa debe de ser la misma que veo reflejada en su cara.

Nos miramos. Un segundo. Dos. Ninguno de los dos dice nada.

—No entiendo… —Parpadea sin parar—. ¿Qué haces aquí?

Me quedo paralizada en medio del pasillo, incapaz de articular una sola palabra. Todo parece detenerse por un instante. El corazón me late tan fuerte que me cuesta escuchar mis propios pensamientos. Felipe está allí, justo delante de mí, con esa expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —repite.

Vuelvo a notar un nudo en la garganta y mi mente empieza a dar vueltas, intentando darle sentido a lo que está pasando y atando cabos.

Pipe me dijo que vivía con Natalia y con un chico que no hablaba mucho. ¿Dijo en algún momento que se llamara como él? No lo sé, puede ser, a lo mejor lo mencionó de pasada. Feli estaba buscando piso cuando lo dejamos, pero no sabía que al final se había mudado…

«Joder, Diana, ¿cómo ibas a saberlo?», intento calmarme.

El hecho de que Pipe está en el salón, ajeno a todo, me revuelve el estómago.

—¿Diana?

No sé qué responder. ¿Cómo le explicas a tu ex que estás con el que hasta ahora era su compañero de piso? Y, peor: ¿cómo le contaré a Pipe que ha compartido piso con el tío que me destrozó?

Feli, todavía en shock, da un paso más hacia mí. De repente, oigo pasos en el salón y me doy cuenta de que Pipe se asoma a la entrada del pasillo.

—¿Qué pasa? He oído que hablabais—dice Pipe.

Nos mira con una sonrisa leve que se transforma en una expresión de desconcierto al ver que no le contestamos.

—¿Os conocéis? —pregunta Pipe interviniendo de nuevo.

Observo a Felipe para ver si su expresión ha cambiado. No obstante, pasea su mirada entre Pipe y yo, hasta que al final la detiene en mí.

—¿Te lo estás tirando? —me pregunta.

—Tío, ¿de qué hablas? —Pipe se acerca a nosotros.

Felipe lo mira, y en ese momento parece que el ambiente se espesa aún más. Los dos se quedan en silencio, esperando que el otro explique lo que está ocurriendo. Así que me va a tocar hacerlo a mí.

—Él y yo estuvimos juntos. No sabía que erais compañeros de piso, no nos habíamos cruzado.

—Joder… —Pipe abre los ojos como platos—. ¿Tú eres Felipe?, ¿ese Felipe…?

Feli no responde. Se queda con la mandíbula tensa y los ojos clavados en Pipe. Está evaluando si ha de responderle o no. Entonces traga saliva y se muestra más relajado.

—Sí, qué casualidad. —Utiliza una media sonrisa, la misma que ponía cuando fingía cordialidad—. Madrid es una ciudad enana, por lo que parece.

Pipe se cruza de brazos.

Noto que Feli tiene los ojos puestos en mí mientras que yo tengo la vista clavada en el suelo, tratando de evitar sus iris verdes.

—¿Desde cuándo os conocéis Pipe y tú? —pregunta.

—Desde noviembre. Empezamos a quedar en enero, ¿no?

—Sí —responde Pipe antes de apretar los labios.

—O sea, que en París ya estabais juntos. —Ahora se gira hacia Pipe—. Supongo que ya te ha contado que nos vimos.

—Sí, Diana ya me dijo que os cruzasteis. Me alegro de que os hayáis vuelto a encontrar.

—Lo que es para ti, ni aunque te quites, y lo que no es para ti, ni aunque te pongas. Es algo así, ¿no, Pipe? —inquiere Feli, clavándole los ojos.

Pipe fuerza una sonrisa, casi como por reflejo. Odio cuando Feli hace eso, cuando el orgullo se apodera de él, cuando quiere quedar por encima marcando territorio, parece que no entiende que ya no hay un territorio que marcar.

—Me dijiste que tenías el coche aparcado en doble fila, ¿no? —le recuerda Pipe—. Deberías ir tirando antes de que te multen.

—Tienes toda la razón. Por cierto, iba a mandarle ahora un mensaje a Natalia, pero aprovecho para decírtelo directamente ahora, al final, prefiero que me devolváis el dinero de abril. —Se gira hacia mí—. Hablamos, Didi. Estás muy guapa, por cierto.

Pipe y yo nos quedamos en silencio, solo se escucha un portazo cuando Feli se va. Él se queda quieto, con la mirada fija en la puerta cerrada, como si necesitara unos segundos para procesarlo todo. Yo sigo sin moverme, con el cuerpo tenso y sintiendo cómo la

incomodidad se me cuela hasta los huesos.

—Ahora entiendo por qué nunca me acabó de gustar ese tío —admite Pipe, rompiendo el silencio.

MARZO
UN AÑO ANTES

—Te estoy diciendo que lo siento y que te quiero —dice poniendo las manos hacia arriba.

—También me lo dijiste el día antes de dejarme.

—Si quieres que lo superemos alguna vez, no puedes seguir anclada en eso.

—¿Y qué hago si me continúa doliendo? ¿Me callo? —pregunto arqueando una ceja.

Se pasa la mano por la frente mientras resopla.

—Han pasado ya tres semanas, y desde que volvimos te lo he demostrado cada segundo. Me equivoqué, me calenté y una semana después vine aquí arrastrándome y pidiéndote que volviéramos, diciéndote que eres el amor de mi vida. —Se sienta en la silla que hay delante de mi escritorio—. Lo siento, sabes que las discusiones no las llevo bien y que odio haberte hecho esto, pero ya lo hablamos; no volverá a pasar.

—Creo que lo que peor llevo no es que me dejaras —digo pasándome el dorso de la mano por los ojos.

—¿Y qué es entonces?

Pongo las palmas de las manos en la cama mientras cruzo las piernas y respiro hondo.

—Creo que lo que me cabrea es haber aguantado, Feli. Que me trataras como lo hiciste, que me sintiera tan sumamente humillada y, aun así, te dijera que sí cuando viniste pidiéndome que volviéramos.

No dice nada. Se queda sentado en la silla, con los codos sobre

las rodillas, mirándome como si no supiera si acercarse o desaparecer.

—Me siento tonta —sigo diciendo más bajito—. Si me hubiera valorado un poco más, te habría dicho que no. Obviamente que al enfadarte piensas mil tonterías, pero ¿dejarme porque te calentaste en una discusión? Yo siempre había dicho que nunca iba a aguantar estas cosas, el ahora sí y ahora no, como si fuera un juego. Y lo he hecho y estoy enfadada conmigo misma.

Me mira entornando los ojos mientras yo me subo la cremallera de la sudadera gris que llevo.

—Porque esto confirma que, hagas lo que hagas, yo voy a estar aquí para ti, y no quiero eso. No quiero ser esa persona que aguanta las humillaciones, que la dejen de un día para otro, no sentirme segura en nuestra relación… Me jode, porque yo pensaba que me quería más a mí misma.

Él aprieta los labios, como si tragara una respuesta que no sabe cómo sacar. No dice nada. Solo baja la mirada a sus manos entrelazadas.

—No quiero que pienses eso de ti, Diana —dice al fin, muy bajito.

—Pues es lo que pienso.

—No eres una persona que aguanta lo inaguantable. Me perdonaste porque me quieres, no porque no te quieras a ti misma.

—A veces una cosa anula a la otra —respondo—. Y yo no sé si me perdonaré por volver contigo tan rápido. Porque sigo sin saber si fue amor o miedo a perderte.

Él asiente despacio, como si cada palabra le pesara más que la anterior. Se levanta de la silla y se sienta a mi lado en la cama.

—Si pudiese volver atrás…

—Pero no puedes —le corto—. Y yo tampoco quiero vivir en el «si pudieras». Ya te lo he dicho, Feli, esto para mí al menos no es un

tanteo. Estamos hablando de mis sentimientos. No es un experimento de prueba y error, no es un juego.

Se queda callado. Lo tengo al lado, pero lo siento lejos. No sé si está buscando las palabras o si no las tiene. Me muerdo el interior de la mejilla. No quiero llorar más, pero tengo los ojos ardiendo.

—Lo sé —responde al fin con la voz baja, casi rota—. Y lo último que quiero es que sientas que esto no es serio para mí.

—Entonces ¿por qué lo hiciste?

Él se gira un poco, me mira. Tiene los ojos enrojecidos. Como si también estuviera peleándose por dentro.

—Ya te lo dije, fui un cobarde. Me superó todo, me puse por delante de ti en el peor momento. Pensé que necesitaba espacio, y lo único que hice fue hacerte daño y hacérmelo a mí. Cuando sentí que ya era la quinta vez en dos semanas que un mero comentario desafortunado que hacía te enfadaba, me sentí impotente, sentí que no era capaz de hacerte feliz. —Exhala antes de continuar—. Que cualquier cosa que hacía te molestaba; se me cruzó fugazmente la errónea idea de que no iba a funcionar porque no estaba a la altura.

Me aprieta la mano. Yo no la aparto. Pero tampoco le devuelvo el gesto.

—Sé que crees que te he mentido porque todo ocurrió de un momento a otro, planes de futuro por la mañana y ruptura por la tarde. Ni yo lo entiendo, pero lo que te he dicho siempre antes, durante y después es la verdad, lo quiero todo contigo, no te estoy engañando, no estoy jugando.

Respira hondo y traga saliva.

—Diana, no quiero que te sientas así. Quiero que estés segura de mí. Fue una cagada, se me cruzó el cable, no ocurrirá de nuevo, no me voy a jugar lo mejor que tengo en mi vida otra vez. Te quiero y te prometo que no volverá a pasar nunca más.

Me tomo unos segundos. Pienso en cómo me sentí, en la semana que pasé, solo lloraba en la cama en la que estamos sentados. Solo me levantaba para ir a trabajar.

—No me puedes prometer eso, no sabes lo que va a ocurrir en el futuro —susurro sin mirarlo.

—Diana, fue una semana horrible… Pensar en que no iba a volver a estar contigo, en que te había hecho daño me mataba por dentro. Sé que no va a volver a ocurrir —dice con firmeza.

Sigo sin mirarle. Paseo la mirada por el suelo, por el escritorio… Evito a toda costa mirarlo a los ojos.

—Yo también pensé que no iba a volver a estar contigo porque tú así lo decidiste por los dos, no por voluntad propia —digo al fin.

Se queda en silencio. Lo noto tensarse, pero no se defiende. Solo espera. Y me da rabia que eso también me conmueva.

—¿Sabes lo peor? —susurro—. Que cuando volviste…, a pesar de lo mucho que habías herido mi orgullo y a pesar de todo el daño que me habías hecho, te perdoné. Y ahora creo que lo hice demasiado deprisa, no me tomé el tiempo necesario para pensar bien qué significaba perdonarte.

—Te lo juro que voy en serio, Diana, siempre he ido muy en serio… Fue un lapsus, una cagada, no va a volver a ocurrir.

Niego con la cabeza y respiro hondo. Me giro hacia él para mirarlo a los ojos.

—Feli, si vuelve a pasar, no volveré contigo; será definitivo.

Él traga saliva y asiente. Sus ojos brillan un poco, pero no llora.

—No lo vas a tener que hacer, te lo he prometido.

ABRIL

FELIPE

CAPÍTULO 45

1 de abril, lunes

Estoy sentado en la cama. Todo me da vueltas, tengo una resaca increíble. Para sentir un poco de estabilidad, apoyo los codos sobre las rodillas y me sujeto la cabeza con las manos. Alargar el puente para salir de fiesta, me daría vergüenza si no fuera porque todos mis amigos han hecho lo mismo, pero claro, ellos no tienen a un padre enfermo postrado en la cama de un hospital. A lo mejor es el momento de madurar.

Recuerdo que salí un momento de la discoteca para fumar y vomité en un callejón mientras Diego se reía a mi lado. Intento pensar en la fiesta de ayer, no me lo pasé mal, pero Diana no se me va de la cabeza.

Aún no entiendo cómo se ha podido liar con ese tío. Primero, se llama como yo; segundo, vive en el piso en el que yo debería vivir y ahora sale con mi novia. Quiero decir, con mi exnovia. «Pipe»… Mira que Felipe es un nombre bonito, y va el tío y se pone ese apodo. Suena a nombre de perro.

No es que lo conozca mucho. He hablado bastante más con Natalia que con él. Nunca coincidíamos, y menos con lo de mi padre. Solo he pisado el piso para llevarme ropa o recoger cosas que necesitaba.

Los ronquidos de Mateo hacen que me gire para mirarlo. Niego

con la cabeza. Él ayer también vomitó, pero en vez de hacerlo en un callejón, lo hizo sacando la cabeza por la ventanilla del taxi. Y luego en mi jardín, y en mi váter, y en mi ducha, y en el suelo de la cocina. Hubiera preferido que durmiera en su casa o en otra habitación, pero no le veía capaz de dormir sin supervisión y sin ahogarse con su propio vómito.

Me fijo en su nariz aguileña, en cómo sus aletas se abren y cierran emitiendo unos sonidos que me taladran la cabeza. Aún lleva puestos los pantalones con los que salió ayer. Le doy unas palmaditas en la mejilla para despertarlo, pero no funciona. Así que me levanto y subo la persiana haciendo todo el ruido posible para ver si se espabila. Tampoco. Voy a la esquina de mi habitación y me siento en la silla. Cojo las baquetas que hay en el suelo y empiezo a tocar los platillos de la batería. Nada, como un tronco. Entonces comienzo a tocar la caja mientras le doy al bombo con el pedal. Por fin, empieza a moverse. Gracias a Dios, consigo que abra los ojos y deje de roncar.

—¡Joder, Mendoza! ¿Qué hora es? —pregunta Mateo.

—Creo que a partir de ahora deberían llamarlo Lunes de Resurrección porque tú sí que vienes de entre los muertos. —Cojo mi móvil para responder a su pregunta—. Son las doce y veinte. Gracias por fumigarme la casa anoche, por cierto.

—Perdona, tío. Lo limpiaré todo.

—Ya fregué yo ayer antes de irme a dormir. No iba a arriesgarme a que mi madre pudiera ver restos de tu cena sobre la encimera de la cocina.

—¿Estamos solos? —pregunta frotándose los ojos.

—No lo sé, puede que mi madre esté en casa. La que seguro que no está es Candela.

—¿Pasa mucho tiempo en el hospital?

—La que más. ¿Quieres comer algo? —Cambio de tema.

Le dejo un chándal para que esté más cómodo y juntos bajamos las escaleras. Cuando entramos en la cocina, nos encontramos con mi madre apurando su café mientras mira por la ventana.

—Buenos días, mamá.

Ella se gira al oírme. Hoy lleva una falda larga granate y un jersey del mismo color. Sus tacones hacen ruido cuando da un par de pasos para saludar a Mateo.

—No sabía que te habías quedado a dormir. —Le da dos besos a mi mejor amigo—. Habría dejado preparada más comida.

—No te preocupes, Blanca, tampoco tengo mucha hambre… ¿Necesitas que te ayudemos en algo?

—No, me iba ya. ¿Esta noche te quedas tú con papá? —Ahora me mira a mí.

—Sí. Coge a Candela de la oreja si hace falta.

—Si se queja, le diré que me lo has dicho tú. —Agarra el bolso que está encima de la isla de la cocina—. Pasadlo bien.

Antes de marcharse, me da un beso en la mejilla y, acto seguido, se dirige al recibidor para salir.

—¡Conduce con cuidado! —le digo antes de que cierre la puerta de la casa tras ella.

Abro la nevera y miro el contenido de los tápers.

—¿Te apetecen lentejas? —le pregunto a Mateo.

—Perfecto. Me comería hasta piedras si no hubiera nada más.

Quito la tapa del táper y lo meto en el microondas. Mateo se sienta en la mesa con la cabeza apoyada entre las manos, como si le costara mantenerla erguida. En el tiempo en que se calienta la comida, pongo dos platos, dos vasos y cubiertos en la mesa.

Cuando el microondas emite un pitido, saco el recipiente y sirvo la comida en los platos. Empezamos a comer en silencio.

—¿Por qué no te liaste con la rubia de ayer? —inquiere Mateo de la nada—. Estaba muy buena.

—No lo sé, no me apetecía.

—Me parece raro viniendo de ti. Desde que lo dejaste con Diana no has parado. Que lo entiendo, eh, si a mí las tías se me tiraran encima como a ti, también lo haría. Pero ahora ya hace unos meses que no te lías con nadie, ¿no?

—A lo mejor he madurado, podrías intentarlo tú también —le digo con una mueca irónica.

Mateo se ríe. Es una risa ronca, todavía medio dormida y con restos de alcohol.

—Tío, a veces pienso que eres tonto —dice mientras se sirve agua con pulso inestable—. Te dan carta blanca y tú te pones tímido.

Supongo que lo que he estado intentando desde que lo dejamos ha sido olvidarme de ella con otras; no en forma de reemplazo, en forma de distracción. Pero después de una noche con alguien, por la mañana me acordaba de Diana, me preguntaba qué estaba haciendo y por qué me apetecía estar con ella si era yo el que había decidido que eso ya no fuera así… Puede que me haya cansado de tener carta blanca.

—Bueno es que con lo de tu padre es normal que no te apetezca hacer nada ahora.

—No es solo lo de mi padre.

Se hace un silencio corto. Mateo me observa de reojo mientras mastica sus lentejas, como si no supiera si articular lo que tiene en la mente.

—¿Sigues enamorado de Diana?

Levanto la vista por primera vez desde que nos sentamos. Me encojo de hombros.

—No sé. A veces sí. A veces no. Pero no es eso lo que más me

preocupa.

—No te rayes por lo del Pipe ese. No van a durar, hazme caso. El día ese que nos íbamos de fiesta y estaba en tu piso, ya me di cuenta de cómo era. Es el típico tío que cae bien a las madres, que escucha pódcast sobre productividad y come pan integral. Es demasiado blando para Diana.

Me río suavemente por la descripción tan detallada que Mateo ha hecho.

—Lo del gilipollas este no me preocupa tanto como lo del aborto —contesto recostándome en la silla.

Mateo asiente despacio mientras se repasa los dientes con la lengua.

—A ver, es jodido, pero ya no puedes hacer nada para cambiarlo. Atormentarte de por vida tampoco es la solución.

Deja la cuchara en el plato con un sonido hueco. Se pasa las manos por la cara, intentando quitarse la resaca de encima a base de fricción.

—¿Se lo has contado a alguien más? —pregunta al fin.

Niego con la cabeza, y me detengo un segundo antes de hablar.

—Solo a ti.

—Pues deberías hablarlo también con la tía esa a la que vas, necesitas profundizar mucho más, y sé que conmigo te cortas.

CAPÍTULO 46

4 de abril, jueves

—Y no sé cómo arreglarlo —termino de explicarle a Gema con un nudo en la garganta.

Gema asiente, hace un rato que ha dejado de escribir en su libreta y, simplemente, me observa con atención.

—Te enteraste hace un mes más o menos, ¿no?

—Sí. —Me cruzo de brazos.

Me siento ridículo aquí sentado. Además, las palabras me pesan tanto que no pueden salir con orden. Me inclino un poco hacia delante y apoyo los codos sobre las rodillas, incapaz de sostener la mirada de Gema.

—¿Cómo te sentiste cuando la amiga de Diana te lo dijo?

—Me quedé en shock. No entendía lo que me estaba contando. No pude rascar mucho más, porque se fue y yo me quedé ahí quieto, asimilándolo. Después solo me comía la cabeza con cómo se debió de sentir Diana cuando se enteró de que estaba embarazada, cómo lo procesó, a quién acudió… —Intento que no se me quiebre la voz —. Solamente me surgían preguntas. Más tarde, empecé a imaginarme cómo habría sido si hubiera estado a su lado en esos momentos.

Gema asiente con la cabeza y cierra su libreta. Me rasco la nuca, como si así pudiera despejarme la cabeza.

—¿Y cómo te imaginas que habría sido si hubieras estado a su lado?

Respiro hondo, mientras noto cómo una lágrima cae por mi mejilla derecha. Creo que hace meses que no lloro, la última vez fue cuando lo dejé con Diana.

—La hubiera ayudado. No me habría separado ni un minuto de ella. La habría escuchado, sin importar lo que decidiera. Si hubiera querido tenerlo, también habría estado de acuerdo. Me habría tragado mis miedos, mis dudas, todo. Solo… solo habría hecho lo posible para que se sintiera querida y acompañada.

Gema no dice nada y, por un momento, el silencio pesa más que cualquier palabra. Solo se oye el tictac del reloj que cuelga en la pared detrás de ella. Me limpio la cara con la manga de la sudadera, avergonzado.

—Yo nunca estuve seguro de querer hijos. No sé si es por lo que pasó con mi padre y mi hermano… Pero tener familia no era una cosa que me planteara, hasta que la conocí —continúo tragando saliva—. Cuando la conocí, sentí que podría formar una familia y que sería feliz teniéndola siempre que fuera con ella, no sé si lo verbalicé de la mejor manera, puede que si lo hubiera hecho ella me lo hubiera contado. Hablábamos del tema cuando estábamos juntos. Le decía que sería una gran madre, pero que lo sería más adelante, que aún debíamos disfrutar de muchas cosas los dos solos… No pensaba que esta situación se fuese a dar… Y menos que ella tomara sola una decisión como la que tomó porque pensó, supongo, que yo no quería estar a su lado. No sé lo que hubiéramos decidido, pero yo le habría acompañado durante todo el proceso.

Gema se inclina un poco hacia delante y apoya los codos en su libreta. Está esperando que continúe.

—Ni siquiera estoy enfadado —admito, bajando un poco la voz—.

Me duele que no me lo haya contado ella… Claro que me duele, pero no la culpo. Me culpo más a mí por no haber estado cerca. Por no haber sido alguien en quien pudiera confiar cuando más lo necesitaba. Por haberle hecho creer que ella me daba igual.

»Después de romper, intentaba no pensar en el tema. Tal vez porque me dolía demasiado. Salía un montón, me liaba con chicas, se me pasaba por la cabeza escribirle… Pero la opción de remover lo que había pasado, de enfrentarme a lo que había ocurrido, me daba pánico. Ahora me doy cuenta de que ella pasó por todo lo del aborto sola porque yo fui un cobarde…

—A veces —Gema interviene al fin—, cuando una herida es muy profunda, necesitamos tiempo para poder mirarla sin rompernos. Es miedo, sí, pero también es dolor. Y ambas cosas pueden paralizarnos.

Aprieto la mandíbula. No quiero justificarme más. Ya me he pasado demasiados meses haciéndolo.

—Pero Diana no tuvo tiempo —replico con un hilo de voz—.Tuvo que abortar y cargar con ello… sola mientras yo estaba bebiendo en una fiesta o liándome con alguna chica en una discoteca. No sé cómo no odiarme sabiendo eso.

—¿Y qué harías con todo esto que estás sintiendo si la tuvieras delante? —pregunta Gema como si me tendiera una cuerda.

La pregunta me golpea en el pecho. Me imagino a Diana delante de mí, seria, con el pelo echado a un lado, sus ojos arena entornados y los brazos cruzados.

—Le diría que lo siento mucho, muchísimo. Que no sabía nada y que entiendo que no me lo contara, teniendo en cuenta cómo me comporté cuando la dejé. Que incumplí mi promesa, que la volví a tratar como le juré que no lo haría. —Intento controlar mis lágrimas —. La abrazaría, le preguntaría cómo se sintió. Le confesaría que la

quiero, que he pensado en ella todos los días y que sigo haciéndolo más de medio año después. Le pediría perdón, sin excusas, aunque no sé si ella podría perdonarme…

—Eso no lo puedes dictaminar tú. Puedes intentar que te perdone, pero hacerlo o no solo depende de Diana. Lo que tú sí puedes hacer es perdonarte a ti mismo.

Asiento sin mirarla y trago saliva. La frase se me clava hondo. Perdonarme a mí mismo. No tengo ni idea de por dónde empezar con eso.

—¿Y cómo se hace algo así? —pregunto en voz baja, más para mí que para Gema—. ¿Cómo se puede perdonar uno a sí mismo si ha fallado a quien más le importaba?

No responde de inmediato. Se inclina hacia delante, entrelaza las manos y apoya los antebrazos en las rodillas. Su mirada se vuelve más suave y más íntima.

—Empieza por reconocer el daño, por examinar cómo te has comportado con ella y qué hiciste que podías haber hecho mejor… Nombra las cosas que le hicieron daño, siéntelas, no escapes de ellas… Y después… permítete cambiar. No para cambiar lo que ya pasó, porque eso no se puede, sino para que no vuelva a suceder. Para que el dolor te transforme en alguien más consciente, más presente, más capaz de estar sin huir.

Sus palabras no me consuelan, pero hay algo en ellas que hace que pueda respirar un poco más hondo.

—A lo mejor ya es tarde para hablarlo con ella, no ha querido escucharme las veces que lo he intentado. Ya lo he comentado en otras sesiones. Ya no quiere saber nada de mí.

—Puede ser —responde sin rodeos—. Y, si es así, tendrás que aceptar ese silencio. No como castigo, sino como consecuencia. A veces no tenemos derecho a la conversación que deseamos por

mucho que la necesitemos.

Eso me duele. Me remueve. Aunque también lo entiendo.

CAPÍTULO 47

13 de abril, sábado

La entrada huele a desinfectante y fruta pasada. Salgo del ascensor con las manos en los bolsillos y el paso lento. Me detengo un momento frente al cartel que señala las habitaciones: Oncología. Habitaciones 1.400 a 1.420.

Avanzo por el pasillo. A mi derecha, una enfermera empuja una silla de ruedas ocupada por un hombre con los ojos hundidos. A mi izquierda, en el pasillo, una mujer mayor duerme sentada junto a una camilla, con la cabeza caída sobre el pecho. Todo se mueve despacio, como si el tiempo fuera más denso en este lugar.

Abro lentamente la puerta de la 1.416. Candela me mira desde el sillón, lleva su melena rubia trenzada. Le hago un gesto con la cabeza para que salga conmigo al pasillo.

—¿Cómo has dormido? —Coloco una mano en su hombro cuando cierra la puerta.

—Bien… Bueno, todo lo bien que se puede dormir en ese sillón. He escrito a Lorenzo por si cambiaba de idea y quería venir a visitarlo.

Sé perfectamente que ni Candela, ni yo, ni un milagro va a conseguir que nuestro hermano venga.

—¿Qué te ha contestado?

—Que no puede, que está muy liado —exhala.

La rodeo con el brazo y le doy un beso en la sien.

—Ya te conté lo que me dijo en febrero. No va a venir, Candela, sácate eso de la cabeza. Te lo digo para que no mantengas ninguna esperanza.

—Lo sé, lo hago más por papá que por otra cosa. Ayer me preguntó por él.

Aprieto la mandíbula. A mí también me ha preguntado por Lorenzo.

—Bueno, ve a casa a descansar, ¿vale?

—No quiero ser pesada, pero deberías explicarme de una vez qué pasa.

—Lo hablaremos más adelante, cuando papá esté mejor y estemos menos estresados —me excuso, sabiendo que nuestro padre no va a salir de esta—. Mamá y yo te lo contaremos todo, te lo prometí y lo voy a cumplir.

Mi hermana asiente. Juntos, entramos en la habitación y veo que mi padre sigue dormido. Candela coge su bolsa, me da un beso en la mejilla y se va. Entonces cierro la puerta y me siento en el sillón.

Me fijo en el rostro de mi padre. Tiene la cara más amarillenta que el jueves, que fue la última vez que lo vi.

Saco el móvil del bolsillo, entro en el buscador y tecleo «cáncer de páncreas estadio IV». Empiezo a leer los resultados que me salen, desde un artículo médico hasta un vlog de un enfermo que cuenta su experiencia. Luego leo un reportaje que habla de las probabilidades de supervivencia.

Bloqueo el móvil al escuchar que mi padre se mueve. Me levanto del sillón y me acerco a la camilla.

—Hola —le saludo en voz baja.

—Felipe… —contesta con una media sonrisa.

—¿Tienes sed?

Asiente. Le acerco el vaso con la pajita con cuidado. Toma un sorbo corto, casi simbólico, y se recuesta de nuevo, cerrando los ojos un instante.

—¿Candela se ha ido? —pregunta sin abrirlos.

—Sí. Se ha ido a casa a descansar.

Asiente con un leve movimiento de cabeza. Por un momento, creo que va a volver a dormirse, pero, en lugar de eso, gira ligeramente el rostro hacia mí.

—Es muy buena.

—Sí que lo es.

Silencio. Podría llenarlo con que no se merece a mi hermana o algún otro reproche, pero no digo nada. Él tampoco. Me vuelvo a sentar en el sillón, cojo el móvil de nuevo y abro el correo del trabajo para revisar un guion que tengo pendiente.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a Florencia? —me pregunta con torpeza—. ¿Cuando visitamos el Duomo?

Parpadeo, un poco desconcertado. No esperaba eso. Asiento con la cabeza, aunque él no me ve porque continúa con los párpados bajados.

—Nunca voy a olvidar las escaleras de ese sitio —recuerdo con una media sonrisa que no llega a ser cómoda.

—Me acuerdo de que nadie quería subir a la cúpula, pero tú te empeñaste en que no nos podíamos ir sin hacerlo.

—Bueno, es que ya que habíamos ido hasta allí teníamos que hacerlo. —Me levanto del sillón de nuevo—. Dijiste que era una locura, que íbamos a morir de un infarto por subir todos esos escalones con ese calor.

—Lo era. Pero tú ibas como un rayo, todo emocionado. Ibas contando los escalones en voz alta para asegurarte de que había cuatrocientos sesenta y tres.

Sonrío al ver que no ha olvidado el número de escalones ni mi obsesión por comprobar si, en realidad, había tantos como nos habían dicho.

—Me acuerdo de que mamá no paraba de abanicarte porque te tocó subir a Candela en brazos.

—Agosto en una ciudad italiana sin mar… Los culpables fuimos tu madre y yo por organizar ese viaje.

—Recuerdo que, cuando llegamos arriba del todo, tuve vértigo y me mareé. Me puse blanco como la nieve y Lorenzo no paraba de reírse de mí.

Papá se ríe con la voz ronca, y yo también suelto alguna carcajada. Recordar nuestro viaje de Florencia hace que la nostalgia me invada. Por un momento, vuelvo a ser ese niño inocente.

¿Por qué mi padre tuvo que joderlo todo?

—Sigo pensando que te lo inventaste para que te compráramos un helado de fresa cuando bajamos —bromea.

—Pues funcionó. —Me encojo de hombros.

—Te lo merecías. Subiste muy rápido.

Mi padre abre los ojos y se queda mirando al techo. Los tiene algo vidriosos, pero tranquilos.

—Fue un buen día, Felipe.

—Sí —respondo, y me sorprendo diciendo la verdad sin esfuerzo —. Fue un buen día.

Sonríe, muy levemente, de forma casi imperceptible. Se queda en silencio unos segundos más, respirando con dificultad. Luego gira un poco la cabeza hacia mí.

—Me voy a ir pronto. Lo noto —confiesa con una voz neutra.

Me quedo en silencio, sin saber muy bien qué decir. Supongo que debería animarlo a no pensar así, contarle que los médicos nos dijeron que pueden alargarle la vida hasta casi un año. Pero no me

sale, simplemente me quedo mirándolo en silencio. Yo también soy consciente de que le queda poco.

—Nunca hemos hablado del tema tú y yo —cambia el rumbo de la conversación.

—¿Crees que a estas alturas hace falta? —Me arremango la camiseta, nervioso.

—No, seguramente no, nada de lo que te diga te va a valer. Tampoco le valió a tu hermano.

—¿Cómo esperabas que le valiera? No hay excusa que lo pueda justificar.

—Quizá tienes razón. No quiero discutir, no me encuentro muy bien.

Aprieto la mandíbula. Me parece fatal que saque el tema de una manera tan cobarde, sabiendo que no voy a alzar la voz ni a recriminarle nada en su estado.

—Solo quería decirte —continúa— que te quiero mucho, igual que quiero a Candela y a Lorenzo. Igual que quiero a tu madre. Seguramente, hace tiempo que tú ya no sientas afecto hacia mí, pero quiero que sepas que has sido un hijo querido por su padre, siempre, aunque no habláramos, aunque me evitaras.

Miro al suelo, pensativo. Es extraño escucharlo decir eso ahora.

—¿Quieres que te perdone? ¿Que, de algún modo, te absuelva? —Alzo las cejas.

—No, sé que eso es pedir demasiado, por eso nunca lo he hecho. Es obvio que no me vas a perdonar. Tampoco te voy a pedir que cuides de mamá y de Candela cuando yo ya no esté, porque ya sé que lo vas a hacer. Seremos unos extraños en muchas cosas, pero te crie y te conozco bien. Sé que te cuesta soltar el rencor y que a veces no eres honesto, pero tienes coraje y siempre cuidas de los tuyos.

Cierro los ojos un segundo. Siento una punzada en el estómago; no sé si es tristeza, rabia o ambas cosas al mismo tiempo.

—También quiero agradecerte que me hayas venido a ver, Felipe, que hayas pasado noches en esa piedra. —Señala el sillón con un leve movimiento de cabeza—. Sé que lo has hecho más por Candela y por tu madre que por mí, pero me basta y me sobra. Te quiero mucho, hijo, de verdad. Espero que tengas una vida feliz, eres merecedor de ella.

No sé si es porque mi vida está patas arriba o porque el sentimiento de culpabilidad reconcome mi alma, pero que me haya dicho que me merezco ser feliz hace que me entren ganas de llorar. Me quedo quieto y respiro hondo para controlar ese impulso de derramar lágrimas. Hace mucho que no siento eso que mi padre me desea: felicidad. Todo es muy gris últimamente, y me he sumergido en ese color como si la vida no pudiera tener otras tonalidades. Desde hace meses, no veo otro color.

—No sé si voy a tener una vida feliz, papá —respondo al cabo de unos segundos—. Pero voy a intentarlo.

CAPÍTULO 48

20 de abril, sábado

Todo parece diseñado para que parezca informal, pero a simple vista se nota que se han dejado dinero en esto. Cada centro de mesa es una especie de escultura floral desproporcionada. Hay camareros uniformados con pinta de haber alcanzado la mayoría de edad recientemente paseando con bandejas de copas de vino y canapés.

Veo a un grupo en el jardín ya bebiendo copas. Miro la hora en el móvil, las diez de la noche. Detrás de ellos, hay un escenario pequeño, con unos altavoces y un micrófono preparado, supongo que para los discursos. También hay una pantalla gigante con el logo de la empresa y el número treinta en números dorados.

Vuelvo mi vista al interior del restaurante, todo decorado en tonos dorados y blancos. Somos unos cien invitados: los hombres vamos trajeados y las mujeres lucen vestidos y tacones. Hace mucho tiempo que no voy a una boda, pero estoy seguro de que se asemeja bastante a esto. La diferencia es que aquí no quieres a los protagonistas, porque no son ni tus familiares, ni tus amigos. Son tus jefes.

Alfonso Espinosa, bastante majo o, al menos, decente, es el director de la cadena. No le he visto alzar la voz nunca a nadie. Controla todo lo que tiene que ver con la actividad de la televisión: lo que se cubre, lo que se relata y cómo hacerlo. Admiro su

determinación serena, al igual que también admiro que haya aceptado su alopecia y vaya rapado.

No todos tienen agallas para eso.

Sebastian Calloway, director financiero. Todo lo que sé de él me lo ha dicho mi madre, que a su vez lo sabe por lo que le ha contado mi padre. Supongo que, como mi padre es inversor de la empresa, han tratado bastante. No he hablado mucho con él, ya que no suele venir a las oficinas. Y, cuando lo hace, se encierra en su despacho, pero fue él quien me enchufó, así que me imagino que no es mal tipo. Fui a cenar con él y con mi padre una vez, pero yo tuve un papel de figurante mudo, fueron ellos los que estuvieron hablando todo el rato. Entre Tristán de Mendoza y Sebastian Calloway había mucha complicidad. Al final del encuentro, nos dimos un apretón de manos y me dijo con un acento inglés bastante marcado que ese mismo lunes empezaba. Fue un éxito, no tuve ni que mandarle el currículum.

Rafael Ponce de León, como él dice, «gestiona el capital humano de la empresa», me alegro de no haber tenido que pasar por él para que me cogieran. Es un tío muy duro, a este sí que le he visto alzar la voz; bueno, más bien gritar. Tanto él como yo hemos tenido la suerte de que no haya descargado la ira sobre mí en ningún momento de estos últimos cuatro años, porque sé cómo yo hubiera reaccionado y estoy seguro de que hoy estaría en el paro, pero él estaría con la mandíbula fracturada. Se nota cuando coge manía a alguien porque no para de gritarle y humillarle públicamente, día tras día. Su trabajo básicamente se basa en contratar y despedir, pero lo último no lo hace mucho, porque, cuando quiere quitarse a alguien de en medio, hace lo posible para que ese alguien acabe dimitiendo. No me cae bien, está claro, pero conmigo siempre ha sido cordial, incluso simpático. Así que, mientras que Rafael no me

haga la vida imposible y yo no cambie de trabajo, tendré que mantener una cordialidad forzada con él.

Me acerco a una de las mesas altas del jardín y dejo ahí la cerveza.

—¿Cómo lo llevas? —escucho a mis espaldas.

Giro la cabeza y veo a Adriana. Para esta ocasión, lleva un vestido morado y un chal a juego y se ha recogido su pelo moreno en una coleta apretada que deja al descubierto sus orejas repletas de pendientes plateados. Deposita su bolso y una cerveza en la mesa y fija su mirada en el interior del restaurante.

—Me voy dentro de media hora, ya he estado el tiempo suficiente para no quedar mal con nadie —digo en tono cansado.

—¿Tienes que ir al hospital? —pregunta con suavidad.

—No, hoy no, pero estas cosas no me van. Ya he escuchado mil veces que somos una gran familia y que es un hito legendario que la empresa lleve treinta años informando con rigurosidad. Además, llevo aquí dos horas. Si me quedo otras dos, voy a arrasar con la barra libre para sobrellevarlo y tengo que conducir. Así que no me queda otra que irme.

Adriana se ríe mientras se recoloca el chal en los hombros. Mientras, dejo la cerveza a un lado para fumar un poco.

—¿Quieres un cigarro, Adriana? —le pregunto sacando el paquete del bolsillo de mis pantalones.

—Ya sabes que no fumo.

—Yo sí. —Rafael se acerca a nosotros.

Estiro el brazo hacia él con el paquete abierto. Coge un cigarrillo mientras se pasa la otra mano por su bigote canoso.

—Me voy dentro que hace un poco de frío —dice Adriana.

—Antes de irme te busco —le digo cuando ella empieza a andar hacia el interior.

Rafael saca un mechero del bolsillo de su americana beige y enciende su cigarro mientras dirige su mirada hacia Adriana.

—No me extraña que tenga frío con ese vestido, va medio desnuda. Podría ponérselo para venir a trabajar. ¿No te parece? —Ladea la cabeza—. Solo me había fijado en las tetas, pero no hay que desmerecerle el culo tampoco.

Lo miro sin decir nada, me pongo el cigarrillo en los labios e inhalo. Yo le saco dos cabezas y él me saca treinta años, podría tumbarle con media bofetada, pero me parece demasiado lío. Rafael nota que estoy incómodo y se ríe por lo bajo antes de dar otra calada y mirar hacia el grupo que se arremolina en torno a la barra de cócteles.

—¿Y tú qué tal, Mendoza? ¿Contento en el equipo?

—Sí, lo normal. —Asiento mientras exhalo el humo.

—Eso está bien. Si uno no se queja demasiado, es que no hay que cambiar nada.

Lo dice como si fuera una filosofía de vida. O una amenaza. Le doy otra calada al cigarrillo.

—Tú te llevas bien con Espinosa, ¿no? —pregunta entornando los ojos.

—Sí, nos entendemos.

—Claro. Él es más… diplomático —dice, y sonríe como si acabara de contar un chiste privado.

—¿Con diplomático te refieres a decoroso? —pregunto sujetando el cigarro con el dedo índice y el pulgar cerca de mi boca.

Rafael suelta una risa seca, apenas un gruñido.

—No, hombre, decoroso no. Digo diplomático porque seguro que se guarda lo que piensa.

Le sostengo la mirada mientras doy una última calada. El cigarrillo ya se consume solo, casi en la yema de mis dedos.

—¿Crees que él también se imagina a chicas de diecinueve años desnudas? —le pregunto entornando los ojos y arqueando las cejas.

Rafael tarda un segundo en responder, como si no esperara que le devolvieran la pelota. Después sonríe, pero ya no es una sonrisa completa. Es más bien una línea torcida, apretada en una esquina de la boca.

—Creo que te crees más listo de lo que eres —dice, sin mirarme del todo.

Tira el cigarro al suelo y lo pisa, más rápido de lo necesario. Se alisa el pantalón con las manos, como si eso le ayudara a recuperar el control.

—Pero deberías aprender cuándo callarte. No por mí —añade, levantando la vista—. Por ti.

—Sí, creo que fue en febrero, ¿no? Nos mandaste un mail aconsejándonos guardar silencio por nuestro bien, para no crear «conflictos inexistentes» en el entorno de trabajo —digo haciendo las comillas con los dedos.

Ladea la cabeza y hace un ruido rechinando los dientes. El aire huele a césped mojado y humo. Desde dentro, llega un aplauso disperso: ha empezado algún discurso. Rafael gira la cabeza hacia el restaurante, y pienso que va a usarlo de excusa para irse, pero se queda.

—Tienes un poco de talento, y muchos contactos, Mendoza. Todos sabemos cómo entraste aquí y quién es tu padre. Puedes usarlo a tu favor…, a no ser que te conviertas en un problema —dice como si estuviera concediéndome su gracia al advertirme.

—Gracias por el consejo, ya veré si lo tengo en cuenta.

Me observa sin hablar y luego se alisa el pantalón otra vez, casi por inercia. En ese momento, cesan los aplausos dentro del local y queda solo el murmullo bajo la música. Se pasa la lengua por los

labios y da un paso hacia mí.

—Me caes bien, Mendoza, ten cuidado.

Hay un toque afilado en sus palabras. Me mira un par de segundos más y se va. Le doy un sorbo a mi cerveza mientras intento relajarme. Le debería haber dado la bofetada, habría sido más conciso y efectivo. Ha sido suficiente señal para reafirmarme que ya hace rato que tendría que haberme ido.

Entro en el restaurante para despedirme. Nada más hacerlo, me encuentro a Víctor y se le derrama un poco del contenido de su vaso sobre mis pantalones. Llego a la conclusión de que ha bebido más de dos o tres copas. Después de unos segundos esquivando a gente, localizo a Adriana hablando con Alfonso al fondo. Me despido de ambos, y él me agradece que haya hecho un hueco para venir dada mi situación. Ella me da dos besos y me pide que le avise cuando llegue a casa.

Subo las escaleras, el silencio de la planta de arriba contrasta con el ruido de abajo. Solo está encendida una lucecita al lado de los baños que se encuentran al fondo de la gran sala. Voy a coger la manecilla cuando la puerta se abre y veo a una chica morena, tiene los ojos húmedos, a lo mejor está borracha y ha ido a vomitar. Debe de haber entrado en la empresa hace poco, no me suena haber coincidido con ella, la miro extrañado.

—Creo que te has equivocado, este es el de chicos —le digo señalando el cartel colgado en la puerta.

—Ay, sí… —dice mirando el letrero—. Ni me había fijado, perdona.

—Nada, no te preocupes —le digo sonriendo.

Me aparto para dejarla salir. El baño es grande con azulejos blancos que reflejan la luz suave de la lámpara de cristales del techo, hay un espejo que debe medir tres metros de ancho y cuatro cubículos negros al fondo.

Observo la enorme mancha a la altura de mi muslo, me acerco a uno de los cuatro lavabos que hay sobre una encimera de madera oscura y empiezo a frotar la mancha.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —dice alguien saliendo de uno de los cubículos. Por el acento ya sé quién es.

—Hola, Sebastian —saludo, levantando la cabeza para mirarlo a través del espejo—. Me han tirado una copa y estoy intentando arreglarlo un poco.

—La próxima vez no pondremos barra libre —dice acercándose a mí—, son todos unos putos borrachos. Pero, pensándolo bien, ¿bajamos y les seguimos el ritmo?

Se me hace muy raro, siempre que hemos coincidido en las oficinas se muestra formal; cordial, pero serio. Sin embargo, a la que lo sacas de ahí, se transforma, parece otra persona. Es algo que he observado desde que empecé a trabajar en la compañía. El tío parece cambiar en todos los eventos, pero yo no me acabo de acostumbrar, es como tratar con dos personas que habitan el mismo cuerpo, y nunca sabes con cuál puedes estar hablando.

—No —digo riéndome—, me tengo que ir.

—Claro, lo entiendo —dice abriendo los ojos como si hubiera caído en la cuenta de algo—. Saluda a tu padre de mi parte. Espero que se mejore. Dile que le invitaré a una mariscada en cuanto se recupere.

—Se lo diré, no te preocupes.

Me da un abrazo que me pilla de sorpresa. Se aparta y pone sus manos encima de mis hombros.

—Eres fuerte —dice alzando la voz.

Me da un beso en la frente y sale por la puerta mientras yo me quedo petrificado, riéndome. Solo necesitas un par de copas para convertir a un cíborg en la tía abuela que ves una vez cada dos años.

CAPÍTULO 49

30 de abril, martes

Me estiro en el sofá, cojo el mando del televisor y empiezo a cambiar de canal hasta que encuentro un documental. Un hombre de unos cuarenta años explica la fisionomía de un pulpo mientras lo enseña. Según comenta, tiene un pico similar al de los loros y suelen morir unos meses después de aparearse.

En ese momento, mi móvil vibra sobre la mesa que hay delante del sofá. Es un mensaje de mi amigo Diego.

19.47: Mañana iré al gimnasio a las 9.

¿Te vienes?

Entro en la aplicación del calendario que tengo en el móvil para comprobar qué turno tengo en el trabajo mañana. Entro en la redacción a las doce.

Sí, pásame a buscar.

Estiro el brazo para dejar el móvil encima de la mesa cuando vibra otra vez en mi mano. Una notificación de la galería me envía unas fotografías que hice tal día como hoy, pero hace tres años. Pulso y me salta una imagen de Diana en el Retiro con la boca abierta, con

la estatua de Juana I de Castilla de fondo. Me acuerdo perfectamente de ese día porque fue cuando me di cuenta de que estaba enamorado de ella hasta las trancas.

Ese 30 de abril de hace tres años había pasado a recogerla. Cruzamos Gran Vía, Cibeles y la Puerta de Alcalá cogidos de la mano y besándonos. Me resultaba imposible pasar un minuto cerca de Diana sin tocarla.

Ya en el Retiro, paseamos hasta que llegamos a esa estatua. Ella me empezó a explicar la historia de Juana I de Castilla. Me contó que la apodaron Juana la Loca injustamente y que todos los hombres de su vida, su padre, su marido e incluso su hijo, la maltrataron. Me dijo que Juana I de Castilla estuvo cuarenta y seis años encerrada y que ella opinaba que la tendrían que declarar mártir con lo católica que era. Yo la escuché atentamente, me parecía interesante lo que contaba.

Aun así, no podía parar de fijarme en lo guapa que estaba, en la pasión que ponía al contármelo, en cómo fruncía el ceño y se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja. Sentía unas ganas irrefrenables de besarla mientras hablaba, pero Diana me apartaba con la mano diciéndome que ahora llegaba lo importante en la historia de Juana la Loca. Me di cuenta de que quería que me explicara cosas sobre todas las estatuas de Madrid, quería escucharla hablar sobre cualquier tema todos los días, me quería fundir con ella; me di cuenta de que, con ella, el contacto físico no era suficiente.

Acaricio con el pulgar la foto. Diana me rogó que la borrara porque, según ella, salía muy fea, yo le dije que nunca la iba a borrar, que no la había visto tan guapa en mi vida.

Justo una semana después, le pedí que quedáramos delante de esa misma estatua a las siete de la tarde. Ella no lo sabe, pero me

planté ahí veinte minutos antes de lo nervioso que estaba. Recuerdo que la gente que pasaba por mi lado sonreía al verme con un ramo de flores. Tulipanes rosas, sus favoritas. Había escrito a Teresa para averiguarlo y sorprenderla.

Diana se puso a llorar cuando se las di. Me asusté pensando que algo iba mal, pero me dijo que lloraba porque estaba muy feliz. Nunca un chico le había regalado flores antes.

Me declaré al oído, abrazado a ella. Tenía miedo de que notara que me temblaban las manos. Ella me contestó que también me quería. Después de eso, fuimos a su casa y puso las flores en un jarrón con agua. Arrancó el pétalo de uno de los tulipanes y lo metió en una caja para guardarlo de recuerdo. Dijo que así siempre se acordaría de la primera vez que le había comprado flores. Eso me hizo sonreír, y entonces ella se acercó y me dio un beso en cada uno de mis hoyuelos. Siempre lo hacía; igual que yo siempre le besaba la nariz.

Teníamos nuestros rituales, como cada pareja, supongo. Trago saliva al recordarlos. Intentábamos ir al cine todos los miércoles. Cuando estábamos en público, escribíamos un «te quiero» rozando un dedo contra la palma de la mano del otro porque a ella le daba un poco de vergüenza decírmelo. Siempre que me quedaba a dormir en su casa, le dejaba alguna nota escondida. También buscábamos cosas que se parecieran al color de nuestros ojos; los suyos son como la arena de la playa más bonita del mundo, y los míos, como las hojas de los árboles en primavera.

Se me cae el móvil en la cara y eso me hace volver al presente. Me da en un diente porque estaba sonriendo como un imbécil viendo las fotos. Me fijo en el televisor; el documental ha seguido su curso sin mí. El pulpo ya no está en pantalla, ahora hay imágenes submarinas, con peces que parecen flotar a cámara lenta.

Dejo el teléfono en la mesa, esta vez de verdad, y me quedo dormido. Al cabo de un rato, la vibración del móvil interrumpe mi siesta y hace que me despierte sobresaltado. Lo cojo. Es Candela quien me está llamando.

—Dime —respondo con voz somnolienta.

—Tienes que venir al hospital.

—¿Estás cansada y quieres venir a casa?

—No… —Hace un breve silencio que me pone en alerta—. Papá ha tenido un fallo multiorgánico, se lo han llevado a la UCI.

Cierro los ojos. Me paso la mano por la cara con fuerza, como si eso sirviera de algo.

—Voy para allá —digo, y cuelgo sin esperar respuesta.

ABRIL
DOS AÑOS ANTES

—¿A ti qué te ha salido? —me dice mirando la pantalla de mi móvil.

—Tú primero —digo poniendo el teléfono boca abajo.

Ella arruga la nariz haciendo una mueca.

—Regalos —susurra—. Aunque el segundo que me sale es tiempo de calidad y está muy cerca del primero.

Asiente con la cabeza como si estuviera justificándose.

—O sea que solo estás conmigo para que te compre cosas… Vaya —digo riéndome.

—No es verdad. —Pone los ojos en blanco—. Me gustan los detalles, y no tienen que ser materiales. ¿Cuál es el tuyo?

Agarro el móvil, lo miro medio segundo y luego lo dejo de nuevo boca abajo.

—Contacto físico.

Sonríe. De esas sonrisas que se le escapan antes de pensar.

—Lo sabía —dice, como si acabara de ganar un concurso.

—¿Por qué lo sabías?

—Porque me tocas el brazo incluso cuando solo me estás preguntando la hora. Eres un pulpo. Es decir, que solo estás conmigo para hacerlo —concluye, ladeando la cabeza, con esa sonrisa burlona que le sale cuando sabe perfectamente que me va a picar.

—Exacto, me has pillado. Llevo más de un año contigo para que me dejes meterte mano cuando pasamos la ITV del test del amor —le respondo, cruzando los brazos como si estuviera indignado.

—Eres idiota —responde, riéndose y sin quitarme la vista de encima.

Agarro una de las patas de su silla y la acerco hacia mí.

—Y tú una interesada —le digo, besándole la nariz.

Me mira con una mezcla de ternura y burla contenida.

—Interesada no. Selectiva —responde—. No me valen regalos de cualquiera.

—Ah, ¿no? Qué exigente…

—Bastante. Solo acepto cosas de tíos que me hacen reír y me calientan las manos cuando hace frío.

—Menos mal que cumplo con el perfil —contesto, acercando mi frente a la suya.

—De momento… —susurra, alzando una ceja.

—¿Eso es una amenaza? —pregunto, y me alejo un poco.

—Eso es una advertencia —responde, pero sonríe justo después, como siempre hace cuando se le escapa el personaje.

—Bueno, mientras me sigas dejando dormir abrazado a ti, para mí tú cumples con el perfil. Aunque no sé si cuando llegue el verano continuarás dejándome hacer lo mismo. Me acuerdo de que el pasado me apartabas todo el rato. A lo mejor no me sentiré querido entonces —añado fingiendo dramatismo.

Ella se ríe y se muerde el labio.

—Pobrecito —responde con una mueca burlona—. El gran Mendoza fue rechazado por una ola de calor.

—Es muy grave. Deberías tenerlo en cuenta. El contacto físico no tiene estacionalidad. Yo funciono por contrato anual.

—¿Contrato anual? ¿Y qué pasa si el proveedor de abrazos no puede cumplir con la demanda cuando hay treinta y cinco grados por la noche?

—Se le quiere más aún por su compromiso y entrega —respondo, y me acerco como si fuera a abrazarla.

Ella se ríe e intenta apartarme, pero yo le rodeo la cintura y me apoyo en su hombro.

—¿Ves? Esto —digo muy serio—. Esto es vital. Si en verano me niegas tus abrazos, creo que podría enfermar.

Ella se ríe de nuevo; esta vez a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás.

—Tendrás que correr el riesgo de ponerte malo, mi amor, yo no voy a estar todo el verano sofocada por la noche.

Me mira levantando el mentón de forma orgullosa, y yo enarco una ceja mientras establecemos contacto visual unos segundos. Lanzo mis manos a sus costillas para hacerle cosquillas y ella me pide que pare, pero no puedo, me encanta tener las manos encima de ella, y más si la hago enfadar un poco.

MAYO

CAPÍTULO 50

4 de mayo, viernes

Bajamos del coche. Guille cierra la puerta mientras yo empiezo a andar. Me coge del brazo para subir las escaleras. Dentro, la iglesia huele a cera y a flores frescas. La construcción es fría y enorme, con techos altos y vitrales de colores que no brillan porque el cielo está completamente nublado.

El ataúd está frente al altar, rodeado de coronas. Caminamos por un lateral y nos sentamos en uno de los últimos bancos. Hay mucha gente. Desde donde estamos apenas se les ve las caras a los de la primera fila. Pero atisbo que está ahí. Se inclina hacia su madre cuando alguien se le acerca a dar el pésame antes de la misa. Candela está al otro lado. Lleva su melena rubia atada en una coleta.

Me alegro de que Guille, nada más contárselo, quisiera acompañarme. Me tranquiliza tenerlo a mi lado. Es extraño ir al funeral de tu exsuegro. No traté mucho con él, Feli siempre evitaba que coincidiéramos, una vez me contó el por qué, lo entendí todo.

El cura habla de despedidas, de vida eterna, de paz. Su voz se funde con el murmullo de los bancos que crujen, de toses ahogadas, de gente que se recoloca en sus asientos, incómoda. La ceremonia avanza en cámara lenta. En un momento dado, Candela se levanta y se coloca detrás del atril. Hace solo unos meses que no la veo pero

está diferente, mucho más adulta, alta, esbelta, se parece muchísimo a Felipe pero es clavada a su madre. Lleva un papel en la mano. La voz le tiembla al principio, pero luego se agarra a las palabras como si fueran lo único que la sostienen.

Habla de su padre. De que le enseñó a montar en bici. Dice que lo admiraba y lo quería, que era muy trabajador, que siempre se lo encontraba despierto leyendo el periódico cuando ella llegaba de fiesta, porque quería asegurarse de que había llegado a casa sana y salva. Al final, su voz se quiebra cuando dice que los dieciocho años que compartieron estuvieron repletos de amor, comprensión y afecto y que le habría gustado tener más tiempo con él.

Yo bajo la mirada. Me aprieto los dedos. Alguna que otra lágrima cae por mis mejillas. Cuando la ceremonia termina, la gente empieza a moverse. Unos se acercan al altar, otros se dirigen a la salida. Yo me quedo sentada. Guille está a mi lado, esperando que le diga qué quiero hacer. Si quiero acercarme o si prefiero irme. Levanto la vista, veo a Blanca, la madre de Felipe, llorando, y se me encoge el corazón.

—¿Podemos acercarnos un momento? —le pregunto a mi amigo.

—Podemos hacer lo que quieras.

Guille me envuelve con su brazo izquierdo para darme su apoyo. Asiento despacio ante su propuesta y me limpio las mejillas con el dorso de la mano antes de levantarme. Él se mantiene a mi lado, discreto, dándome ese espacio silencioso que siempre sabe encontrar. Caminamos entre los bancos, cada vez más vacíos. De pronto, noto que alguien me toca el brazo. Son Tomás y Mateo.

—Hola, chicos.

Me acerco para darles dos besos y Guille les ofrece la mano.

—No sabíamos que ibas a venir —musita Tomás, con una mirada entre sorprendida y cálida.

—Yo tampoco. No sabía que estaba enfermo hasta ayer que Blanca me envió un mensaje —respondo.

Mateo asiente con los labios apretados. Se nota que también está afectado, supongo que esta situación es rara para todos los que somos o hemos sido cercanos a Felipe.

—Nos alegramos de verte —dice, y por un segundo parece que va a añadir algo más, pero se lo traga.

—Gracias —contesto simplemente, consciente de que no es el momento ni el lugar para profundizar.

Nos despedimos con un gesto leve y seguimos caminando hasta donde están Blanca, Candela y Felipe. Cuando estamos cerca, Blanca levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran. No hace falta que diga nada, tiene la mirada cansada y ha adelgazado mucho desde que la vi por última vez. Da un paso hacia mí.

—Diana… —Su voz es apenas un susurro, pero está cargada de calidez. Me abraza fuerte antes de que pueda pensarlo demasiado—. Gracias por venir.

—Lo siento muchísimo, Blanca. —Me separo un poco para poder mirarla a los ojos—. Cualquier cosa que necesitéis…

—Ya lo sé, cariño, muchas gracias. Tendrías que venir a casa un día de estos para ponernos al día.

Que Blanca en esta situación, cuando, además, yo ya no soy la novia de su hijo, siga siendo tan afectuosa y me tenga tanto cariño me conmueve. Siempre nos llevamos muy bien, hacíamos planes solas o con Candela, me incluía, me hacía sentir una más de su familia.

—Cuando quieras.

Me vuelvo hacia Candela, que está hablando con familiares. Me acerco y le toco el brazo con cuidado. Cuando me ve, sus ojos se iluminan ligeramente a pesar de la tristeza. Nos abrazamos al

instante.

—Me alegra mucho que hayas venido, Diana —murmura.

—Lo has hecho muy bien.

Candela asiente despacio. Nos mecemos entre nuestros brazos un poco más, en silencio, antes de separarnos.

—Voy a estar bien —afirma, más para sí misma que para mí, y yo le acaricio la mano con suavidad.

—Sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa.

Vuelve a asentir y nos abrazamos de nuevo. Se separa despacio y se limpia las mejillas con el dorso de la mano. Después esboza una sonrisa diminuta, como si no le saliera del todo, pero quisiera regalármela igual.

—Quedamos pronto —me promete, antes de dirigirse hacia una señora mayor que la llama por su nombre.

Me quedo quieta un segundo, intentando reunir las fuerzas necesarias para lo que viene. Guille, que había permanecido todo el rato a mi lado, ya no está conmigo. Solo me hace falta girar un poco la cabeza para comprobar que se ha ido al otro lado de la fila de bancos. Está hablando con Felipe. Doy un paso hacia ellos y Felipe posa sus ojos verdes sobre mí. El corazón se me acelera… Lleva un traje negro y el pelo más corto que la última vez que nos vimos, aunque sigue peinándose el flequillo para atrás.

Avanzo despacio. No digo nada. Él tampoco. Solo nos miramos. Hay un temblor contenido en sus ojos. Le abrazo en silencio y entierro la cara en su hombro. Noto cómo sus brazos se colocan en mi espalda y me estrechan contra él con afecto. Nos quedamos así unos segundos, sin hablar, bajo la atenta mirada de Guille. Nos estrechamos con fuerza, como si los meses de silencio, de distancia y de dolor pudieran borrarse con ese gesto mudo. Cierro los ojos y siento que su respiración empieza a agitarse junto a mi oído. Su

pecho sube y baja, ha empezado a llorar.

Cuando nos separamos, lo hacemos despacio, como si ambos temiéramos romper algo más frágil que el cristal.

—Has venido —pronuncia mientras yo le seco las lágrimas con el pulgar.

—Me voy al coche —me dice Guille. Después abraza a Felipe para despedirse y él le da unas palmadas en la espalda—. Lo siento mucho, tío.

—Gracias por haber venido, Guille.

Acto seguido, mi amigo cruza la iglesia hacia la salida y Felipe vuelve su mirada hacia mí. Yo sonrío con tristeza mientras le tomo la mano. Como respuesta por el contacto, le vuelve a caer una lágrima por la mejilla.

—¿Quieres que nos sentemos? —Señala la hilera de bancos con la cabeza.

—Claro —le contesto.

Mi ex hace un gesto con la mano para que pase antes que él y ambos nos sentamos. Apoyo una mano sobre su hombro a la vez que él se seca los ojos con el dorso de la mano. Entonces respira hondo tratando de contener sus emociones, que ya han empezado a desbordarse. Tiene la mirada perdida en algún punto entre el altar y las vidrieras que decoran las paredes de la iglesia.

—Te juro que lo he llevado bien hasta que te he visto, Diana —dice, y de inmediato noto que se arrepiente de lo que acaba de decir; como si no quisiera cargarme con su malestar. Así que añade una disculpa nada más callarse—. Perdona.

—No me pidas perdón, entiendo lo que quieres decir.

Se le tensa la mandíbula, intentando reprimir algo que bulle dentro de él. Le acaricio el brazo y él coge mi mano y entrelaza sus dedos con los míos con una torpeza suave, como si tuviera miedo de

que fuera a apartarme. Pero no lo pienso hacer.

—No pensé que fuera a derramar ni una lágrima.

—Tienes sentimientos encontrados. —Le aprieto suavemente la mano—. Es normal que esta situación te emocione de diversas formas.

De manera instintiva, se pasa la mano por el pelo y trata de centrarse en el presente, en nuestra conversación. Yo, en cambio, lo observo en silencio. Me fijo en sus ojeras y su mandíbula. Hay algo en su expresión que me desarma: la vulnerabilidad de alguien que no puede más y, aun así, se mantiene de pie.

—No es solo que se haya ido y no pueda perdonarle ni muerto. Es que llevo unos meses bastante malos. Por mi familia, por lo que pasó… —cuando pronuncia esto último, me mira.

Muevo la cabeza en señal afirmativa. Ahora no estoy enfadada, solo siento una tristeza tremenda por verlo así. El dolor de estos meses ahora está en pausa.

Me inclino hacia Felipe y apoyo la frente en su hombro. No sé cómo consolarlo con mis palabras. Tal vez no hay nada que decir, basta con solo estar. Felipe no se mueve, pero siento que su cuerpo se afloja. Tengo la impresión de que mi cercanía le permite, por fin, ceder. Suelta el aire despacio, con un temblor que se arrastra desde su pecho hasta mi mejilla.

—No sé cómo seguir —reconoce—. Me siento vacío. Cada día todo me pesa un poco más.

No digo nada. Creo que si lo hago no voy a poder evitar que se me quiebre la voz y que empiece a llorar. Así que deslizo la mano que tengo libre.

—Lo que pasó, lo que tuviste que hacer sola… Pienso en ello cada día —suelta de pronto—. Me duele haber sido tan cobarde.

Levanto la cabeza despacio, solo lo suficiente para poder verle el

perfil. No esperaba que sacara el tema, no aquí, no sé cómo me siento al respecto.

—No pienses en eso ahora. Céntrate en lo importante: piensa en Candela y en tu madre.

—Tú también eres importante…

Nos miramos en silencio. Sus palabras flotan entre los dos, como una cuerda tensa que no sabemos si estirar o soltar. Me concentro en sus ojos, en la humedad en sus pestañas. Trago saliva. No sé qué responder, por lo que elijo huir.

—Me tengo que ir. Guille me está esperando. —Me deshago con suavidad de su mano.

No intenta retenerme. Entonces me levanto lentamente y él hace lo mismo.

—¿Podríamos vernos, Diana? Ahora voy a estar liado con todo esto… Pero, dentro de unos días, ¿podríamos quedar para hablar?

Mi cuerpo ya quiere marcharse, pero mis pies no se mueven. Lo miro, y veo el dolor y la culpabilidad en sus ojos. Se muestra tan hundido que me entran ganas de llorar.

—Claro —trago saliva—, pero no pienses en ello ahora, céntrate en lo de tu padre.

Él asiente, aunque puedo ver un poco de alivio en su cara. Nos abrazamos de nuevo y sus manos se apoyan en mi espalda con una ternura distinta, menos desesperada que antes y más agradecida. En repuesta, apoyo la barbilla en su hombro.

Al deshacer nuestro abrazo, él se me queda mirando y acerca su cara a la mía. Estoy bloqueada, noto como el corazón se me encoge, porque soy consciente de lo que piensa hacer. En efecto, me da un beso en la punta de la nariz, como hacía tantas otras veces durante nuestra relación.

Me quedo quieta, sorprendida por el gesto. Es tan íntimo que no

sé cómo procesarlo. Solo lo miro, sintiendo que el aire entre nosotros se vuelve más denso. Él parece darse cuenta de lo que ha hecho, de la línea que ha cruzado, y baja la mirada.

—No te preocupes —le digo sin que haga falta que se disculpe en voz alta.

Acaricio su brazo a modo de despedida y él asiente de nuevo apretando los labios antes de que me dirija a la salida. Antes de abrir la puerta de la iglesia, giro la cabeza y lo descubro observándome desde el mismo banco. Parece que sigue llorando, así que le sonrío de una forma dulce.

Al salir me pregunto qué habría ocurrido si ese día, el día que él me dejó, me hubiera girado también. ¿Habría visto lo mismo? ¿Habría cambiado algo?

CAPÍTULO 51

11 de mayo, viernes

—Estoy levantando la mano —bramo por el teléfono a mis amigas.

De repente mi mirada se cruza con la de Teresa. Ella y Olivia están bajando unas escaleras y esquivando a la gente.

—Ya vienen —les digo ahora a Paloma y a Guille.

—¿Te han visto? —pregunta él.

—Sí, Teresa sí me ha visto.

Cuelgo el teléfono. Un par de segundos después, Olivia me hace un gesto con la mano, y ella y Teresa aceleran el paso. Ambas sortean gente con una habilidad que parece coreografiada. Cuando llegan junto a mí, nos saludamos con besos y abrazos algo torpes, descompasados por la muchedumbre y el ruido. Las fiestas de San Isidro son siempre así.

—¿Cuánto lleváis aquí? —pregunta Olivia.

—Nada, diez minutos —contesta Paloma antes de darle un sorbo a su lata de cerveza—. Pero nos ha costado pasar, nunca había visto tanta gente en Vistillas.

Teresa no dice nada al principio. Solo mira alrededor, evaluando el entorno, el gentío, el caos. Luego se cruza de brazos y se acerca un poco más a mí.

—¿Todo bien? —me pregunta en voz baja.

—Sí. ¿Y tú?

Duda un segundo y luego mueve la cabeza en señal afirmativa; pero no me convence.

Hace un mes llegó a casa llorando. Me dijo que no podía más, que necesitaba que habláramos, se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y empezó a explicarse mientras se secaba las lágrimas.

—La cagué hasta el fondo, sé perfectamente que contarle lo del aborto a Felipe era algo que tenías que hacer tú, en caso de decidir explicárselo, y yo lo hice sin consultarte. —Sus ojos marrones enrojecidos me miraban con desesperación.

—Ese es el problema Teresa —dije mientras me sentaba a su lado —, que no tendrías que haber hecho nada ni consultándome ni sin consultarme, no era una cosa en la que tú te tuvieras que meter.

—Lo sé. De verdad que lo sé. Solo… —respiró hondo— me sentí impotente, y actuar así me dio una falsa sensación de control. Pero no era mi historia. Era la tuya… Pero yo quería que sufriera, me dio rabia verlo tan tranquilo… después de todo lo que tú has tenido que pasar.

Apreté los labios y guardé silencio un instante, mientras meditaba cómo debía verbalizar mis pensamientos.

—Mira, Teresa, la verdad es que a lo mejor si tú también hubieras sabido lo que he tenido que pasar no me hubiera enfadado tanto. En su momento, no te lo quise tener muy en cuenta, porque sé que cuando estás enamorada… —suspiré mientras negaba con la cabeza — pierdes el mundo de vista. Pero tampoco es que me sintiera muy acompañada por ti. Estuviste en momentos puntuales, pero no sentí a mi mejor amiga a mi lado cuando más lo necesitaba.

Puse las palmas de las manos sobre mi regazo y me giré un poco para mirarla bien a los ojos.

—Mientras Olivia y Paloma me bombardeaban a mensajes todos

los días para saber cómo estaba o se quedaban a dormir conmigo para cerciorarse de que estaba bien o me forzaban a hacer planes para que no me quedara recluida en casa…, tú estabas con Bruno.

Teresa me escuchaba atentamente con el ceño fruncido.

—A veces, pasaba días sin verte porque te ibas a dormir a su casa, y no me enviabas ni un solo mensaje.

—Pero alguna vez yo te pregunté si te importaba que me fuera y me decías que no, que te daba igual. Así que pensaba que no hacía falta que me quedase.

—No, Teresa. Tú me preguntabas: «¿Me quedo o me puedo ir a casa de Bruno?» —respondí gestualizando con las manos—, y yo te decía que hicieras lo que quisieras, y en efecto hiciste lo que quisiste.

Respiré hondo, intentando que no se notara que me estaba alterando, quería evitar una discusión parecida a la que tuvimos.

—Además, si tú no puedes ser lo suficientemente madura para ver que está mal que te pires con tu novio cuando tu mejor amiga está en la mierda y claramente te necesita… —continué haciendo una mueca—. Creo que era bastante obvio, Teresa. Pusiste a Bruno por encima de todo, algo que hubiera entendido si todo hubiera sido normal en ese momento, porque sé que cuando te enamoras te pierdes en la otra persona y desapareces hasta que la relación se acaba. Pero me dolió que lo hicieras en la situación en la que yo estaba…

Noté un nudo en la garganta y que los ojos se me humedecían.

—Y, bueno, si solo hubiera sido eso —seguí mientras intentaba controlar mis emociones—, aun sintiéndome decepcionada, nunca te lo hubiera echado en cara, pero lo que no pude tolerar fue que encima te creyeras con el derecho de contarle lo del aborto a Felipe, como si tú hubieras estado a mi lado… Eso ya me pareció

acojonante.

Ella no dijo nada. En ningún momento intentó defenderse, cosa que me sorprendió, porque le cuesta admitir sus errores. Solo la vi apretar los labios y tragar saliva con dificultad, como si intentara no romperse.

—Tienes razón en todo —susurró al cabo de un rato—. En todo, Diana. No puedo justificarme, no hay forma… Lo hice mal. Y no fue un error puntual, fueron muchos seguidos. Me creí con derecho a actuar por ti y no estuve a tu lado cuando estabas en lo peor. Lo pienso y…

Brotaron lágrimas de sus ojos sin parar, en veinte años de amistad nunca la había visto tan rota, tan desesperada.

—Eres mi mejor amiga y he sido capaz de hacerte eso. Soy mala persona, a lo mejor es eso, que me he convertido en una mala persona, en una mala amiga, que deja a todo el mundo tirado cuando tiene pareja —dijo entre lágrimas.

La miré. Ya no sentía rabia. Solo una tristeza profunda.

—No creo que seas mala persona —dije poniéndole una mano en el hombro—, creo que has tomado malas decisiones, pero eso no te convierte en una mala persona, depende de lo que hagas a partir de ahora.

Después de eso, nos quedamos en silencio.

—¿Me podrás perdonar algún día? —preguntó pasándose el dorso de la mano por los ojos.

Respiré hondo y le agarré de la mano.

—Ya estás perdonada, Tere. A lo mejor voy a estar rara unos días, pero llevamos veinte años siendo amigas, y quiero que lo seamos veinte más, por lo que, aunque no tenga ganas —dije sonriendo—, te perdono.

Teresa se echó a llorar otra vez, pero esta vez de manera

diferente. Más suave. Como si por fin pudiera soltar un peso que llevaba semanas cargando. Me abrazó con fuerza, de esa forma algo desesperada y torpe tan característica de ella cuando está realmente afectada.

—Gracias, de verdad. No sabes lo que significa para mí —susurró con la voz rota contra mi pelo castaño.

—Sí lo sé —le respondí—. Por eso te perdono, si fueras otra persona te hubiera mandado a la mierda ya —dije, y las dos nos reímos levemente—. Tú también eres mi mejor amiga y lo vas a seguir siendo, por todo lo que hemos pasado juntas, aunque a veces me lo pongas difícil.

Cuando se separó, se limpió los restos de rímel con la manga del jersey y me dedicó una sonrisa pequeña, de esas que todavía duelen un poco, pero empiezan a curar.

Vamos hacia un lado de la plaza donde parece que hay menos concentración de gente. Entre empujones suaves y conversaciones cruzadas, todo parece fluir con esa energía despreocupada de las noches de verbena.

—Ahora entiendo que Héctor se haya rajado —piensa Guille en voz alta.

—¿A tu novio no le gusta pasárselo bien? —pregunta Paloma entre risas—. Cuando fuimos a cenar, parecía muy divertido.

—Le gusta pasárselo bien, pero no le gustan las multitudes.

—No le pega mucho ir a discotecas, la verdad —comento antes de acercarme la pajita de mi *gin-tonic* a la boca.

—No le gusta especialmente. Cuando salgo, le mando fotos rodeado de gente y él me responde con *stickers* de ataúdes. Nos comunicamos bien.

Todas nos reímos, excepto Teresa, que se ha quedado mirando su lata vacía con el semblante serio.

—Me cae muy bien Héctor. ¿Cuánto lleváis ya? —pregunta Olivia.

—Como pareja, desde finales de enero.

—Casi cuatro meses… En los tiempos que corren eso equivale a toda una vida. —Paloma le guiña un ojo—. Encima es muy guapo, ¿tiene hermanos o hermanas?

—Sí, pero no les haré la putada de presentártelos —bromea Guille con una sonrisa torcida.

—Bueno, en tal caso, tendré que intentarlo con tu novio. Me gustarían sus genes para mis hijos.

Guille se ríe mientras le da un golpe en el hombro.

La música cada vez está más alta. Ahora ha empezado un DJ que mezcla los *hits* actuales, uno detrás de otro. Hemos formado un círculo entre los cinco, y bailamos, hablamos y nos reímos. Veo que Olivia mira a su alrededor y se fija en un chico moreno.

—¿Qué miras tanto? —le pregunto con una sonrisa.

—Al de rojo.

Todos dirigen la mirada sutilmente hacia él.

—Hay que ser más exigente, Olivia —le espeta Guille con sorna.

—Es como sexy, ¿no? *Ugly hot* —explica nuestra amiga.

—*¿Ugly hot?* —pregunta Guille.

—Sí, que no es guapo, pero es sexy —intervengo.

—Sí, nosotros no lo entendemos porque no somos mujeres heterosexuales —le dice Paloma a Guille—. Nosotros jamás bajaríamos nuestros estándares, y menos cuando los hombres heterosexuales no lo hacen. Ellas sí, y, chicas, hay que darle una vuelta.

La conversación sigue unos minutos más entre risas y teorías sobre qué le suele atraer a la gente. De reojo, reparo en que Teresa continúa con el mismo semblante serio. Es más, se está encogiendo, literalmente. Tiene los hombros hundidos, como si quisiera

desaparecer.

Cuando se excusa con que quiere ir al baño, la sigo. Algo va mal, lo noto. Normalmente, estaría riéndose y metiéndose con cualquiera de una manera sarcástica, pero hoy no lo está haciendo. Veo que se apoya contra una pared, con los ojos cerrados y la respiración agitada.

—¿Tere?

—Estoy bien —responde sin abrir los ojos.

—No lo parece.

Traga saliva.

—No pasa nada —me asegura. Sabe que no la creo—. Simplemente, es San Isidro, hay mucha gente, hace calor y me he agobiado.

—¿Quieres que nos vayamos?

Abre los ojos al fin, pero no levanta la cabeza. Mira al suelo, a la nada. Después se pasa una mano por la frente como si le doliera algo.

—No, estoy bien, solo un poco cansada. —Esboza una sonrisa.

Medito cuánto hay de verdad en eso. Sobre todo porque está pálida y su mueca alegre es tan artificial que me da hasta más miedo que el silencio de antes.

—Creo que me ha sentado mal la última cerveza —añade, llevándose la mano al estómago—. Me voy a ir a casa antes de que acabe vomitando.

—Te acompaño.

Ahora sí me mira.

—No te merezco.

—Ya lo hablamos, no te tortures más. ¿Pido un taxi y nos vamos?

—No, tía, quédate. En serio. Estás bien, ¿no?

Asiento, aunque no sé muy bien por qué. No puedo encontrarme

bien si ella no lo está.

—En serio, Didi. Me pillo un taxi y me meto en la cama con una manzanilla y una cápsula de bicarbonato. Y, mañana, como nueva.

Le doy un abrazo corto, torpe, porque no sé si lo que ella quiere ahora es tener su propio espacio.

—Pasadlo bien. Diles que me he ido, que mañana hablamos.

—Sí, no te preocupes, Teresa.

Se marcha sin mirar atrás. La veo alejarse entre la gente, con rapidez. Y me quedo ahí unos segundos más, con la certeza de que me está ocultando algo. No sé si aún sigue culpándose y castigándose por lo que hizo o si hay algo más. Cuando hablamos para solucionarlo, estaba incluso más rota que yo, supongo que también por las cosas hirientes que le dije. El corazón se me encoge un poco al recordar esa pelea.

Cuando vuelvo al grupo, Paloma está explicando una cita que tuvo la semana pasada.

—¿Dónde está Teresa? —pregunta Olivia al verme.

—Se ha ido a casa, le ha sentado mal algo —respondo sin pensarlo demasiado, siguiendo la versión oficial de Teresa.

—Sigue con Bruno, ¿no? —pregunta Guille.

—Sí.

—A lo mejor le apetecía más el plan de pasarse la noche en su cama —dice Paloma.

—No lo sé… Parecía que se encontraba mal de verdad.

—¿Vosotras ya estáis bien seguro? —vuelve a inquirir Guille.

—Sí, cien por cien.

Me mira con esos ojos que ven más de lo que deberían, pero no dice nada. Solo asiente con la cabeza mientras le da un trago a su cerveza.

—Bueno —Olivia da una palmada suave—, entonces ¿me vais a

ayudar con el de la camiseta roja?

—Sí. —Paloma chasquea la lengua—. Y ayudarte significa decirte que selecciones a uno más guapo. Uno cuya foto no te dé vergüenza enseñar cuando te pregunten con quién te liaste en San Isidro.

CAPÍTULO 52

14 de mayo, lunes

Llegamos a mi casa después de haber pasado el puente en Valencia. Pipe me ha presentado a sus amigos, hemos ido a la playa, hemos comido paella con su familia… Me ha hecho un hueco sin forzarlo, como si en su vida siempre hubiese existido la posibilidad de que yo llegara. Me ha dejado entrar sin exigirme nada. Me dan miedo estos momentos, cuando todo va bien, siempre me pregunto cuánto va a durar, cuánto falta para que algo se tuerza.

Ahora estoy en el baño de mi casa, deshaciéndome la trenza. Mi pelo castaño aún huele a sal. En el pasillo, escucho a Pipe, sacando ropa sucia de la maleta. Me mira sonriendo cuando salgo.

—¿Quieres ducharte primero? —le propongo.

—Me da igual el orden mientras lo haga acompañado. —Tuerce la sonrisa, y yo pongo los ojos en blanco.

—Pues lo hago yo primero. Y sola.

—Eres mala —le escucho protestar cuando regreso al baño.

En la ducha, dejo que el agua caiga sobre mí un rato largo. Me siento rara, entre feliz y sobrepasada. Todo ha ido bien. Han sido días de sol, risas y vino con gente que no conocía de nada y que me han incluido como si me conocieran de siempre. Como mucho me sonaban un par que Guille me había presentado hace unos años. Pipe se mostraba feliz cuando me reía con sus amigos, como si se

sintiera orgulloso. Y yo también he sentido algo así. Me ha gustado conocer a los suyos, ver que la gente que le rodea es igual de increíble que él. Eso me da tranquilidad.

Pero también estoy agotada. Intenté hablar con Pipe del funeral, de lo que me dijo mi ex, de la probabilidad de que nos veamos de nuevo. Sin embargo, no quiere tocar mucho el tema, me dijo que no quería hacerlo de momento. Cuando le dije que había muerto su padre y que iría al funeral, solo me dijo: «Haz lo que creas que tienes que hacer». Cuando volví y le conté cómo había ido no me preguntó nada más, solo asintió y me abrazó.

Estamos muy bien, pero sé que si hablamos del tema algo se va a enturbiar, por lo que intento no pensar en ello, taparlo, pausarlo, surfear en la superficialidad, sin ir a lo hondo, sin hablar de mi ex. Antes de que supiera quién era me escuchaba atentamente, se interesaba, quería saberlo todo, sacaba el tema porque decía que si sabía de dónde venía en cuanto a relaciones me podría conocer mejor y saber cómo me podía hacer sentir querida. Desde que le pone cara ni siquiera menciona la situación que vivimos los tres en su piso.

Cierro el grifo y me seco rápido. Cuando salgo del baño envuelta en el albornoz, Pipe sigue en el pasillo.

—Tu turno.

—Creo que sigues sucia, ¿no quieres volver a ducharte… conmigo? Última oportunidad —me propone con una sonrisa pícara.

—No, estoy limpia y soy una mujer de principios —contesto yendo hacia mi habitación.

—Ayer por la noche te olvidaste de los principios.

Sonrío mientras le escucho cerrar la puerta del baño tras de sí. Abro el armario, me pongo el pijama y me meto en la cama. No sé cuánto durará, si todo esto es real o si me estoy inventando una

estabilidad que no existe, pero ahora mismo me da igual. Quiero creérmelo. Cierro los ojos. Me vienen flashes del fin de semana: la arena pegada a los pies, las risas de sus amigos, la madre de Pipe preguntándome si quería más arroz, los besos salados en la playa… No obstante, de repente, veo a Feli mirándome mientras yo salgo de la iglesia.

Pipe entra en mi habitación frotándose el pelo con una toalla. Lleva un pantalón de chándal y va sin camiseta, así que puedo ver todos sus tatuajes.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras deja la toalla en la silla.

—Sí —contesto, sonriendo un poco—. Solo cansada.

Se mete en la cama sin decir nada más y se acurruca a mi lado. Me busca con las piernas, con los brazos, con todo el cuerpo. Me deja un beso en la frente y otro en la peca que tengo en el labio mientras estamos abrazados.

—¿Quieres ver una película? —murmura en mi oído.

—No lo sé, seguramente me quede dormida.

Mi respuesta no le gusta. Afloja un poco el abrazo y se aparta para mirarme.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ya te he dicho que estoy cansada.

—Te noto rara —musita—. ¿Qué ha ocurrido? No estabas así hace diez minutos.

No sé qué contestar porque tiene razón. Pero acabamos de pasar un fin de semana increíble y no quiero emborronarlo. Sé que no le gusta hablar del tema de Feli.

—El tema de Felipe me pesa —admito al fin—. Pero noto que te incomoda, así que nada, eso es lo que me pasa.

Pipe suspira despacio. No dice nada al principio. Solo se queda ahí, mirándome, como si estuviera decidiendo si entrar o no en un

lugar que considera pantanoso. Después, tras bajar la mirada un segundo, levanta de nuevo la cabeza hacia mí.

—No es que me incomode —contesta—. Es que no sé qué decir sin quedar como un gilipollas.

Asiento, aunque no estoy segura de si lo entiendo del todo.

—No tienes que ser correcto, simplemente dime qué piensas, para poder entender cómo puedo tratar el tema contigo.

—A ver, es que no puedo ser duro con él porque se le acaba de morir el padre. Pero es que no lo soporto. No estoy celoso —añade, como si me leyera la mente—, ni enfadado contigo. Solo… me jode que él siga teniendo tanto sitio en tu cabeza. Lo sé, lo noto. Sé que no puedo quitarte el dolor, ni la nostalgia, ni la tristeza. Y cuando no se puede, yo me callo. Porque al menos así no hago más daño.

—Pero que te calles no es la solución. —Clavo la mirada en sus ojos azules—. Sobre todo si lo que hay dentro de ti te pesa. No quiero que te guardes cosas.

Pipe traga saliva mientras se reincorpora en la cama. Se está preparando para soltar lo que piensa realmente de Felipe, lo que ha callado en las últimas semanas.

—Es un pijo de mierda. Cree que puede hacer lo que le dé la gana cuando le da la gana y que tiene derecho a entrar y salir de tu vida cuando quiera. No te culpo de nada de eso, es tu pasado y no puedes cambiarlo. Pero es que me revienta que lo conozca, que le ponga cara y que sepa cómo es.

Lo miro un poco sorprendida. No es que esté muy enfadado, pero por primera vez no está presente su lado amable, el Pipe que intenta ser considerado con los demás. Está frustrado, como si le doliera decir en voz alta lo que piensa porque sabe que no es lo correcto.

—Y encima —se rasca la cabeza, nervioso— sé que, si te cuento todo esto, corro el riesgo de parecer mala persona. Sobre todo

teniendo en cuenta el momento que él está atravesando. Pero es que me supera un poco. He intentado tener paciencia, y lo entiendo, de verdad…, te entiendo. Pero es que odio sentir que hay partes de ti a las que no llego porque todavía están ocupadas.

Estoy callada. Me pesan las palabras, pero también el silencio. Me cuesta articular una respuesta. Estoy sorprendida. Después de tantos días evitando el tema, daba por hecho que nunca se abriría en canal, o al menos que no lo haría de una forma tan directa. Por una parte, me alegra que hable por fin del tema conmigo, pero a la vez tengo miedo de que lo que diga sea peor de lo que pensaba.

—Yo tampoco quiero que estén ocupadas. —Me reincorporo también—. No estoy pensando en volver con él, Pipe. Pero… fue alguien importante. Y se mezclan las emociones, especialmente por lo que le ha ocurrido. A veces, me pongo triste sin que sepa muy bien por qué. Quizá es porque para mí ha ido todo muy rápido… No lo sé. Comprendo que te cueste aceptarlo, pero es que no puedo darle la espalda ahora.

Pipe resopla, se lleva las manos a la cara y se masajea la frente. Está tenso, como si algo dentro de él estuviera a punto de romperse y no supiera si contenerlo o dejarlo salir.

—Hay una parte de ti que no está aquí del todo, Diana. Y cuando hablas del tema, siento que se confirma que no me eliges del todo. Y encima me callo para no parecer egoísta. Me daba igual cuando no sabía quién era, lo sentía como algo lejano. Pero desde que sé quién es, me pongo enfermo.

—No es eso… —empiezo a decir, pero él hace un gesto con la mano para detenerme.

—Es eso, Diana. Tal cual. Porque yo te he escogido. Desde el principio. Te escogí sabiendo que estabas mal, comprendía lo que había. Pero, joder, también necesito que me elijas tú a mí. No por

compensación, no porque yo sea tu refugio. Sino porque quieres estar, aquí y ahora, conmigo.

—Y quiero estar contigo. —Le cojo la mano.

—Ya, Diana, pero es que… te abro las puertas de mi casa, te presento a mis amigos, a mi familia…

—Pipe, lo estoy intentando.

—Exacto —contesta con amargura—. Yo intento darte espacio, pero creo que eso es lo que soy: un intento. A veces tengo la sensación de que te debates entre estar conmigo o con un recuerdo. Y, encima, Diana, es que ese tío es un mierdas. Se llevó a tantas tías al piso que ya a la quinta dejé de contar.

Noto que se me hace un nudo en la garganta. Pipe mantiene la mandíbula apretada y sus brazos se tensan bajo los tatuajes.

—No estás compitiendo —le aseguro, firme, al fin encontrando algo de voz—, no sigas por ahí. No puedo pasar de él con todo lo que le está pasando. Pero tampoco quiero perderte por eso.

Pipe suelta mi mano, se levanta y empieza a caminar de un lado a otro de la habitación, con los hombros contraídos. Da pasos cortos, como si no supiera a dónde ir, pero necesitara moverse para no explotar. Siempre es tan tranquilo y apacible que me impacta mucho verlo así.

—Diana —se detiene en seco—, me da igual que se le haya muerto su padre. Lo siento, pero no me importa que le haya pasado algo jodido, de verdad que no. Además, ¿desde cuándo tener pena por alguien justifica que lo tengas tan presente? ¿Desde cuándo eso le da derecho a seguir marcando tu vida?

Lo miro con el estómago encogido. No sé si hay algo que pueda decir para calmarlo que no suene a excusa.

—Primero de todo, desde el funeral no he vuelto a hablar con él —me explico—. Segundo, no hace tanto que lo dejamos, tengo

derecho a estar mal a veces. Y eso no significa que quiera volver con él. Quiero estar contigo, lo sabes de sobra. Y, tercero, Felipe no lo hace con maldad, no quiere hablar conmigo para joderte, no es culpa suya que se haya muerto su padre.

—Claro que no, él es el rey de las buenas intenciones. Antes de que se muriera su padre también, ¿no? Pues ¿sabes lo que pensé cuando volviste del entierro?

Hace una pausa para respirar profundamente y luego empieza a caminar de nuevo.

—Pensé que me dirías que querías volver con él —confiesa.

—Pipe. Te quiero, creo que te lo he demostrado, me duele que pienses eso.

Él se queda quieto. Completamente inmóvil, como si mis palabras hubieran sido un golpe seco que le hubiese desarmado por dentro. Sus ojos azules como el Mediterráneo están abiertos, me da la sensación de que no termina de creérselo. Quizá se está debatiendo entre creerme o seguir haciendo caso a su propio miedo.

—¿De verdad? —pregunta al fin, casi en un susurro. No con incredulidad, sino con una vulnerabilidad que pocas veces le he visto.

Asiento y me entran ganas de llorar. Me tiemblan un poco los labios, aunque no aparto la mirada. Hay algo roto en su expresión, pero también tierno, una grieta por donde ahora puede entrar la luz.

—Joder —celebra, bajito—. No sabes lo que necesitaba escuchar eso.

Se sienta en la cama y me abraza sin decir nada. Su respiración sigue un poco agitada; sin embargo, su cuerpo ya no está en tensión. Siento su mano acariciándome la espalda con suavidad.

—No quiero que dudes de lo nuestro. Si acudo a su llamada, es solo porque me lo ha pedido en un momento como este.

Asiente, pone su mano en mi mejilla y me besa lentamente. A la vez, una lágrima cae por mi mejilla.

—Estoy aquí porque quiero estar aquí, contigo. No eres un intento de nada. Eres tú quien ocupas todos los huecos.

—Perdóname, no quería ponerme así —murmura mientras me seca las mejillas.

—Lo sé, también sé que quiero construir algo contigo. Aunque me cueste, aunque haya días en los que no lo haga bien. Aunque a veces me venga una punzada rara y no sepa ponerle nombre. Quiero que seas tú la persona con la que me despierte cada mañana.

Pipe sonríe. Es una sonrisa leve, pero ahora sin sombra. Me aparta un mechón de la cara con delicadeza.

—Pues construyamos ese futuro —propone con una media sonrisa —. Como se pueda.

Nos volvemos a besar. Lo hacemos menos nerviosos, con más calma, y con esa mezcla de alivio y necesidad que solo aparece cuando el miedo se ha verbalizado y no ha roto nada. Cuando se ha puesto sobre la mesa el temor y, en vez de alejar al otro, ha servido para acercarlo.

CAPÍTULO 53

22 de mayo, martes

Llego a casa arrastrando los pies, con la bolsa de la compra colgando del brazo como si pesara el triple. El edificio está en silencio, apenas se oye nada, salvo el zumbido de alguna televisión a lo lejos y el ascensor que se cierra tras de mí con un suspiro metálico. Me quito los zapatos de cualquier manera y dejo las llaves en el cuenco del recibidor. Intento no pensar demasiado, solo funcionar.

Entro en la cocina y empiezo a colocar la compra. Lo hago casi en piloto automático: el brócoli en el cajón de la verdura de la nevera, el yogur en la balda de arriba, el pan de molde en la despensa. Aquí también dejo los paquetes de pasta y me quedo un segundo mirándolos fijamente. Una parte de mí trata de hacer memoria de por qué los he comprado, si ya teníamos suficientes en casa.

Estoy cansada. Está siendo una semana muy dura, con muchas campañas que preparar. Me gustaría que este fin de semana fuera tranquilo, pero es mi cumpleaños. «Veintiséis años. Veintiséis años…», me repito. Estoy más cerca de los treinta que de los veinte. Niego con la cabeza, disgustada.

De pronto, escucho las llaves en la cerradura.

—¿Teresa? —Alzo la voz desde la cocina.

No hay respuesta inmediata. Solo el sonido de la puerta

cerrándose con más fuerza de la habitual. Me asomo al pasillo justo a tiempo para verla dejar su bolso en el suelo sin cuidado. Va encogida sobre sí misma con los hombros tensos.

—Teresa —repito, esta vez más suave.

Levanta la vista hacia mí y entonces lo veo: la cara descompuesta y la respiración entrecortada. Sea lo que sea, ha estado aguantándose todo el camino hasta casa para no romperse antes.

—Bruno y yo lo hemos dejado —dice sin preámbulos.

Me acerco a ella y la abrazo fuerte, sintiendo cómo tiembla contra mí. Es una sensación extraña porque sé que estoy abrazando a Teresa, pero a la vez siento como si estuviera abrazando a la Diana de hace unos meses. El temblor, el desconsuelo, la histeria… me son familiares.

—¿Qué ha pasado? —pregunto contra su pelo.

—Me lo he cargado, como me lo cargo todo.

—No digas eso.

Me separo de ella. Teresa se recoloca su pelo detrás de las orejas con la respiración aún agitada. Parece estar buscando cómo empezar, cómo explicarlo sin romperse aún más.

—Llevábamos un tiempo mal. Él día de San Isidro, ¿te acuerdas? —pregunta con la voz temblorosa, pero sin esperar una respuesta—. Tuvimos una fuerte discusión. Siempre hemos discutido, nada fuera de lo normal, minidiscusiones. Pero ese día algo fue distinto.

Respira hondo cuando hace una pausa, y cierra los ojos mientras yo le cojo de la mano y la conduzco hacia el sofá.

—Hablábamos de qué haríamos estas vacaciones y no cuadrábamos fechas — prosigue—. Le dije que a lo mejor él podía acortar el viaje que planea con sus amigos para que pudiéramos tener más días los dos. Entonces empezó a decirme que estaba harto, que lo agobiaba. —Se calla unos segundos para contener el

llanto—. Yo monté en cólera y me dijo que sentía que todo era forzado. Me hizo sentir muy triste, como una extraña en mi propia relación. Como si tuviera que medir cada palabra para que no se molestara o para que no se cerrara en banda. Estos últimos días ya ni se enfadaba, era peor, solo estaba… distante. Frío. Y hoy…

No termina, porque el llanto no la deja continuar.

Coloco la mano sobre su muslo.

—Hoy discutimos. Otra vez. Por una gilipollez, lo de siempre. Yo le dije que no podía más, que no me sentía valorada, y él me dijo que yo solo sabía exigir y que todo me parecía poco. Que lo que él hiciera nunca iba a ser suficiente para mí.

Traga saliva con esfuerzo, estoy atenta a lo siguiente que va a decirme.

—Y entonces me escuché decirlo en voz alta, casi sin pensar. Que lo dejábamos. Que se acabó. Suena fatal, pero no lo dije en serio, lo dije porque estaba enfadada.

Guardo silencio, porque no sé si hay algo que pueda decir para consolarla.

—Y no trató de tranquilizarme, ni me pidió que siguiéramos intentándolo, Didi. Me dijo que tenía razón, que era mejor que lo dejáramos. No lloró, no trató de convencerme de nada. Ni siquiera parecía triste. Me sentí patética por esperar algo distinto.

—No eres patética, Teresa. Estabas enfadada… —le recuerdo con voz suave.

—Sí soy patética. Me lo cargo todo… Lo hice mal contigo. Ahora lo he hecho mal con Bruno… Soy mala persona, soy una persona horrible.

Se cubre los ojos con las manos. Recuerdo que cuando discutimos le dije eso precisamente, y se me encoge el corazón. Me siento fatal por haberle dicho esas cosas; sobre todo porque ella ahora se

considera de verdad una mala persona.

—Mírame —le pido—. Todos hacemos cosas mal a veces. Todos decimos cosas que no deberíamos, y en eso me incluyo yo. Pero eso no nos hace ser malas personas. Somos humanos, nos equivocamos.

Teresa me mira por fin con los ojos hinchados y húmedos. Las mejillas repletas de pecas ahora también lo están de lágrimas. Tiene la respiración entrecortada, los labios apretados y su pelo se ve enredado.

—¿Y si no sé querer bien a nadie? ¿Y si siempre voy a estropear todas las relaciones que tenga?

—Claro que sabes querer a los demás, Teresa. Eres buena amiga, buena hija, buena hermana.

—Y mala novia, por lo que se ve —solloza.

—Eso es mentira, has dedicado mucho tiempo, esfuerzo y amor a tu relación con Bruno. Me acuerdo de que te fuiste a dormir a las cuatro de la madrugada todos los días durante una semana porque estabas haciendo un álbum con todos vuestros recuerdos para su cumpleaños. Te gastaste todos tus ahorros en comprarle entradas para ir a ver juntos la final de… ¿la Copa del Rey era?

Mi mejor amiga intenta reprimir el llanto.

—Y odias el fútbol con toda tu alma, Teresa. Eres buena novia, no lo dudes. He visto cómo lo miras, cómo hablas de él, cómo lo tratas… Te aseguro que Bruno tampoco piensa que seas mala pareja.

—Debe de pensarlo, porque está claro que no ha sido suficiente.

Suelta una pequeña carcajada entre lágrimas, una de esas que no son fruto de la diversión, pero que alivian un poco.

—Y ni siquiera ganaron —murmura.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Que el Real Madrid ni siquiera ganó la final.

—Lo sé —respondo, sonriendo con ternura—. Fue un drama para él, me lo contaste.

Teresa se vuelve a reír mientras se seca las lágrimas con la manga del jersey. Parece agotada. Como si hubiera estado sujetando un mundo entero en su interior y ahora, al soltarlo, ya no le quedaran fuerzas ni para sostenerse a sí misma.

—A veces pensaba que, si lo hacía todo perfecto, si no me enfadaba, si cedía siempre…, Bruno se quedaría, pero no podía evitarlo.

—Pero no se trata de eso —opino, con todo el cuidado del mundo —. En una relación de pareja no has de buscar la aprobación del otro, has de ser tú misma —digo, creo que más para mí que para ella.

Teresa me mira en silencio, como si estuviera sopesando mis palabras.

—Entonces ¿qué hago ahora, Didi? ¿Crees que lo puedo arreglar?

—¿Te ha escrito desde que ha pasado?

—No. —Niega con la cabeza—. ¿Y si no lo hace?

—Pues si no lo hace, lloras, como te ha pasado otras veces. Como me ha pasado a mí, a Paloma, a Olivia… Y luego, poquito a poco, vuelves a ser tú. La Teresa que se queja de que le pongan cilantro a todo, que solo se pone nerviosa cuando tiene que contestar una llamada y que pone voz de pito cuando habla con un chico que le gusta.

—Odio hablar por teléfono —murmura con una sonrisa débil.

—Lo sé. Por eso acabo llamando yo a los caseros cuando hay un problema.

Asiente despacio, bajando la mirada. Parece que se encuentra un poco mejor, solo un poco.

—Me duele tanto… —reconoce con un hilo de voz—. Me cuesta

respirar a ratos. Una fuerza invisible me está aplastando el pecho.

—Es normal. Pero no vas a sentirte así siempre, ya lo sabes. Mírame a mí.

Me utilizo a mí misma de ejemplo. Sé que no he superado la ruptura al cien por cien, pero me siento mucho mejor que hace medio año.

—¿Y si nunca vuelve? ¿Y si Bruno es el amor de mi vida y lo he perdido para siempre?

La miro con un amago de sonrisa, pensando en las palabras que me decía a mí misma no hace tanto.

—El amor de tu vida nunca haría eso, nunca te dejaría escapar.

CAPÍTULO 54

27 de mayo, domingo

Guille se pone de pie con una copa de vino en la mano.

—¡Para! —le suplico, notando que me pongo roja.

Teresa levanta su vaso, disponiéndose a escuchar lo que nuestro amigo va a decir. Héctor, su novio y aún nuestro jefe, lo observa riéndose. Paloma se levanta y empieza a pedir silencio a la gente que está en la terraza.

—Espera que esto hay que grabarlo —dice Natalia, la compañera de piso de Pipe—. Lo siento, pero es obligatorio.

A continuación, Guille levanta la voz:

—Esta chica de aquí se llama Diana Uribe Molina y cumple años, así que, aunque odie ser el centro de atención, hoy no se libra.

Sonrío con vergüenza mientras intento dirigir mi mirada hacia Guille sin girar mi cabeza a los lados para no saber qué está haciendo la gente sentada en la terraza.

—Veintiséis años —prosigue—. Veintiséis, y aún no ha aprendido a recibir cumplidos sin poner cara de querer morirse.

Se escuchan algunas risas. Olivia levanta su copa como Teresa.

—Pero hablando en serio —baja un poco el volumen—, tenerte en nuestras vidas es un regalo. Eres esa persona que escucha, aunque esté agotada. Que se acuerda de lo que nadie más recuerda, que cuida incluso cuando nadie se lo pide. Eres mi mejor amiga y me

sacan de quicio muchas cosas sobre ti. Te cuesta pedir ayuda, te encanta discutir y, aunque creas que no, cantas fatal, crees que te sabes las letras de las canciones, pero te las inventas. —Me lanza una mirada cómplice mientras escucho más risas—. Pero siempre estás con todo el mundo, das más de lo que recibes sin preguntarte el porqué deberías hacerlo. Eres capaz de dejar siempre tus problemas de lado para escuchar y comprender a los demás sin juzgarlos, aunque lo tuyo sea más grave y doloroso.

Un pequeño silencio se instala en la mesa. Teresa me aprieta la mano por debajo y yo trago saliva, me estoy emocionando un poco con las palabras de Guille.

—Hace ocho años que nos conocimos. Y, desde hace ocho años, no me he sentido solo ni una vez, aunque no tuviera a nadie a mi alrededor. Sabía que, pasara lo que me pasara, incondicionalmente, podría contar contigo. Creo que todos los que te conocemos tenemos la misma sensación. Eres como un rayo de luz, Diana, aunque te hayan hecho pensar que no. —Me sonríe con ternura—. Eres un lugar seguro, una chica lista, generosa, fuerte, una mujer trabajadora, una gran amiga y una persona excepcional, sin peros. Todos aquí sabemos muy bien lo afortunados que somos de tenerte en nuestras vidas. Espero que sepas que cualquiera que tenga el placer de tenerte cerca lo es. ¡Por otros veintiséis años a tu lado! —Alza más la copa, animando a que los demás hagan lo mismo.

Las personas de la terraza empiezan a aplaudir mientras la gente de mi mesa brinda. A la que me voy a levantar para ir a abrazar a Guille, empieza a sonar el «Cumpleaños feliz» por los altavoces y Pipe sale del interior con una tarta con velas. Veo que los demás hacen lo mismo que está haciendo Olivia y empiezan a grabar el momento.

—¡Muchas felicidades, alteza! —celebra Pipe. Deja el pastel

delante de mí y me da un beso.

Estoy emocionada. Sentada a uno de los extremos de la mesa, veo cómo mis amigos me cantan el «Cumpleaños feliz», esperando a que sople las velas. Lo hago mientras todos aplauden, vitorean y alguien grita que pida un deseo. Yo solo puedo sonreír, sintiéndome más querida de lo que me había permitido hacerlo en mucho tiempo.

La comida se alarga entre risas, recuerdos y anécdotas. Pipe no se me despega, me pasa el brazo por detrás de la silla de vez en cuando o me acaricia la espalda.

Al cabo de un rato, Olivia saca dos paquetes del bolso y me los da.

—Es de parte de todos, esperemos que te guste.

En el primero, hay un álbum de fotos, con imágenes de cuando era pequeña con Teresa, de cuando salíamos de fiesta al empezar la universidad, en la graduación con mis padres, otra con Guille, fotos de las vacaciones, de Pipe y yo en un mirador… Me seco los ojos con el dorso de la mano, emocionada. Abro el otro paquete, es una cámara digital con una nota en la caja: «Para que puedas llenar todos los álbumes del mundo».

Cuando terminamos, salimos del restaurante en grupitos. Algunos se van ya, otros proponen ir a tomar una copa más en algún bar cercano. Yo declino las propuestas. Me quiero ir a casa. Ha sido un día precioso, pero intenso.

Camino con Pipe hacia su moto, con la cámara en una mano y sujetando el álbum que lo aprieto contra el pecho con la otra. No hablamos mucho, pero no hace falta. Estoy cansada y a la vez muy feliz. Él me mira de reojo, sonríe y me pasa el brazo por el hombro.

—¿Te ha gustado, Diana? —me pregunta. Está abriendo el baúl de la moto y sacando los cascos.

—Me ha encantado. No me lo esperaba.

Ya en casa, dejo el álbum con cuidado encima de la mesa del

salón y coloco la cámara nueva junto a las llaves. He subido sola mientras Pipe aparca la moto.

Me hago un moño alto y me ducho con calma, sintiendo cómo el agua cae por mi cuerpo. Me pongo el pijama, me dejo caer en la cama y cierro mis ojos cansados. Al poco, suena el telefonillo. Se me había olvidado que Pipe estaba buscando sitio para dejar la moto.

Camino descalza hasta el recibidor, dejo la puerta abierta y me vuelvo a estirar en la cama. Unos segundos más tarde escucho que se cierra la puerta y, al cabo de un instante, aparece Pipe en mi habitación con una bolsa y un ramo enorme de flores en los brazos. Es tan grande que apenas le veo la cara. Son tulipanes en distintas tonalidades rosa, envueltos en papel reciclado con un lazo de tela.

—¿Otra vez usted, majestad? —digo medio en broma, con la voz ronca por el agotamiento—. Me encantan, son preciosas.

Él sonríe y deja el ramo sobre la cama con delicadeza.

—Esto es solo el principio.

Acto seguido, me acerca la bolsa. La abro con curiosidad. Dentro hay una caja grande. En su interior, hay veintiséis sobres con un número en cada uno. Abro los sobres poco a poco. En el primero hay el ticket de la primera vez que fuimos a cenar. En el séptimo, dos entradas de cine, de la primera vez que fuimos juntos. En el vigésimo, un papel con la receta de la paella que le pedí a su madre… Y, en el vigesimosexto, un papel en blanco.

—Es para que elijas nuestro próximo recuerdo juntos —dice, sonriendo.

Estoy tan emocionada que no sé qué decir. Lo miro y solo se me ocurre abrazarlo. Me quedo así, con los tulipanes a un lado y todos los sobres desparramados encima de la cama. Tengo el corazón en la garganta y una calma en el pecho que me cuesta reconocer.

—Gracias —susurro—. Me siento muy querida.

—Feliz cumpleaños, Diana.

Nos quedamos un rato en silencio abrazados. Pipe me roza la mejilla con los labios. Le cojo la mano y lágrimas de emoción empiezan a aflorar de mis ojos.

—¿Qué pasa? —inquiere bajito.

—Nada. Es que estoy muy feliz.

Me acaricia el brazo con los dedos, como si quisiera memorizar mi piel. Me besa la frente, suave, y me acurruca contra él en la cama. No hablamos mucho. Solo respiramos al mismo ritmo. Su mano sobre mi cintura. Mi cabeza en su pecho. Noto que me late el corazón con una extraña mezcla de alegría y vértigo. Como si todo este amor me quedara un poco grande, pero, aun así, me lo dejara puesto. Sería parecido a un abrigo que no es de mi talla y que no pienso devolver.

—¿Quieres dormir aquí esta noche, Pipe?

—Lo daba por hecho.

Me quedo quieta, abrazada a él, con la respiración tranquila por primera vez en muchos días. Hasta que, de repente, vibra el móvil sobre la cama. Alargo la mano para cogerlo y me quedo sin aliento al ver que es una felicitación de Feli.

22.57: No quería molestarte hoy, pero al final no he podido no decirte nada. Feliz cumpleaños, Diana. He pensado en ti todo el rato. Me gustaría que nos viéramos algún día, si aún quieres. Un abrazo.

MAYO
UN AÑO ANTES

Soplo las velas cuando han acabo de cantar el «Cumpleaños feliz». Todos aplauden mientras los miro sonriendo.

—¿Qué deseo has pedido? —pregunta Guille alzando la voz.

—Que todo siga igual.

Mi amigo tuerce los labios, levanta las cejas y me lanza una servilleta arrugada.

—Venga ya, di la verdad. ¿Has pedido un viaje o que te toque la lotería?

—He pedido que sigamos todos aquí —aclaro, encogiéndome de hombros—. Juntos. Bien.

Hay un segundo de silencio. Olivia me mira con cara de «no digas nada más o lloro». Paloma me hace un gesto de aprobación con la copa. Y Felipe, a mi lado, me pasa una mano por la espalda. Con ese gesto me hace entender que sabe exactamente de qué hablo.

—Bueno, brindemos por eso —dice Teresa, alzando su vaso—. Por las cosas que merecen quedarse como están.

—Y por las copas que nos vamos a beber a tu salud esta noche. —Paloma me guiña un ojo.

Todos brindan. El sonido de los vasos al chocar y de las risas se funde con la música de fondo. Corto el pastel y luego me pasan los platos para repartirlo.

—¿A quién le toca el trozo con la flor? —pregunta Teresa, señalando uno de los extremos decorado con una rosa de azúcar medio aplastada.

—A la cumpleañera, claramente —dice Felipe.

Lo miro sonriendo y él me da un beso en la mejilla.

—Te quiero —le digo en voz baja.

—Y yo a ti —contesta antes de darme un beso en la nariz.

Las voces siguen alrededor mientras corto el pastel, los platos pasan de mano en mano, y la mesa está tan llena de copas medio

vacías, servilletas arrugadas y migas de pastel como de gente que quiero.

Me levanto de la mesa con Olivia para ir a la cocina a coger las botellas de alcohol y el hielo.

—¿Has visto cómo te ha mirado cuando le has dicho que le querías? —me susurra Olivia, sonriendo y sin mirarme directamente.

—¿Quién? ¿Felipe? —pregunto, aunque sé muy bien que se refiere a él.

—Sí, tonta. Me encanta ver que después de dos años seguís tan enamorados. Me alegro de que volvierais —dice, rebuscando en la alacena.

—Sí… —respondo bajito, como si decirlo en voz alta pudiera romper algo—. Yo también.

Me apoyo un momento en la encimera sujetando la bolsa del hielo contra el pecho. Olivia me mira de reojo.

—¿Estás bien?

Asiento.

—Estoy feliz. Es solo que… a veces me da miedo que se note demasiado.

—¿El qué? —pregunta frunciendo el ceño.

—Lo mucho que le quiero y lo bien que estamos. No quiero gafarlo y que volvamos a romper.

Olivia deja la botella que tiene entre las manos y se apoya a mi lado en la encimera. No dice nada al principio. Solo se queda en silencio, como hace cuando sabe que una respuesta rápida no sirve.

—¿Sabes qué pienso? —dice al fin mirándome—. Que no puedes vivir esperando que algo bueno se rompa solo porque ya se rompió una vez. Las cosas no se estropean porque seas feliz. Y querer mucho a alguien no es un riesgo, es un acto de fe.

Trago saliva.

—¿Y si vuelve a pasar?

—Entonces lo pasarás, y estaré aquí para verte salir del hoyo —responde, encogiéndose de hombros—. Pero, mientras tanto, disfrútalo, Diana. Disfrútalo sin miedo, porque eso también es cuidarte.

Me abraza después de que deje el hielo sobre la encimera.

—¿Interrumpo algo? —pregunta Paloma desde el umbral de la puerta.

—¿Ya te has puesto celosa? —le digo mientras Olivia y yo deshacemos el abrazo.

—Sí, ¿tanto se me nota? —pregunta. Olivia se ríe—. Han empezado a jugar al «Yo nunca…». Os estáis perdiendo información confidencial.

JUNIO

FELIPE

CAPÍTULO 55

1 de junio, sábado

Entro corriendo al trabajo. Llego tardísimo, me he vuelto a quedar dormido. Entre el banco, la funeraria, el registro y mi familia, me voy siempre a dormir a las tantas. Estoy intranquilo. Aún no hemos hecho la lectura del testamento y ya me temo lo peor. Mis tíos se van a enfadar, Lorenzo se va a enfadar… Es capaz de empezar a largarlo todo a los amigos de mi padre, a los accionistas de la empresa, ¿a la prensa?

Ya imagino el fatídico titular: «Se destapa el escándalo del ejecutivo fallecido Tristán de Mendoza». No quiero ni pensarlo.

Llego a mi escritorio. Adriana aún no ha llegado, se le deben de haber pegado las sábanas como a mí. Me dirijo a la cocina a hacerme un café y me encuentro a Víctor, que está abriendo la nevera.

—Buenos días —saludo.

—¿Cómo se te está presentando el fin de semana?— pregunta.

Cojo una cápsula de un bote que hay al lado del microondas y mi taza. Aprieto el botón.

—Pues pringando, como todos —contesto.

—¿Quieres? —pregunta enseñándome el brik de leche que acaba de sacar.

—No, gracias. Me lo voy a tomar solo.

Víctor asiente y se sirve mientras yo espero a que la máquina termine de hacer el café. El sonido de la cafetera me taladra un poco la cabeza.

—Han cambiado el calendario del personal para cubrir los viajes justo esta mañana, ¿lo has visto? —dice recolocándose las gafas.

—Pues qué putada a quien le toque, suerte que yo ya se lo dejé muy claro… —digo alisándome la camiseta azul que llevo.

—Creo que tienes que ir tú —dice pasando el dorso de la mano por su afilado mentón.

—No, yo ya lo hablé con Alfonso, que después de enero no me movía más.

—No tengo ni idea, yo es lo que he visto —contesta encogiéndose de hombros.

Cojo el café y me dirijo a mi escritorio. Enciendo el ordenador, entro en el calendario de personal. «FELIPE DE MENDOZA: 7-9 JUNIO». Pero eso es imposible. O no. Ahora caigo, Rafael no me ha podido putear hasta ahora. Con todo lo de mi padre, Alfonso dejó que me cogiera unas semanas, justo volví el lunes. Desde lo que le dije en la fiesta del aniversario de la empresa seguro que ha estado pensando en cómo devolvérmela de algún modo. Sabe de sobra que conté que ya me había comido demasiados viajes, que no quería seguir yendo de un lado para otro cada semana. Y lo hace justo cuando vuelvo, sabiendo que mi padre ha muerto recientemente. Estoy hasta los cojones.

Me pongo de pie, le voy a decir cuatro cosas. A lo mejor me cuesta el despido, pero me la suda. Abro la puerta de su despacho sin llamar.

—¿Tienes un segundo?

El despacho está casi en la penumbra. Siempre me ha parecido triste: entra muy poca luz, hay unas fotografías sosas en la pared

beige que está detrás del escritorio, unas estanterías en los laterales y dos sillas tapizadas delante del escritorio.

Rafael está sentado embobado delante del ordenador, va con un traje gris, levanta la cabeza, sin inmutarse ni por mi tono, ni por mi entrada repentina. Supongo que ya suponía que querría hablar con él. Gira un poco la pantalla hacia él y me mira.

—Buenos días, Mendoza. Claro, pasa. Un jefe siempre tiene tiempo para sus empleados —dice con una sonrisa torcida que hace que me arda el pecho.

—¿Por qué has cambiado el personal que tiene que cubrir los partidos? —pregunto cerrando la puerta detrás de mí—. Ya hablé con Alfonso. Sabes perfectamente que no quiero moverme más. Lo he repetido hasta el hartazgo.

—Y, aun así, aquí estamos —responde con media sonrisa, girando la silla un poco.

—Conoces mi situación familiar… Esto es por lo que te dije en la fiesta del treinta aniversario de la empresa, ¿no? —digo sentándome en una silla.

Por un segundo, se le tensa el gesto. Apenas. Pero lo veo.

—Mira, Mendoza, no sé qué película te estás montando, pero en esta empresa los turnos y las asignaciones de los partidos no se negocian teniendo en cuenta las situaciones personales. Esto no es una ONG. Has estado fuera semanas, ahora te toca remar.

—¿Remar? Llevo remando desde que entré. Me he tragado los peores turnos, los viajes absurdos, los marrones que nadie quería y los becarios inútiles. ¿Y ahora, con mi padre recién muerto, me haces esto? —digo poniendo una mano encima del escritorio.

—Tienes que cumplir con tus obligaciones —responde, y se inclina hacia delante, cruzando las manos sobre la mesa como hace siempre que quiere parecer razonable—. Nadie te está pidiendo nada

extraordinario. Es solo un viaje de tres días. Es lo que hay. —Noto cierto retintín en su tono.

—¿Y por qué yo?

—Porque nadie más del equipo puede hacerlo y yo tengo que tomar decisiones.

—No, esto es porque en la fiesta te dije que eras un cerdo.

—Vigila cómo me hablas —dice en un tono más bajo, más frío—. Ya no está tu padre para meter pasta y protegerte.

Eso me enciende. Me pongo de pie mientras él me mira con sorna. Tengo ganas de estamparle la cara contra la mesa. Entonces me despisto. Mi mirada se desvía de su cara al marco del portarretratos que tiene detrás, ligeramente ladeado. Se ve el reflejo de un vídeo en movimiento, en blanco y negro. Lo que veo es raro.

—¿Qué coño estás mirando? —le pregunto volviendo la vista hacia él.

—¿Perdona? —dice apagando la pantalla del ordenador.

Rodeo el escritorio y me pongo a su lado.

—Enciéndela —le ordeno.

—¿Tú quién te has creído que eres para hablarme así?

—¿Estás viendo porno? Enciéndela —repito, sin moverme, mirándolo a los ojos.

—Sal de mi despacho ahora mismo —dice poniéndose de pie.

Está nervioso. Nunca lo había visto así. Y eso me confirma que hay algo que no quiere que vea.

—¿Qué tienes que ocultar? —pregunto.

Nos quedamos mirándonos, el uno frente al otro durante unos segundos. Yo no voy a ceder, sé que él tampoco. A la que Rafael intenta moverse, le doy un empujón que le hace caerse al suelo. Quiero dejarle en ridículo, estiro el brazo y pulso el botón de encendido de la pantalla. Se ilumina. Blanco y negro. Reconozco el

ángulo, los muebles… Es el despacho de Sebastian.

Adriana está ahí. De pie. Pegada a la pared. Sebastian está justo frente a ella, demasiado cerca. Le habla, pero no se escucha el sonido. Su cuerpo bloquea la puerta. Tiene la camisa completamente desabotonada, un pecho fuera del sujetador y Sebastian le está metiendo la mano por dentro de los pantalones. Mi estómago se encoge.

—¿Hay una cámara oculta en el despacho de Sebastian?

Rafael se está levantando del suelo. No dice nada.

—¿Y lo estás viendo en directo? ¿Sabes que Sebastian está con Adriana ahora mismo y no haces nada?

Me doy cuenta de que aprieto los puños. Él también. Pero no se le mueve un músculo. Solo me sostiene la mirada.

—Es un recurso de seguridad interna.

—¿Seguridad interna? Ya. ¿De esto tiene conocimiento la junta de accionistas o Alfonso?

Se queda en silencio, doy un paso hacia él, quedándome muy cerca. Su frente me llega al mentón. Es escuálido, podría matarlo sin mucho esfuerzo.

—Ya veo, a ti te gusta mirar. Eres un cerdo al que no se le levanta, ¿eh? —digo andando hacia delante para acorralarlo contra la pared —. Ahora me voy al despacho de Sebastian y tú no lo vas a impedir, no vas a llamar a seguridad ni a la policía, porque si lo haces te voy a reventar el cráneo, ¿lo has entendido?

Asiente en silencio, me hierve la sangre, esto me recuerda a… Salgo de su despacho a paso rápido y firme, temblando de rabia. Tres puertas a la derecha está el despacho de Sebastian. Empiezo a golpear la puerta fuertemente, con mis puños y antebrazos.

—Sebastian abre ahora mismo —empiezo a gritar—. Como no abras, tiro la puerta abajo, cabrón.

Silencio en el despacho. Veo que algunos compañeros se acercan al pasillo.

—Adriana, sal. Sé que estás dentro.

Nada. Sigo golpeando. Estoy tan fuera de mí que ni siquiera noto el dolor en mis manos y brazos. Entonces escucho un leve clic. La puerta se entreabre. Detrás está Adriana.

Su cara. Nunca voy a olvidar su cara. Pálida. Los labios entreabiertos. El botón de arriba de su camisa mal cerrado, como si se lo hubiese abrochado con las manos temblando. Le tiembla la barbilla, pero no le cae ni una lágrima.

—¿Estás bien? —le pregunto bajando el tono, como si el corazón que me retumba en la cabeza pudiera calmarse con eso.

Asiente con un movimiento casi imperceptible. Después se hace a un lado. Entro.

—Estoy aquí, no te va a poder hacer nada ya —le digo abrazándola.

Sebastian está junto a la ventana, de espaldas, ajustándose el cinturón. Se vuelve y me mira con cara de asco.

—Pero ¿tú quién te crees que eres para presentarte en mi despacho así? —dice, desafiante, con el acento inglés más marcado que nunca.

No le contesto. Le doy un beso en la frente a Adriana y le pido que salga un momento, que ahora nos iremos juntos de aquí. Cierro la puerta detrás de mí. Me acerco a él y le pego un empujón tan fuerte que cae contra el escritorio, los objetos de encima se desparraman por el suelo. Sebastian intenta levantarse, pero ya estoy encima de él.

—¡La estabas tocando hijo de puta! —grito, fuera de mí, mientras lo sujeto por la camisa blanca que lleva y lo empotro contra la pared.

—¡No sabes lo que estás haciendo! ¡Suéltame!

—¡Sé muy bien lo que estoy haciendo! —grito—. Te he visto en el ordenador de Rafael, gilipollas. Tú las violas y él mientras se pajea, ¿no? Funcionáis así.

Sus ojos se agrandan. Ahí está. El miedo. Estoy a punto de darle un puñetazo en la mejilla y volarle los dientes. Me mira a los ojos, aprieto la mandíbula con fuerza intentando contenerme.

—No te voy a matar —le digo aflojando el puño—, pero te voy a joder la vida.

—¿Vas a ir a la policía? —pregunta mirándome a los ojos.

—Sí, a la policía y a donde sea necesario para que todo el mundo se entere de esto —digo, soltándole.

Me quedo un segundo más mirándolo. Sebastian trata de recomponerse, pero ya está acabado, en su cara veo miedo y odio.

Salgo del despacho. Abrazo de nuevo a Adriana y la tomo de la mano, con cuidado, como si fuera de cristal. Hay compañeros en el pasillo. También está Rafael, que abre la boca para decir algo, pero que al final no se atreve.

—Esto no ha hecho nada más que empezar, hijo de puta —le digo al pasar por su lado.

Seguimos caminando. Adriana no ha dicho una palabra más, pero su mano aprieta la mía con fuerza. Me tiemblan los músculos, el alma, todo. Pero no la suelto y entonces me doy cuenta. Hay que hacerlo, y hay que hacerlo todos juntos.

CAPÍTULO 56

9 de junio, domingo

Estamos en silencio el uno frente al otro, supongo que después de tanto tiempo sin hablar en persona es normal. Tengo las manos tan tensas sobre el volante que los nudillos se me han puesto blancos. El sudor me baja por la espalda. Vamos a la casa donde ambos crecimos y ambos nos separamos.

—El barrio en el que vives no está mal. Nueva España se llama esto, ¿no? —rompo el hielo—. Está muy bien comunicado.

Lorenzo no contesta. Mira por la ventanilla del coche como si no me hubiera oído, pero sé que sí. Conozco ese gesto rígido de cuando está conteniéndose. No puedo evitar pensar lo mucho que, desgraciadamente, se parece a nuestro padre. Candela y yo nos parecemos a nuestra madre pero él es clavado a Tristán. El pelo mucho más oscuro, los ojos grandes, la nariz griega.

—Tengo el coche en el taller. Por eso te he pedido que vinieras a buscarme, no para entablar conversación.

—Eres muy gilipollas, Lorenzo —le suelto sin apartar la vista de la carretera—. Al final accediste, pero nadie te obliga a hacer esto, eh. A mí tampoco me apetece estar en esta situación, ni verte, la verdad. Pero no hace falta hacerlo más difícil. Es por Candela.

Lo llamé la semana pasada. Igual que ocurrió en la anterior llamada, discutimos, incluso nos insultamos, pero lo acabé

convenciendo. Supongo que chantajear emocionalmente a alguien diciéndole que si no hace lo que quieres es porque no quiere a su hermana no es algo bonito. Pero sí efectivo.

—Ya lo sé —contesta con un tono amargo.

Bajamos del coche mientras la verja del jardín se cierra. Sé que Candela está ilusionada con lo de que estemos juntos los cuatro y que mi madre está nerviosa, aunque, como siempre, no lo demuestre. Abro la puerta con mis llaves y lo dejo pasar primero. Caminamos hacia el comedor, mi madre se queda mirando a Lorenzo desde el sofá y Candela se levanta para abrazarlo. Le dice algo al oído que no alcanzo a oír, y él asiente con un gesto apenas visible. Luego ella lo suelta, le sonríe con esa calidez que le sale sin esfuerzo, y se va a la cocina, seguramente a por bebidas.

—Hola, Lorenzo —musita nuestra madre.

—Mamá. —Hace un leve movimiento con la cabeza.

No hay abrazo entre ellos dos. Ni siquiera una sonrisa. Solo ese gesto casi imperceptible de alguien que también accede, a regañadientes, a pasar por esto. Lorenzo se deja caer en la silla frente a mí. Mi madre se sienta de nuevo en el sofá, hay algo en su manera de mirar que me recuerda al silencio de los cementerios: pesado, respetuoso, lleno de cosas que no se dicen.

Candela viene de la cocina con una bandeja con bebidas que deja en la mesa que hay entre nosotros. Entonces se sienta en el sofá cruzando las piernas con esa elegancia inconsciente que siempre ha tenido, y mira a Lorenzo expectante. Él no sostiene su mirada. En lugar de eso, coge un vaso y le da un sorbo largo a la limonada, intentando ganar tiempo. Luego lo vuelve a dejar en la bandeja con demasiada suavidad, como si estuviera midiendo cada movimiento para no romper nada. Yo también bebo, pero no logro que desaparezca la sequedad de la garganta.

—Bueno —comienza Candela—, ya estamos todos. ¿Podemos hablar?

Lorenzo y yo nos miramos y, por un instante, siento que volvemos a ser dos adolescentes atrapados en una sala de estar que se ha vuelto inhóspita por culpa de nuestro padre. De repente, y pese a los años, nada parece haber cambiado realmente. Pero ahora Candela está aquí, y su presencia exige otra versión de nosotros. Una que sea honesta.

—¿Qué quieres saber exactamente? —pregunta Lorenzo.

—Todo. Estoy cansada de que nadie diga nada.

Mi madre aparta la vista, algo dolida por la montaña rusa de emociones que todos vamos a pasar. Yo la entiendo. Porque Candela no tiene ni idea de cuánto nos hemos esforzado por mantener en pie la fachada de Tristán de Mendoza.

—Papá no era el hombre que tú crees —comenta Lorenzo, sin saber muy bien por dónde seguir—. ¿Te acuerdas de Lara?

—Creo que sí. —Candela entorna los ojos, buscándola en los recovecos de su memoria.

—Venía mucho por casa. Tú eras bastante pequeña, tenías nueve años. Ella y yo empezamos a salir cuando éramos apenas adolescentes.

—¡Ah, sí! Una chica rubia, ¿no? Llevaba siempre una mochila morada con parches. De eso me acuerdo porque le pedí a papá que me comprara una igual.

Lorenzo asiente. Yo noto que se me contrae el estómago. No sabía que iba a ir por ahí. No sabía que lo iba a contar así.

—Estuvimos juntos mucho tiempo. Íbamos a la misma clase en el instituto. Pensaba que me iba a casar con ella. —Aprieta los labios y niega con la cabeza—. El día que pasó todo. También era junio. Lo sé porque me iba a ir a la sierra con mis amigos de la universidad al

acabar los exámenes del segundo cuatrimestre. Mamá y tú os habíais ido a casa de la tía Paula, a Galicia, una semana para que tú estuvieras con los primos. Papá no pudo ir porque tenía que trabajar.

—Y yo me había ido de viaje de fin de curso a Malta, justo después de selectividad —recuerdo en voz alta—. Papá había quedado en recogerme en el aeropuerto cuando volviera, pero no apareció. Lo llamé varias veces, pero no me cogió el teléfono. Entonces llamé a Lorenzo para que fuera a buscarme.

Mamá se cruza de brazos y Candela nos mira ladeando la cabeza sin entender nada.

—Sí, fui a recogerlo —puntualiza Lorenzo antes de hacer una pausa—. Lo traje aquí. Y, ya de paso, aproveché para coger un bañador que me había dejado.

Lorenzo se queda en silencio un momento, como si estuviera sopesando el siguiente capítulo de su relato. Candela lo observa con atención, esperando que continúe.

—Aparqué en la calle y entramos al jardín. El coche de papá estaba allí. Supuse que se estaba echando la siesta y no había oído el teléfono de Feli. Subimos las escaleras para ir a su habitación, pero al pasar por su despacho oímos ruido.

Mamá se pasa los dedos de la mano derecha por la frente, angustiada. Lorenzo está con los brazos cruzados, con la mirada vidriosa fija en la mesa.

—Abrí la puerta del despacho… —hace una pausa, como si quisiera encontrar las palabras sin dar más detalles de la cuenta— y nos lo encontramos con Lara.

El silencio que sigue a su revelación es denso, pesado. Candela se ha quedado en estado de shock, con los ojos abiertos como platos. Mi madre no dice nada, pero su postura cambia. Se encoge y se abraza a sí misma, como si intentara contener algo que está a punto

de desbordarse. Yo, en cambio, no puedo apartar la mirada de Lorenzo.

—¿Qué pasó después? —le pregunta Candela al cabo de unos segundos, con la voz rota por la incredulidad.

Lorenzo desciende los párpados por un momento, intentando borrar ese recuerdo de la mente. Luego abre poco a poco los ojos y, con un suspiro, empieza a hablar. Sus palabras son vacilantes; suenan como una confesión largamente reprimida.

—Le di una paliza a papá, aunque solo recuerdo abalanzarme sobre él. Lo siguiente que recuerdo es que la ambulancia estaba en el jardín.

Candela se gira hacia mí esperando que rellene las partes que Lorenzo no recuerda.

—Yo me quedé paralizado —exhalo—. No comprendía nada, ni entendía qué hacía Lara ahí, en esa situación, con papá. Lorenzo empezó a pegarle, y Lara cogió su ropa y se fue de casa mientras gritaba asustada. Cuando vi que Lorenzo le había roto la nariz a papá, llamé a la ambulancia. Luego —señalo sutilmente a mi hermano con la cabeza— le agarré por el pecho e intenté retenerlo, hasta conseguí que se calmara un poco.

—Sí, cuando papá se quedó inconsciente, supongo que me empecé a acojonar y te dejé que me pararas —interviene Lorenzo con tono sarcástico.

Siento el estómago revuelto. No puedo dejar de pensar en lo que implica esto para Candela, para el recuerdo que tiene de papá. Ha empezado a llorar.

—¿Y tú qué hiciste, mamá? —pregunta con la voz quebrada.

Mi madre inhala profundamente antes de contestar, puedo ver en sus ojos verdes que está reviviéndolo todo de nuevo.

—Me llamó Felipe para explicarme lo que había ocurrido. Te dejé

con los tíos y me vine a Madrid en coche. Creo que fueron las seis horas más largas de mi vida. Llegué al hospital y vi a Lorenzo muy afectado. Fue Felipe quien me contó con más detalle todo lo que había pasado. Entré a ver a vuestro padre y me dijo que estaba enamorado de Lara, que llevaban un año teniendo una relación. Empezaron cuando ella tenía dieciocho. Ella era una niña, no sabía lo que hacía.

»Le pedí el divorcio, pero me dijo que me lo quitaría todo, incluyéndoos a vosotros. —Me doy cuenta de que a mamá le tiembla la mano al tocarse su melena rubia—. Así que me tuve que quedar.

Mi madre enmudece. Las palabras que acaba de pronunciar aún son una losa que carga a sus espaldas. Candela solloza ahora con más fuerza, las lágrimas recorren su rostro mientras intenta asimilar lo que acabamos de contarle. Se seca la cara con el dorso de la mano, pero parece que no puede parar de llorar.

Finalmente, sus ojos, rojos y llenos de dolor, se clavan en mi madre.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes?

—Porque te queremos —contesta mi madre— y sabíamos lo mucho que querías a tu padre.

CAPÍTULO 57

19 de junio, miércoles

—Así que ahora tengo mucho tiempo libre —le digo sonriendo.

—Renunciaste. Hiciste lo que debías, Feli.

—No me quedaba otra. —Paseo el dedo por el lateral del vaso de mi cerveza—. Ya no podía seguir allí después de todo. Adriana ha puesto ya la denuncia. Espero que todo vaya más o menos rápido.

Diana me mira desde el otro lado de la mesa con esa expresión serena pero atenta que siempre ha tenido, esa que hace que uno se sienta escuchado de verdad. Es guapísima. Lleva el pelo castaño recogido en una coleta, unos aros dorados y va con un vestido amarillo que resalta su bronceado.

El sol deja hoy un rastro de nubes rosas, estamos en la terraza de un bar pequeño, escondido entre dos calles tranquilas. Yo lo sugerí porque no quería ruido, ni distracciones.

—Le contaste la verdad a Candela, dejaste tu trabajo por tus principios, te has reconciliado con tu hermano… —Ladea la cabeza —. Te felicito.

—No sé si «reconciliar» es la palabra. Creo que decírselo a Candela ha ayudado. —Se me dibuja una media sonrisa en la cara por el acercamiento con Lorenzo—. Ahora al menos hablamos de vez en cuando.

—Es un paso enorme si lo comparas con cómo era todo antes.

—Sí. Lo es.

Silencio. Ambos bebemos. Sé que lo que viene ahora es más difícil, pero también sé que por eso estoy aquí.

—También me gustaría que habláramos de lo que pasó entre nosotros. De todo.

Diana se tensa, pero logra mantener la calma. Deja el vaso en la mesa y me mira de frente.

—Lo sé, Feli.

—Primero quiero darte las gracias por venir al funeral. Por preocuparte por mí cuando estaba hecho una mierda. Seguramente no lo merecía.

Ella suspira despacio, con ligereza. Sus dedos, llenos de anillos dorados, tamborilean sobre la madera de la mesa.

—Seguramente no lo merecías, no —responde al fin. Su voz es baja, aunque firme—. Pero tampoco podía ignorarte en un momento así.

Asiento en silencio y trago saliva. Me duele su sinceridad abrumadora, pero entiendo que esté dolida, que lleve dolida todo este tiempo.

—Sé que desaparecí, que me comporté como un cobarde, Diana… —Me obligo a sostenerle la mirada—. No sé si algún día podré explicártelo de forma que tenga sentido.

—No creo que exista una explicación que sirva —opina—. Pero si quieres intentarlo, te escucho.

Se recuesta ligeramente en la silla, con su rostro imperturbable. Y eso me desarma más que si hubiera estallado en reproches y lamentos.

—Me asusté… —Hago una pausa para tomar aire—. Discutíamos bastante. Y en esos momentos tenía la sensación de que no era suficiente, de que no sería capaz de hacerte feliz. Y, por ende, que

eso a mí no me haría feliz. Tenía miedo de que pasaran los años…, de que nos casáramos, de que hiciéramos todo lo que teníamos planeado… y que nunca te pudiera hacer feliz.

Los ojos de Diana ya no me miran, están puestos en su regazo. Me quito un peso de encima al decírselo, pero a la vez me siento peor porque me doy cuenta de que la cagué, de que, por ser un cobarde, ella tuvo que sufrir tanto.

—Lo hice todo mal, Diana. De un día para otro. Nos peleamos el día anterior a dejarlo por una tontería, llegué tarde a recogerte, ¿no?

Ella asiente con la mirada fija en su vaso mientras se rasca el cuello.

—Sí, llegaste tarde a la estación. Estuvimos unos días sin vernos y llegaste tarde porque estabas jugando a un videojuego con tus amigos —aclara—. Me enfadé, discutimos, mucho, pero lo arreglamos antes de ir a dormir. Hicimos el amor de hecho, viendo lo que pasó después nos lo podríamos haber ahorrado —dice sarcásticamente.

Me la quedo mirando esperando a que continúe.

—Y al despertarnos en tu piso me dejaste. Dijiste que no habías podido dormir y que discutiéramos tanto te generaba ansiedad. Lo hiciste como la primera vez que cortaste conmigo, igual.

Sigo callado un instante, seguramente por vergüenza.

—Ya, sí —logro decir—. Supongo que esperaba que intentaras convencerme de que no lo hiciera.

Abre los ojos como platos y le sale una risa seca.

—Claro, iba a suplicarte que no me dejaras de nuevo cuando me habías jurado que nunca más volvería a pasar.

Noto como su mirada me atraviesa y se me hace un nudo en la garganta. Soy un cobarde, nunca lo he visto tan claro.

—Por eso después de dejarlo, me daba miedo hablarte. Me sentía

culpable, no podía hacerlo —digo sincerándome.

—No. —Levanta la mirada—. No quisiste hacerlo, que es distinto. Por eso he tardado tanto en querer quedar, porque sabía que solo me darías excusas.

—Lo sé.

Silencio de nuevo. Pasa un coche a lo lejos, el tintinear de vasos en otra mesa, distracciones que me alivian en una conversación tan difícil como esta.

—Durante un tiempo creí que volverías —continúa—. Que un día llamarías o te presentarías en mi trabajo. Que dirías que habías sido un imbécil, pero que querías arreglarlo. Y luego dejé de esperar.

Su sinceridad es un puñetazo demoledor. No tengo ni idea de qué decirle. Es más, no sé si tengo derecho a decir nada.

—Nunca me perdonaré no haber estado cuando te enteraste de que estabas embarazada. —Mi voz se rompe un poco—. Te dejé sola en el peor momento y, si hubiera hecho las cosas bien, me lo habrías contado, lo sé. Lo siento, lo siento muchísimo, Diana.

Desvía la mirada al cielo, intentando contenerse las lágrimas que acaban de aparecer en sus ojos. Me da un vuelco al corazón y tengo la necesidad de abrazarla y decirle que todo estará bien. Que saldremos de esta, igual que lo hicimos tantas veces en el pasado. No obstante, mis palabras solo la romperían más, porque ya no somos nada. Y ella no se merece sufrir más por mis actos.

—Vine porque quería saber cómo estabas con todo lo de tu padre, Feli… Y porque necesitaba cerrar esto de una vez por todas, sin excusas, como dos adultos. Lo hiciste mal: un día me contabas en qué restaurante querías celebrar nuestra boda y, al siguiente, me dejaste. No hay que darle más vueltas.

Sus palabras me desgarran, pero también me alivian. Ella está avanzando. Yo aún estoy intentando entender cómo hacerlo.

—No te merecías pasar por todo eso sola —repito.

Ella niega suavemente con la cabeza.

—No vuelvas a decir eso. Ya pasó, hace ocho meses para ser exactos.

Me quedo mirando el interior del bar para no hacer contacto visual y así poder reprimir lo que quiero decirle. Por desgracia, no lo consigo.

—Ya te lo he dicho, pero no pensé que te fueras a ir. No pensé que cogerías tus cosas y te irías sin intentar arreglarlo.

—Joder, era la segunda vez que ocurría, Felipe. La primera vez que lo dejamos te lo advertí: que para mí esto no era un juego, que había sido horrible para mí. Te pedí que no me dejaras a la primera de cambio. No podía volver a pedírtelo. Solo faltaba que me pusiera de rodillas pidiéndote que no rompieras conmigo por segunda vez. Ya escarmenté. Me había quedado sin lo que más quería en el mundo, no podía quedarme sin mi dignidad también.

Su respuesta me atraviesa. Sé que tiene razón. Yo no veía nuestra relación como un juego, aunque ella pueda verlo así por cómo me comporté. Se me cruzaron los cables y luego no supe arreglarlo, y lo estoy pagando caro porque por culpa de esa cagada la persona que tengo delante, la que estoy seguro de que es el amor de mi vida, ya no me ve igual y no va a darme otra oportunidad después de lo que le hice. Es lógico que no confíe en mí.

Me remuevo incómodo en la silla, deslizo los dedos por el vaso que solo contiene un fondo de cerveza caliente.

—Te juro que nunca quise que suplicaras, Diana. Jamás.

Ella sonríe con tristeza.

—Pues no lo entiendo. Si no pensabas que me fuese a ir sin pelearlo, tampoco querías pedirme perdón ni querías que te suplicara que no me dejaras, entonces ¿qué esperabas?

No sé qué responderle. Me quedo mirándola con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—No lo sé —admito al fin, bajando la voz—. Supongo que esperaba que el tiempo lo arreglara solo

—Ya… —Arquea las cejas, escéptica.

—Diana, cuando lo dejamos lo pasé muy mal. No comprendía qué me pasaba. Estaba bloqueado.

—Pues para estar bloqueado pasaste página rápido…

Arrugo la frente y ladeo la cabeza. Seguro que el Pipe de las narices le ha hablado de las chicas que llevé al piso en los primeros meses de la ruptura. Ese cabrón juega sucio.

—Menudo tío… —pienso en voz alta.

—¿Acaso es mentira?

Me quedo callado unos segundos.

—No. No es mentira. Pero tampoco fue como tú crees.

Me mira sin parpadear, aguardando una explicación, o lo que ella piensa que es mi próxima excusa.

—Salí, sí. Bebí, sí. Me lie con alguna chica, sí. No voy a negarlo. Pero nada… Nada me hizo sentir mejor. No logré sacarte de mi cabeza.

—Bueno, pues mientras tú lo pasabas tan mal tirándote a otras —se coloca una mano en el pecho—, yo tenía ganas de vomitar cada vez que pensaba en ello.

—Y ahora estás con ese hijo de puta que se dedica a meter mierda.

Abre la boca con asombro mientras pone su mano derecha en la sien.

Mierda, la he cagado insultando a ese hijo de puta en alto. Creo que mi cara delata que me he asustado, que me da miedo que eso la haga levantarse e irse, pero no voy a rectificar. Me niego. Ese tío

está con la chica que tendría que estar conmigo y encima mete mierda.

—Como vuelvas a hablar así de él, me voy. Además, ¿qué es lo que quieres?, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Estar todo lo que me queda de vida sin pasar página?, ¿lamentarme todos los días?, ¿martirizarme y autoflagelarme para siempre por haber abortado?, ¿no darle ninguna oportunidad a nadie porque tú la desaprovechaste? —Chasquea la lengua—. A lo mejor es lo que quieres, pero no pienso hacerlo. Si no me hubiera esforzado en sanar mis heridas, no hubiera pasado página.

Su argumento me deja sin palabras. No me queda otra que agachar la cabeza. Sé que tiene razón, no tengo derecho a esperar nada de ella después de cómo me comporté. Fui un imbécil y lo sigo siendo.

—No…, no quiero nada de eso, Diana. Solo… supongo que me cuesta verte con otro.

—Ese no es mi problema.

Levanto la mirada y asiento despacio.

—Lo sé. No debería habértelo dicho.

—Y tampoco deberías insultar a Pipe. —Se recuesta en la silla y cruza los brazos—. Te guste o no, ahora es parte de mi vida. Y yo estoy bien. Soy feliz.

—¿Más feliz que conmigo?

Ella me sostiene la mirada. No parpadea, acabo de crear una grieta en esa fachada tan sólida que había construido para hablar conmigo.

—Distinto —responde con calma.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Eres más feliz con él de lo que lo eras conmigo?

—Es que no lo entiendes. —Se masajea las sienes—. Tal vez jamás

pueda llegar a ser igual de feliz porque lo que pasó me dolió tanto… Que me dejaras de la manera en la que lo hiciste, el aborto… Se rompieron muchas cosas dentro de mí. Creo que ya nunca podré sentir lo mismo. Una parte de mí está destruida. Y ni Pipe, ni tú, ni nadie que me conozca podrá cambiarlo; el daño es en cierto modo irreparable.

Inspira y espira profundamente antes de continuar mientras yo la miro apretando la mandíbula. Me rompe el corazón oírle decir eso.

—Yo ya nunca voy a poder ser la misma, Felipe. La que sentía tantísima ilusión por las cosas. La que creía que el amor era suficiente. La que estaba segura de que, con la persona correcta, no le podía pasar nada malo. La que lo hubiera dado todo, incluso su propia vida, por esa persona. Esa chica ya no existe, y dudo que vuelva a existir, porque esto —nos señala a los dos varias veces— la mató.

Me quedo en silencio, siento que las pulsaciones me suben y que el estómago me da un vuelco. Empiezo a tener mucha sed. Ni los ruidos de nuestro entorno son una vía de escape ya. Las palabras de Diana son un jarro de agua fría y me dejan noqueado.

—Lo siento. —Es lo único que logro decir, y sé que no es suficiente.

—Yo también —responde con sequedad mientras coge su bolso que está en el brazo de la silla—. Me tengo que ir, Felipe. Gracias por la cerveza, pero se me hace tarde.

Me levanto despacio pensando en qué puedo decirle para que no se vaya.

—Vale.

Nos abrazamos, primero casi por compromiso. Sin embargo, pronto el gesto se vuelve más cercano y genuino. Huelo su pelo y eso me transporta a tantos momentos. Al separarnos veo que sus

ojos —esa tonalidad que tanto me gusta— están anegados en lágrimas. Diana hace ademán de girarse e instintivamente le agarro de la mano.

—La arena —murmuro—. El color arena siempre será mi favorito. Sé que el verde ya no es el tuyo, pero quiero que recuerdes que da igual los colores que existan. Da igual el tiempo que pase, yo siempre voy a elegir el color arena.

Me observa con el cuerpo de lado y vislumbro cómo una lágrima desciende por su mejilla. Me suelta la mano con delicadeza, sin brusquedad, como si tampoco quisiera que fuera una despedida violenta.

—Cuídate, Feli —susurra con la voz rota.

La veo alejarse. Sus pasos son rápidos, pero algo torpes. Se abraza a sí misma mientras se pierde calle abajo, hasta desaparecer tras la esquina. Intentando contener lo que está a punto de desbordarse.

Yo, en cambio, me quedo quieto, meditando sobre nuestro encuentro. Esto no puede ser el final, me niego a ello.

CAPÍTULO 58

28 de junio, miércoles

Esta mañana hemos ido al notario, que nos ha leído las últimas voluntades de mi padre.

A mis tíos no les ha caído nada, aparte de bienes materiales que pertenecían a mis abuelos. Las caras de decepción eran un poema.

—¡Esto es una vergüenza! —ha bramado uno de ellos—. Todos estos años aguantándolo para que ni siquiera se acuerde de nosotros. Egoísta hasta en la tumba.

Lorenzo se ha mantenido inexpresivo, con las manos entrelazadas sobre las rodillas y mirando un punto fijo de la pared del despacho, como si nada de lo que estaba ocurriendo fuera con él. Supongo que lo ha visto como un mero trámite y que daba por hecho que nuestro padre no le dejaría nada. Mi madre tampoco ha dicho nada en todo el proceso. Su rostro era una máscara perfecta, lo único que la delataba eran sus hombros contraídos. Candela, con su melena rubia enrollada en un moño, estaba fatigada, y era evidente que no le apetecía nada pasar por ese trámite. Desde que le contamos lo ocurrido, se siente contrariada; no es como antes que nombraba a papá todo el rato. Noto que lo echa de menos, pero que lucha contra ese sentimiento.

En mi caso, he escuchado con atención cada palabra del notario, tratando de entender mejor a ese hombre al que llamaba «papá».

Excepto la casa familiar, una cuenta de ahorros y unas cuantas acciones que le ha dejado a mi madre — supongo que es la compensación económica por esos años en que ella se vio obligada a permanecer casada—, el resto de su patrimonio es para nosotros tres, los tres hijos. Hemos de repartirlo a partes iguales.

Lo único distinto es que a mí me ha dejado como único heredero de la empresa de construcción, aunque sabía que no quiero tener nada que ver con eso.

El notario también nos ha dado una carta a cada uno de nosotros. Al llegar a casa la he dejado encima del escritorio de mi habitación. Necesitaba asimilar que todavía me quedaba una nota de mi padre antes de despedirme de él definitivamente.

Ahora me he decidido a cogerla y me siento en la cama mientras abro el sobre que tiene escrito «Felipe» con la caligrafía de mi padre.

> Querido Felipe:
>
> Si estás leyendo esto, significa que me he ido. No sé si para ti supone alivio, tristeza, dolor o simplemente indiferencia. Asumo que una extraña mezcla de las cuatro cosas.
>
> Quería que pasara un tiempo antes de que abrierais el testamento para que tuvieras la oportunidad de contarle a Candela lo que ocurrió. Espero que aun así mi niña guarde un buen recuerdo de mí. Ahora que ya es mayor espero que tenga la madurez suficiente para poder ver los grises. Espero que, aunque me equivocara, siga queriéndome.
>
> En lo que se refiere a ti, Felipe, fuiste un niño brillante, un joven valiente. Aunque no seas una persona demasiado centrada sé que, en el fondo, te has convertido en un hombre íntegro. Y lo has hecho a pesar de mí, no gracias a mí. Siempre tuve claro

que eras mejor que yo, que, por mucho que te descarrilaras, en los momentos decisivos sabrías cómo actuar.

No voy a justificarme ni a mendigar un perdón que no merezco. Sé que os fallé de la forma más imperdonable, y que ninguna explicación puede arreglarlo. Lo único que puedo hacer ahora, cuando ya no estoy para discutirlo contigo, es admitir que no estuve a la altura.

Te hice cargar con un peso que nunca te correspondió. Presenciaste algo que ningún hijo debería haber visto, y me odiaste —con razón— por no tener la dignidad de desaparecer de vuestras vidas. No tuviste que quedarte, pero lo hiciste. Protegiste a tu madre y a Candela, incluso a Lorenzo, a tu manera… Lo hiciste cuando yo fui incapaz de ser un hombre, cuando solo fui un cobarde y un monstruo en cierto modo.

Sé que no repetirás mis errores, sé que tú no dejarás que el egoísmo nuble tu carácter. Felipe, estos últimos años no he tenido la oportunidad de decírtelo en vida, pero te respeto por eso. Quiero que sepas que siempre he estado orgulloso de ti. De la persona que elegiste ser.

Verás que he dejado la empresa a tu nombre. Pero no porque espere que la aceptes, sino porque sé que harás lo que consideres justo con ella. Confío en que la protegerás o la destruirás, si es lo que crees necesario. Ya no me corresponde a mí decidirlo. Sé que nunca la has querido, sé que siempre has pensado que es Candela la que tiene que estar al mando; si aún piensas así, haz lo que tengas que hacer cuando la veas preparada.

Cuida de Lorenzo, intenta reconciliarte con él, piensa que ninguno de los dos tenéis la culpa de lo que pasó, simplemente tuvisteis la mala suerte de ser testigos de la ruina moral de

vuestro padre. Os queréis, erais inseparables, intenta estar en su vida y que él esté presente en la tuya. Cuida de tu hermana, guíala, aconséjala, protégela. Cuida de tu madre, la hice muy feliz cuando éramos jóvenes, pero también la he hecho terriblemente infeliz en los últimos años. Lo sé. Es la mujer de mi vida, aunque ella me vea como a un monstruo —y con razón—. A pesar de todo, la sigo queriendo. Lo hago a mi manera, es decir, mal. Sé que habría sido más afortunada sin mí, y espero que pueda serlo ahora que ya no estoy. Cuídalos, lo harás bien, como siempre lo has hecho todo.

No te pido que me perdones, solo que no dejes que lo que yo fui te impida ser feliz a ti también, porque te mereces serlo.

Con amor,

PAPÁ

Me quedo un largo rato mirando la carta, sin moverme. Pienso en mi madre, en cómo de diferente hubiera sido su vida si mi padre no se hubiera convertido en su pesar.

Doblo la hoja despacio, la meto de nuevo en el sobre y cierro los ojos. No sé si termino de creerle. Supongo que mi padre ahora estará retorciéndose en el infierno, aunque no es lo que quiero. Lo que quiero es que, si la justicia divina existe, tenga en cuenta lo que ha pasado mi madre en esta vida y le dé lo que se merece. En esta y en la siguiente.

JUNIO
DOS AÑOS ANTES

Cierro la puerta de su casa mientras ella camina hacia la habitación riéndose con los tacones en la mano. No sé quién ha bebido más de los dos, pero está claro que ambos estamos borrachos. De repente

se gira hacia mí.

—¿Me estás escuchando? —pregunta ladeando la cabeza.

—Perdona. Estaba pensando en si serías capaz de llegar a la cama sin caerte al suelo —respondo mientras me acerco a ella.

—Pues claro que soy capaz. —Da un paso atrás y tropieza con la alfombra. Tiene que apoyarse en la pared para no caerse—. Era parte del espectáculo. Coreografía.

—Increíble. Cinco estrellas. —La sujeto suavemente por la cintura para estabilizarla—. ¿Puedo ayudarte a llegar al escenario principal o prefieres hacerlo sola?

Me mira desafiante sin decir nada. Levanto las cejas. Me inclino y la cojo en brazos. Ella se ríe mientras lo hago. La dejo en la cama y, tras sacar la cartera y el móvil de mi bolsillo y dejarlos encima del escritorio, me siento a su lado, todavía con una sonrisa en la cara. Ella se incorpora un poco, me pasa los brazos por el cuello y apoya la frente en la mía.

—¿Sabes qué? —murmura.

—¿Qué?

—No confiaba ni un poco en que me dejaras encima de la cama sana y salva.

Me aparto haciendo una mueca de desagrado.

—Me duele que confíes tan poco en mis habilidades logísticas —le digo con fingida indignación, y añado sacando bíceps—: y en esto.

—La verdad… —responde ella, tocándome el brazo con los dedos — es que para tenerlos así de grandes no están muy duros.

Abro mucho los ojos mientras aprieto los labios. Pongo una mano encima de mi pecho simulando un disparo y me echo para atrás, quedando estirado. Ella se ríe y se me pone encima.

—Ya veo que tu punto débil son tus brazos. —Coloca sus manos en mis hombros.

—Y el tuyo la lengua —respondo, entrecerrando los ojos—. Demasiado afilada.

Ella se ríe, se inclina un poco más y me da un beso corto en la mandíbula. Luego se incorpora lo justo para mirarme de nuevo.

—También es mi punto fuerte —susurra, levantando una ceja.

Me río al escucharla.

—Vaya, vaya, Diana…, ¿no has tenido suficiente fiesta ya? —digo bajando las manos hacia su culo.

Ella no responde. Solo me mira con esa media sonrisa que pone cuando sabe perfectamente el efecto que tiene en mí.

—Hoy me apetece salir de *after* —dice al fin, dejándose caer un poco más sobre mí.

Me río bajito y ronco, subo las manos hasta sus hombros y le empiezo a bajar los tirantes del vestido blanco.

—¿*After* largo o solo la primera copa? —Coloco mis manos sobre su pecho.

—Depende de cuánto aguantes —contesta, rozándome el cuello con los labios lentamente.

La giro con un movimiento rápido y me quedo sobre ella. Su risa estalla en mi oído. Me incorporo para quitarme la camiseta y luego la cojo de las muñecas y pongo sus brazos contra la cama. La beso mientras noto cómo me rodea con las piernas. Me separo apenas dos centímetros.

—Ahora ya no te ríes tanto.

Me mira con los ojos entrecerrados, retándome, con la respiración agitada y la boca entreabierta. Sus piernas siguen firmes alrededor de mi cintura, atrayéndome más hacia ella.

—Lo dejo para luego, por si no aguantas… —Me guiña un ojo.

Me río en voz baja. Pego mi boca a su cuello y empiezo a besarlo y mordisquearlo, sintiendo cómo se estremece. Ella hunde los dedos

en mi pelo mientras aprieta sus piernas contra mí. Me separo un poco y, sin dejar de besarle el cuello, le subo un poco el vestido y llevo mi mano a su entrepierna. Su piel está caliente y su respiración se acelera con cada roce, arqueando la espalda.

—A ver si la que no vas a aguantar vas a ser tú… —Paro mientras se lo digo levantando las cejas.

Ella se muerde la mejilla por dentro y suspira. Me sostiene la mirada.

—Haz que no pueda —dice colocando mi mano donde estaba, con los ojos fijos en los míos y la respiración temblorosa.

No digo nada. Solo obedezco.

JULIO

DIANA

CAPÍTULO 59

2 de julio, martes

Se abren las puertas del ascensor al llegar a la planta séptima, la de la agencia. Las sandalias de tacón que llevo repiquetean con cada paso que doy. Abro la puerta de la oficina y ya puedo notar el aire acondicionado; se agradece teniendo en cuenta el calor que hace en Madrid.

Giro la cabeza hacia Irene, la recepcionista, y le sonrío tras saludarla. Sigo andando hacia mi mesa.

—¡Ay, Diana, espera!

Me paro en seco y me doy la vuelta. Veo que entra en una pequeña sala que hay tras del mostrador. Segundos más tarde, sale con un ramo de tulipanes rosas y eucaliptos.

—Lo trajeron ayer a última hora. —Me lo tiende sonriendo—. Ya te habías ido.

—¿Es para mí?

—No conozco a otra Diana Uribe que trabaje aquí, así que sí, es tuyo.

—Muchas gracias, Irene.

—Son muy bonitas. Tu novio te debe de querer mucho.

—Sí, soy muy afortunada.

Me dirijo a mi escritorio con el ramo en los brazos. De camino, saludo a los pocos compañeros que ya han llegado. Entre ellos, a

Guille.

—Vaya… —Abre de par en par sus ojos azules—. ¡Qué suerte tienen algunas!

—Sí. Pipe es monísimo.

Mi amigo coge el ramo que he dejado encima del escritorio y lo observa.

—A ver… —Mete la mano dentro del ramo y saca un sobre rojo—. Hay notita.

—¡Dámela!

—De eso nada, quiero leerla yo primero.

Desisto y niego con la cabeza, divertida. Con los años me he dado cuenta de que lo mejor que puedes hacer cuando Guille quiere algo es ceder, porque al final siempre se sale con la suya. Así que abre el sobre.

Veo que lee la nota frunciendo el ceño. Después de medio minuto callado, espero una reacción exagerada propia de Guille, pero sigue leyendo sin decir nada.

—¿Me dice cosas tan bonitas que te has puesto celoso? —le pregunto con sorna.

—No, Diana —dice sin apartar la mirada de la nota.

—Oye, que me lo puedes decir, eh, sé que estás enamorado de mí.

—Vamos a la cocina —dice en tono neutro mientras vuelve a meter la nota en el sobre.

Dejo el ramo ahí y voy detrás de él sin entender nada. Guille camina serio con el sobre en la mano y sin su habitual sonrisa de medio lado, y eso me empieza a preocupar. Cierra la puerta de la cocina.

—Diana —empieza, dudando—, las flores no son de Pipe.

—¿Cómo que no? —Frunzo el ceño.

Me pasa el sobre y saco la nota.

He estado pensando en ti, aunque eso no es novedad. He pasado por delante de una floristería y, tras ver los tulipanes rosas, me he acordado de ti y del día en el que te pedí salir en el Retiro. No hay un día en el que ese recuerdo no me saque una sonrisa. Espero que no solo te gusten los tulipanes, sino también los eucaliptos, y que su color verde te recuerde a algo o alguien en concreto.

Un beso en la nariz.

FELI

Siento que el aire me abandona de golpe. La cabeza me da vueltas. Cierro los ojos un segundo, intentando ordenar lo que acabo de leer.

—Menuda cara tiene. —Meto la nota en el sobre.

—¿Cuándo quedasteis?

Dejo la nota en la mesa de la cocina y me dejo caer sobre la silla.

—Hace dos semanas, más o menos.

—¿No habéis hablado desde entonces?

— No… Pensé que me mandaría un mensaje en algún momento, pero no imaginé que lo haría con un ramo de tulipanes rosas y una nota así.

Guille asiente despacio y me mira con preocupación.

—Es una mosca cojonera, Didi.

Me quedo en silencio. No sé si estoy enfadada, triste o agotada por el comportamiento intermitente de Feli.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué… hace esto? —pregunto más para mí misma que para Guille.

—No lo sé. Pero está claro que no sabe soltar. Mejor dicho, no sabe soltarte a ti.

—¿Debería tirarlas? —pregunto mientras señalo el regalo con la cabeza.

—No, tía, las flores no tienen la culpa de que parezca que a tu ex le hayan practicado una lobotomía.

Me río ante la ocurrencia.

—Sabe que me ha perdido y ahora es cuando le entran las prisas. Ya se lo dije el otro día: que ya basta. Pero el tío no para, cada cierto tiempo tiene que hacer una aparición estelar. Menudo gilipollas.

—Bueno, ahora al menos no haces voto de silencio, ahora le insultas. Algo sí que ha cambiado.

Sí, algo ha cambiado. Supongo que antes no hablaba las cosas por miedo a que me entrara la curiosidad de saber lo que estaba haciendo. En la ignorancia se puede vivir bien, con miedo a saber, pero ajena a lo que la otra persona siente. Ahora ya sé mucho más, ya no me da miedo hablarlo. Supongo que cuando lo vi perdí el miedo a saber a la fuerza.

—Paso.

—¿Le vas a escribir? —Se pasa los dedos por su pelo rubio.

—Ni de coña; eso es lo que él quiere.

—Estás enfadada y eso no me gusta nada.

—¿No puedo estar enfadada ahora o qué?

—Claro que sí, obviamente que puedes estarlo. Pero dado tu estado civil con Pipe pensaba que sentirías un poco más de indiferencia.

Lo miro y, acto seguido, pongo los ojos en blanco. Intento mostrarme indiferente, pero todo lo que se relaciona con Feli me afecta; lo sé, aunque intente autoengañarme, y una parte de mí se odia por eso.

—Ya, bueno. Me estoy esforzando mucho para llegar a ese punto, pero hoy no es el día, Guille.

—¿Se lo vas a decir a Pipe?

—No —respondo de inmediato—. Hablamos del tema hace unas semanas. Lo odia, no quiero que se emparanoie más y empiece a montarse una película que no es real.

Guille asiente lentamente, pensativo.

—En ese caso, sí, cállate. Pipe no es Mendoza. No creo que tuviera la mecha tan corta para ir a decirle de todo. Pero sé que se pondría muy triste, demasiado… No vale la pena.

Mira el reloj de su muñeca. Creo que llevamos ya cinco minutos en la cocina. Pronto tendremos que dar por finalizada la conversación.

—¿Quieres un consejo, Didi?

—Siempre.

—Que no te agobie. Que no te remueva más de la cuenta. Son solo flores y un papel. Tienen la importancia que tú les des.

Suspiro. Soy consciente de que, en parte, está en lo cierto. Pero ¿es tan sencillo hacerlo cuando hay una persona que está empeñada en volver conmigo casi un año después de que hayamos roto? ¿Después de lo que él sabe que yo he pasado?

—Ya…, lo sé. —Me aparto el pelo de la cara—. Y tienes razón, como siempre.

—Como siempre —repite él con una sonrisa torcida.

Me quedo en silencio unos segundos antes de soltar todo lo que me reconcome la cabeza.

—Es que me jode. Me jode que siga creyendo que tiene ese poder sobre mí. Que aún piense que puede aparecer y que yo voy a salir corriendo detrás.

—Pues haz lo que has dicho. Demuestra que no tiene ese poder. No le escribas, no contactes con él bajo ningún concepto, sigue con tu vida. No tienes por qué seguirle el juego, Didi. Ahora tú decides si quieres jugar o no.

Me muestro pensativa durante unos segundos y él me rodea con

los brazos.

—Gracias, terapeuta de guardia.

—Gracias no, son sesenta euros. —Se ríe mientras nos separamos.

Alentada por sus palabras, suelto una carcajada suave y él saca el móvil del bolsillo.

—Tengo… —Enciende la pantalla del móvil—, tenía una reunión con Miranda hace dos minutos. Me voy. No me hagas volver para una segunda consulta o te la cobraré más cara.

—Prometo portarme bien.

Entonces me quedo sola con mis pensamientos. Inspiro hondo. Exhalo despacio. Salgo, cojo el ramo. Observo de cerca los tulipanes y el eucalipto. Después lo dejo de nuevo en mi escritorio. Son solo flores, me repito. Nada más.

CAPÍTULO 60

12 de julio, viernes

Me hago con las llaves, el bolso y realizo una última comprobación rápida en el espejo. Pantalones blancos de lino, camiseta azul de tirantes, sandalias y pendientes dorados pequeños. Bajo las escaleras con el corazón ligeramente acelerado.

Pipe me espera apoyado en su moto, con las gafas de sol negras, camiseta gris, tejanos y el casco en la mano.

—Hola. —Me aproximo a él.

Sonríe. Le rodeo el cuello con los brazos y él pone una mano en mi cintura. Con la otra, toca mi mandíbula y, después, la peca de mi labio. Luego me besa.

—¿Lista? —me pregunta.

—Aún no me has dicho dónde vamos.

—Es sorpresa.

Mi novio sube a la moto y me hace un gesto para que yo haga lo mismo. El motor ruge y empezamos a recorrer las calles cálidas y algo caóticas de Madrid. Me abrazo a su espalda, y siento el viento cálido en la piel. Después de unos veinte minutos, aparca junto al Parque de la Quinta de la Fuente del Berro. Siempre me ha gustado este parque: el jardín con distintos niveles, las escaleras rústicas de piedra, las fuentes y los pequeños estanques me parecen muy románticos.

—Un pícnic —anuncia a la vez que saca del baúl de la moto dos bolsas—. Pensé que nos iría bien alejarnos un poco del centro.

—Me encanta este sitio —le digo mientras empezamos a andar.

Caminamos juntos hasta una pequeña colina con sombra, cerca de una fuente. Pipe extiende una manta azul y coloca una pequeña caja con frutas, quesos, pan, una botella de vino tinto y vasos de plástico.

—Para que no rompas ninguna copa, como el día que nos conocimos —bromea.

—Creo que si no te hubieras quedado mirándome las tetas no hubiera roto ningún vaso.

—Culpable.

—Eres un guarro —afirmo con una leve risa.

—Y tú la culpable de que lo sea. —Pipe me guiña un ojo.

Le tiro un trozo pequeño de pan, que le da en el hombro. Comemos tranquilos, sin prisas, bebiendo vino y dejando que la tarde se deslice entre besos torpes y risas. Me siento cómoda, ligera, como si el peso de las semanas pasadas se hubiera disuelto en esa brisa cálida de Madrid.

Pipe se tumba en la manta, entrelaza las manos detrás de la cabeza y cierra los ojos.

—Te voy a echar de menos, Diana.

Me estiro boca abajo a su lado. Lo miro con la mano en el mentón sujetándome la cabeza. Que se vaya a Valencia hasta final de mes también me entristece, me he acostumbrado a levantarme con él, y a llegar a su casa después del trabajo y que me reciba con los brazos abiertos.

—Y yo. Pero aún nos quedan unos días. Además, solo te vas dos semanas. ¿Podrás sobrevivir sin mí durante ese tiempo?

—Creo que no. —Se pone la mano en el pecho—. De hecho, estoy

a punto de morir porque hace cinco minutos que no me besas.

Suelto una carcajada, me acerco a su cara y le doy un beso corto.

—Salvado.

—Gracias, estaba a punto de ver la luz al final del túnel. —Sonrío —. Pero en serio, te voy a echar de menos. Me sabe mal que no hayamos podido coger las vacaciones en las mismas fechas.

—No pasa nada. —Le acaricio el pecho suavemente con la yema de los dedos—. Dos semanas pasan rápido. Además, los reencuentros siempre son muy bonitos.

Pipe me mira y sonríe de medio lado.

—También voy a echar de menos más cosas. —Me da una palmada en el culo.

—Pues focalízate en eso.

—No, pero de verdad, ya te echo de menos y todavía no me he ido.

Le doy un leve empujón en el hombro, divertida. Mientras contemplo sus ojos azules que ya me he acostumbrado a observar, me doy cuenta de cómo me mira. De lo que le gusto, de lo que me quiere. Sonrío. Me hace sentir muy bien.

—Eres un exagerado.

—Yo prefiero el término romántico —corrige él, me atrae hacia sí y me envuelve en un abrazo—. Has estado trabajando mucho últimamente, prométeme que no solo harás eso mientras yo no esté.

Esbozo una sonrisa cargada de ternura. Con Pipe me siento cuidada. Siento que, pase lo que pase, él va a estar ahí para mí. Se va a Valencia unos días, y no puede dejar de preocuparse por cómo voy a estar.

—Te lo garantizo. Voy a un festival, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo. Pero como me da envidia no poder ir contigo, prefiero olvidar que existe.

—Te mandaré vídeos para que sufras —bromeo.

—Eso es cruel —finge indignación, pero enseguida se ríe—. Me alegro de que vayas. Te lo mereces. Llevas demasiados meses con la cabeza en mil cosas.

—Bueno, tú tampoco vas a estar tan mal con la playa a veinte minutos de tu casa.

—No me puedo quejar, la verdad. Cambiar este secarral por el mar es una mejora.

—Es un secarral, pero con mucho encanto —le corrijo, divertida, mientras le acaricio el antebrazo.

—Sí, creo que nos pasa a todos con Madrid. Odiamos muchas cosas de esta ciudad: el tráfico, los precios, el caos, Gran Vía los fines de semana, el calor asfixiante en verano, la línea seis del metro…

—¿Y el pero? —pregunto riéndome.

—Pero… nos costaría mucho vivir sin ella. Personalmente, creo que, si volviera a Valencia, echaría mucho de menos esta ciudad.

—Supongo que es eso lo que hace especial a Madrid —pienso en voz alta—: que te cabrea y te enamora a partes iguales.

Nos quedamos en silencio unos segundos, viendo cómo el sol empieza a ocultarse entre los árboles. La luz dorada se vuelve más tenue y azulada. Decidimos volver a casa antes de que se haga completamente de noche.

Cuando termino de doblar la manta, Pipe se acerca por detrás y me rodea la cintura con los brazos.

—Me haces feliz, alteza —me susurra al oído.

Me doy la vuelta, rodeo su cuello con mis brazos y le beso despacio.

—Le quiero, su majestad.

—Ahora me haces muy feliz —contesta sonriendo mientras me da

un beso en la frente.

Salimos del parque. Arranca la moto y me aferro a su espalda mientras nos perdemos en la calidez de la noche madrileña. Apoyo la mejilla en su espalda y sonrío. Estoy contenta, satisfecha; siento que por fin las cosas pueden salir bien.

CAPÍTULO 61

20 de julio, sábado

El calor de Madrid se pega al cuerpo como si fuera una segunda piel. Siento las gotas de sudor bajar lentamente por mi espalda mientras me ajusto el top de lentejuelas naranja que llevo. La música lo llena todo, se mezcla con las voces, las risas y los gritos de la gente que corre de un escenario a otro. El festival es un mar de personas, de purpurina, de gafas de sol y de cerveza derramándose en el suelo.

Paloma, como siempre, lleva la delantera. Nos arrastra casi a empujones hacia el escenario principal, mientras las demás intentamos no perdernos entre la multitud y, al mismo tiempo, no derramar nuestros vasos encima de los demás.

—¡Corred, que empiezan! —grita nuestra amiga.

No he escuchado nunca ni una sola canción del grupo que está tocando, pero sonrío al ver que Olivia y Teresa cantan a gritos. No sé si es el alcohol o el efecto que siempre produce el verano en mí, pero me siento muy a gusto. Paloma me agarra de la mano y me hace girar para bailar en medio del gentío.

Avanzan las horas, seguimos moviéndonos de escenario en escenario, saltando entre grupos de gente que ríe, canta, se abraza, se besa… Nosotras también. Olivia me coge de los hombros y grita a pleno pulmón en mi oído. Si no fuera porque llevo cinco copas encima y tengo los sentidos desorientados, notaría un fuerte pitido

en mi tímpano.

Al cabo de un buen rato, decidimos sentarnos en la hierba para descansar.

—No quiero que esto acabe nunca. —Paloma se estira como un gato.

Me tumbo boca arriba, mirando las luces del escenario lejano. Teresa me imita y deja caer la cabeza sobre mi hombro.

—Ya verás mañana qué dolor de piernas y qué resaca —augura.

—«Mañana» es un problema de la Diana del futuro —contesto.

Las tres se ríen. Olivia señala con emoción un escenario que se encuentra detrás de mí.

—¡Vamos, chicas, empieza el DJ!

Nos levantamos como podemos, todavía riéndonos. Nos tropezamos unas con otras mientras avanzamos hacia el siguiente mar de gente.

—Espera —me dice Olivia, deteniéndome en seco. Entonces me recoloca el escote del top con rapidez y se ríe al ver mi cara de pánico—. Se te estaba bajando demasiado.

—Gracias— susurro, roja, y me lo ajusto bien.

En ese momento, siento que alguien me toca el hombro. Me giro, algo desorientada, y me encuentro con la persona con la que menos me habría gustado encontrarme aquí.

—Vamos, no me jodas —pienso en voz alta.

Felipe está un poco despeinado. Tiene la camiseta blanca pegada al cuerpo por el calor, una cerveza medio vacía en la mano y su mirada verde clavada en mí. Sus amigos están hablando con un grupo de chicas.

—Veo que te hace ilusión verme. —Sonríe y se acerca un poco para que le oiga con el estruendo del escenario—. Diego te ha visto y he pensado que tenía que saludarte.

—Ya, hace unas semanas me mandaste flores y ahora casualmente nos encontramos en un festival donde hay miles de personas. —Me subo el top—. Y me lo tengo que creer…

—Yo creo que la vida está poniendo de su parte para que nos encontremos.

Lo miro con los brazos cruzados. Tengo ganas de sonreír, no sé si por el alcohol o por esa seguridad suya que siempre ha sido mi punto débil.

—Me parece que te has puesto demasiado intenso. —Me rasco el cuello.

—Y tú demasiado nerviosa. —Da un sorbo a su vaso—. Si te rascas más, se te va a caer la piel.

Justo entonces, Olivia, que se había separado un poco, me toca el brazo.

—Hola —saluda a Felipe—. Deberíamos ir tirando, Didi. Teresa y Paloma nos esperan.

Me giro hacia el escenario, y las veo a unos pasos de mí mirándome. Paloma está entornando los ojos y Teresa niega con la cabeza.

—Ahora va —dice Felipe, dirigiéndose a Olivia—. Me tiene que acompañar al baño.

Olivia frunce el ceño un segundo y se acerca a mi oído.

—Dentro de diez minutos estás de vuelta, ¿vale?

Asiento en silencio. Mi amiga se aparta y me quedo frente a Felipe, que sigue con esa media sonrisa, esperando.

—No voy a acompañarte al baño —sentencio.

—Ya lo sé —responde con calma—. No tenía pensado ir.

Acto seguido, me coge de la mano y, sin que pueda reaccionar, me invita a alejarnos del bullicio de la gente. Caminamos en silencio. Mis piernas se sienten extrañamente ligeras a su lado, como si el alcohol

y la adrenalina me impulsaran.

Felipe se apoya en una valla metálica, detrás de un puesto de bebidas. La luz de las pantallas gigantes nos ilumina a ráfagas. Me mira en silencio.

—París —menciona— y ahora esto. ¿No te das cuenta?

—Felipe, por favor…

Suspira, pero no desvía la mirada. Es intensa, seria, como si de verdad creyera que hay un mensaje escondido en las casualidades que hacen que nos encontremos.

—No me digas que no lo piensas, Diana. Nos hemos visto en la ciudad más grande de Europa y ahora aquí, entre miles de personas. Tú eres mi persona, y sabes que yo soy la tuya.

Nos quedamos mirando en silencio, veo que está ansioso, esperando mi respuesta. Son casualidades, extrañas, pero casualidades. No voy a caer en el argumento vacío del destino. Menudas películas se monta.

—Primero de todo, la ciudad más grande de Europa es Moscú. Y segundo, es un festival, somos jóvenes y vivimos en Madrid.

Él empieza a reírse bajito sacudiendo la cabeza. Luego baja la mirada a su vaso ya vacío.

—Siempre intentando desmontarme el discurso —murmura, y vuelve a observarme—. Pero nos conocemos, Diana, a mí no me la das. Sabes que tengo razón.

—No, Felipe, no la tienes. Mi persona nunca me haría lo que tú me hiciste, y lo sabes.

Él se queda serio de golpe. Su sonrisa se borra, y lo único que queda es la forma en la que sus ojos me buscan, me sostienen.

—Tu persona se puede equivocar. Puede cagarla hasta el fondo, pero tu persona también sabe que te compras los zapatos una talla más grande porque en invierno tienes frío y te los pones con tres

calcetines. Tu persona sabe que tomas el café con leche y canela. Tu persona sabe que tu primera mascota fue una perra de color negro a la que llamaste Morticia porque tu película favorita es *La familia Addams*. Tu persona sabe que hablas y que, incluso, te ríes en sueños.

Se me hace un nudo en la garganta. Intento tragar saliva para contenerme.

—Tu persona —prosigue— te llamaba a primera hora de la mañana cuando tenías un examen para asegurarse de que no te habías quedado dormida. Tu persona te escribía notas cada vez que se quedaba a dormir en tu casa, porque sabe que los detalles te hacen feliz. Tu persona sabe que nunca quieres hablar de lo que te pasa hasta que revientas. Tu persona sabe que te rascas el cuello cuando te pones nerviosa. Tu persona también recuerda que tienes la corazonada de que vas a morirte con ochenta y nueve años. Tu persona siempre te cocinaba la tortilla de patatas sin cebolla porque es así como te gusta.

No he podido evitar empezar a llorar. No puedo hablar, estoy bloqueada. Pasan tantas cosas por mi cabeza, tantos recuerdos que no puedo procesar nada de lo que está ocurriendo.

—Y lo más importante —continúa con la voz casi quebrada—: tu persona se arrepiente cada día de haberte perdido.

Siento cómo mi corazón golpea mi pecho con fuerza, desacompasado. Todo mi cuerpo me grita que me vaya, que vuelva con mis amigas, que lo deje allí plantado en medio del festival y siga con mi vida. Pero, otra parte, una pequeña parte quiere quedarse.

—Feli… —musito, pero no sé cómo terminar la frase.

Él niega con la cabeza despacio, ya sabe lo que trato de decir.

—No te pido que me perdones ahora, Diana. Ni que lo olvides todo, sé que esto tampoco puedes hacerlo. Solo te pido que no

huyas de mí.

Da un paso adelante. Sus dedos rozan mi mano, despacio, sin apretar. Un movimiento en falso haría que me desmoronara o saliera corriendo.

Las luces del escenario parpadean detrás de él y la música vibra en mis costillas. Feli me coge la mano. Debo marcharme. Lo sé. Así que doy un pequeño paso hacia atrás, sin separarme de él.

—No puedo, Feli, esto es demasiado… Sabes que estoy con otra persona.

Él asiente y afloja su mano. Pienso que va a soltar la mía, pero de pronto la agarra con más fuerza. Me mira a los ojos y con el pulgar de la otra mano acaricia mis mejillas para secarme las lágrimas.

—Sí, estás con otra persona, pero no con tu persona.

Cierro los ojos un segundo. Cuando los abro, sus labios ya están a milímetros de los míos. Su nariz roza la mía con suavidad, tanteando si debe seguir. Mis manos, que ni sé en qué momento se han alzado, se colocan en su pecho, como si intentaran frenarlo…, pero no lo hacen. No soy capaz.

Él lo nota. Sonríe muy levemente y, entonces, me besa. Es un beso suave al principio, casi temeroso. Tiene miedo de que me aparte. Pero cuando no lo hago, cuando, en lugar de eso, mis dedos se enredan en la tela sudada de su camiseta, se relaja. Su boca se mueve sobre la mía con más decisión, sus manos se deslizan hasta mi cintura para acercarme más a él. Y yo me dejo llevar. Porque, por mucho que sepa que esto es un error, por mucho que mi cabeza me grite que me aparte, mi cuerpo solo sabe que este es un lugar conocido. Un lugar en el que me sentí cómoda, deseada y amada.

Sus dedos presionan ligeramente la piel descubierta de mi espalda y me apoyo en él, sin pensar, sin medir. Cuando se separa, solo lo hace unos centímetros. Me mira con sus ojos verdes, que brillan

bajo las luces intermitentes del escenario.

—Estás preciosa… —me da un beso en la nariz—, como siempre.

Respiro hondo y dejo de aferrarme a la tela de su camiseta. Debo irme, la realidad acaba de caer sobre mí como una jarra de agua fría.

—La he cagado, la he cagado hasta el fondo —me lamento.

Él no me suelta. Sus dedos siguen acariciando lentamente la curva de mi espalda, temiendo que pueda desaparecer de un momento a otro.

—No, no lo has hecho —me susurra con voz cálida, casi rogándome que le crea—. Estás donde debes estar y has hecho lo que debías hacer.

—No, Feli. No estoy donde debo estar porque le estoy fallando a alguien.

Frunce las cejas y baja la mirada solo un segundo, antes de volver a buscar la mía. Su mano tiembla ligeramente sobre mi cintura.

—No le estás fallando a nadie. No juegas a dos bandas. Esto no lo planeaste, de hecho, lo has estado evitando. Pero es lo que debía pasar.

Me quedo callada y presiono mis manos contra su pecho, ahora sí, para separarme de él.

—Amor, ven a casa y lo hablamos. Mañana llamas a ese tío, se lo cuentas e intentamos reconstruir nuestra relación.

Niego con la cabeza. ¿Se cree que un error va a cambiar todo mi presente? Está muy equivocado. Me intento poner firme.

—Feli, esto es una despedida.

—No, es solo un recordatorio.

Pero no lo consigo.

CAPÍTULO 62

21 de julio, domingo

Deja las llaves encima de la cómoda que hay en la entrada. Hacía mucho que no venía a esta casa. Me siento extraña. La mayoría de las veces hacíamos planes en mi casa o en el piso que compartía Feli antes. Solo veníamos cuando quería que pasáramos tiempo con Candela o su madre. La casa sigue igual, paredes blancas, madera oscura, cuadros, fotos y flores allá donde mires; todo sigue igual menos nosotros.

Me acuerdo de que la primera vez que entré aquí fue el día que me presentó a su madre, comimos los tres en el jardín; fue al poco de empezar a salir. Estaba muy nerviosa, pero Blanca es tan cariñosa y amable que me hizo sentir cómoda al instante. Feli y ella se parecen mucho, no solo físicamente —los dos tienen los mismos ojos verdes y la misma nariz recta—, sino también por su carácter. Además, ambos tienen el mismo sentido del humor ácido que aunque pueda sorprender, te hace sentir cómoda.

Me coge de la mano mientras subimos las escaleras y, cuando entramos en la habitación y él acciona el interruptor para encender la luz, me vienen muchos recuerdos de golpe: la batería en una esquina, el escritorio cerca de la puerta, la cama en el centro de la habitación, las paredes azules… Me da un beso en la nariz y luego se sienta en la cama. Me hace un gesto con la mano para que tome

asiento a su lado.

—Me alegro de que hayas venido —dice poniendo una mano sobre mi muslo.

Asiento despacio. No entiendo por qué estoy haciendo esto, no entiendo qué estoy haciendo aquí, no entiendo por qué quiero estar junto a él si quiero a Pipe.

—¿Cómo fue? —pregunta respirando profundamente.

—¿A qué te refieres?

—A cuando te enteraste de que estabas embarazada.

Me aprieta la pierna de manera delicada. Bajo la mirada hacia mi regazo y espiro todo el aire que tengo en los pulmones.

—Estaba hablando por teléfono con Olivia y dijo algo sobre que estábamos a final de mes… y caí en la cuenta de que ya había pasado más de un mes desde que lo dejamos. Estaba tan mal tras nuestra ruptura que no tenía control del tiempo…

Hago una pausa mientras me paso una mano por el pelo y luego me lo quedo mirando fijamente. Él permanece inmóvil, aguantándome la mirada.

—Entonces empecé a contar… y me di cuenta de que la regla me tenía que haber bajado tres semanas antes porque la última vez había sido la primera semana de agosto. No entiendo cómo se me pudo pasar, supongo que llevaba tanto estrés contenido que… En esos días en lo único que pensaba era en que lo habíamos dejado. Entonces me hice el test de embarazo. Teresa tenía unos cuantos guardados en el baño y… —levanto las cejas y parpadeo— salió positivo.

No ha cambiado su expresión, sigue inmóvil, aunque sus ojos se han desviado hacia las sábanas de la cama. Está pensativo.

—¿Cómo reaccionaste? —dice posando de nuevo sus ojos verdes en los míos.

—Me quedé en shock. Fui a decírselo a Teresa porque necesitaba que alguien también viera el test positivo y me asegurara que había dos rayitas, porque no podía creérmelo.

—¿Lloraste?

—Al principio no, supongo que llevaba un bloqueo emocional muy fuerte. Fue después de hacerlo que me derrumbé —explico rascándome el cuello.

—¿Y cómo estás ahora?

Se acerca un poco más a mí y yo trago saliva intentando desenredar el nudo que tengo en la garganta. Abro la boca, pero la cierro cuando veo que no puedo seguir sin ponerme a llorar. Feli pone una mano en mi espalda.

—No tienes que hablar del tema ahora si no quieres. —Me da un beso en el hombro.

Asiento en silencio.

Siempre que mis amigas o Guille me preguntan sobre cómo estoy respecto a lo que pasó, intento cambiar de tema. Creo que el aborto es algo que me va a costar superar y que no voy a poder hacerlo sola, sé que necesitaré ayuda, aunque odie pedirla. Pero necesito estar más preparada para hacerlo.

—Te quiero, Diana. —Desliza la mano por mi espalda hasta la nuca —. Siento mucho no haber estado a tu lado en ese momento… Siento mucho no haber estado contigo durante todo este tiempo porque me equivoqué y decidí enviarlo todo a la mierda.

Noto que se me escapa una lágrima, y alzó la cabeza intentando no derramar ninguna más. Pensaba que el alcohol me tendría un poco más anestesiada, pero veo que ha producido el efecto contrario.

—No quiero que te sientas culpable por nada de lo que ocurrió —prosigue—, hiciste lo que creías que tenías que hacer de la manera

que pudiste hacerlo.

Veo que me mira sin parpadear, se acerca a mí y me da un beso corto en los labios.

—Te quiero —dice de nuevo—, igual o más de lo que ya te quería. Si quieres, ya seguiremos hablando del tema en otro momento.

Pega su frente a la mía mientras me agarra de los brazos y yo cierro los ojos. Los dos nos quedamos respirando en silencio.

—Eres buena persona, Diana. La mejor persona que conozco. No quiero que pienses lo contrario en ningún momento.

Sonrío levemente y me aparto un poco para mirarle a los ojos. Nos quedamos así un momento y luego le pongo una mano en la mejilla y se la acaricio con suavidad.

—Tendría que pedir un taxi, lo que he hecho ya está lo bastante mal. —Me levanto de la cama lentamente.

—Quédate —dice levantándose de golpe—, por favor.

—No puedo, Feli. Estoy con otra persona.

—No le quieres, Diana —dice dando un paso hacia mí hasta quedarnos a pocos centímetros.

—Sí que le quiero —contesto, apartando la mirada.

—No como a mí.

No respondo. Me quedo quieta, y él pone sus manos en mi cuello y con el pulgar gira levemente mi cabeza colocando mi boca a pocos centímetros de la suya. Espera unos segundos, tanteando si me voy a apartar, pero no lo hago. Se acerca y nos fundimos en un beso lento, intenso. Paso mis manos por su pecho y luego las coloco detrás de su nuca mientras él desliza las suyas por mi espalda hasta colocarlas sobre mi culo y me aprieta contra él.

Sin dejar de besarnos, me levanta cogiéndome por los muslos y luego me deja estirada en la cama antes de colocarse sobre mí. Los besos han cogido velocidad. Siguen siendo intensos, pero ahora

tienen un punto de urgencia. Se separa un poco para quitarse la camiseta y luego empieza a darme besos por el cuello y me sube el top, dejando mis pechos al descubierto para acariciarlos. Yo le atraigo hacia mí, pero en un momento de lucidez trato de apartarlo poniendo las manos en su pecho.

—Para… —digo.

Se queda inmóvil unos segundos. Se quita de encima de mí y se pone a mi lado sin decir nada.

—No puedo hacerlo sin hablar antes con Pipe —digo recolocándome el top.

Él suspira con fuerza.

—No estás haciendo nada malo —contesta.

—Feli, le estoy poniendo los cuernos. No es algo de lo que pueda sentirme orgullosa.

—Pero es que ya te he dicho que él no es para ti… Estás… —Hace una pequeña pausa—. Estabas haciendo lo que tenías que hacer: estar conmigo.

Niego con la cabeza y me levanto de la cama.

—Tengo que irme.

—No te vayas… —dice levantándose—. No haremos nada que no quieras hacer, pero, por favor, quédate a dormir. Me he sentido más vivo en las últimas tres horas que en los últimos once meses. Nada en el mundo me haría más feliz que simplemente dormir contigo hoy.

Lo miro dubitativa, pensando en lo que tendría que hacer, en que debería irme ahora a casa y dejar de ser egoísta, porque puedo hacerle mucho daño a Pipe. Luego pienso en lo que quiero hacer, en cómo me gustaría que Feli me diera besos en la cara mientras me acaricia el pelo hasta quedarme dormida, en que lo último que quiero ver antes de dormirme son sus ojos verdes. Pienso que todos

los besos que me ha dado esta noche han hecho que me sintiera cuidada, querida, deseada y protegida; no hay ningún otro sitio en el que prefiriera estar.

—Solo dormir —digo levantando el dedo de manera firme.

—Más que suficiente —contesta mientras se le escapa una sonrisa.

CAPÍTULO 63

22 de julio, lunes

La luz de la tarde que aún entra por la ventana ilumina la cara de mis chicas que están sentadas conmigo a la mesa del comedor de mi casa. Hace media hora que han llegado todas. Están escuchándome atentas; esto es un auténtico gabinete de crisis.

—¿De la madrugada del sábado hasta esta mañana? —pregunta Teresa.

—Sí, me ha llevado al trabajo.

—Joder, que te quedaras también ayer por la noche me parece ensañamiento —dice Paloma.

—Hemos estado preocupadas hasta que has enviado el mensaje al grupo este mediodía —añade Olivia—. Lo último que sabíamos era un: «Chicas, me he ido, luego os cuento» a las cuatro y media de la madrugada.

—Estuvimos todo el domingo hablando. Su madre y su hermana estaban en Galicia con su familia y…, no sé, aprovechamos para contárnoslo todo.

Se hace un pequeño silencio. Las tres me miran con la misma mezcla de expectación y cautela.

—¿Y qué pasó? —pregunta Olivia finalmente, sin poder contenerse.

—Solo hablamos —aseguro, y le doy un sorbo a mi vaso para

evitar añadir nada más.

—A ver, Didi, si quieres que este gabinete de crisis sea efectivo, tienes que contarnos la verdad —protesta Paloma.

Hago memoria, algo incómoda porque hay partes de las que no me siento especialmente orgullosa.

—Nos besamos en el festival, que ya os lo conté. Luego también en su casa, pero nada más.

—¿No follasteis? —continúa Paloma.

—Te lo juro que no.

—¿Seguro? —ahora es turno de Teresa.

—A ver él quería, pero yo le dije que no, que no podía hacerlo antes de aclararme.

—¿Cómo lo vas a hacer con Pipe? —pregunta Olivia.

—No lo sé, no le he dicho nada todavía. Quiero esperar a que vuelva y decírselo en persona.

—¿Estás segura de que se lo quieres decir? —me interroga Paloma.

Lo medito durante unos segundos. No porque no quiera hacerlo, sino porque sé que, inevitablemente, le voy a hacer daño.

—Hombre sería lo suyo, ¿no?

—Bueno, no sé, ¿tú quieres seguir con Pipe?

Me quedo en silencio. Paseo el dedo lentamente por el borde de mi vaso mientras intento ordenar mis pensamientos. Las tres esperan con impaciencia.

—Diana, no me jodas que te planteas volver con Mendoza.

Me froto los ojos con las yemas de los dedos; estoy muy saturada, me siento bloqueada. No entiendo qué se me pasó por la cabeza, cómo bajé tanto la guardia, cómo Feli sigue teniendo tanto efecto sobre mí después de todo… Yo pensaba que nunca le sería infiel a nadie. Jamás. Me considero una persona honesta, fiel, leal… Siempre

he pensado que la infidelidad no puede justificarse con ninguna excusa. Y sigo pensándolo; estoy tan decepcionada conmigo misma que no sé qué decir.

—No es eso —suspiro—. Es solo que… encontrármelo y estar con él me ha removido tantas cosas. Ha sido como reabrir algo que ya estaba casi cerrado.

—¿Tú quieres a Pipe? —pregunta Paloma.

Suelto una gran bocanada de aire porque yo ya me he hecho varias veces esa pregunta en las últimas horas. Claro que lo quiero, y quizá la Diana de hace unos años lo hubiera valorado como se merecía. Pero yo no soy la Diana de hace unos años.

—Sí, le quiero mucho.

Intento aclararme las ideas y pongo las manos encima de la mesa para anclarme a algo.

—Soy mala persona. Le he puesto los cuernos a un chico que me quiere y me respeta. Le voy a destrozar y todo por no pasar página. No me merezco su amor, no me merezco nada.

—No eres mala persona —me consuela Teresa—. Eres una buena persona que ha hecho una cosa mal… —Sonríe dulcemente con complicidad—. ¿Te tienes que sentir mal por ello? Sí. ¿Tienes que odiarte de por vida? No.

—Exacto —interviene Paloma—. Además, los cuernos no son lo peor que te puede pasar en una relación.

—Paloma, pero ¿qué dices? —pregunta Olivia, perpleja.

—Eso, que no son lo peor —le contesta Paloma—. Las faltas de respeto son mucho peores, y… ¿qué hay de no sentirte querido? Yo prefiero mil veces más que me pongan los cuernos una noche y que luego esa persona sea mi lugar seguro a que se entregue a la monogamia y yo no sienta ilusión en mi relación.

Puedo entender lo que está diciendo Paloma, pero soy consciente

de que piensa así porque yo soy su amiga. Si fuera Pipe quien me hubiera puesto los cuernos a mí, ahora Madrid estaría ardiendo.

—Tiene su punto —opina Teresa—. A ver, no justifico la infidelidad, pero como ya te he dicho, eso no te convierte en alguien malvado automáticamente, Diana. A ti te pasa como a mí, adoramos estar enamoradas, pero nos gusta esa adrenalina de los conflictos. Quizá sientes que con Pipe todo es monótono y aburrido. Sé que tu relación con Mendoza no fue tóxica, pero discutíais y la ruptura fue muy tormentosa. Tal vez ahora te estás autosaboteando porque no sabes salir del bucle. Y es un bucle muy adictivo.

—Vaya —comenta Paloma—, alguien ha hecho un cursillo de psicología.

Me quedo mirando a Teresa, quizá tiene razón. Me doy cuenta de que el problema no es solo que le he puesto los cuernos a Pipe, sino que solo estoy cómoda en un tipo de relación en la que hay paz y guerra a partes iguales.

—No me digas eso —murmuro, removiendo el hielo de mi vaso—. No quiero ser esa persona.

—Didi, todas hemos sido «esa persona» en algún momento. —Paloma se encoge de hombros—. No pasa nada. Lo importante es que no te quedes ahí atrapada. Si no quieres decírselo a Pipe y borrar este fin de semana, te vamos a apoyar. Y si quieres decírselo, también te vamos a apoyar.

Trago saliva, se me ha formado un nudo en la garganta.

—Me da miedo perder a Pipe.

—Sí, pero lo que creo que te da más miedo es hacerle daño —aclara Teresa— porque estás decepcionada contigo misma. También el problema está en que empezasteis muy pronto. Y lo de que un clavo saca a otro clavo, no sé yo… Tal vez hubiera estado bien dejar pasar algo más de tiempo.

Cuando conocí a Pipe, hacía muy pocos meses que había roto con Feli. Y, de hecho, días antes apenas me podía levantar de la cama.

—Igual me precipité… Pipe me da paz, es bueno, se preocupa por mí, me quiere. Soy yo quien no está a la altura —digo, y me tapo la cara con las manos.

—No te castigues tanto —dice Olivia—. Un error no te define. Te define lo que hagas a partir de ahora.

Paloma y Teresa vuelven su mirada hacia mí y asienten en silencio, y a continuación Teresa me da un consejo que me remueve por dentro.

—Mira, Didi, hagas lo que hagas, sé justa. Ya no con Pipe o Mendoza, sino contigo misma.

¿Y cómo puedo ser justa conmigo misma? Esa es la pregunta que debo resolver.

CAPÍTULO 64

31 de julio, miércoles

—¿Te lo follaste? —me pregunta Pipe mientras mira por la ventana de mi habitación.

Tardo un par de segundos en responder. No porque esté buscando una excusa, sino porque me cuesta procesar que lo primero que me pregunte sea eso. Le acabo de contar que me besé con Feli en el festival, esperaba que me preguntara, más bien, qué pasó después, no si follamos.

—No, solo nos besamos.

Silencio. Él asiente muy despacio, sin decir nada. Solo asiente.

—¿Se te lanzó él?

—Sí, pero yo no me aparté. La cosa es que… —me rasco el cuello, nerviosa, porque ahora sé que viene lo peor— dormí en su casa esa noche… y la siguiente.

Se levanta de la cama. Camina por la habitación. Coge la botella de agua que hay en la mesa, pero no bebe. Vuelve a dejarla. Me mira desde el otro lado del cuarto, visiblemente dolido.

—Solo hablamos, Pipe, no pasó nada más.

—¿Y esperas que me lo crea? —pregunta sin alzar la voz, pero con un tono cortante.

—Sí —susurro—. Porque es la verdad.

Se queda en silencio. Sus ojos están fijos en mí, como si intentara

descifrar si le estoy diciendo la verdad o si solo le estoy dando la versión más amable del desastre.

—¿Dormiste con él dos noches seguidas y no pasó nada?

—No. Nada. —Se me instala un nudo en la garganta—. Te lo juro.

Se restriega la cara con las manos y se vuelve a sentar en el borde de la cama.

—Aunque así fuera —traga saliva—, no puedo. Diana, un beso te lo podría perdonar si fuese con cualquiera, pero es que es un beso con tu ex. Y, en vez de llamarme arrepentida, ¿te vas a dormir con él?

Se vuelve a levantar para abrir la ventana de la habitación. Veo cómo le cae una gota de sudor por la sien, se está poniendo rojo. Cierra la mano derecha en un puño y se la pone en el mentón mientras mira a un punto fijo en el suelo.

—¿Sabes lo que más me jode? —dice sin mirarme—. Que estuve estos días pensando que me había vuelto paranoico. Que me había montado una película en la cabeza solo porque no me escribías tanto. Notaba algo raro. Me sentí culpable por desconfiar. Y todo este tiempo…, todo este puto tiempo tenía razón.

—No quería ocultártelo. Es que quería decírtelo en persona.

Pipe empieza a andar de nuevo por la habitación, y yo entrelazo las manos sobre mis muslos y agacho la cabeza. Se me humedecen los ojos por el cúmulo de emociones.

—No lo planeé —explico—, te juro que no pensaba que fuera a ocurrir. Me dejé llevar, no lo pensé…

—¿Durante las dos noches que pasaste con él no pensaste en mí? —pregunta, parándose en seco.

Levanto la mirada, sus ojos azules se posan en los míos, pero no hay rabia en ellos, al menos no de la que se grita. Es una rabia distinta. Contenida. Herida.

Pensé en él. Y eso todavía me hace sentir peor, porque, aun así, seguí con Feli. Pensé en cómo se lo iba a contar, en el daño que le causaría saberlo, en que estaba poniendo en riesgo lo que teníamos, pero no me fui.

—Sí que lo hice.

—¿Y de todas formas te quedaste con tu ex?

Asiento lentamente. Noto que el nudo de la garganta ahora es como una piedra y no me deja hablar. Lo intento:

—Necesitábamos hablar de muchos asuntos sin resolver. Supongo que después del beso creí que era el momento de hacerlo y accedí a ir a su casa. No me imaginé que me quedaría también el día siguiente. No sé cómo… Pipe, estoy… —Empiezo a hiperventilar—. No sé… No tengo excusa.

Me mira dubitativo durante unos segundos, no sé si porque espera que me calme un poco o si es porque el que necesita calmarse es él.

—¿Y de qué hablasteis tanto tiempo? —pregunta al cabo de un rato.

Trago saliva, aún con la respiración entrecortada. Me paso la muñeca por debajo de la nariz. Me cuesta ordenar las ideas.

—De la ruptura, del aborto, de su padre, de lo que pasó en París, de lo que no nos dijimos… No lo sé, Pipe.

Cierra los ojos un segundo. Su mandíbula se tensa.

—No trato de justificarme —añado rápidamente—. No intento que me entiendas; la he cagado.

—Una pregunta: ¿esto —nos señala a los dos repetidas veces— qué era?, ¿una sala de espera hasta que decidieras qué hacías con él?, ¿un pasatiempo?

—No, Pipe, de verdad que…

—Yo te lo dije, Diana, que le estabas dando demasiado espacio, que aún lo tenías muy presente… Me mentiste.

—No te mentí —le contesto sollozando—. Pipe, te quiero, te lo digo de verdad. Lo último que quería era hacerte daño.

Se pasa la mano por su pelo negro y da un par de pasos hacia atrás, como si necesitara tomar distancia física para no perder el control. Se ríe por lo bajo, pero es una risa seca, rota.

—Meterte en la cama de ese pijo de mierda no es la mejor estrategia para no hacerme daño, Diana.

No digo nada, pero lloro sin parar. Agacho la cabeza mientras me cubro la cara con las manos, no puedo mirarlo. No ahora.

—¿Sabes qué es lo más doloroso? —me pregunta, bajando la voz —. Que aún no me has dicho que te arrepientes.

Levanto la vista, confundida, y él sigue hablando.

—¿No lo ves? Has dicho que no tienes excusa, que no lo planeaste…, pero no has dicho ni una sola vez que ojalá no hubiera pasado. Y eso no es lo peor para mí, lo peor es que ni aun así te quiero perder. Es humillante…

Siento un pinchazo en el estómago, cada una de sus palabras se me clavan en lo más hondo.

—Me arrepiento, Pipe —digo al fin, mirándolo, aunque la voz me tiembla—. No sabes cuánto.

—¿De qué te arrepientes?

—De no haber estado a la altura. De haberte hecho daño.

Cierra los ojos. Se le marcan los tendones del cuello, como si mis palabras le dolieran físicamente. Pero no me contesta. Solo respira hondo, hasta que reúne las fuerzas para preguntarme:

—Diana, ¿tú me quieres?

—Sí —exhalo—, te quiero mucho, Pipe.

—¿Le quieres a él?

Me quedo en blanco. Hay un zumbido en mis oídos. Siento que, si contesto, algo se va a romper para siempre. Pero no puedo mentir.

No ahora. No después de todo lo que ha pasado.

—No lo sé… —digo por fin con la voz rota.

Él asiente muy despacio; sin embargo, su expresión no cambia. Es como si hubiera oído justo lo que esperaba, aunque lo parta en dos.

—Ahí está —murmura.

—Eso no significa que quiera estar con él. Solo estoy intentando entender qué coño hay dentro de mi cabeza.

—Él es quien está dentro de tu cabeza —afirma con los ojos acuosos— y no parece que vaya a salir pronto, aunque tú digas que no quieres volver con él.

Tiene razón, aunque me gustaría que no la tuviera, porque me doy cuenta de que no ha servido de nada todo lo que me he estado diciendo a mí misma para autoconvencerme de que Feli ya no era nadie importante en mi vida, y también para convencer a Pipe.

—Sé que he sido injusta, pero de verdad, te quiero.

—He sido un estúpido por pensar que podía construir algo con alguien cuyo corazón estaba ocupado por otra persona.

—No es que esté ocupado por otra persona —le corrijo, casi suplicando—. Solo que lo hice mal. Llegué rota a nuestra relación. Me salté pasos. Intenté tapar con amor lo que no había curado.

—Yo no puedo ser la tirita de nadie, Diana.

—Ni quiero que lo seas, de verdad. —Gesticulo muy rápido, nerviosa—. Es que no entiendes lo que quiero decirte…

—Ojalá hubieras aparecido en mi vida después de superar a Felipe. Si lo hubieras hecho, tal vez sí habrías elegido quedarte conmigo.

—Pipe, te estoy diciendo que te quiero —digo como puedo, intentando que las lágrimas no me apaguen la voz.

—No lo suficiente. —Se le cae una lágrima por la mejilla—. Al menos no me quieres tanto como a él, y no sabes cuánto me jode,

porque lo tenía claro contigo desde el principio. Quería estar contigo, solo contigo. Parecía que todo era más fácil que con nadie más. Pero es evidente que tú no quieres lo fácil.

—No es verdad…

No contesta de inmediato, sino que echa la cabeza hacia atrás y suelta un leve gruñido. Luego vuelve la vista hacia mí.

—Voy a hacerte la pregunta que he estado pensando todo este tiempo.

Me quedo quieta. Sé qué me va a preguntar. Lo huelo en el aire. En cómo se tensa la mandíbula, en la forma en que sus ojos se clavan en los míos, adelantándose al dolor.

—Me quieres, pero… ¿estás enamorada de mí?

Mi boca se abre para contestar, pero no sale nada de ella. No porque no tenga respuesta, sino porque la tengo y no sé cómo decírsela sin que se derrumbe todo. Sin que me odie.

—No lo sé… —reconozco, y siento que se me cae el alma al suelo.

Trago saliva. Me cuesta hasta sostenerle la mirada en ese segundo eterno que tarda en hablarme.

—Vale.

Pero ese «vale» no es de aceptación. Es la llave que cierra una puerta que ya no voy a poder abrir.

—Te juro que quiero estarlo —añado, intentando agarrarme a algo, a cualquier resto de nosotros.

—Diana, ¿tú oyes lo que estás diciendo? Que quieres estar enamorada de mí. Pero ¿qué es esto?, ¿un experimento, una apuesta contigo misma?

—No…, no es eso, Pipe. Lo siento. —Me levanto de la cama—. Estoy muy confundida.

—¿Estás confundida? ¿Sabes lo que no es confuso? Lo que he sentido yo por ti. Lo he tenido claro cada puto día, hiciera lo que

hiciera.

Pipe aprieta los labios. Tiene las mejillas encendidas. Entonces se pasa una mano por la cara, cansado, agotado emocionalmente. Yo no me muevo.

—Y tú me dices que te encantaría quererme más —continúa—. Como si eso sirviera de algo. Como si el amor se pudiera fabricar a base de ganas. Lo de que te beses con otro me duele, y que ese otro sea tu ex me duele aún más. Pero que te fuerces a estar enamorada de mí, eso me revienta.

No contesto. No puedo. Tengo la sensación de que me acaban de abrir el pecho con las manos. Él está de pie, frente a mí, roto, y yo no tengo nada con lo que suturar su herida.

—No quiero ser una obligación emocional, Diana. No quiero ser el chico del que quizá te enamores algún día. Eso no me vale, Diana.

Se hace un silencio denso, de esos que se pueden cortar con un cuchillo. Me cubro la boca con la mano. Estoy llorando otra vez. Pero él no se acerca.

—Lo peor es que… —baja la voz—, si ahora me pidieras que me quedara, tendría que luchar conmigo mismo para decirte que no.

—Pipe, lo siento mucho.

Apoyo la cabeza sobre su hombro, refugiándome ahí, aunque sea solo por un segundo más. Él no se aparta, se queda quieto. Respira hondo y noto cómo tiembla bajo mi mejilla.

—Yo también —murmura.

—No te mereces esto. Te quiero, y por eso no voy a pedirte que te quedes, no es justo para ti.

Oigo como traga saliva, lo que acabo de decir acaba de empujarlo por dentro. Siento su respiración en mi frente, contenida, irregular. Levanta una mano, muy despacio, y la apoya en mi nuca.

—No debo quedarme donde no saben si quieren que me quede.

Me separo un poco, lo justo para mirarle a los ojos. Y lo veo todo ahí. El amor. La decepción. La tristeza. Y una especie de resignación serena que me parte el alma.

—No es que no quiera que te quedes —digo—. Es que no quiero que lo hagas a costa de ti.

Pipe no se permite llorar, aunque sigue con los ojos húmedos. Nos observamos sin decir nada y esperamos a que sea el otro quien rompa el silencio con palabras o con alguna acción. Es doloroso. Sé que no volveré a saber nada más de él una vez que cruce la puerta de mi habitación. No deseo que me odie, deseo que entienda que le he querido, aunque no haya sido suficiente para él.

Él mueve la mano de mi nuca a mi rostro y roza la peca del labio con el pulgar.

—Ojalá te hubiera conocido antes de que él lo estropease todo.

Entonces se inclina, despacio, y me besa en la mejilla. Es un beso corto. Silencioso. Como si lo guardara solo para que no se olvide. Como si, al dármelo, me dijera todo lo que no puede decirme con palabras.

—Seguro que habría podido hacerte feliz —lamenta.

Pipe coge su bolsa, que había dejado sobre la cama, y sale de mi habitación. Me siento en la cama y escucho cómo la puerta de la entrada se cierra. El silencio cae como una losa, me quedo quieta, con los ojos fijos en el umbral por donde él ya no va a aparecer. Y, aunque lo hiciera, él me querría más de lo que yo jamás podría.

JULIO
TRES AÑOS ANTES

—Ha ido bien, ¿no? —pregunta mientras cierra la puerta del coche.

—A ver, con mi padre, lo tenías fácil. Sabiendo que puede hablar

contigo de fútbol, ya te lo has ganado. Con mi madre sí que lo tenías más complicado.

—¿Por qué? —Gira la llave y enciende el motor.

—Porque no se trataba de lo que tú pudieras hacer, se trataba de cómo me viera a mí actuando contigo.

Se queda en silencio un segundo, con las manos en el volante y mirando hacia el frente. Luego gira un poco la cabeza, lo justo para lanzarme una mirada rápida, de esas que no son una pregunta, pero que esperan respuesta.

—¿Y?

—¿Y qué? —Me abrocho el cinturón.

—¿Cómo has actuado conmigo? —dice arrancando.

—Pues como soy siempre.

—¿Con eso se aprueba el examen?

Dirige su mirada hacia el retrovisor con la cara seria, el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Yo lo miro con ternura.

—Con eso se saca un sobresaliente. —Pongo mi mano en su nuca.

—¿Así? ¿Tan fácil?

Me encojo de hombros mientras le acaricio un poco el cuello con la punta de los dedos, como sé que le gusta.

—A mi madre lo que más le preocupa es que yo esté cómoda, que siga siendo sarcástica, que me siga riendo por todo, con la misma risa ensordecedora. Que les trate igual delante de ti y que no me dé vergüenza hablar de los temas que hablaría con ellos a solas. Que siga siendo yo. O que, al menos, la versión que soy estando contigo no sea totalmente opuesta a la que soy estando con ellos.

Él asiente despacio, sin decir nada. Tiene la vista puesta en la carretera. Pone una mano sobre mi muslo.

—Sí, la risa de loca hoy ha sido la de siempre. —Me aprieta mientras sonríe.

Yo niego con la cabeza y le estiro suavemente el pelo como reprimenda.

—El día que no me salga la risa de loca empieza a preocuparte.

—Tranquila, me encargaré personalmente —dice soltándome la pierna para cambiar de marcha— de que te rías así de fuerte hasta los ochenta y nueve.

Sonrío al instante.

—¿Tú has estado cómodo?

—Sí. Al principio, estaba un poco nervioso, la verdad. Cuando tu padre me ha dado el apretón de manos, tenía miedo de que se le resbalase la mía de lo mucho que me sudaban.

Río tirando la cabeza para atrás.

—No se ha notado nada, te lo juro. Además, estoy segura que mi madre se ha quedado impresionada con que toques la batería.

—¿Qué dices? —pregunta riendo.

—Te lo juro. A ella le hubiera hecho ilusión que aprendiera a tocar un instrumento cuando era pequeña, pero, como ya sabes, soy un desastre en lo que se refiere a música —digo encogiéndome de hombros—. Intentó enseñarme a tocar el piano, y nada.

Él sonríe sin apartar los ojos de la carretera.

—Bueno, eres impecable en todo lo demás. No te podían hacer perfecta, algún fallo tenías que tener —dice poniendo la mano en mi muslo de nuevo.

Lo miro de reojo.

—¿Impecable en todo lo demás?

—Sí —responde sin dudar, con esa seguridad suya que a veces me da un poco de vértigo—. Aunque quieras discutirlo todo.

—Eso no es un fallo —contesto sin pensarlo—. Es carácter.

—Vale, perdón. —Levanta una mano del volante en gesto de rendición—. Carácter. Si igualmente eso es lo que más me gusta de

ti.

—Ya, seguro, Feli.

—Te lo juro, aunque a veces me ponga de los nervios. Me gusta que nunca hagas nada a medias. Que todo lo que haces lo haces de verdad. Cuando te ríes, te ríes. Cuando te enfadas, te enfadas. Cuando discutes, discutes. Y cuando quieres…, me haces sentir que soy la persona más afortunada del mundo.

Lo miro en silencio unos segundos.

—Te quiero, mi amor —le digo poniendo mi mano encima de la suya, que está en mi muslo.

—Yo también. Mucho, Didi.

Giro la cabeza, apoyo la frente contra la ventanilla del coche y sonrío sola, sabiendo que tiene razón. Y que, con él, nunca me ha dado miedo querer así.

AGOSTO

FELIPE

CAPÍTULO 65

3 de agosto, sábado

—Me ha costado tomar la decisión —dice antes de vaciar su café en un vaso con hielo—, pero vamos a ir a juicio.

Asiento. No pregunto si está segura, no pregunto si de verdad quiere hacerlo. Eso ya lo hablamos.

—Me alegro. Es una vergüenza que solo se haya ido Sebastian, y que además lo haya hecho por la puerta de atrás y sin hacer ruido —digo rascándome la nariz.

—A Rafael aún no lo tocan. Pero hay otras chicas. Han empezado a hablar. Y tú, entrando ahí, diciéndoles de todo, con tu testimonio, hiciste que algo se moviera —dice antes de darle un sorbo a su café.

—Solo dije la verdad.

—Te jugaste el trabajo al hacerlo.

—En cuanto vi en la pantalla del ordenador de Rafael lo que Sebastian te estaba haciendo, sabía que debía irme, al menos hasta que no echaran a todo el que tuviera que ver con las agresiones y las grabaciones. No entiendo cómo pude estar tan ciego.

—Yo tampoco sabía que hacían eso, solo sabía lo de los comentarios despectivos e insinuaciones…

—¿Cómo estás? —digo con una suave sonrisa.

Adriana se encoge de hombros y arruga la nariz mientras se pone un mechón de pelo detrás de su oreja decorada con media docena

de pendientes.

—A veces tengo miedo de no volver a sentirme yo nunca más. Como si esa escena en el despacho de Sebastian se hubiera quedado pegada en mi piel, como si fuera una sombra. A veces pienso que no debería haber vuelto a Madrid —dice antes de respirar hondo—. Irme a casa de mis padres me ha ayudado e ir a terapia también, pero… me sigue costando. A lo mejor me va a costar siempre.

Me quedo mirándola. Los tonos grisáceos de sus ojos me parecen más fríos. Hay una parte de mí que quiere decirle algo bonito, algo que la ayude. Me gustaría decirle que todo pasa, que volverá a sentirse como antes. Ojalá sea así, pero como sé que puede que eso no ocurra, simplemente asiento.

—Cuenta conmigo siempre que lo necesites —respondo.

Ella gira el vaso entre las manos y hace rodar el hielo como si necesitara ese movimiento para sostener la conversación.

—No quiero que te sientas mal por mí, que me ayudes por sentir pena —dice de pronto.

—No lo hago porque me causes lástima. Mira, hace unos años… —empiezo a decir antes de hacer una breve pausa—. Es una historia muy larga, pero resumiéndolo todo mucho: mi hermano y yo nos encontramos a mi padre con una chica de diecinueve años, luego nos enteramos que empezaron a verse un año antes. Y no solo eso, esa chica, Lara, era la novia de mi hermano. Según mi padre y ella, era totalmente consentido y estaban enamorados.

Adriana abre los ojos como platos y tuerce los labios.

—Obviamente, en su momento no lo entendí porque era un crío y les culpé a los dos por lo que le habían hecho a mi familia. Pero a medida que me fui haciendo mayor comprendí que, por mucho que Lara pensara que quería lo que pasaba entre ella y mi padre, él,

como adulto, tenía poder sobre ella, y estaba abusando de ese poder.

Saco un cigarrillo del paquete que tengo encima de la mesa y me lo enciendo, le doy una calada.

—En su momento no hice nada, aparte de evitar a mi padre. Mi hermano, sin embargo, cortó cualquier vínculo con la familia cuando intentamos actuar como si no hubiera ocurrido nada. —Vuelvo a hacer una pausa. Noto que se me pone la piel de gallina aunque estamos a treinta y cinco grados—. Supongo que lo hizo porque le rompieron el corazón; dudo que, si hubiese sido cualquier otra chica de la misma edad, hubiera actuado así.

Me paso una mano por el pelo mientras tiro la ceniza del cigarrillo en el cenicero que hay encima de la mesa.

—No quiero que eso vuelva a pasar, no quiero volver a ser así, Adriana, no está bien. No le diste tu consentimiento a Sebastian, y aunque lo hubieras hecho, aparte de ser un hombre que podría ser tu padre, era tu jefe y tenía poder sobre ti. —Aprieto la mandíbula—. Hubo abuso de poder. Lo que han hecho no está bien, y tienen que pagarlo.

Adriana no dice nada. Me mira mientras cojo el cigarrillo y lo vuelvo a poner entre mis labios. Asiente lentamente. Sus ojos siguen fijos en mí, hace rodar el vaso en círculos y apoya los codos en la mesa.

—Supongo que por eso entraste aquel día sin pensarlo.

—Supongo que sí. Me he pasado años odiando lo que no hice cuando ocurrió lo de mi padre. No iba a volver a fallar.

—No sé qué habría pasado si no hubieras abierto esa puerta —dice frunciendo el ceño y negando con la cabeza.

Apago el cigarrillo y le pongo una mano encima de la suya.

—Pero no ha pasado. No te he salvado de nada. Solo hice lo

correcto, no podía mirar a otro lado. Además, me estaba ahogando de rabia. Lo hice por ti, pero también lo hice por mí. Esta vez quería actuar, no quería quedarme callado.

Ella traga saliva.

—¿Te molesta que haya tardado en querer ir a juicio?

—No, claro que no. Me preocupa que tengas que revivirlo todo.

Desvía la mirada un segundo y luego vuelve a clavarla en mí.

—Lo revivo todos los días —responde—. Al menos ahora servirá para que no puedan seguir haciéndoselo a más chicas. Te van a llamar a declarar como testigo, ¿estás preparado?

—Adriana, por mí no te preocupes en absoluto. Voy con todo lo que haga falta.

Ella no sonríe, pero se le suaviza la expresión. Me suelta la mano y se acomoda en la silla.

—¿Sabes qué es lo que más miedo me da? —dice mirando fijamente su vaso.

—¿Qué?

—Que la gente me vea solo como la chica que fue agredida. Como si ya no tuviera permiso para ser otra cosa.

—Eres muchas cosas, Adriana —respondo sin dudar—. Una chica brillante. Una tía que no deja que la callen. Una chica que va a ser una gran periodista y, sobre todo, una mujer con más dignidad que todos esos cabrones juntos.

Se queda un segundo mirándome. No hay sonrisa. Solo un asentimiento muy leve, casi imperceptible. Pero suficiente.

—Sé que no debo sentirme avergonzada por lo que pasó, sé que yo no hice nada mal, pero no puedo evitar sentirme incómoda.

—Porque la víctima suele sentirse culpable de lo sucedido, pero eso no es verdad, que te quede claro; Adriana, los únicos culpables son esos indeseables.

—A veces, cuando me ducho, me froto la piel como si pudiera sacarme de encima algo que no se ve. Y luego, cuando salgo y me estoy secando me miro al espejo, no me reconozco… No me pasa siempre, pero sí de vez en cuando… —Se le humedecen los ojos.

Me levanto, me siento en la silla que está a su lado y le vuelvo a coger la mano.

—Y me da rabia. Siento que me lo han dejado dentro. Como si se me hubiera pegado algo suyo —dice mientras me aprieta la mano.

No se me ocurre qué decirle para que no se sienta así, porque sé que, diga lo que diga, no voy a poder arreglar nada ahora mismo, ella va a seguir cargando con este dolor. A lo mejor, para siempre; a lo mejor, no. Puede que el dolor vaya disminuyendo y con el tiempo pueda sentirse mucho más ligera.

La abrazo. No le puedo dar una solución, no la tengo; tan solo puedo quedarme aquí, notando cómo sus lágrimas chocan con mi camiseta de algodón y la empapan mientras tengo mi mentón sobre su cabeza.

No dice nada. Solo llora en silencio, como si no quisiera molestar, como si incluso en su dolor quisiera seguir siendo discreta. Creo que mis palabras no van a cambiar nada, no van a aportar ninguna solución que la reconforte, así que espero que lo haga mi presencia, aunque sea un poco.

—Estoy aquí —susurro—. No me voy a ir.

CAPÍTULO 66

12 de agosto, lunes

—¿Sí? —escucho la voz de Diana a través del telefonillo.

—Soy Feli.

Suena un pitido un instante después y empujo la puerta. Elijo las escaleras porque el ascensor está ocupado. En la puerta, me espera ella, con una camiseta rosa cinco tallas más grandes y una sonrisa torcida.

—Podrías haberme avisado de que ibas a venir, Feli…

—Bueno, llevo haciendo lo mismo los últimos diez días, y tampoco me has cerrado la puerta en la cara, así que de momento me va bien hacerlo así… —Paso por su lado.

—Si vienes otra vez, avísame, te lo digo en serio. —Cierra la puerta.

—No, porque me dirías que no viniera.

Me río con complicidad mientras me acerco a ella. Después la abrazo, rodeándole el cuello.

—No te vas a quedar a dormir hoy tampoco. —Alza la cabeza para mirarme.

—Tampoco he venido por eso. —Le beso la nariz—. De todas formas, ya veremos. Te vas a casa de tus padres unos días, y me gustaría despedirme bien o que me dejaras ir contigo.

—Si le digo a mi madre que vienes, va a pensar que hemos vuelto

y querrá someterme a una tortura medieval.

—Eres una exagerada, siempre le he caído bien. Además, sí hemos vuelto.

Diana me contó lo que su madre le dijo cuando cortamos: «Como seas tan tonta de volver con él…, como vengas a casa con él, le voy a cerrar la puerta en las narices». Le costó mucho contarle que lo habíamos dejado porque sabe cómo funciona su madre: siempre que alguien le ha hecho el más mínimo daño, ella lo ha sentenciado de por vida. Estuvo meses diciéndole: «Eras demasiado para él. Suerte que Dios lo ha quitado de tu vida, porque tú no hubieras sido capaz de hacerlo nunca».

Por supuesto, no les comentó a sus padres nada del aborto. Me dijo que a día de hoy tampoco hay nada que puedan hacer para cambiar lo que ocurrió, que contándoselo ahora solo les traería, tanto a ellos como a ella, más dolor.

—Primero, a mi madre le caías bien hasta que pasó lo que pasó. Y, segundo, eso de que «hemos vuelto» lo has decidido tú unilateralmente, yo no me he pronunciado al respecto.

Me encanta que me diga que no, solo para ver cómo se le tuerce un poco la sonrisa. Está preciosa con el moño malhecho y el ceño fruncido. Me apetece ver cómo se le marcan más las dos arrugas que le salen en el entrecejo.

—Creo que estamos ante un pacto tácito —aclaro—. Ha habido diez días de negociaciones y hemos llegado a un acuerdo.

Los diez días de negociaciones se han basado en presentarme en su casa y hacerla reír esperando que se le olvidara que he sido un imbécil. Me ha dejado entrar todos los días, por lo que entiendo que las negociaciones están siendo fructíferas.

Diana pone los ojos en blanco y se dirige hacia su habitación. Yo la sigo y cierro la puerta tras de mí mientras ella se sienta en la

cama.

Dejo la mochila en el suelo, me quito la camiseta y me estiro a su lado. Al ver que no se gira, la cojo del brazo y entrelazo mis piernas con las suyas. Nos miramos fijamente, con mi nariz rozando la suya.

—¿Ves como hay acuerdo? —le digo sonriendo.

—Por mucho que lo intentes, no te vas a quedar a dormir, Feli.

—No necesito quedarme a dormir. Puedo volver mañana a primera hora antes de que te vayas. Aunque, si me dejas, te puedo dar cien mil razones de por qué es mejor que me quede.

Se muerde el labio y asiente muy levemente. Se le cambia el gesto, ya no parece que quiera vacilarme. Ya no me mira a los ojos.

—¿He dicho algo malo? —le pregunto acariciándole la cintura.

—No, nada.

Le sujeto el mentón con suavidad y lo levanto para que sus ojos se posen en los míos. Sé perfectamente que algo ha cambiado en una milésima de segundo.

—Cuéntamelo, por favor.

Aprieta un poco los labios.

—¿Sabes qué día es mañana?

Su voz ha cambiado. Ya no tiene ese tono ligero de cuando juega a hacerse la dura. Intento adivinar cuáles son sus pensamientos, pero no caigo. Desde que dejé el trabajo, no sé ni en qué día vivo.

—¿Qué día? —susurro, y vuelvo a poner la mano en su cintura.

—Mañana hace un año exacto.

Lo dice tan bajo que por un segundo no sé a qué se refiere. Pero luego me mira. Esa mirada me atraviesa. Ya sé a qué se refiere. Me quedo en silencio.

—Me acuerdo que era lunes… —musita con una media sonrisa.

—Diana…

—No pasa nada.

—Sí pasa. Sé qué pasó el trece de agosto del año pasado, pero me has pillado despistado porque he perdido la noción del tiempo desde que dejé el trabajo. Me siento gilipollas, perdona.

Diana se incorpora un poco y se sienta en la cama con las piernas cruzadas. Tiene los ojos clavados en la pared, como si ahí pudiera proyectar esa versión de nosotros que murió justo hace un año.

—¿Quieres hablar de lo que pasó? —pregunto.

—No, ya lo hablamos, es simplemente que a veces sigue doliendo.

No sé si acercarme más o si darle espacio. De momento, opto por lo segundo.

—Me arrepiento todos los días de haberte dejado marchar —me paso la mano por la frente—, de haberme comportado como un imbécil. No sé si me voy a poder perdonar alguna vez. Lo siento mucho, ojalá pudiera volver atrás y eliminar este año de mierda.

Ella no contesta enseguida. Se queda ahí, en silencio, procesando lo que he dicho.

—Pero no puedes, Feli, nada se puede borrar. Aunque te entiendo. A mí también me gustaría poder volver atrás y ser la misma que hace un año, pero sé que jamás lo voy a volver a ser.

Tengo muchas ganas de abrazarla muy fuerte, pero no lo hago todavía. No quiero que sienta que intento tapar lo que acaba de decir. Porque tiene razón. Porque algo se rompió. En ella. En los dos. Y aunque estemos aquí, aunque me haya dejado volver a entrar, lo que fuimos no va a volver a ser igual. Lo sé. Pero también soy consciente de que eso no significa que no podamos construir un futuro juntos.

—No volverás a ser la misma —admito bajito—. Ni yo tampoco. Pero eso no tiene que ser malo. Podemos decidir qué creamos a partir de ahora. Podemos crear algo incluso mejor.

—No sé si, después de todo, puedo crear algo mejor contigo, Feli.

Asiento. No porque esté de acuerdo, sino porque la comprendo. No puedo exigirle nada.

—Lo entiendo —asumo—. Lo que ocurrió te ha cambiado, pero al menos deberíamos intentarlo. Piénsalo estos días que estarás fuera de Madrid, ¿vale?

Ella se queda en silencio. No hace ningún gesto. No dice que sí, pero tampoco me frena. Y ese mínimo espacio que me está dejando, ese resquicio, ya me parece un privilegio.

—De acuerdo.

—Es más que suficiente —respondo, aliviado.

Me incorporo a su lado, le beso la nariz y los labios. La rodeo con mis brazos y la aprieto contra mí.

—Déjame quedarme a dormir esta noche. —Nos separamos y le coloco un mechón detrás de la oreja.

Algo ha cambiado en su actitud, porque, por primera vez, su respuesta es diferente.

—De acuerdo.

Acorto la distancia entre nosotros, despacio, y la beso de nuevo. El gesto esta vez es más lento y largo, como si estuviera tocando algo frágil que no quiero romper. Diana me responde, sin prisa, sin urgencia. Como quien decide cobijarse en el lugar en el que se siente un poco más segura. Nada en esta noche tiene por qué ir rápido.

Le acaricio la espalda con la palma abierta, sintiendo cómo respira. Cómo, poco a poco, va bajando la guardia. Ella pone una mano en mi mandíbula.

—No tienes que darme nada —le susurro al oído—. Solo quiero estar aquí contigo.

Ella no contesta. Solo me roza la mandíbula con el pulgar. Cierra los ojos un segundo y apoya la frente en la mía.

—Lo sé.

Se estira a mi lado mientras yo acerco mi cuerpo al suyo. Mis manos le recorren la espalda, el cuello, la nuca. Sin intención, solo queriendo memorizar cada línea. Ella me besa de nuevo, más despacio, más profundo. Es un beso que busca averiguar si de verdad lo nuestro todavía puede salvarse. No hay palabras. Solo respiraciones entrecortadas, el roce de nuestras frentes, el calor que se cuela entre los cuerpos. Nuestros movimientos son lentos, como si estuviéramos tanteando los bordes de algo que aún no entendemos del todo.

—Te quiero —le suelto contra la mejilla—. Nunca he dejado de quererte y nunca voy a dejar de hacerlo.

Ella se queda quieta. No habla, solo respira. La siento tensarse un poco, esas palabras le pesan en el pecho. Desliza una mano por mi espalda y empieza a dibujarme unas letras en mi espalda. Cuando ya va por la cuarta, entiendo que me está escribiendo «Te quiero» en la piel, como hacía antes de la ruptura.

Separo un poco mi cara para mirarle a los ojos. Se me escapa una sonrisa y ella sonríe también. Vuelvo a acercarme, a besarla con ganas. Esta vez no hay dudas, solo esa certeza de que, por mucho que todo haya cambiado, seguimos sabiendo leernos la piel. Nunca seremos dos extraños.

CAPÍTULO 67

13 de agosto, martes

Entre canción y canción, el locutor lee el guion del programa de radio. «Son las 12.28, 13 de agosto, treinta y cuatro grados». Tengo puesta la mano en el muslo de Diana mientras ella me acaricia la nuca.

Me gustaría que perdiera el tren, que pasara sus vacaciones conmigo o que me dejara viajar con ella. Quiero pasar todo el tiempo que pueda con Diana antes de que tome una decisión sobre lo nuestro. Doy gracias de que al menos me haya dejado que la lleve en coche, porque estoy convencido de que me va a echar de nuevo de su vida.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando llegues? —le pregunto.

—Ir a la playa, sin duda. Necesito ponerme un poco morena. Debería ser inconstitucional estar así en pleno agosto.

Se señala a sí misma para quejarse de su supuesta palidez, pero yo solo veo piel bronceada.

—A mí me parece que estás perfecta así. —Nos detenemos ante un semáforo en rojo, como si el mundo nos estuviera regalando unos segundos más.

—Tú no eres objetivo, Feli. Me verías guapa incluso sin dientes.

—Obviamente, y te haría sopas todos los días.

—Si en agosto me hicieras sopa, creo que te odiaría. —Ríe.

—Entonces te haría gazpacho.

Suelta una carcajada justo cuando el semáforo se pone en verde. Acelero.

—Lo haces demasiado bien —comenta.

—¿El qué?

—Venderme la moto, decir las cosas que quiero oír; haces que quiera creérmelo.

—No te estoy vendiendo nada —le digo, sin girarme, con la vista en la carretera—. Es la verdad. Quiero envejecer contigo, y quizá te quedes sin dientes antes de los ochenta y nueve, así que te haré gazpacho entonces.

Diana se queda en silencio. La miro de reojo y veo cómo se le tensan un poco los labios, como si no supiera si reír o llorar. Espero que conteste algo típico de ella, con sarcasmo. Pero no dice nada, deja que el silencio nos invada.

Me limito a conducir, con las manos firmes en el volante y la garganta apretada, con temor de que cualquier palabra más pueda echarlo todo a perder.

Diana tiene la cabeza girada hacia la ventanilla, pero no creo que esté mirando la ciudad. Me da la sensación de que está reflexionando sobre sus emociones, sobre lo nuestro. Odio que se sienta así, me gustaría asegurarle que voy en serio y que nunca la voy a dejar ir otra vez. No obstante, no sé qué palabras elegir.

Otro semáforo en rojo. El locutor se calla y empieza a sonar una melodía que hacía tiempo que no escuchaba. Sé que ella también la reconoce, aunque siga mirando por la ventana. «Ain’t no Mountain High Enough» de Marvin Gaye y Tammi Terrell. Siempre la cantábamos cuando se emperraba en ir a un karaoke, aunque cante fatal. Parecía inviable que pudiera desafinar más, pero siempre

probaba que era posible. Nunca podía terminar de cantarla entera con ella porque me entraba un ataque de risa al ver cómo destrozaba la canción.

Empiezo a tararearla esperando que cuando llegue el verso de Tammi Terrell ella empiece a cantar también. No lo hace. Subo el volumen de la radio, ella gira su cabeza hacia mí. Empiezo a cantarla gritando con teatralidad. A ella se le dibuja una sonrisa en la cara. Cierro mi mano en un puño y se lo acerco a la cara simulando un micrófono. Comienza a cantar entre risas. A la que suena el estribillo de nuevo, los dos empezamos a cantar a pleno pulmón. El semáforo se pone en verde y seguimos destrozando la canción. Me siento feliz, doy gracias a Dios, al universo y al Felipe del pasado por haber puesto esta emisora y, así, haber compartido este momento con Diana.

Entro en el aparcamiento de Atocha, cojo el tíquet y aparco entre dos coches. Ella se ha quedado mirando al frente, impasible, aunque la veo más relajada que hace unos minutos.

—No sé si podría soportar que ocurriera otra vez, que volviéramos a romper —dice desabrochándose el cinturón—. No sé si puedo creerte.

—No espero que me creas hoy. Solo quiero que me dejes demostrártelo a partir de hoy. Día tras día.

Diana cierra los ojos. Y por fin asiente. Muy levemente. Como si ese gesto fuera todo lo que puede darme ahora mismo. De alguna manera, está dispuesta a intentar confiar en mí. Bajamos del coche y saco su maleta y dos bolsas del maletero.

—Esa no —señala la bolsa azul—. Esa es para ti.

—¿Para mí?

—Tu cumpleaños es dentro de unos días, y este es el regalo que tenía para ti el año pasado. No te lo di por razones obvias.

Parpadeo, sorprendido.

—¿Por qué lo guardaste? —le pregunto.

Se encoge de hombros, sin saber cómo explicarlo.

—No podía tirarlo. Ni darlo. Después de romper, me pasé meses escondiéndolo y moviéndolo de sitio cada vez que pensaba que ya estaba lista para tirarlo. Pero no podía.

—¿Lo abro ahora?

—No, ábrelo el día de tu cumpleaños.

—Bueno, puedo esperar… Igualmente, el tíquet ya no vale para devolverlo —bromeo para quitarle peso al nudo que se me está formando en el pecho.

Diana sonríe, pero no dice nada. Se limita a agarrar la maleta con una mano y la bolsa con la otra.

—Vamos —dice sin mirarme directamente.

—Deja que te lleve la maleta.

—Ya puedo, no te preocupes.

—Lo sé, sé que puedes. —Cojo la maleta con la mano derecha—. Pero es que necesito tu mano para otra cosa…

Acto seguido, tiendo mi mano izquierda para que me la agarre. Ella pasea la mirada entre mi mano y mis ojos y luego tuerce un poco la boca e intenta aguantarse la risa.

—¿Para qué la necesitas exactamente?

—Para no perderme, necesito que me guíes. Atocha es muy grande.

Diana agarra mi mano mientras pone los ojos en blanco y se ríe suavemente. Me encanta cuando realiza ambos gestos a la vez, con esa mezcla de darse por vencida que reflejan sus ojos y el descaro de su risa.

—Estás mal de la cabeza, Feli.

—Pero bien acompañado.

—Por una gran guía.

—Por la mejor del mundo —afirmo, inclinándome un poco hacia ella—. Aunque no tengas ni idea de lo que quieres hacer conmigo.

—No seas idiota. —Niega con la cabeza.

Caminamos juntos hacia el interior de la estación. Noto que vamos más lentos de lo normal, ninguno de los dos queremos llegar todavía. Nos acercamos al control de seguridad y le doy la maleta.

—¿Seguro que no quieres que vaya contigo? —Guiño el ojo de broma, aunque sé que compraría el billete sin pensarlo si me dijera que fuera con ella.

—Seguro, Feli.

Nos dedicamos una última mirada. Ahora sí. De lleno. Y aunque estamos rodeados de gente, de ruido y oímos por la megafonía anunciar los trenes, no hay nada más importante en este momento. Solo ella y yo.

—Pasa un feliz cumpleaños, Feli. Te llamaré el veintiuno.

—Me puedes llamar todos los días, es lo que voy a hacer yo.

Ella sonríe, pero baja un poco la mirada. Me toca el brazo, como si eso fuera más fácil que articular lo que está pensando.

—No prometas tanto, Feli.

—No estoy prometiendo —respondo bajito mientras me aproximo a su oreja—. Estoy avisando.

Al escucharme, Diana levanta la vista y clava en mí esos ojos que siempre parecen ir dos pasos por delante.

—Me tengo que ir —me recuerda con una leve sonrisa.

—Ya lo sé, he venido para despedirme bien.

Pongo las manos en sus mejillas y la beso. Cuando sus labios responden, ya no hay estación, ni gente, ni altavoces, ni despedidas. Solo nosotros dos, por fin en el mismo lugar, aunque sepamos que en unos segundos todo va a cambiar. No es un beso con urgencia,

es cálido, y suave, y tierno, aunque me aterre lo que pueda depararnos el futuro.

Cuando me separo, sigue con los ojos cerrados. Cuando los abre, veo un brillo en ellos.

—Estás preciosa —le digo acercándome a su oído.

—Ya lo sé. —Aprieta los labios mientras yo sonrío.

—Envíame un mensaje cuando llegues a Barcelona.

Ella asiente, coge la maleta y se dirige al control de seguridad. Después deja la maleta y la bolsa en la cinta y cruza el escáner corporal, sin girarse para robarme una última mirada.

Aún tengo el eco de su beso en mis labios y el sándalo de su perfume en mi nariz, me arrepiento de no haberle dado un beso en la suya. Inevitablemente, me pregunto si después de esta despedida habrá más, espero que las haya.

CAPÍTULO 68

21 de agosto, miércoles

Bajo las escaleras de casa. Bebo un vaso de agua rápido para espabilarme. No he escuchado la alarma y me he dormido, tengo que darme prisa, no puedo estar tan espeso cuando lleguen Candela y mamá. La cabeza me da vueltas, no debería haberme bebido la última copa que me pidió Diego.

—Los veintisiete solo se cumplen una vez —me dijo.

Ya, joder, como todos los otros años.

Me ducho y elijo la primera camiseta y los primeros pantalones que veo. Y me imagino a mi madre horrorizada al verme con algo que, según ella, es solo para dormir. Está fuera con mi hermana en Galicia, en teoría llegaban sobre las dos, pero son las dos y media y aún no he oído abrirse la verja del jardín. A este paso vamos a comer a las cuatro de la tarde.

Cojo el móvil. Tengo varios mensajes felicitándome el cumpleaños, pero aún ninguno de Diana. Lo último que me escribió fue un «Pásalo bien» ayer a las once antes de que saliera de fiesta.

Abro el armario y cojo la misteriosa bolsa azul. Antes de abrirla, me hago un café en la cocina porque aún estoy un poco dormido.

Miro la bolsa de nuevo. Me quedo quieto un momento, con el café en mano, sin saber si abrirla ahora o más tarde. Me pone nervioso la espera, así que decido salir al jardín.

El sol pega fuerte, pero en la esquina, junto al naranjo, hay sombra suficiente. Me siento en la tumbona vieja, esa que chirría cada vez que uno se apoya. Dejo el café en el suelo, a mi lado, y quito las grapas de la bolsa.

Hay dos paquetes y un sobre. El primero es alargado y está envuelto en papel reciclado marrón. Al deshacerme del papel, veo que hay una caja negra. Dentro, me encuentro con unas baquetas con mi nombre inscrito.

Sonrío. Me acuerdo de cuando le intenté enseñar a tocar la batería. Probé con la primera canción que a mí me enseñaron a tocar, o que al menos conseguí tocar entera: «Yellow» de Coldplay.

No hubo manera, no daba pie con bola.

Lo intentamos diez veces, a la décima me rompió una baqueta y un tom. Decidimos darnos por vencidos. Desde luego, se le da fatal todo lo relacionado con la música. Es la única batalla que le he podido ganar; en todo lo demás, Diana es mejor que yo.

El segundo paquete es cuadrado y más grande. Está envuelto en papel azul claro y atado con una cuerda de esparto. Al quitarlo aparece la funda cuadrada de un vinilo, con una carátula claramente diseñada a mano. No tiene título ni artista, solo pone en letras naranjas «FELIPE MENDOZA 26» sobre un fondo negro. Frunzo el ceño, es un disco que me preparó ella, pero ¿de qué?

Saco el sobre naranja que hay en la bolsa y lo abro. Dentro hay dos hojas. Reconozco la caligrafía de Diana al segundo.

> Mi amor, felices veintiséis.
>
> Espero que estés leyendo esto a mi lado y que hayas pasado un día fantástico rodeado de la gente que te queremos. Estoy muy orgullosa de ti y me siento muy afortunada de tener un chico que me cuida, me valora y que siempre va a estar a mi lado para tirar de mí cuando yo no puedo.

Este vinilo cuenta nuestra historia. Sé que a ti te encanta la música, así que no se me ocurría mejor regalo que este. Esta es la *tracklist*:

1. «Moscow Mule», de Bad Bunny (2022): se la pediste al DJ la noche que nos conocimos. Dijiste que era perfecta para que te la bailara. Un descarado, pero bueno, no puedo quejarme. Fuiste a cara descubierta desde el minuto uno, te compré así.

2. «You Give Love a Bad Name», de Bon Jovi (1986): no sé cuántas veces me has enseñado vídeos de conciertos de Bon Jovi ni cuántas veces me has puesto el móvil a tres milímetros de los ojos para que me fijara en la técnica del batería. No entiendo mucho de lo que me cuentas, pero me quedo embobada mirándote hablar de las cosas que te apasionan.

3. «Ain't No Mountain High Enough» (1967): es la canción que dices que destrozo siempre. La verdad es que no la canto tan mal… Bueno, te voy a ser sincera, desafino más de la cuenta porque te hace reír y eso me hace feliz. Tenemos que ir al karaoke que fuimos la primera vez pronto, he visto que los margaritas están a mitad de precio los jueves.

4. «Tu calorro», de Estopa (1999): es la canción que escuchabas con tu familia en el coche, la que cantaste a pleno pulmón y te emocionó en el primer concierto que fuimos juntos. Creo que, aunque ya no te vayas de vacaciones con toda tu familia, te sigue trayendo muy buenos recuerdos y a mí también. Verte tan feliz en medio de toda esa gente me llenó el corazón.

5. «Yellow» de Coldplay (2000): es la primera canción que aprendiste a tocar entera con la batería y por la que te destrocé una baqueta y un tambor de esos. Lo siento. Me asusté mucho cuando pasó, pensé que te ibas a enfadar conmigo, hasta que vi que te meabas de la risa al ver mi cara de susto. Creo que me

enfadé yo más por reírte de mí que tú conmigo por destrozarte la batería. Te quiero infinitamente por eso.

6. «The Book of Love» de Peter Gabriel (2004): no sé si te acuerdas, pero me dijiste que esta sería la canción que sonaría en nuestra boda. Desde entonces, la escucho recurrentemente, creo que nuestro amor se parece al que se describe. El amor en los detalles, saber leer a la persona que tenemos delante, el compromiso de estar el uno para el otro.

Sé que eres mi persona, lo supe casi desde el principio. Me acuerdo de cuando me regalaste tulipanes rosas por primera vez y me eché a llorar. He estado con otros chicos antes de conocerte, pero nunca ha sido igual. Tú tienes en cuenta todo lo que me hace feliz, hasta de las cosas que no me importan. Contigo nunca he sentido que haya tenido que pedir demasiado, no me ha hecho falta.

Estaba muy acostumbrada a estar rodeada de gente que decía que le importaba, pero que nunca hacía el más mínimo esfuerzo por hacerme feliz. Me pasaba la vida intentando contentar a todo el mundo, ya fueran mis padres o desconocidos. Algunas personas eran amables conmigo, pero nunca sentía afecto verdadero. Cuando te conocí, empecé a sentirme vista y escuchada. Gracias por enseñarme que ser amada es esto.

Lo mejor es que te encontré cuando ni siquiera te estaba buscando. No tenía ni idea de cuál era realmente mi color favorito hasta que vi cómo me miraban tus ojos. Desde entonces, el verde me parece el color más cálido de todos.

Creo que no sabía lo que era amar antes y creo que me sería muy difícil encontrar algo parecido en nadie más. Porque, una vez que alguien te ha hecho sentir que eres fácil de amar, no quieres conformarte con menos. Oírte decir que soy la mujer

más guapa que has visto, que tu corazón se llena de alegría cuando estoy cerca, que nuestros posibles futuros hijos serían perfectos si se parecieran a mí o que, simplemente, me beses apasionadamente en mitad de la calle es lo que me hace saber que mi persona eres tú. Pase lo que pase, siempre vas a ser tú.

Gracias a ti, aunque no todo sea idílico, sé que el amor puede ser fácil, que las personas, cuando prestan atención, pueden saber lo que puede hacer felices a los demás. Porque no se trata solo de estar, se trata de estar y de ver. Llevo toda mi vida pidiendo a la gente que me quiera de verdad. No porque tengan miedo de perderme, no porque me necesiten, no porque quieran algo de mí…, solo porque sí. Porque me valoran, porque piensan que soy una buena persona, porque creen que merezco ese amor. Creo que, a lo largo de nuestra vida, la mayoría, estamos en esa búsqueda, yo ya he encontrado ese amor… en ti. Sentir que no me vas a soltar la mano nunca y que después de un mal día todo se puede solucionar con un beso en la punta de la nariz me hace estar en paz.

Lo que más me gusta de todo esto es que es solo el principio, que vamos a crear una colección de vinilos con muchas más canciones que cuenten nuestra historia. Soy muy afortunada de haber encontrado tan joven a mi persona, a mi mejor amigo, a mi refugio. Admiro tu tenacidad, la forma en la que quieres, lo divertido que eres, la seguridad que desprendes y la capacidad que tienes de abrirte y ser vulnerable.

Felices y dulces veintiséis. Espero soplar contigo las velas durante todo lo que me quede de vida.

Con amor,

DIANA

Termino de leer y me quedo quieto. El vinilo entre las piernas y la carta, que sujeto con manos temblorosas, un poco húmeda por mis lágrimas. La releo dos veces, no puedo soltarla. Echaría a correr ahora mismo para ir a Barcelona solo por abrazarla.

Caigo en la cuenta de que esto no me lo ha escrito la Diana de ahora, me lo escribió la Diana de hace más de un año. Lo escribió la Diana a la que aún no había destrozado. Esa chica que todavía me miraba pensando que yo iba a estar ahí siempre. En la carta, dice que esperaba estar a mi lado cuando yo la leyera. Pero no está a mi lado —ni lo estuvo el año pasado—, y eso es solo culpa mía. La Diana que escribió esta carta no tenía dudas. No tenía miedo. Me quería como si yo fuera una certeza, no un riesgo. Y la defraudé.

Me restriego los ojos con el dorso de la mano, pero no sirve de nada, siguen húmedos. Sostengo la carta como si fuera un cuerpo frágil que tengo miedo de romper; sin embargo, no tuve tanto cuidado el año pasado cuando fui un irresponsable y a quien rompí fue a Diana.

Cojo el móvil, abro el chat de Diana, leo de nuevo su último mensaje, y compruebo que no respondió al selfi que le mandé en la discoteca. Acto seguido, le envío:

Acabo de abrir la bolsa. No sé cómo agradecerte todo lo que había en ella. Puede que necesite diez vidas para demostrarte lo que te quiero. Aunque igual tampoco serían suficientes. Te quiero mucho, quiero a la Diana que me escribió esa carta y a la que está al otro lado del teléfono ahora. Espero que te esté yendo bien el día. Estoy

deseando tenerte aquí de nuevo.

Pongo la carta, el vinilo y las baquetas en la bolsa. Después entro en casa para dirigirme a mi habitación. Dejo la bolsa en la cama y me siento delante del escritorio. Abro el cajón y saco un cuaderno y un bolígrafo azul. No voy a estar a la altura, tampoco creo que el Felipe de hace más de un año lo hubiera estado. Pero quiero hacerle sentir que la quiero, aunque sea la última vez que me deje hacerlo.

CAPÍTULO 69

30 de agosto, viernes

—Me alegro de que tus padres estén bien. —Me apoyo en la encimera de la cocina.

—Sí, bueno. Están jubilados, el sueño de cualquiera. Ojalá yo llegara a su edad como ellos —dice antes de dar un sorbo al vaso de agua.

Asiento, aunque no me sale la sonrisa. Ella tampoco sonríe. No hay tensión, pero sí una especie de neblina entre los dos. Ha vuelto hoy, está bronceada, guapísima, cuando se pone morena los ojos parece que le brillen más. Tenía muchas ganas de verla, no podía esperar al reencuentro y sé que ella tampoco ya que me ha invitado a venir a su casa.

—¿Y tú, Feli? —Deja el vaso en el mármol—. ¿Qué tal estos días?

Subo un poco el brazo para comparar mi «bronceado» con el suyo.

—Bien. Se puede ver que no he tomado el sol tanto como tú, pero bien, supongo.

—¿Supones?

Aprieto los labios mientras la miro a los ojos.

—¿Podemos ir a tu habitación?

Diana hace un ademán con la mano para que la siga. Camina delante de mí por el pasillo. Es la misma estancia de siempre, pero

me parece más pequeña. Ella se sienta en la cama y enciende la luz de la mesilla de noche mientras yo abro mi mochila y saco mi cuaderno. Me pongo a su lado, estoy bastante nervioso por lo que pueda ocurrir.

—Después de leer la carta que me escribiste, necesitaba escribirte yo una. —Le tiendo el cuaderno.

Lo coge sin decir nada y lo abre despacio.

—¿Quieres leerla?

Ella me sostiene la mirada unos segundos, atónita, y luego asiente.

Hola, Diana:

Acabo de leer la carta de cumpleaños que me escribiste el año pasado y he querido contestarte con otra carta. Este es mi tercer intento, a ver si esta vez puedo estar a la altura, aunque me lo has puesto difícil.

Sé que esa carta era de hace un año y que ya no te sientes de la misma forma. Pero incluso así, para mí es uno de los recuerdos más bonitos que tendré de lo que fuimos y de lo que, si tú quieres, creo que volveremos a ser. A pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros, sé que sigues siendo mi persona, y yo sigo siendo la tuya.

En la carta dices que no tenías que pedir nada cuando estabas conmigo porque yo siempre sabía lo que necesitabas; quiero que sepas que yo siento y sentía lo mismo. Es más, aprendí lo que quería contigo. No me había planteado las cosas que deseaba tener en una relación hasta que te conocí y me di cuenta de que no quería nada que no fuera lo que tenía contigo.

Me acuerdo de que una vez rellenamos uno de esos test para averiguar cómo comunicamos a nuestra pareja nuestro amor. Y a mí me salió que yo usaba sobre todo el tacto. Pero yo creo que

tú eres mi único lenguaje del amor. Es como si para mí el amor empezara y acabara contigo. Con cualquier cosa que hagas me haces sentir querido, y por eso me duele tanto haberme comportado como lo hice.

Estoy pensando ahora en el vinilo que me has regalado. En cómo cuenta nuestra historia, y me hace sentir feliz y triste al mismo tiempo. Por una parte, me encanta, es el mejor regalo que me han hecho. Sin embargo, por otra parte, me pone triste porque no quiero que nuestra historia la cuenten solo seis canciones. Quiero que la cuenten cientos de ellas. Quiero compartir mi vida contigo, Diana, y crear una banda sonora larguísima a tu lado.

No supe estar a la altura y, seguramente, es algo que nunca me voy a perdonar. Sé que ya lo hemos hablado y que no quieres tocar más el tema, pero el no haberte acompañado en el momento en que más me necesitabas me quema por dentro. Imaginarte mirando el test positivo de embarazo, imaginarte en tu cama preocupada y sin saber qué hacer, tomando la decisión de abortar…, sin que yo estuviera a tu lado, me enfurece. Me cabreo conmigo mismo cada vez que lo pienso.

Los primeros meses después de dejarlo me esforzaba para no echarte de menos, pero aun así no hubo ni un solo día en el que no reviviera algún recuerdo de lo que había vivido contigo, de cómo me hacías ser mejor a todos los niveles.

Antes me daba miedo pensar que no podía hacerte feliz. Ahora sé que soy capaz de hacerte muy feliz y lo pienso hacer. Da igual lo que discutamos, lo vamos a arreglar porque eres la mujer de mi vida. El miedo me pudo. El miedo a no estar a la altura, a fallarte, a no saber cuidarte bien, a que te dieras cuenta de que había alguien mejor que yo… Y me equivoqué. No te perdí por

no ser suficiente, te perdí por no confiar en lo que éramos.

Cuando pienso en lo que tuvimos, no me sale pensar que fue una etapa que pasó. Me sale pensar en ello como mi pasado, presente y futuro. Como lo que fue y lo que podría seguir siendo si tú quieres.

Sé que esta carta no cambia nada. Sé que no borra el dolor que te causé y lo que no supe darte. Pero también sé que podemos construir algo nuevo desde lo que sí nos quedó claro: que el amor que sentimos no se puede borrar, que fui creado para ti y tú para mí.

Yo te elijo, Diana. Te elijo con todo el compromiso que antes no supe llevar a cabo. Me gustaría estar a tu lado cuando cumplas veintisiete. Y veintiocho. Y todos los años que quieras compartir conmigo. Me gustaría que nuestra historia no acabara en esta carta, me gustaría escribir muchas más con todo lo que nos queda por vivir juntos, con todas las canciones que nos faltan por descubrir, con todas las veces que, a pesar de los problemas, decidamos quedarnos.

El color arena es el que quiero poder ver todos los días, en tus ojos, pero, si decides que no va a ser así, quiero que sepas que es el que siempre voy a elegir. Da igual el tiempo que pase o las tonalidades que descubra, es el color que voy a escoger mientras viva.

Te quiero para siempre,

Feli. Tu Feli

Diana no dice nada cuando termina de leer. Cierra el cuaderno con cuidado, lo deja sobre su regazo y se queda mirándolo. Inspira hondo, para que la respiración la ayude a ordenar lo que siente.

Yo no digo nada. La observo. Cada segundo es un salto al vacío.

Intento leer algo en su cara, pero no hay ninguna expresión que pueda descifrar. Y eso no sé si me tranquiliza o me agobia más.

—Es muy bonito, Feli —dice finalmente.

Noto cómo me sudan las manos. Me da miedo saber qué se le pasa por la cabeza.

—Estuve esperando meses recibir algo así. —Señala el cuaderno.

—Lo sé. Y siento que haya llegado tan tarde.

Diana baja la mirada. Sus párpados tiemblan un poco. No sé si está conteniendo el llanto o el cansancio.

—Ya no lo esperaba. Me rendí. Dejé de esperar que volvieras.

—Y, aun así, has leído mi carta… —Trato de no sonar esperanzado, pero no lo puedo evitar del todo.

—Porque sigo queriéndote, Feli, por mucho que me aterre.

Suelto una gran bocanada de aire, aliviado. Esa frase es una caricia en el pecho.

—A mí me aterra mucho más no volver a intentarlo contigo.

—No… —dice negando con la cabeza.

Deja el cuaderno a un lado y se gira hacia mí. Luego coloca los pies encima de la cama y apoya el mentón en las rodillas.

—Me da miedo quererte porque sé que no puedo volver contigo. —Se le humedecen los ojos.

Me quedo quieto, intentando que mi respiración no se descontrole. Esto no me lo esperaba. No digo nada aún. Solo la miro. Su voz no esconde rabia, solo dolor. Y lucidez. Y eso me duele más.

—Lo que dices en la carta es verdad, Feli. Aún me duele todo lo que pasó; sobre todo el aborto, y no puedo reconstruir algo que me sigue doliendo.

—Te voy a esperar hasta que deje de doler.

—Dudo que algún día deje de hacerlo, Feli. —Las lágrimas brotan de sus ojos.

—Pues voy a esperarte hasta que aprendas a vivir con ello.

Me niego a pensar que no va a existir ese futuro en el que ella y yo somos uno. No puede ser.

Diana me mira. Tiene las mejillas mojadas y los labios entreabiertos, como si quisiera decirme que no lo haga, que no me quede, pero no le salen las palabras.

—No quiero que me esperes porque quizá no voy a ser capaz de hacerlo, puede que no aprenda a vivir con ello.

Le sostengo la mirada. Me parte. Pero no me echo atrás.

—No tienes que prometerme que vas a poder. —Le pongo una mano sobre la pierna—. Ni tenemos que volver, solo déjame estar aquí mientras lo intentas. Aunque no sepas qué hacer conmigo.

Baja la mirada. Una lágrima más le cae por la mejilla y no se la limpia. La deja correr. Y yo, por primera vez, no intento consolarla.

—Felipe, no puedo —dice con la voz entrecortada—. Tenemos que pasar página.

Esto sí que ha sido un puñetazo en el pecho.

—No, pero…

Pienso en los motivos que puedo darle para hacerle cambiar de opinión. Alargo la mano que tengo libre para levantarle el mentón y que su mirada se cruce con la mía.

—Diana, te quiero. Te quiero más que a nada.

—No es suficiente, Felipe —responde asiéndome la mano—. Te voy a querer siempre, mucho, pero no es suficiente.

Me quedo en silencio. Con su mano sujetando la mía. Asiento despacio. Trago saliva. Siento un vacío enorme en el pecho. Pienso en mi padre. Pienso en mi madre. Pienso en la vida que ella hubiera tenido si mi padre la hubiera dejado ir. Pienso en que yo soy merecedor de ser feliz, pero no a costa de Diana.

—Diana —susurro—, recuerdo con mucho cariño lo que tuvimos y

lo que tenemos porque lo que siento por ti no ha cambiado. Amo nuestra relación, para mí tú siempre vas a ser mi persona; sé que estás hecha para mí. Fuiste la primera chica de la que me enamoré y seguramente no podré enamorarme de nadie nunca más.

Se queda muy quieta, mirándome sin parpadear.

—Pero te quiero demasiado, Diana. No voy a presionarte más. No voy a poner mis deseos por delante de tus necesidades. Yo no me voy, pero dejo que te vayas porque tú así lo quieres.

Hago una pausa para controlar mi voz, para asegurarme de que no se me rompe en medio de una frase. Porque ganas no me faltan.

—Y, si algún día… —sigo con la voz temblorosa—, si algún día el verde vuelve a ser tu color favorito… Si un día, por casualidad, miras atrás y piensas que tu dolor se puede curar con un beso en la nariz…, yo voy a estar ahí.

Le acaricio la mejilla con la yema de los dedos, muy despacio.

—El arena es y seguirá siendo mi color favorito —continúo mientras noto cómo se me desliza una lágrima por la mejilla—. Aunque no te quedes. Aunque nunca vuelvas. Aunque para ti ya no signifique nada.

Ella parpadea y me seca la lágrima con la yema de los dedos.

—El verde siempre va a significar algo muy especial para mí —admite—. Aunque no me quede, aunque no vuelva, siempre va a ser importante.

No contesto. No puedo. Solo la miro. Como si quisiera grabar cada detalle de su cara para cuando no la tenga cerca. No puedo remediarlo, me inclino y la beso. Ella responde poniendo sus manos en mi cuello. Nuestros labios se funden en una desconsolada despedida mientras no puedo parar de llorar. Después nos abrazamos sin decir nada. Su cara queda apoyada en mi hombro, su respiración entrecortada, contra mi cuello.

Nos separamos apenas un poco. Lo justo para estudiarnos atentamente. Sus ojos están rojos; los míos seguro que también. No hace falta un espejo para saberlo.

Diana me sonríe cuando sus lágrimas le rozan la comisura de los labios. Le beso la punta de la nariz y me levanto de la cama.

Tras coger la mochila que antes he dejado en el suelo, abro la puerta y nos miramos por última vez. No decimos nada. Solo quedan las miradas, sosteniéndonos como si fueran un puente. Se dibuja una pequeña sonrisa en mi cara y en la suya también, antes de irme y de desaparecer de su vida, seguramente para siempre.

El aire de Madrid es tibio y esta calle está vacía. Me pregunto si alguna vez la voy a volver a pisar. Pienso en que le podría haber dicho más cosas, pero también creo que el amor es la forma en la que uno se despide y en los colores que uno decide recordar.

EPÍLOGO

AGOSTO

CINCO AÑOS DESPUÉS

La boda es en una finca a las afueras de Madrid. Una de esas con muros de piedra, jardines enormes y farolillos colgando de los árboles. Aparco mal el coche, pero no hay tiempo. Llego un poco antes de la ceremonia, con la chaqueta en el brazo y el corazón golpeando mi pecho porque pensaba que no llegaría. Hace bastante calor, aunque sea última hora de la tarde. El cielo está despejado y todo parece como salido de una postal.

Mientras avanzo por el camino de gravilla, veo a Mateo que me está esperando.

—Joder, tío, pensaba que no llegabas —dice recolocándose la corbata.

—Mucho tráfico —le doy una palmada en el brazo.

—Luis y Diego ya están dentro, me han escrito diciendo que nos han guardado dos sitios.

—Perfecto.

—¿Has hablado con Tomás? —pregunto mientras andamos.

—No, tío, creo que solo podía centrarse en esto y no morir por la resaca.

—¿A quién se le ocurre celebrar la despedida de soltero el día

antes de su boda? —digo negando la cabeza.

—A alguien que nunca se ha tenido que preocupar por madrugar —dice, y yo me río—. ¿A ti la resaca te va a dejar leer el discurso? —me pregunta, poniéndome una mano en el hombro.

—Esperemos que sí —contesto, y me paso una mano por la cara.

Nos acercamos a la carpa donde ya está todo montado. Ciento cincuenta invitados, flores blancas, velas colgantes, un cuarteto de cuerda tocando y un montón de caras conocidas que se han puesto de punta en blanco para la ocasión.

Mateo me mira y sonríe.

—Los presentaste tú. Esto es gracias a ti. Pobre Adriana, no sabe dónde se ha metido —dice negando con la cabeza.

—Ella sí lo sabe. El que no se lo cree aún es Tomás —respondo mientras entramos.

Nos deslizamos entre los invitados y tomamos asiento en la cuarta fila. Diego y Luis nos hacen un gesto desde el extremo opuesto. Ya están colocados, impecables y con la misma cara que pusieron el día de nuestra graduación: esa mezcla de orgullo, vértigo y resaca.

El cuarteto empieza a tocar y nos giramos hacia la entrada de la carpa. Tomás entra del brazo de su madre, le hago un gesto con la cabeza y me guiña un ojo.

Unos minutos después entra Adriana acompañada de su padre. Está muy guapa. Lleva un vestido blanco, largo, sencillo, pero precioso. Como es ella. Tomás está plantado bajo el arco de flores, y aunque intenta mantener la compostura, le está costando un montón. Está entrecerrando los ojos y apretando los labios como suele hacer cuando no quiere llorar.

Adriana llega hasta él y le aprieta la mano. Él le dice algo al oído y ella le sonríe. No hace falta oír lo que se dicen para entender que están exactamente donde quieren estar.

La ceremonia empieza. Las palabras del oficiante son sencillas, pero justas. Habla de compromiso, de aguante, de paciencia. De esas cosas que nadie pone en los votos, pero que sostienen cualquier historia que valga la pena. Adriana escucha con una serenidad que parece prestada. Tomás no deja de mirarla. Se le nota lo emocionado que está en la mandíbula, en los ojos, en la manera en la que no consigue tener las manos quietas. Hay algo de torpeza en él que siempre me ha enternecido.

Después de unos minutos, el oficiante hace una pausa.

—Y ahora, unas palabras de Felipe, amigo íntimo de los novios.

Mis amigos me miran sonriendo cuando me levanto. Camino hasta el pequeño atril de madera. Me sudan las manos. Saco el móvil y entro en la aplicación de notas donde he escrito mi discurso. Miro a los novios sonriendo, que me están observando emocionados, y luego dirijo mi mirada al frente. Ciento cincuenta personas esperando a que diga algo conmovedor.

Y yo, con una resaca que amenaza con hacerme olvidar el nombre del novio.

Trago saliva. Sonrío.

—Hola. Soy Felipe. Amigo de Tomás desde que íbamos al colegio. Desde que compartíamos bocatas, tardes en la pista de fútbol y la certeza de que los veranos duraban para siempre.

Miro a Tomás sonriendo.

—Para que os hagáis una idea, la primera vez que lo vi llorar fue porque segundo B nos ganó un partido. Y la segunda, cuando conoció a Adriana.

Risas suaves. Bien.

—Lo digo de verdad, Tomás ha sido siempre una persona extremadamente feliz y despreocupada. La vida le ha tratado bien desde que nació, todos sus amigos pensábamos que no le podía ir

mejor, pero nos equivocábamos, lo supimos cuando le presenté a Adriana y el flechazo fue instantáneo.

Hago una pausa y me quedo mirándolos. Ella sonríe.

—Adriana y yo trabajamos juntos hace unos años y desde entonces hemos estado unidos. Es una gran chica, supongo que todos los que estáis aquí lo sabéis, nunca pensé que se podría fijar en alguien como Tomás, la verdad.

La gente se ríe. Respiro aliviado, tenía miedo de que la broma fuera demasiado brusca.

—Y es por eso —continúo— que estoy yo aquí hablando y no un hermano, un primo o alguien con un título más importante. Porque yo los presenté, yo soy el culpable de que vayan a pasar la vida juntos y de que vosotros hoy tengáis barra libre gratis.

Se oyen aplausos y algún que otro «¡Grande, Felipe!» desde el fondo. Sigo.

—Pero más allá del mérito personal, que, por supuesto, me pienso atribuir hasta el fin de los tiempos, estoy aquí porque me han enseñado algo que creo que vale la pena compartir. El amor se cuida y se trabaja. Está muy de moda el dejar ir, pero cuando dos personas se eligen y se dan cuenta de que están hechas la una para la otra, saben lo importante que es quedarse cuando las cosas se ponen difíciles, lo importante que es intentarlo una y otra vez, lo importantes que son la paciencia y la perseverancia.

Silencio. Pero no el tipo de silencio que incomoda, sino ese que aparece cuando todo el mundo está escuchando de verdad.

—No todos —digo mirando a los novios— tenemos la suerte de que la persona que nosotros elegimos nos elija. —Hago una pausa —. Yo no la tuve —digo una sonrisa muy leve—, pero vosotros sois muy afortunados. Y quiero daros las gracias —continúo, tragando saliva— por demostrar que merece la pena quedarse.

Hago otra pausa. Y es ahí cuando alzo la mirada. Como quien busca un ancla.

Y la veo.

Está de pie, más hacia el fondo. Vestido verde, moño suelto, copa en la mano. Sonríe levemente cuando se da cuenta de que la estoy observando. Me tiembla un poco el pulso. Pero sonrío y bajo la mirada al móvil.

—Muchas felicidades, que vivan los novios.

La gente aplaude mientras vuelvo a mi sitio. La observo, pero ella no me mira porque está hablando con un chico.

Mateo me da una palmada en la espalda cuando me siento.

—Está aquí —le digo.

—¿Quién? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Diana —respondo en voz baja.

—¿Tu Diana?

Asiento. Mientras las palabras del oficiante vuelven a llenar el espacio, noto cómo se me afloja algo en el pecho. Quiero que se den el sí quiero ya para levantarme e ir a buscarla de inmediato. Pero no. Intervienen un par de personas más, la tía abuela de Tomás lee a trompicones un poema y alguien interpreta con un violín una canción que se alarga más de la cuenta. Yo hace rato que no escucho nada.

Solo siento cómo el corazón me golpea el pecho como si tuviera diecisiete años y tuviera una cita con la chica que me gusta. Pero ahora no tengo diecisiete, tengo treinta y dos, y la chica que me gusta lleva años sin dar señales de vida.

Mateo me mira de reojo, como si me leyera la urgencia.

—¿Estás bien? —susurra.

Asiento. Pero no estoy bien. Estoy en otra parte. El oficiante dice algo que no entiendo y de pronto todo el mundo se pone de pie. Los

aplausos estallan. Tomás y Adriana se besan en medio del arco de flores y la gente se vuelve loca como si no supiéramos que iban a decir que sí.

Miro a un lado, al otro. La columna donde se apoyaba está vacía. El chico sigue allí, hablando con otra persona. Pero ella no.

—¿Dónde coño se ha metido? —murmuro.

—¿La estás buscando? —pregunta Mateo, arqueando una ceja.

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer cuando la encuentres?

—No lo sé —respondo. Y es verdad.

Nos dirigimos hacia el cóctel. El sol cae despacio y la finca se llena de risas, copas, camareros con bandejas y parejas haciéndose selfies entre las hortensias. Me escabullo entre grupos. Busco ese vestido verde que ahora mismo podría reconocer en la penumbra de cualquier fiesta.

Y entonces, entre una mesa de madera alta y una lámpara de papel gigante, la veo. Está sola. De espaldas. Mirando el móvil. Con la copa medio vacía apoyada en la barra. Me acerco sin pensar. O quizá lo pienso demasiado, pero los pies no me consultan.

—No sabía que vendrías —digo cuando ya estoy a un metro de ella.

Se gira despacio. Solo ha cambiado su pelo, que vuelve a ser rubio. Por lo demás sigue teniendo la misma cara que vi cuando salí de su habitación. Está preciosa. No parece sorprendida. Me mira como si me esperara.

—Hola, Feli.

Y ya está. Otra vez esa voz. Cinco años y todavía me suena a casa.

—¿Qué haces aquí? —le digo dándole dos besos.

—Adriana es la prima de Óscar, yo no la conozco —dice sonriendo

incómoda—. Me he dado cuenta de que el Tomás de «Adriana y Tomás os invitan a unirse a ellos para celebrar su matrimonio» era tu amigo cuando he llegado.

—¿Quién es Óscar? —pregunto ladeando la cabeza.

—Mi novio.

La forma en la que lo dice no es tajante. Ni orgullosa. Ni incómoda. Es solo un dato. Como quien dice «Hace calor» o «Este canapé está rico». Pero a mí me atraviesa igual.

—Ah —respondo. Lo único que se me ocurre decir—. ¿Cuánto lleváis?

—Seis meses.

Baja la vista un segundo. Juega con el borde de su copa. Y entonces vuelve a mirarme.

—¿Qué tal todo? —pregunta sonriendo levemente.

—Bien, muy bien la verdad.

Silencio. Quiero preguntarle cómo está ella, pero a la vez no sé si quiero saberlo, siempre he querido que fuera feliz y que yo no me enterara de ello.

—He escuchado tu discurso.

—Ya. Te he visto. Me ha pillado por sorpresa.

Diana asiente. Mira hacia la carpa, como si buscara una excusa para irse. Pero no se va.

—Ha sido bonito —añade después de unos segundos.

—Gracias —contesto con incomodidad.

—¿Te referías a mí? —Se rasca el cuello.

Me la quedo mirando, ha sido muy directa. Por lo que veo, sigue siendo la misma.

—Te vas a destrozar el cuello —le digo agarrándole la mano con la que se rasca.

Me sostiene la mirada y deja que le coja la mano. Como si no le

sorprendiera. Como si lo hubiera estado esperando. O tal vez solo quería comprobar si yo aún me atrevía.

—No sabía que ibas a estar. De haberlo sabido, no habría dicho nada de la suerte que yo no he tenido —digo soltándole la mano.

—¿Por qué? —ladea la cabeza.

Sonrío mientras levanto las cejas. Sabe que sé que está nerviosa, y ahora me quiere poner nervioso a mí.

—Sigues igual —le digo, cambiando de tema.

—Tú no. —Niega con la cabeza.

—Los hombres somos como el vino, mejoramos con los años.

—Si quieres creer eso para sentirte mejor… —contesta ella con sarcasmo.

Sonrío intentando contener la risa.

—Los hoyuelos siguen estando igual —dice con una sonrisa ladeada.

—No es lo único que sigue estando igual.

Estamos en silencio mirándonos. Dicen que el tiempo lo cura todo, pero yo siento que no ha curado una mierda. No ha cambiado nada, me seguiría casando mañana con ella, si me dejara.

—Tenemos que ponernos al día, cinco años sin saber nada de ti. Deberíamos ir a la pista a bailar —le digo.

—Feli… —dice bajando el tono—, ya te he dicho que tengo novio. Y está aquí.

Lo dice como quien pide que no la mires así. Como quien intenta convencer más a su cuerpo que a ti.

Yo bajo la mirada a sus labios. Solo un segundo. No respondo de inmediato. No porque no tenga nada que decir, sino porque me cuesta encontrar algo que no suene a súplica o a idiotez.

—¿Y eso qué tiene que ver con un baile?

—Sabes perfectamente que no me estás invitando a bailar.

—¿La semana que viene nos podríamos ver?

Veo que sonríe a alguien que está detrás de mí. Me giro, el chico con el que estaba hablando durante la ceremonia está a unos metros mirándonos.

—Me tengo que ir —dice con una media sonrisa.

Pasa por mi lado con los ojos clavados en el césped, la sigo con la mirada.

—Estás muy guapa. Me gusta el vestido —pienso en voz alta.

Ella se para un momento y me mira.

—Lo escogí porque sigue siendo mi color favorito.

El año de contacto cero después de una ruptura que lo tambalea todo. Una historia sobre el duelo sentimental y la amistad como salvavidas. Un debut directo al corazón.



Diana intenta reconstruirse tras una ruptura que le ha descolocado todos sus esquemas.

Tenía su vida planificada al milímetro y se sentía afortunada de haber conocido al amor de su vida tan joven. Pero ahora todo consiste en volver a empezar.

Tras un revés de este tipo se pregunta constantemente qué estará haciendo la otra persona, si la echará de menos; se debate entre recordarlo y vivir agarrada a la nostalgia o borrarlo del todo.

En septiembre empieza un año de contacto cero, un año en el que Diana se dará cuenta de lo que cuesta olvidar, y de lo que significa quererse cuando ya es tarde.

O quizá no.

Nuria Uriel (Barcelona, 2000) es graduada en Derecho por la Universitat Pompeu Fabra y actualmente cursa el Máster de Acceso a la Abogacía en la Universidad Alfonso X. Desde pequeña encontró en la escritura una forma de entender el mundo y de conectar con las emociones propias y ajenas. Además de escribir ficción, crea contenido en redes sociales. *El año que no fuimos* es su primera novela, una historia que nace de la necesidad de narrar la complejidad que suponen los vínculos y las emociones que nos marcan.



Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Nuria Uriel
Todos los derechos reservados
Autora representada por B3hind Agency
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Angie Izquierdo
Ilustración de portada: Eni Allaraj

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87809-23-2

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El año que no fuimos

Septiembre. Diana

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Octubre. Felipe

- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Noviembre. Diana

- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Diciembre. Felipe
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Enero. Diana
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Febrero. Felipe
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Marzo. Diana
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Abril. Felipe
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Mayo
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Junio. Felipe
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Julio. Diana
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Agosto. Felipe
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Epílogo. Agosto
Sobre este libro
Sobre Núria Uriel
Créditos